Alessandro Barbero

Traducción de Teresa Ramírez Vadillo

Mujeres atenienses



POPULAR 986
NOVELA

COLECCIÓN POPULAR

986

MUJERES ATENIENSES

ALESSANDRO BARBERO

Mujeres atenienses

Traducción de
TERESA RAMÍREZ VADILLO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en italiano, 2015
Primera edición, 2025
[Primera edición en libro electrónico, 2025]

Distribución mundial

© 2015, Mondadori Libri S. p. A., Milán
Título original: *Le ateniesi*

D. R. © 2025, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-8706-7 (rústica)
ISBN 978-607-16-8857-6 (ePub)
ISBN 978-607-16-8917-7 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

PRÓLOGO
Mantinea, 418 a. C.

EL SOL cocía la campiña. Hacía tiempo que se habían cosechado los campos de trigo y de cebada, ya sólo quedaban los rastrojos quemados. El polvo se levantaba a cada soplo de viento, el mar no quedaba lejos. Los hoplitas* atenienses estaban casi todos tendidos a la sombra de los encinos, los yelmos y escudos de bronce apilados en la tierra, y terminaban de comer la ración diaria de pan y queso. Alguien había enganchado el odre de la rama baja de un árbol, y así bebía el vino, estirado en el piso, sin siquiera levantarse.

Dos amigos se habían sentado un poco apartados de los otros. Se llamaban Polemón y Trasilo. Eran dos campesinos de mediana edad, de manos nudosas y rostros quemados por el sol, gente sencilla, dueños de un pedazo de tierra y de un par de esclavos, acostumbrados a echar una mano si había necesidad de empujar el arado por los campos guijarrosos. Cuando llegaba la temporada de desbrozar las vides, preferían ocuparse ellos mismos, y no dejaban entrar a nadie más al viñedo, cerrado con una pequeña verja de madera. Como muchos atenienses que vivían en el campo, nunca se habían alejado de su pueblo, y ahora que el ejército de Atenas había invadido el país enemigo y marchaba contra su antigua rival, Esparta, los consternaba encontrarse tan lejos de casa.

—Yo diría que hace el mismo calor que en casa —constató Polemón.

—Todo es igual que en casa —corrigió Trasilo mirando a su alrededor—. ¡Y pensar que estamos realmente en el Peloponeso!

—¿Nunca habían estado aquí? —intervino un muchacho sentado a dos pasos de ellos, con una barba que apenas empezaba a brotarle en el mentón, y hebillas de plata en las correas de sus sandalias.

Polemón y Trasilo negaron con la cabeza.

—Yo vine hace dos años —continuó el muchacho—. Mi padre me trajo a los Juegos. De joven, él compitió —agregó, orgulloso.

Los dos alzaron los hombros. Los juegos de Olimpia eran la gran cosa, sí, pero ellos no tenían tiempo ni dinero para ir, eso se lo dejaban a los ricos. Como quiera que fuera, aún faltaban dos años para los próximos juegos, y todavía podían ocurrir muchas cosas, ahora que la guerra entre las ciudades griegas, luego de algunos años de paz, había vuelto a estallar.

En el silencio, una cigarra empezó a estridular sobre sus cabezas.

Polemón regresó los restos de queso y el cuchillo a la mochila de tela.

—¿Según tú cuánto falta para que los espartanos entiendan que no tienen nada que hacer contra nosotros y pidan la paz? —refunfuñó.

—Ésos son duros para la comprensión, son capaces de tardarse todavía un buen rato —se burló Trasilo.

—Mi padre dice que los espartanos jamás pedirán la paz —intervino el joven.

Trasilo se levantó, jaló el odre y bebió un trago de vino.

—Por Dios que sí, la pedirán, y lo harán incluso muy contentos —cortó en seco.

Sólo habían pasado algunos meses desde que la asamblea votara a favor de la guerra. ¡La oportunidad era óptima! Los habitantes del Peloponeso no toleraban más la hegemonía de los espartanos, y

todos habían tomado las armas: los hombres de Argos, los de Mantinea, los aldeanos de la Arcadia. Les habían pedido ayuda a los atenienses: si nos echan la mano acabaremos de una vez por todas con Esparta. En la asamblea sólo alguno que otro aristócrata se había pronunciado en contra, repitiendo la cantinela de siempre: que para Atenas el camino de la prosperidad pasaba por la paz con Esparta y no por una nueva guerra; pero nadie le había dado crédito. Cuando se había sometido a votación la propuesta de entrar a la guerra, la asamblea, entusiasta, se había pronunciado por el sí; también Trasilo había levantado la mano, gritando y golpeando los pies contra el piso, como todos los demás. ¡Atenas es fuerte, Atenas trae la libertad a los griegos, Atenas nació para dirigir, la diosa la protege y esta vez arrasaremos de verdad con esos bastardos de los espartanos! Polemón se había mantenido indeciso hasta el final; también él odiaba y les temía a los espartanos, porque así se lo habían enseñado, ¡pero esos pocos años de paz, después de una guerra prolongada, habían sido una bendición para el campo! No obstante, al final se convenció de que le correspondía hacer lo que hacían los demás y también él levantó la mano…

Y, de hecho, la guerra no podría haber ido mejor. Los espartanos no eran lo suficientemente fuertes para darle batalla a un enemigo tan numeroso, y desde hacía días se estaban retirando. Así es como estaban ahora ahí, en esa llanura del Peloponeso quemada por el sol, los atenienses y los aliados; un poco más allá, en una espesura de pinos marítimos, estaban acampados los hoplitas de Argos, y por momentos el viento traía el sonido de su gracioso dialecto. Estaban todos allí, comían y bebían bajo aquella escasa sombra, sudaban bajo la canícula del mediodía, escuchaban el estridular de las cigarras, y esperaban a que los espartanos, ¡esos cabezones!, entendieran

finalmente que estaban acabados y pidieran la paz. Entonces marcharían hacia allá e impondrían sus condiciones.

—¿Cuánto dista de aquí Esparta? —preguntó Trasilo.

—Dos horas a pie, he oído decir —respondió Polemón.

—¡Entonces —bromeó Trasilo— pasado mañana nos bañaremos en el Eurotas!

Muy pocos atenienses habían tenido la oportunidad de bañarse en el río de Esparta. Por ahí se dice que las muchachas espartanas se bañan desnudas en él; obsesionados como están los espartanos por la gimnasia, hasta las mujeres están obligadas a ejercitarla.

Polemón levantó los hombros.

—¡Con que regresemos a casa a tiempo para supervisar a las recolectoras de olivas! Con un demonio, si a ésas el patrón no las tiene en la mira se roban todo…

El muchacho que estaba ahí al lado resopló, esas pláticas lo aburrían. Se levantó de golpe y alcanzó el caballo que había atado a un árbol un poco más allá; el esclavo que lo vigilaba, que se había acurrucado bajo una sombra, se levantó de un salto, pero el muchacho lo ignoró y comenzó a acariciar el hocico del caballo. Los dos amigos escucharon que le hablaba en voz baja.

—Míralo ahí, al hermoso caballero —comentó con desprecio Polemón.

—¡Los de su tipo, si pudieran ponerse de acuerdo con los espartanos y ponerle el yugo al cuello al pueblo lo harían sin titubear! —concordó Trasilo.

En Esparta, como se sabe, no sabían siquiera qué era la democracia; ahí dirigían los iguales,[†] y todos los demás obedecían.

—Pero esta vez le damos fin a esta situación —concluyó Trasilo.

En ese momento llegó hasta ellos un vocerío que se propagaba entre los encinos. En la lejanía se veía a los hoplitas levantarse, cerrar

sus talegas y recoger las armas. Luego, ese rumor que corría de grupo en grupo llegó hasta ellos.

—¡Por orden de los generales, todos en formación de marcha, fuera del bosque!

Polemón y Trasilo recogieron sus cosas y se mezclaron con los demás lo más aprisa que pudieron. Todos rumoraban, preguntándose qué estaría ocurriendo. Luego un general a caballo trotó hacia ellos. Se había echado el yelmo de bronce hacia atrás, para que lo escucharan mejor.

—¡Hombres de Atenas! ¡Los dioses están con nosotros! Los sacrificios nos han dado presagios favorables, y ahora descubrimos a los enemigos: están atravesando el bosque. Nosotros los esperaremos del otro lado, ¡esta vez no se nos escapan!

Los hoplitas lanzaron gritos de entusiasmo, golpeando con los pies y pegando con sus lanzas en el canto de sus escudos. El general dibujó una gran sonrisa y se alejó satisfecho, para ir a repetirle las mismas palabras a otro grupo. En Atenas los generales eran políticos elegidos por los ciudadanos, y por eso tenían que cuidar a su electorado.

Excitada por la noticia, la tropa salió de la sombra y se puso en marcha entre los campos de rastrojos, levantando una densa polvareda. Uno que otro tosía. En su interior, cada hombre era presa de sentimientos encontrados. ¿No sería mejor dejar que el enemigo se siguiera retirando, en vez de obligarlo a combatir? Por supuesto, la batalla era la mejor manera de acabar con todo de una buena vez; a nadie le gustan las guerras prolongadas, y la idea de regresar a casa mañana les sonreía a todos. No había nadie que no hubiera dejado en casa a una esposa, hijos pequeños, esclavos, bestias que atender, la última cosecha de heno para secar, el negocio cerrado, el almacén en manos del cuidador; por ello todos tenían una gran prisa

por regresar. Pero lanzarse a la batalla significaba pelear contra los espartanos. Y ante esa idea todos se estremecían un poco. ¿Acaso los espartanos no eran los mejores soldados del mundo?

—¡Tonterías! —dijo Trasilo, medio sofocado por el terregal, porque la columna, apremiada por las órdenes, había empezado a correr—. Tal vez lo fueron alguna vez, pero ahora no son los mismos de antes. Los tiempos cambian.

—Confiemos en que así sea —dijo Polemón y calló, apretando los dientes para mantener el ritmo, con el sudor escurriéndole por el rostro.

Al final se detuvieron de golpe, en medio de una pradera seca, machacada por los miles de hombres que habían pasado por ahí precediéndolos. Todo el ejército viró a la izquierda, en dirección al bosque que cerraba el horizonte. Los generales a caballo trotaban a lo largo de la columna, distribuyendo a los hombres en el alineamiento de la batalla a partir de la derecha, el puesto de honor. Los hoplitas atenienses formaban la cola de la columna y, por lo tanto, se encontraron en el ala izquierda.

—¡Diablos, esto empieza mal! —exclamó Polemón—. ¡Estamos a la izquierda!

—¿Y qué significa? —objetó Trasilo.

Polemón se irritó.

—¿Cómo "y qué significa"? ¿No sabes que los espartanos se alinean siempre a la derecha? En el centro y a la derecha ponen a los aliados y a los ciudadanos nuevos, y ésos no son siquiera verdaderos espartanos, a ellos los puedes enfrentar fácilmente. Pero los espartanos verdaderos están a la derecha. O sea, frente a nosotros.

A su pesar, Trasilo tuvo un escalofrío. "¿Y si muero? ¿Aquí, hoy, en este país lejano, sin volver a ver a nadie? A Melisa, a Glicera. La niña tiene apenas diez años…"

—Los tiempos cambian —repitió, aún sin creérsela demasiado—. Ya alguna vez los hemos derrotado. Tú mismo viste a los que llegaron como prisioneros después de Pilos. Con toda su barba larga y su cabello enredado, no eran más que unos desgraciados bien asustados.

—¿Será? —exclamó Polemón—. Lo veremos en seguida. ¡Míralos aquí!

Un estruendo se elevó repentinamente de aquellos diez mil hombres cubiertos de bronce, empapados en sudor y sin aliento por la extenuante carrera. Era verdad, los espartanos estaban saliendo del bosque.

—¿Qué, vendrán a rendirse? —sugirió, esperanzado, alguien atrás.

—Ya verás ahora su rendición —refunfuñó Polemón.

Saliendo de la sombra de los pinos, los espartanos se encontraron de pronto frente al ejército enemigo. El camino estaba bloqueado, no había nada que pudieran hacer que no fuera pelear. A través del velo de polvo que había levantado el viento los hoplitas atenienses los vieron maniobrar para colocarse en falange, las divisiones que se desplegaban en formación cerrada, una fila tras otra, las puntas de las lanzas brillando al sol. El viento traía fragmentos de comandos en el extraño dialecto espartano. En Atenas ese dialecto hacía reír, los cómicos lo usaban en escena para desternillar de risa al público. Pero allí, quién sabe por qué, no parecía tan ridículo. Luego calló el viento y le sucedió un instante de silencio.

—¿Por qué no avanzamos? —murmuró alguien.

—¡Esperen las órdenes! —replicó alguien más, en voz muy alta.

Los enemigos habían completado su alineamiento; de sus filas se elevó de pronto la melodía de una flauta, que fue inmediatamente retomada por una decena de flautas más. A espaldas de los hoplitas

espartanos los flautistas entonaban el himno de guerra. Sin prisa, toda la línea empezó a avanzar.

De las filas de los hoplitas de Argos, de Mantinea y de Atenas subieron gritos descompuestos, de desafío y amenaza. Pero nadie se movió.

Los espartanos avanzaban al sonido de sus flautas. Ahora estaban lo suficientemente cerca para ver brillar al sol sus túnicas color rojo sangre.

A la derecha de la línea aliada, muy lejos de donde estaban Polemón y Trasilo, los comandantes de Argos y Mantinea gritaron sus órdenes, y la línea comenzó a avanzar al enfrentamiento con el enemigo. Pero los atenienses seguían sin moverse. Finalmente, los generales hicieron oír su voz.

—¡Oh, hombres de Atenas! ¡Demostremos que somos dignos de nuestros padres! ¡Avancen!

Pero la línea no se movió. Alguien dio un paso adelante, dos; luego se dio cuenta de que estaba solo y reculó de prisa.

Los espartanos avanzaban al compás de la melodía obsesiva de las flautas. A doscientos pasos, los que quedaban frente a Polemón y Trasilo bajaron sus lanzas al unísono, acompañando el gesto del comandante, que marchaba en la primera fila con los demás.

Los hoplitas atenienses se miraban los rostros. Los generales se desgañitaban: "¡Avancen! ¡Avancen! ¡Adelante! ¡Adelante!".

Delante de Polemón y Trasilo alguno dijo: "Yo no me voy a quedar aquí exponiéndome a que me maten".

Salió de la línea y se fue corriendo.

Polemón y Trasilo se miraron.

—Son hombres, como todos los demás, ¿qué no? —murmuró Polemón.

Los espartanos se hallaban a cien pasos.

—Ya no estoy tan seguro —susurró Trasilo—. Yo diría que mejor nos vayamos.

A su alrededor todos daban marcha atrás con pequeños pasos. Más de uno se salía de la línea y se alejaba velozmente. Un general a caballo alcanzó a un desertor y estuvo a punto de golpearlo con la hoja de la espada, pero aquél lo amenazó con su lanza. El general dejó pasar el asunto.

Los espartanos estaban a cincuenta pasos, acompañados por la polvareda que levantaban; la tierra temblaba bajo su paso cadencioso. Las flautas, ahora ya muy cercanas, seguían el ritmo.

—¡Retirada! —gritó alguien. En un instante la columna se descompuso, y todos, sin excepción, se dieron a la fuga.

—Retirada, retirada, retirada —gritó Polemón, y él y Trasilo se echaron a correr como enloquecidos. De la línea espartana se elevó un rugido, y también el enemigo aceleró el paso, hasta pisarles los talones.

Polemón y Trasilo ya no eran jóvenes y se les dificultaba correr. A su alrededor había quienes lanzaban el escudo al aire para poder escapar más rápido; aun cuando todos saben que si regresas a casa sin el escudo se burlarán de ti toda la vida, al menos habrás salvado el pellejo. El bramido de los espartanos se oía cada vez más cerca. Ocasionalmente, un grito revelaba que habían alcanzado a uno de los prófugos. La llanura estaba colmada de gente que huía.

—Espera, así no lo vamos a lograr —rugió Polemón, perdiendo el aliento—. Nos van a atrapar. Hay que enfrentarlos.

Se detuvieron un instante a retomar el aliento, los escudos levantados, las lanzas apuntadas. Los dos ya habían estado en situaciones parecidas y sabían que los perseguidores, como los perros, tienden a tomársela contra los que dan la espalda. Cautelosamente empezaron a retroceder otra vez, sin perder de vista

a los espartanos más cercanos. Varias veces alguno llegó a lanzarse contra ellos, pero al ver que no tiraban las armas los ignoraban y se alejaban. Tampoco los enemigos corrían muy rápido; también ellos sufrían el calor y la fatiga. Por todos lados había atenienses extenuados que tiraban las armas al suelo y se arrodillaban; los espartanos pasaban a su lado sin hacerles nada.

Con el corazón en la garganta, Polemón y Trasilo seguían retrocediendo, acechando a su alrededor. El polvo era sofocante.

—Mira —murmuró Polemón. A unos pasos de ellos se había detenido el primer espartano, había puesto su escudo en la tierra y se había quitado el yelmo. Los dos, maravillados, vieron la cascada de larguísimos cabellos ensortijados que le caía por los hombros; en Atenas se decía que los espartanos jamás se cortaban el cabello ni la barba. Otros lo alcanzaron, exhaustos, lo imitaron, liberando las brillantes y untuosas cabelleras, y bebieron de las cantimploras. Se encontraron con la mirada sospechosa de los dos atenienses que se alejaban y rechinaron los dientes. Luego estallaron en risas y saludaron irónicamente con la mano.

—Se han detenido. Tal vez lo conseguimos —dijo Trasilo, jadeante.

Después, repentinamente, un trío de fugitivos sin yelmo y sin escudo los alcanzó. Corrían enloquecidos entre el polvo y acabaron chocando con ellos. Trasilo despotricó y perdió el equilibrio, y la lanza se le cayó de las manos. En un instante los que perseguían a los tres desertores estuvieron sobre ellos. Polemón alcanzó todavía a ver a Trasilo tratando de protegerse con el escudo, mientras una figura vestida de rojo lo derribaba. Después recibió un golpe en la cara. No sintió siquiera el dolor, todo se puso oscuro y se desplomó en el polvo.

1

HAN PASADO siete años. Estamos en el campo, apenas fuera de la muralla de Atenas, y es invierno. Se deben imaginar los campos yermos, los olivos sarmentosos, los higos sin hojas, y dos pequeñas casas, una cerca de la otra, con las puertas cerradas y el humo saliendo por el agujero en el techo. Aquí viven los dos viejos, Trasilo y Polemón. Al final ambos salieron bien librados, aunque Trasilo perdió el uso de un brazo y su amigo tiene una cicatriz en la cara que le atraviesa la boca. Envejecieron rapidísimo en estos años, después de una vida partiéndose el lomo en los campos, con las preocupaciones de la guerra que no termina nunca, y las tristezas en la familia: los dos quedaron viudos. Sólo les quedó una alegría, las hijas; cada cual tiene una, Trasilo tiene a Glicera y Polemón a Caris, y ya las dos muchachas están en edad de esposarse. Muchas veces se dijeron: ¡Qué lástima que alguno de nosotros no tenga un varón! Se casarían y estaríamos acomodados para siempre. En cambio, habrá que buscar a unos yernos que se las lleven, y ninguno de los dos tiene muchas ganas de pensar en ello.

Ah, me olvidaba. La otra casa que se alcanza a ver al fondo del camino, esa grande, con la valla y la reja, medio oculta entre los olivos, pertenece a otro ateniense, pero no a un hombre pobre como nuestros Trasilo y Polemón. Él es uno de los "poderosos", un rico que vive en la ciudad y viene al campo sólo a supervisar los trabajos: Eubulo. Y él sí que tiene un hijo varón, Cimón. Éste sí sería un buen partido, pero es una aspiración inalcanzable: Glicera y Caris son demasiado pobres para él. En los últimos años estos viejos han tenido que vender parte de su tierra y ya tampoco tienen esclavos: la guerra está arruinando a todos, a pesar de que los

políticos siguen prometiendo que las cosas mejorarán pronto, y el pueblo los sigue votando, creyéndoles todas sus promesas.

Listo, me parece haber dicho todo, ahora puedo comenzar nuestra historia. ¡Atención, la puerta de Polemón se está abriendo…!

Caris se asomó a la puerta, olisqueó el aire y tuvo un escalofrío. El cielo estaba gris y bajo, y todo lo que se alcanzaba a ver estaba húmedo: había llovido en la noche. La muchacha se envolvió más estrechamente en su himatión* y salió en medio del lodo. Sobre su cabeza sostenía en equilibrio un cántaro vacío. Como todas las mañanas, acometió, con los pies descalzos, los diez minutos de camino que separaban su casa de la fuente. Era una fuente rústica, cavada directamente en la roca, pero el agua salía de una cabeza de león de bronce. Mucho tiempo atrás había estado el león entero, que sostenía entre sus zarpas una pila de lavado, pero el año en que Caris nació los espartanos invadieron Atenas y, cuando llegaron hasta esa zona, además de cercenar las vides y los olivos se habían llevado el león de bronce. Caris recordaba muy bien que cuando era niña ya no existía la fuente, sólo había un hilo de agua que manaba de la roca. Después la comunidad decidió reconstruirla y los habitantes habían cooperado para ello, pero se reunió poco dinero y sólo pudieron instalar la cabeza del león, de cuya garganta asomaba una caña por donde brotaba el agua.

En la fuente un grupo de mujeres perdía el tiempo charlando, mientras esperaban que se llenaran las ánforas. La mayor parte eran esclavas, y Caris sólo las conocía de vista; la única con la que tenía un poco más de amistad era con Moca, la esclava tracia de la casa de Eubulo. Caris se acercó a dejar su cántaro en el suelo, al lado del suyo. Moca era una mujer madura y, según los vecinos, tenía una lengua muy larga; también decían que sabía algunos encantamientos

usados entre su gente, y que estaba dispuesta a dar demostración de ellos a cambio de algo de dinero, pero Caris, cuando había oído a los adultos hablar de ello y burlarse, nunca había entendido de qué se trataba realmente.

—¡Vaya día! —comentó la tracia, señalando hacia el cielo que amenazaba lluvia.

—Y que lo digas —asintió Caris—. Mi padre se levanta esta mañana, mira afuera, ve llover y, ¡oh, bendición de los dioses! Se puso muy contento. Yo, por mí, me la ahorraría.

—¿Hoy trabajan fuera?

—Ha decidido empezar a desbrozar la vid. Justo hoy, ¿te parece a ti normal? Dice que ya está retrasado —le comunicó Caris, resignada. En un día como ése ella se quedaría gustosa en su casa calentándose en el fuego; pero los viejos quieren hacer todo a su modo, y en la familia no se discute, sólo se obedece.

—Mira, ahí viene tu vecina —anunció Moca. Caris se giró. Glicera llegaba un poco agitada, el cabello despeinado se le asomaba en mechones de la pañoleta, y sostenía con una mano el cántaro en equilibrio sobre la cabeza.

—¡Vaya día! —dijo lo primero, mientras posaba en el suelo el ánfora. Las otras rieron.

—¿Te levantaste tarde? —preguntó Caris.

—Ni me lo mencionen. Mi padre estuvo dando vueltas toda la noche con el frenesí de ir al viñedo. Es tiempo del desbroce y no puede pensar en otra cosa.

Moca rio.

—Bueno, pues de verdad es cierto, son tal para cual —Moca sabía mal el griego, pero los proverbios se los había aprendido todos.

—Cuidado que te oigan, eh, y mi padre te manda a azotar —exclamó Glicera, pero reía.

Entre tanto le había llegado el turno a Moca, y luego a Caris. Una vez llenas sus ánforas, se quedaron a esperar a que pasara Glicera. Las mujeres que habían llegado primero retomaban el camino de regreso todas juntas, silenciosas bajo el peso de los cántaros.

—¿Regresamos? —dijo Glicera cuando su ánfora estuvo llena.

—Sí, vamos —consintieron las otras, sin entusiasmo. Tuvieron que arrodillarse para poder ponerse los cántaros en la cabeza, luego se levantaron, tambaleándose.

—En casa hoy tenemos trabajo doble —dijo Moca después de un rato—. El hijo del patrón viene a ver un semental nuevo, comerá aquí con sus amigos.

—¡Se acabó la buena vida! —bromeó Glicera.

—¡Qué quieres, de vez en cuando nos toca! —masculló la tracia —. Ya somos bastante afortunados de que el amo viejo duerma casi siempre en la ciudad.

Siguieron bromeando hasta que Moca desapareció por el camino bordeado de olivos que llevaba a la propiedad de Eubulo. Glicera y Caris retomaron su camino. Allí el lodo, menos pisoteado, era más profundo, los pies descalzos se hundían hasta los tobillos.

—¿Y tú no estás cansada de trabajar como esclava? —dijo de repente Glicera.

Caris, abrumada bajo el peso del ánfora, le lanzó una mirada desconcertada. ¡Qué diablos decía Glicera!, trabajar es el destino de los humanos, su padre se lo decía siempre: “Si no tienes ganas de trabajar, hubieras nacido entre los dioses”.

Alguna vez, a decir verdad, Caris había replicado que los ricos no trabajaban. Su padre había puesto una cara extraña. “Si el pueblo abriera los ojos, ten por seguro que también ellos trabajarían”, había murmurado. A Caris los sermones de su padre no le interesaban mucho y lo había dejado de escuchar.

Glicera, sin embargo, insistía, se notaba que estaba siguiendo el hilo de un pensamiento propio. De las dos, siempre había sido ella la que hacía las preguntas. Cuando sus cuerpos de niñas habían empezado a cambiar, había sido ella la que en alguna ocasión le había pedido a Caris que le dejara tocar esos senos que le habían brotado en el pecho y que ella tocara los suyos. Lo hicieron dos o tres veces, en un sótano, en la oscuridad.

—No, lo digo en serio. Yo no nací para llevar esta vida, y tampoco tú —concedió Glicera.

—¿Y qué quieres hacer? —objetó la otra.

—¿Quieres que te lo diga? Quiero casarme con un hombre que ya no me haga trabajar como una bestia de carga.

—¡Sería hermoso! —rio Caris—. Casarse con un caballero. Y en casa, dar nosotras las órdenes a las esclavas.

Continuaron soñando todavía un tramo, mientras chapoteaban en el lodo.

—¿Alguna vez has hablado con tu padre sobre el día en que te cases? —preguntó finalmente Caris.

Glicera negó con la cabeza.

—Lo intenté, pero no hay manera. Ya sabes cómo es. Dice que llegado el momento lo pensará.

Ambas callaron, absortas. Llegado el momento… ¿y eso cuándo será? Hombres de la edad apropiada no había muchos en la ciudad, con todos los jóvenes que habían muerto en la guerra, especialmente durante la aborrecible expedición a Sicilia, a la que tres años atrás había partido una flota entera y nunca había regresado. Y todavía ahora muchísimos servían en el frente y en la flota. Y en el ínterin las jóvenes que se habían quedado en casa habían crecido —y la juventud se marchita rápido…

A sus espaldas retumbó un relincho formidable. Glicera y Caris se detuvieron, aturdidas. Le sucedió otro relincho, y otro, tan desesperados que parecía que estuvieran tratando de degollar a un caballo, o de arrastrarlo hacia un lobo.

Las amigas se miraron.

—¿Será el semental nuevo del que habló Moca? ¿Vamos a ver? —propuso Glicera.

A Caris le daban miedo los caballos, pero no le gustaba admitirlo.

—Vamos —accedió, sin entusiasmo.

Ya habían llegado al sendero que llevaba a sus casas; apoyaron sobre el suelo los cántaros y regresaron corriendo sobre sus pasos. Conforme se acercaban a la propiedad de Eubolo escuchaban voces entrecortadas de hombres mezcladas con los relinchos, y luego un estruendo de madera que se rompía en pedazos. Saltando un pequeño muro de mampostería, atravesaron el olivar y llegaron a la parte trasera de la casona, donde un cobertizo y una serie de corrales resguardaban a los caballos del patrón. Dentro de uno de los corrales un semental blanco, rabioso, corría atrás y adelante a lo largo de la empalizada ya medio derrumbada; más allá dos yeguas presenciaban nerviosas el espectáculo, sacudiendo las crines. Dos hombres se mantenían a una distancia prudente, despotricando inútilmente contra el caballo. Al llegar hacia ellos, Glicera y Caris reconocieron a dos esclavos de la casa.

—¡No se acerquen, que es peligroso! —gruñó uno de los dos.

El semental danzaba alrededor de la empalizada, y de su cuerpo lustroso por el sudor emanaba tal violencia que las muchachas no tuvieron necesidad de que se lo advirtieran. Llenas de curiosidad, se quedaron mirando, mientras la bestia abría un pasaje en la valla e irrumpía en el segundo corral con un relincho de triunfo. Una de las yeguas se alejó al trote, luego se giró y se detuvo a mirar, azotándose

las ancas con la cola. La otra dio algunos pasos inciertos, luego se detuvo, con los costados palpitando. El semental se acercó y he aquí que, mientras los dos esclavos se alentaban el uno al otro a intervenir —aunque ninguno de los dos se movía—, debajo de él algo empezó a alargarse. Caris y Glicera se quedaron encantadas mirando con fijeza aquel apéndice que se inflaba hasta alcanzar las dimensiones de un brazo humano, mientras el caballo se acercaba trotando a la potranca inmóvil.

—¿A poco es su *péhos*?[†] —susurró Caris, que casi no lo creía.

A Glicera se le escapaba la risa.

—¡Claro! ¿Nunca lo habías visto?

Caris hizo un ademán negativo, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y ella está ahí esperándolo?

Después se dio cuenta de que los esclavos las miraban con risa burlona y escuchó que dijeron algo en una lengua que ninguna de las dos entendía. Fastidiada, Caris les dio la espalda.

—Vámonos, no hay nada que ver —dijo en voz alta.

Apenas se alejaron un poco, las dos estallaron en carcajadas como poseídas.

—¿Viste la cara que ponían esos dos?

Un caballero que venía de la casona las rebasó al galope salpicando lodo. Era Cimón, el hijo del vecino. Cabalgaba bien espoleando al caballo. Sin necesidad de decir nada, las dos muchachas regresaron sobre sus pasos para ver qué había sucedido. El agua podía esperar.

Cimón había desmontado e insultaba a los esclavos, que lo escuchaban cabizbajos. El semental se había separado de la potranca y miraba a su alrededor aturdido. La yegua se alejó algunos pasos, se sacudió, luego se dirigió al cobertizo y se puso a masticar paja. Uno

de los esclavos le quitó el mueso y la rienda al caballo con el que había llegado el patrón.

—¡Dame eso!

Cimón se lo arrancó de la mano, atravesó el resquicio en la valla y se acercó al semental. Calmada, la bestia lo miró llegar sin entender. El muchacho le acarició la cabeza y el cuello, le pasó la rienda y le colocó el mueso en el hocico. Tenía el látigo bajo el brazo. "En esta casa ya te enseñaré yo", pensó. Aferró la crin del semental con las dos manos y saltó sobre su lomo. El caballo, encabritado, corcovó dos o tres veces, pero Cimón lo sabía controlar, aun sin montura. Sintiendo el mueso lacerándole las encías, el semental intentó rebelarse una vez más, pero luego entendió confusamente que era mejor obedecer. Jalando de las riendas y apretando las rodillas contra los costados, el muchacho obligó al caballo a quedarse quieto. Muy bien, pensó, aprende quién manda aquí. Y ahora a la casa.

Sólo entonces se dio cuenta de que había dos espectadoras. Apenas las conocía, las hijas de los vecinos, dos muertas de hambre. Sin embargo, ya se habían hecho mujeres, notó con interés mientras pasaba a su lado.

—¿Les gustó el espectáculo? —les preguntó riendo. Caris se sonrojó y bajó la mirada. Glicera, en cambio, se quedó mirándolo mientras se alejaba con indiferencia, su mano apoyada suavemente sobre el costado, los largos rizos que le caían por el cuello. Rememoró la manera en que reprendió a los esclavos, vio el modo en que gobernaba al semental y sintió un atisbo de deseo. "Qué se sentiría que un hombre así te poseyera."

También Cimón, mientras se alejaba erguido sobre el lomo del caballo, siguió pensando durante un rato en las dos jóvenes. Formuló una idea: "También a estas dos valdría la pena montarlas".

Pero la rabia aún contenida en el cuerpo por la fuga del semental, la estupidez de los esclavos y la empalizada rota le agriaron el pensamiento. Espoleó al caballo y lo llevó al trote, pero no tuvo la paciencia de regresarlo a la caballeriza. A mitad del camino saltó del caballo, cogió el freno y comenzó a golpearle el hocico. El caballo, aterrorizado, relinchaba y corcovaba, pero Cimón era más ágil que él: no soltó a su presa y continuó azotándola. Esa noche Trasilo mandó a Glicera a invitar a sus vecinos. En inverno oscurecía temprano, demasiado temprano para irse a la cama. Los dos viejos se sentaron junto al fuego, tosiendo a causa del humo, bebiendo vino y picoteando semillas de cáñamo. En un ángulo de la estancia las dos jóvenes hilaban, bien envueltas en sus capas, porque allí el calor de la chimenea apenas si llegaba. De vez en cuando susurraban entre ellas, pero en presencia de los viejos se guardaban bien de hacerse demasiadas confidencias.

—Ya verás que la gente terminará por entenderlo, por Dios —rumiaba Trasilo—. Los ricos se vuelven a levantar. La tiranía está a las puertas.

—La gente no entiende nada —masculló Polemón, descontento —. La tiranía nacerá sin que se den cuenta; es más, son capaces hasta de aplaudirla. ¿No lo ves ya ahora? Estos señores van tan campantes con su pelo largo y la barba sin afeitar, pasan por el mercado ¡a caballo! En una época la gente les chiflaba, les lanzaba gritos del tipo: "¡Amigo de los espartanos! ¿Cuándo te cortas esa barba?" ¡Ahora, en cambio, nada!

—No, yo creo que la gente abrirá los ojos. La tiranía no pasará —repitió Trasilo—. ¿Y tú, por qué me miras con esos ojos? —exclamó, dirigiéndose a Glicera, que se había levantado para echar más carbón al fuego.

—Papá, ya basta de estos sermones —prorrumpió la muchacha —. ¡La tiranía, la tiranía! ¡Ustedes ven hasta en la sopa esta tiranía! Ya no se oye hablar de otra cosa.

—¡No hables de cosas que no entiendes! —la calló Trasilo; pero Glicera no se rendía tan fácilmente.

—¡El otro día en el mercado, por ejemplo! Uno compró un robalo por el que pagó diez óbolos; el vendedor de lechugas, que estaba ahí cerca, cuando el otro se fue le escupió por detrás y murmuró: "¡A mí se me hace que este tipo está comprando provisiones para la tiranía! ¡Todos ustedes ya perdieron la cabeza con ésta su tiranía!".

—¡Diez óbolos por un pescado! —exclamó Trasilo—. ¡Tres días de paga! Se ve que hay gente que puede tirar el dinero hasta en el mar. ¡Es vergonzoso!

—Papá, si uno tiene dinero lo puede gastar en lo que le dé la gana, ¿por qué tendrían que vivir en la miseria como nosotros?

Trasilo se ofendió.

—¡Nosotros no vivimos en la miseria! ¡Vivimos de nuestro sueldo, como todos!

Glicera levantó los hombros, aprovechando que había penumbra, y se sentó. Pero Caris, que había estado escuchando con la boca abierta, intervino.

—¡Papá! Desde hace tiempo quería preguntarte algo. ¿Por qué la gente recibe ese sueldo?

Polemón se aclaró la voz. Su hija hablaba en muy raras ocasiones, pero cuando hacía una pregunta esperaba siempre una respuesta, esto ya lo había aprendido el viejo.

—Recibimos un sueldo porque nosotros somos dueños de muchas ciudades, y estas ciudades tienen que pagar tributo.

—¿Nosotros somos los dueños? —preguntó Caris, incrédula.

—Nosotros, es decir, todos los atenienses. Y por ese motivo todos los ciudadanos, cuando van a la asamblea o al tribunal, reciben los tres óbolos de paga.

—Y hay quien va a la asamblea todos los días —se burló Glicera, que escuchaba en el mercado todas las habladurías—. ¡Hasta cuando no hay procesos el tribunal está lleno de jueces, y todos reciben igualmente su sueldo!

—¿Y tú qué sabes de eso? ¡Mejor cállate! —intervino bruscamente su padre. Cada vez que escuchaba esas palabras era para él una cuchillada. Le hacían recordar que era un hombre pobre, obligado a enviar a su hija a hacer las compras al mercado, entre puros hombres. Pero cuando se tocaba el tema del sueldo era incapaz de dejarlo pasar, era más fuerte que él.

—¡Sólo eso nos faltaría, que ya no recibiéramos nuestro salario! ¡Es dinero nuestro! Aunque si llega la tiranía, ¡adiós!

Polemón se metió un dedo en la boca, la cáscara de una semilla se le había atorado entre los dientes.

—Aunque es cierto que… —dijo lentamente, pero se detuvo.

Todos se quedaron un instante en silencio. El fuego quemaba, avivado. Caris reflexionaba en lo que había dicho Glicera. "¡Tres óbolos al día son muchos! Ciertamente, y no obstante, aquel que vio en el mercado había gastado diez por un solo pescado. No es justo —pensó Caris—, cuando hay gente que padece hambre habría que castigar al que gasta tanto."

—Aunque es cierto que —retomó Polemón—, si se piensa bien, sigue siendo poco. Se comen el dinero y a nosotros nos llegan sólo las migajas.

Trasilo lo miró con expresión interrogante. Polemón hilvanó las ideas y continuó.

—¡Mira, nosotros somos dueños de muchas ciudades! Desde el Ponto hasta esa isla, ¿cómo es que se llama?, la de los fenicios, la Cerdeña, ¿no? Piensa cuánto dinero llega. A nosotros, no obstante, nos lo dan gota a gota, como el aceite sobre la lana. Lo mínimo indispensable para sobrevivir.

A Caris se le apareció repentinamente una imagen, si bien desde entonces habían pasado muchos años: cuando todavía tenían ovejas, después de la trasquila se extendía en el piso la lana limpia y seca, y su padre, con una jarra de aceite, la chorreaba para lubricarla. Siempre se encargaba él personalmente, para evitar que el esclavo desperdiciara el aceite. La muchacha abrió la boca para preguntar algo, pero Trasilo se anticipó, el comentario de Polemón lo había tocado también a él.

—¡Tienes la boca llena de razón, por Dios! Pero entonces ¿a dónde se va el dinero?

Polemón escupió en el fuego.

—¡Se lo quedan los líderes del partido! Sin duda es así. A nosotros nos mantienen en la miseria, mientras ellos se enriquecen. Somos como sus perros guardianes. Sabes qué se hace con los perros, ¿no? Los mantienes hambrientos, porque así serán más feroces. Cuando el dueño los incita, muerden. Lo mismo hacemos nosotros, a una señal de los jefes, ¡embestimos! ¡Pero si de verdad quisieran el bien del pueblo harían mucho más que darnos tres óbolos!

—¿Tú qué harías, papá? —preguntó Caris con ojos brillantes. Polemón reflexionó. ¿Qué haría? Jamás había pensado en ello, pero no era algo muy difícil—. ¡He aquí qué haría! Bastaría con imponerle a cada ciudad que se encargara del mantenimiento, qué sé yo, de veinte ciudadanos. De nosotros dos podría encargarse alguna isla, Rodas, por ejemplo. Se le diría, cada mes le tienen que enviar a Polemón y Trasilo una paleta de cerdo y una barrica de vino, y

queso, y liebres. Dos sacos de harina, pescado en conserva. Todo calculado. ¡Entonces sí estaría bien!

Los cuatro guardaron silencio, entregados a soñar en esa abundancia.

—Ésa sería una vida digna de quien ha triunfado en Maratón —reconoció Trasilo. Hay que disculparlo, en Maratón habían ganado sus abuelos, pero todos ellos sentían haber estado también ahí. Allí los bárbaros habían visto qué son los hombres libres.

—¡Hermoso! —concluyó Polemón—. Pero el caso es que hoy vamos detrás de nuestro sueldo, como los recolectores de olivas.

2

EL INVITADO en retraso se presentó en la puerta de Eubulo cuando ya casi había oscurecido y el convite estaba por comenzar. Era un hombrón alto, atlético, con una barba negra estriada apenas por uno que otro hilo de plata. A su lado, el esclavo que lo acompañaba, con la tea aún apagada bajo el brazo, representaba al personaje cual era, un desdichado.

El hombre tocó a la puerta.

—¡Chicos! ¡Chicos guapos! —llamó impaciente porque nadie le abría.

Finalmente una mujer abrió la puerta.

—Disculpe, señor —masculló—, estamos todos afanados en la cocina.

El huésped atravesó el umbral y se sentó en un taburete cubierto de cojines bordados.

—Salud, Andrómaca. ¿Cómo estás?

—Bien, señor —respondió cansinamente la mujer. Se arrodilló en el piso, le quitó las sandalias y le lavó los pies en una jofaina.

El invitado vio que bajo el quitón* de lana había una figura todavía delgada, de formas esbeltas, pero también ella, según lo que observó con sorpresa, tenía algunos hilos blancos entre los cabellos. "¿Hace cuánto que no venía a esta casa? —pensó—. Me parecía poco. El tiempo pasa…"

—¿Dónde comeremos? —preguntó mientras la mujer le secaba los pies.

—En el salón grande. Tenemos muchos invitados esta noche.

—¡En el salón grande! Pero hará frío —observó el hombre, contrariado. Practicaba gimnasia todos los días y andaba a caballo durante horas bajo la lluvia, pero en casa le gustaban las comodidades. Malditas las casas antiguas, pensó.

—No creo que haga frío —dijo la mujer—. Pusimos braseros en todos los rincones. Ahora discúlpeme, voy a supervisar la cocina. ¡Muchacho! —llamó haciéndole señas a un joven esclavo que estaba parado en la penumbra—. Acompaña al señor al salón grande.

—No es necesario, conozco el camino —dijo el invitado.

El salón grande daba directamente al pórtico, pero se había tendido un cortinaje para cerrar la apertura. El hombre hizo a un lado la cortina y entró. Para su regocijo, lo recibió una bocanada de calor. La habitación despedía humo y los braseros la iluminaban con una luz rojiza.

—¡Oh, Critias! —exclamó el dueño de la casa—. Hombre querido, ya sólo te estábamos esperando a ti.

Eubulo vino a su encuentro y lo abrazó. Era más viejo que él, rugoso y un poco encorvado, pero con una luz imperiosa en los ojos.

—Me parece que conoces a todos.

Critias miró a su alrededor. Sí, toda era gente de confianza, compañeros de partido. Con lo que hoy se pondrá a discusión no es una velada para invitar a extraños.

—Tenía que venir también Caricles, hijo de Quereleo. Pero mandó decir que está resfriado. Espero que sea cierto —agregó Eubulo, con prudencia—. Se conocen tú y él, me parece.

—Tenemos la misma edad y vamos al mismo gimnasio, estamos acostumbrados a entrenar juntos —confirmó Critias—. Si dice que está resfriado, es verdad. ¡Con este clima!

—Menos mal —concluyó Eubulo, tranquilizado—. Entonces podemos empezar. Tú, Critias, ponte aquí, cerca de mí. ¡Muchachos!

Un ejército de jóvenes imberbes, desnudos, entraron con coronas de mirto para los invitados y los ayudaron a acomodarse en los cojines; después trajeron agua para lavarse las manos y empezaron a servir la cena. Los platos llegaban de la cocina uno después de otro, los jóvenes se paseaban con ellos y cada quien tomaba con las manos lo que quería. Los perros, encadenados bajo los lechos aullaban y meneaban la cola, en una espera frenética de que alguien les aventara alguna sobra. Los invitados comieron con rapidez, concentrados, casi sin hablar: no es de buena educación hablar mientras se come, es como darle a entender al anfitrión que no te interesa lo que estás comiendo. Sólo alguna que otra vez se oía una exclamación de satisfacción: "¡Bien! ¡Esto sí que es un sargo!".

Critias comía como los otros, le sonreía a Eubulo y a la vez miraba a su alrededor y hacía cuentas. Doce hombres, más dos mozos ya grandecitos, pero aún sin barba. Los dos estaban tendidos cerca de un invitado más viejo, que los miraba con deseo y cada tanto les ponía en la boca, con los dedos, un buen bocado. Critias los conocía de vista y sabía que eran parejas de amantes; levemente desconcertado, se preguntó si muchachos tan jóvenes no deberían quedarse al margen de sus negocios, pero después se dijo que había tenido razón Eubulo al invitarlos. También ellos deben estar al tanto de lo que se está preparando. ¡Sin embargo, no está el hijo de Eubulo! A pesar de tener la misma edad, ¿o no? Con los hijos ajenos nunca se sabe…

—¿Y tu hijo?

Eubulo frunció el ceño.

—Es todavía muy joven para estas cosas.

Critias sonrió cortésmente. Con los hijos ajenos nunca se sabe, pero a nuestros ojos los propios siempre son muy jóvenes.

—Y por lo demás está en el campo —agregó Eubulo—. Haz de saber que está loco por los caballos. ¡No te imaginas los gastos! En cuanto puede corre hacia allá. Mientras regrese a dormir aquí.

Cuando hubieron sacado la última brocheta el dueño de la casa se dirigió a los sirvientes.

—¡Mozos! ¡Denle de beber a los invitados!

Los mozos desnudos terminaron de llevarse los platos, engullendo apresuradamente las sobras más apetitosas, y reaparecieron con la crátera[†] y las ánforas. Eran tan grandes que para levantar una tenían que hacerlo entre dos. Cuando rellenaron la crátera hasta la mitad de vino, Eubulo pidió que le rellenaran su copa.

—¡Se liba, se liba! ¡Silencio!

El anfitrión apartó la cortina, salió al pórtico y derramó en el piso algunas gotas, recitando entre dientes la fórmula de uso para la diosa del hogar;[‡] luego vertió entre las llamas el resto del contenido de la copa y pronunció, en voz más alta: "¡Señor Dioniso, vecino de casa, nacido del fuego, dulce como la miel, dador de los racimos, éste es el último vino de la vendimia del año pasado! Es la última vez que lo beberemos, la próxima vez beberemos el vino nuevo. Un regalo tuyo, y nosotros te lo agradecemos, padre. ¡Para nosotros grandes augurios, que todo vaya bien!", recitó, mientras las llamas crepitaban.

Cuando Eubulo alcanzó a Critias y volvió a recostarse en los cojines al lado suyo, los jóvenes esclavos diluyeron el vino, rellenaron su copa y se la ofrecieron al dueño de casa. Eubulo bebió, y después de él todos los demás, por turnos, conforme la única copa

que había circulaba por toda la sala, siempre rellenada hasta el borde por los jóvenes esclavos cada vez que un invitado bebía.

—¡El himno! —ordenó Eubulo cuando terminó la vuelta de la copa.

Los jóvenes esclavos entonaron el himno a Dioniso, imitados enseguida por los invitados. Critias cantaba a media voz, la mirada fija al frente, mientras se preguntaba: "Quién sabe cuántos de éstos crean de verdad en esto y cuántos en cambio, como yo, saben que es una farsa. Los dioses no existen, los inventamos nosotros, porque los hombres no pueden vivir sin creer que hay alguien más poderoso que ellos que puede protegerlos…". Pero éstos no eran pensamientos que pudiera compartir con Eubulo, que cantaba decididamente, la mirada iluminada de orgullo. Por lo demás, ¿un patrón de casa que invita y derrocha sus cosas acaso puede actuar de otra manera?

Una vez que regresó el silencio, Eubulo se aclaró la garganta y escupió en el brasero. Todos lo miraban, en espera.

—¡Entonces, hombres! —comenzó—. Hoy tenemos que decirnos cosas importantes, por lo que yo propondría ir con cautela en el beber. Al principio, quiero decir; la noche es larga y habrá tiempo de reponernos.

—¡Muy bien! —aprobó alguien en la penumbra.

—Entonces, yo establecería esta regla: le daré la palabra a Critias, que tiene mucho que decir, y mientras tenga la palabra será él quien decida cuándo tenemos que beber y cuándo en cambio hay que escucharlo atentamente.

—¡Excelente! ¡Adelante, Critias! —exclamaron muchos.

—Pues bien —dijo Critias después de mirar a su alrededor—, esto es lo que tengo que decirles. Esta ciudad va de picada. Y va de picada porque con un sistema de gobierno como éste no puede ser de otra manera. ¡La de-mo-cra-cia! —deletreó con enfado—. Una

locura, y lo peor es que todos saben que es una locura, lo saben todos, se lo digo, ¡y sin embargo nadie osa decir nada!

En la sala todos guardaban silencio.

—Una locura, y un crimen: la violencia de los peores contra los mejores. También ustedes lo pueden ver, en esta ciudad ya no se puede vivir, gobiernan los sinvergüenzas, no hay justicia en el tribunal, triunfan los parásitos, el dinero público se derrocha. Por otra parte, el gimnasio, la música, las formas más elevadas de la vida humana se ridiculizan. Aquel que, como nosotros, sabe cuidar el cuerpo y la mente, debe tener miedo de que un vendedor de pescado o un remero lo lleve al tribunal, porque ahí estarán otros remeros y otros campesinos para juzgarlo, ¡y encima nosotros les pagamos un salario para esto!

Critias calló y se llevó la copa a la boca, pero se dio cuenta de que estaba vacía.

—¡Quien esté de acuerdo conmigo hasta aquí puede beber! —bromeó. Los mozos se apuraron a rellenar su copa y volvieron a dar el giro del salón. Uno detrás de otro, los invitados bebieron de un tirón.

—Bebieron todos, quiere decir que hasta aquí no voy muy equivocado —prosiguió Critias—. Veamos si les gusta también lo que les voy a decir ahora. Hasta hoy nosotros hemos aceptado esta… democracia, pensando que el pueblo es como un niño al que hay que dejarle sus ilusiones, y que nosotros siempre sabremos guiarlo.

—Pero, en efecto, oh, Critias —interrumpió uno de los invitados —, es justo esto lo que quería rebatir. Tú dices que ésta es una democracia, pero yo veo que siempre hay alguien que manda, y el pueblo siempre va detrás de él. Yo ni siquiera estoy seguro de que este sistema nuestro sea realmente una democracia, tan poco se parece a ella. Hay quien la llama democracia y quien la llama de otra

manera, cada cual la llama como quiere, aunque en verdad es una aristocracia, sólo que con el apoyo de las masas… ¡Pero reyes siempre hemos tenido!

Critias sonrió, enseñando los dientes.

—Si estuviera todavía Pericles te daría la razón. Pero ya no está Pericles. Y estos reyes, como tú dices, ya no son de los nuestros. Son sólo unos demagogos. Ya no se puede confiar en ellos. Es inútil. Hay que decir las cosas como son: el experimento fracasó, el pueblo no puede gobernarse solo, es necesario quitarle el juego de las manos. Y no me vengan a decir que se puede mejorar el sistema. ¡La democracia se derriba, no se cambia, porque no es modificable, no es mejorable! ¡El que razona no puede hacer política en una ciudad en la que manda el pueblo! Y por lo demás —aquí Critias hizo una pausa y luego cambió el tono de golpe, para estar bien seguro de que todos lo estaban escuchando; pero no hacía falta, todos estaban colgados de sus palabras—, por lo demás, es la idea misma de dividir el poder y la riqueza la que es equivocada, equivocada desde la raíz. Quien se la está pasando mal no va a compartir con los otros su desgracia. ¿Y por qué nosotros, que somos mejores que los otros, tendríamos que dividir nada con ellos? No, público, se acabó: nosotros no vamos a dividir más nada. Nosotros nacimos para gobernar, sólo nosotros somos dignos de ostentar el poder, no los cargadores del mercado. Si los griegos tienen respeto por nuestra ciudad es gracias a lo que nuestros padres y nosotros mismos gastamos en la procesión de Olimpia. ¿Quién construye las trirremes?[§] ¿Quién pone en escena los dramas? ¡Nosotros, no el pueblo! ¡Bebamos!

Todos bebieron, intercambiándose miradas. Critias sentía que la sangre le hervía densa en las venas, o al menos esto era lo que él creía, pues entonces no habían oído hablar nunca de la adrenalina.

Sabía que los tenía en la mano, y esto lo regocijaba. Hasta los jóvenes esclavos lo escuchaban con la boca abierta. Critias vio al jovencito que le servía agacharse para levantar la crátera y una punzada de lujuria lo sorprendió a la vista de ese esbelto culito desnudo. Más tarde, se dijo, al rato, no ahora. No le hace daño a nadie esperar.

—Recuerden que el que bebe está de acuerdo con todo lo que he dicho hasta ahora, ¡éste es nuestro pacto! —prosiguió—. Y agregaría que al beber se comprometen todos a no divulgar lo que se diga aquí.

Un murmullo de aprobación subrayó sus palabras.

—Así pues —continuó Critias—, si están de acuerdo conmigo tendrán que reconocer que ya no se puede seguir así. No podemos aceptar más componendas. Un político que acepta obrar en una ciudad encaminada a la democracia sólo puede ser un sinvergüenza que tiene algo que esconder. Quien ha comprendido esto sólo tiene dos elecciones: o se retira para siempre o rectifica el rumbo. Y yo, por los dioses, aún no tengo ganas de retirarme. Y ahora, Eubulo, manda un momento afuera a estos muchachos, que lo que tengo que decir es sólo para nuestros oídos.

Los jóvenes esclavos salieron, extrañamente silenciosos. Critias esperó un instante y luego prosiguió.

—Esto es lo que tengo que decir. Nosotros tenemos que recuperar nuestra ciudad. Sin pérdida de tiempo. En los próximos meses. Después habremos de decidir si hay que continuar la guerra o no, esto no es lo importante ahora. Recuperaremos la ciudad, y el día que lo hagamos saldaremos todas las cuentas.

Critias miró a su alrededor y bajó la voz.

—Habrá que matar a mucha gente. Matar a los necesarios para asegurarnos de que el pueblo no volverá a levantar la cabeza nunca más.

—¡Así es! —exclamó una voz en la penumbra. Era uno de los dos chicos que estaban abrazados a su amante.

—¿Cómo así? —dijo alguien.

—¿Cómo? —replicó el mismo joven, volviendo a su asiento y con un brillo en los ojos—. ¡Basta con tomar la Acrópolis! Mañana subimos a la Acrópolis, todos nosotros, armados, y la ocupamos. Quiero ver quién osa oponerse.

Critias sonrió.

—Claro, también se puede hacer de ese modo. Tomar la Acrópolis, por supuesto, y desde arriba lanzar órdenes a la ciudad. Si es necesario también eso haremos. Pero si lo hacemos de ese modo, siempre habrá una mayoría que obedecerá forzadamente. Gritarán contra la tiranía, y si no lo gritan, lo murmurarán, y eso será todavía peor. ¡Pero no, nosotros, en cambio, actuaremos de tal forma que el propio pueblo vote por abolir la democracia!

Un rumor de sorpresa acompañó esta declaración.

—¿Y cómo se haría eso? —dijo el muchacho en tono de provocación.

—Ahora te digo cómo. Empezaremos con matar sólo a uno. Es necesario que la gente tenga miedo y comprenda que los tiempos están cambiando, pero no deben saber de dónde viene el golpe, y mucho menos a quién le tocará la próxima vez. La ciudad es grande, nadie sabrá cuántos somos, nadie sabrá si puede fiarse de su vecino. Luego, cuando la sospecha impere por doquier y todos hayan interiorizado el miedo, diremos que estamos perdiendo la guerra, que se necesitan más soldados, más naves, y que se tiene que suspender el sueldo a los jueces porque no alcanza el dinero. Diremos que se trata de una suspensión provisional, por supuesto. Si lo sabemos hacer nadie osará oponerse y la asamblea lo aprobará.

Todos escuchaban con la boca abierta.

—Luego presentaremos otra moción, diremos que habrá que reducir la asamblea, que no se le puede seguir dando el derecho de voto a todos. Que las discusiones duran demasiado, que las decisiones se alargan mucho. Propondremos reducir la asamblea, digamos, a unos cinco mil hombres. Hacer pasar esta medida no será una tarea fácil, pero se puede hacer. Al quitar el salario mucha gente no vendrá ni a votar. Y presentaremos la propuesta después de que la flota haya partido, se entiende. Será una flota numerosa, y nosotros, los que la financiamos, tendremos que hacer un esfuerzo. Entre más remeros vayan a bordo y estén lejos de la ciudad, más fácil será convencer a la asamblea de votar según nuestro provecho.

—¡Cinco mil hombres siguen siendo muchos, oh, Critias!

El orador alzó los hombros.

—Esos cinco mil no se reunirán jamás. Primero será necesario escribir la lista, ¿y quién lo hará? Propondremos elegir un consejo pequeño. Cuatrocientos hombres, como en los viejos tiempos. Y una vez que el consejo tenga poderes plenos…

Critias no necesitaba continuar. Miró a su alrededor. ¿Estaban todos? "Sí, están todos. Pero pongámoslos a prueba".

—Quien esté conmigo, beberá también conmigo. No conozco un juramento más sagrado. ¡Oh, Eubulo, haz que entren los mozos y danos de beber!

—Jóvenes —llamó Eubulo—. ¡Hermosos jóvenes! Pero cómo, no viene nadie. Siempre es lo mismo, en esta casa parece que mandan ellos. Ya es bastante con que nos hayan dado de comer —bromeó, afectuoso—. Se levantó de los cojines, apartó la cortina, llamó con fuerza. Uno tras otro entraron los mozos, con los labios grasosos, habían aprovechado la pausa para relamer los platos.

Se rellenó la copa de los convidados. Critias fue el primero en beber.

—He hablado, he dicho lo que tenía que decir, Eubulo, te cedo el turno. ¡Establece tú las reglas con las que seguiremos bebiendo!

—Yo creo que muchos querrán decir algo, Critias. Y por eso, amigos, si les parece, yo diría esto: cada uno podrá hablar una sola vez, y brevemente, y después de cada intervención beberemos.

—Ve despacio, oh, Eubulo, que ya hemos bebido cuatro copas, ¡y lo has diluido poco! —alguien protestó.

—¡Por mí está bien así! —declaró Critias, y se relajó sobre los cojines.

En la cocina, Andrómaca y el cocinero habían empezado a lavar y a guardar todo lo que ya no se necesitaba, amenazaba con ser una larga velada y más valía anticiparse.

—¿Y esta noche no van a cantar? —preguntó en determinado momento el cocinero.

Andrómaca negó con la cabeza.

—Esta noche es para hablar —dijo, sarcástica. Y pensó "En esta ciudad siempre se habla demasiado. Pareciera que todos tuvieran siempre algo que decir, nunca les enseñaron las virtudes del silencio". Para los que habían crecido donde ella creció Atenas era una extraña ciudad. Sin embargo, aun así, la noche se estaba desarrollando de una manera bastante insólita. Que en un banquete¶ —¡y encima con tantos invitados!—, después del himno al dios entonado al inicio no se hubiera seguido cantando, que nadie hubiera desafiado a los otros a cantar las antiguas e interminables canciones de los héroes demostrando que las recordaban de principio a fin, era anormal hasta en esa ciudad de charlatanes. "Hay algo extraño en el ambiente esta noche —pensó Andrómaca, inquieta —. Algo extraño en esta casa, y también en esta ciudad, desde hace un tiempo." No salía lo suficiente de casa como para poder enterarse

de más, pero lo sentía en la piel. Siguió afanándose en la parrilla donde se había asado la carne, y vio al cocinero, que la miraba de soslayo.

—¿Por qué pelas así los ojos? ¡Pareces un barco! Trabaja, anda…

Y en efecto, como se sabe, en la proa de los barcos están pintados dos grandes ojos, uno de cada lado, y cuidado si no fuera así: las naves tienen que poder encontrar la vía de regreso a casa. Le volvió a la mente la trirreme de guerra en la que fue llevada a Atenas; apretó los dientes como para expulsar el recuerdo, y se volvió a ocupar en limpiar.

El primer invitado que quiso intervenir estaba tan de acuerdo con Critias que no sabía ni siquiera qué decir; rebosaba de entusiasmo, pero le faltaban las palabras. Su intervención fue tan breve que los mozos apenas tuvieron tiempo de volver a llenar la crátera y mezclar el vino con el agua. El segundo fue menos caluroso. Midiendo sus palabras, dijo que también él estaba de acuerdo, naturalmente.

—Y entiendo que si somos sólo unos cuantos los que estamos aquí es porque quisiste invitar únicamente a amigos confiables. Pero ¿cómo le hacemos para involucrar a otras personas sin que, tarde o temprano, alguien nos traicione? ¡Debajo de cualquier piedra puede haber un alacrán!

—Ya lo he pensado —dijo Critias pausadamente—. Y te digo que es imprescindible que empecemos de inmediato y terminemos rápido. Cada uno de nosotros frecuenta otras compañías como la de esta noche, y entre ellas podrá hablar libremente. Pero la propuesta de que la flota parta antes de lo que correspondería, es decir, este año, la vamos a presentar en la asamblea ya en los siguientes días. Y también el terror tiene que empezar en seguida. ¡Mientras los alacranes duermen!

En tercer lugar tomó la palabra uno que Critias conocía sólo de vista y estimaba poco, Eutidemo, un armador del Falero que argumentó que no bastaba con echar abajo la democracia. Se necesitaba terminar con los trabajadores manuales.

—¡Ésos no son ciudadanos! ¡También ésa es una locura! ¿No nos han explicado los sofistas que todos los hombres son iguales por naturaleza, incluidos los esclavos? Pues bien, si es cierto, que sean iguales de verdad: ¡todos los artesanos, los remeros, los jornaleros deberían ser reducidos a esclavos públicos!

Las intervenciones se sucedían cada vez más acaloradas y, como suele ocurrir, la discusión tomó un cariz imprevisto. El siguiente orador empezó a tomársela contra los esclavos. En la democracia, claro está, son ellos principalmente los que se aprovechan de ella, ¿no hay que acabar con eso?

—¡Dentro de poco serán los esclavos los que gobiernen esta ciudad! Hoy día, si vas por la calle y le plantas un golpe a un esclavo, enseguida escuchas refunfuñar: ¡enemigo del pueblo! Pero ¿qué diferencia hay entre un esclavo y un desgraciado que ha vendido a sus hijos, y que vendería la ciudad por un dracma? ¡Te los encuentras por la calle y no los distingues!

Otro intervino, sin esperar a que la copa terminara de pasar y se le diera la palabra.

—Y que alguien le ceda el paso al que es mejor que él. ¡Qué va, se siguen derecho! ¡Si continúa la democracia, acabaremos con que ni un burro te cederá el paso!

Alguien más no se quiso quedar atrás.

—¿Y las mujeres? Van por la calle con el velo, esposas de muertos de hambre que no saben ni lo que cenarán en la noche, pero te miran con malos ojos, ¡claro, ellas son ciudadanas!

Aturdido por el vino, Critias escuchaba, y se sorprendía: "¿Cómo es que todos hablan continuamente de la calle? Claro, la cuestión es que en tu casa tú mandas, es cuando estás entre otros cuando te das cuenta de lo que quiere decir la democracia…".

Cuando todos hubieron hablado, la copa dio una última vuelta. Después de haber bebido, Eubulo adquirió un color cenizo y le hizo precipitadamente una señal a uno de los mozos. El joven esclavo acudió con una palangana y una pluma de gallina, y le sostuvo la cabeza mientras el amo, con los ojos lacrimosos, se metía la pluma en la garganta y vomitaba. Otros invitados lo imitaron; uno que otro chorro terminó en el piso y los perros se precipitaron a lamerlo.

—¡Por todos los dioses, me estaba olvidando de lo mejor! —exclamó Eubulo, medio recompuesto y acomodándose la corona de mirto que había acabado de través—. ¡Hemos escuchado muchos argumentos, y podríamos decir que en general estamos de acuerdo, pero ahora es momento de divertirnos un poco!

Uno de los muchachos salió; enseguida se corrió la cortina y entraron dos flautistas. Mientras esperaban afuera se habían resguardado del frío con sus himationes, pero en cuanto entraron los dejaron caer y se quedaron en unos quitones ligerísimos, casi transparentes. Los invitados gritaron con aprobación. Normalmente el que invitaba pagaba una sola flautista, Eubulo se había extralimitado. Las muchachas hicieron reverencia y esperaron órdenes.

—¿Qué dices, mejor les pedimos que toquen al estilo dórico? Así nos relajamos, ¡la noche aún es larga! —propuso Eubulo.

Critias aprobó.

—¡A la dórica! —ordenó el anfitrión.

Las dos flautas dobles entonaron una melodía lenta y onírica, y todos se arrellanaron en los cojines para disfrutarla mejor. Hasta los

jóvenes esclavos, en la penumbra, se sentaron en el piso, alguno incluso apretándose a los perros. Sobre los camastros, una de las parejas de amantes intercambió alguna efusión más audaz, y la otra pareja no tardó en imitarlos. Critias, en plena dicha, estaba a punto de caer dormido, pero se despertó de un sobresalto y se aseguró de que el joven al que le había echado el ojo siguiera cerca. Al final de la melodía Eubulo ordenó:

—¡Denle de beber a las muchachas!

Las flautistas, obedientes, bebieron. A los clientes les gustaba emborracharlas, era parte de su oficio.

—Otra pieza… pero esta vez que sea una sola, se está haciendo tarde. ¿Tú cómo te llamas? —le preguntó Eubulo a la más desenvuelta de las dos.

—¡Trilla![**] —dijo la muchacha, riendo.

—¡Bien! ¿Y tu amiga?

—Sepiolita.[††]

—¡Todavía mejor! Bien, Trilla, toca, y tú, Sepiolita, empieza a hacerte útil. ¡Y ustedes, jóvenes, todos fuera, aquí ya no es lugar para ustedes!

Los muchachos, codeándose el uno al otro, se encaminaron a la puerta. Pero Critias atrapó al paso al que había despertado su interés.

—¡Oh, Eubulo! ¿De verdad se tienen que ir todos? ¡Pido una excepción!

Eubulo rio.

—¡Debería ofenderme porque ya he pagado a las flautistas, pero el deseo de un invitado es ley! Tú, quédate.

El mozo elegido sonrió con timidez y se sentó en el piso, al lado de Critias. El hombre alargó una mano para acariciarle la tupida cabellera. La cabeza le daba un poco vueltas, y quizá dentro de un

rato tendría que pedir que le ayudaran a vomitar, pero ahora estaba satisfecho. "Qué belleza —pensó—, esta velada no podía ir mejor."

Trilla empezó a tocar una nueva pieza. Sepiolita colgó la flauta de una clavija en la pared y se desnudó rápidamente. Los hombres seguían en silencio, mirándola con fijeza, absortos. Cuando el quitón cayó al piso el menudo cuerpo se mostró desnudo, bien depilado todo. La muchacha miró a su alrededor un instante para evaluar cuántos había presentes; luego se hincó junto al anfitrión, con unos cuantos gestos expertos le sacó el *phéos* y empezó a chuparlo. El piso estaba frío, pero ya estaba acostumbrada, también eso formaba parte del oficio.

Los jóvenes medio desnudos a los que habían echado de la sala se vistieron de prisa, porque las otras habitaciones de la planta baja no estaban calentadas. La única estancia a la que habían llevado un brasero era en la que los esclavos de los invitados esperaban a sus amos para acompañarlos a sus casas al final del banquete. Los hombres estaban sentados en el piso bostezando; durante un breve espacio de tiempo habían reído y bromeado, comiendo pan y olivas, pero en ese momento se estaban aburriendo. Cuando algunos jóvenes entraron para calentarse un poco los recibieron con bromas pesadas.

—Entonces, ¿llegaron las flautistas?

—¡Que si llegaron! —respondieron los muchachos, guiñando el ojo.

—Les hubiera gustado quedarse ahí para verlas trabajar, ¿verdad?

A los muchachos se les escapó la risa.

—¡Sátiro se quedó ahí, uno de los invitados no lo dejó irse! —estalló finalmente uno de ellos.

—¡Ah, él sí que se va a divertir! —comentó uno de los adultos. Casi todos rieron. Sólo uno puso cara de escándalo, luego cruzó los dedos en una rápida señal de conjuro. Andrómaca, que estaba entrando para llevar más bebida, lo vio y arrugó la frente.

—Aquí no se practican encantamientos —lo reconvino.

—No es un encantamiento —protestó el hombre, hundiéndose de hombros—. ¡Pero es que aquí se oye cada cosa!

—¿Por qué? ¿Qué es lo que no te gusta? —replicó cansinamente la mujer.

—¡Nada! Sólo que yo soy frigio. Muchas de las cosas que a ustedes les parecen bellas para mí son espantosas, y viceversa.

Andrómaca levantó los hombros y continuó vertiendo el vino.

—¿Qué eres, frigio? Un marica —intervino otro esclavo—. Sólo nosotros los tracios somos hombres.

—¡Basta! —brincó Andrómaca. El frigio la miró.

—Tú eres griega, ¿verdad?

—De Melos —respondió la mujer. Todos callaron. Recordaban muy bien lo que había ocurrido en Melos, sólo habían pasado cinco años de eso. La pequeña isla, habitada por colonos espartanos, había querido permanecer neutral en la guerra entre Esparta y Atenas, hasta que atracó en sus costas la flota ateniense y quiso obligar a los habitantes a tomar un bando. Aquéllos se habían negado, invocando la protección de los dioses y su derecho. Los atenienses les explicaron que había un solo derecho, el del más fuerte, pero aquéllos no quisieron dar oídos. Irritados ante tanta necedad, los atenienses asediaron la ciudad y la hicieron presa del hambre, para luego castigarla. Sacaron a todos los hombres y los decapitaron, mientras que las mujeres fueron violadas y vendidas como esclavas a Atenas.

—¿Alguien sigue con sed? —preguntó Andrómaca. Nadie respondió. La mujer se puso el ánfora al hombro y salió. El tracio hizo un gesto obsceno detrás de ella y miró a su alrededor, pero pocos rieron.

3

—¡UN JALEO, les digo! Cuando regresé del campo ayer por la noche ellos seguían en gran revuelo. Me fui derecho a mi habitación y cuando desperté, al amanecer, mi padre no se había ido a la cama; abajo, la puerta abierta, los braseros apagados, los esclavos todos durmiendo. En el gran salón estaba todavía Critias despierto, lo conocen, ¿no?, y Eutidemo, seguían bebiendo, de una taza enorme, no sé de dónde la habían sacado. Bebían por turnos, luego Eutidemo se desplomó, y a Critias le tuve que ayudar a levantarse. Mi padre roncaba, ni siquiera intenté despertarlo. ¡Qué imbéciles son los viejos!

—¿Y todavía estaban las flautistas? —preguntó Argiro, chasqueando la lengua.

—¡Estaban durmiendo! —respondió Cimón, disgustado—. Borrachas perdidas. Estaban desnudas, les habían echado encima una capa, pero yo se las quité. Guapas. Habría sabido qué hacer con ellas. Luego entró esa puta de Andrómaca y me echó de ahí.

—¡Uy, uy! ¡Te echó! —se burlaron los otros dos. Cimón hizo una mueca.

—Espera a que muera mi padre y ya verá ésa.

—Pero por el momento no te las suelta —se burló Cratipo. A Cimón se le oscureció la mirada.

—¡Espera a que muera mi padre, te digo! Y verás si no me las suelta. Y luego se la vendo a Perro Zorro, y ahí en el burdel se la podrán tirar todos.

Los tres muchachos cabalgaban en un campo desierto. En tiempos de guerra a la gente no le gustaba salir. Pasaron junto a una masía en ruinas, con el techo derrumbado y los muros ahumados por el fuego. Pero no había señales de tratarse de un incendio reciente, pues la hiedra ya empezaba a cubrir los escombros.

—¿No estamos ya muy lejos? Regresemos a tu casa —dijo Argiro.

—Mira, que el niño tiene miedo —se burló Cratipo.

Cimón rio con sarcasmo.

—Sólo una milla más y veremos Decelia desde la colina. ¿Tienen el valor de llegar hasta allá?

En Decelia estaban acampados los espartanos. Hacía dos años que no se movían de ahí; en la ciudad, los prófugos bloqueaban los pórticos, dormían en las calles. No habían bajado más, pero la sola idea de ver sus tiendas estremecía.

—No, regresemos —imploró Argiro.

—Regresa tú, si tienes miedo.

Argiro palideció. ¿Cómo iba a admitir frente a todos que tenía miedo? Primero muerto.

En la lejanía se alcanzaba a ver un fragmento de la muralla que se había apenas levantado, y una torre de vigía. Cuando estuvieron más cerca descubrieron a los hoplitas que holgazaneaban con la espalda apoyada al muro. Al ver a los tres caballeros que se acercaban uno se levantó, recogió su lanza y fue a su encuentro. Cuando se dio cuenta de que eran sólo unos muchachos se relajó. Escupió al piso el diente de ajo que estaba masticando.

—Deténganse. No se puede avanzar más.

—¿No se puede subir a la colina? —preguntó Cimón, agresivo.

El hombre lo miró con fastidio.

—No. Tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie.

—¿Y eso por qué? —insistió Cimón.

—Son las órdenes —cortó en seco el hombre.

Cimón volteó a mirar a sus compañeros.

—Bien, regresemos —dijo Argiro.

—Regresemos —confirmó Cratipo—. A mí qué me importa ver a los espartanos. Mejor nos hubieras llevado a ver a las flautistas.

Cabalgaron en silencio un rato, rumiando. Cada uno se preguntaba cuándo su padre lo juzgaría lo suficientemente adulto para participar en los banquetes. Los tres eran hijos de hombres ricos y chapados a la antigua. "Los jóvenes tienen que estar con sus pares", había dicho Eubulo, tajante.

—¿Eran dos, dijiste? —preguntó Argiro.

—Dos —confirmó Cimón, altivo—. ¿Tú qué te piensas? Mi padre, cuando se trata de gastar, no se queda a la zaga.

—¿Eran buenas?

—¡Yo qué sé! Estaban durmiendo.

—Para eso todas las esclavas son buenas. No hacen más que echarse palos —intervino Cratipo, despectivo.

Los tres estallaron en risas. Luego Cimón formuló una idea que le daba vueltas en la cabeza desde hacía tiempo.

—Pero, a ver, Cratipo, ¿según tú hay diferencia entre una esclava y la esposa de un campesino?

Cratipo rio sarcástico.

—¡Los campesinos creen que sí!

—¡Precisamente! —rio Cimón—. Pero en realidad no hay ninguna diferencia. Mira a Andrómaca, era una mujer libre, ¿no? Y no obstante ahora se va a la cama, y de qué manera, con mi padre.

Los tres se quedaron sin palabras. Argiro y Cratipo visitaban con frecuencia la casa de Cimón. Todos conocían a Andrómaca, y con esos ojos marcados por el insomnio y esas caderas esbeltas a pesar de la edad, estremecía tanto a jóvenes como a adultos.

—¿Tú recuerdas cuando la compró?

—Yo era un niño —expresó Cimón—. Recuerdo que siempre lloraba. Y mi padre peleaba siempre con mi madre. Ella odiaba a Andrómaca. De no haber sido porque mi padre siempre se interponía la habría matado a palos, para desahogarse.

Cratipo rio.

—El palo les hace bien a los esclavos —dijo con indiferencia—. Sólo de esa manera entienden quién es el amo.

La yegua se había detenido a hurgar con el hocico entre las hojas de una siempreviva, buscando algo para apacentar. Cimón la espoleó con los talones, obligándola a retomar el paso.

—Y les haría igual de bien a algunas de estas llamadas muchachas libres. Y a propósito, he ahí un ejemplar —agregó, señalando la casa a la que se estaban acercando.

Glicera se había asomado a la ventana en cuanto oyó el pisoteo de los caballos y las voces de los muchachos.

—¡Hola, vecina! —la saludó ceremoniosamente Cimón después de haber guiñado el ojo a sus socios, y detuvo al caballo justo frente a la ventana. Histriónico, tiró de las riendas más de lo necesario; el semental, al sentir el freno, relinchó y agitó furiosamente la cabeza.

Glicera se sonrojó y farfulló algo. "¡Qué estúpida! —pensó—, ¡qué estúpida!" Y se sonrojó todavía más.

—Te vi el otro día. ¿Te gustan los caballos? —le preguntó Cimón.

—¡Mucho! —rio Glicera, aliviada.

Cimón le sonrió. No sabía bien qué más decirle, pero la muchacha lo excitaba.

—¿Estás preparando la guirnalda para la procesión?

Glicera se percató de que aún tenía entre las manos el hilo en el que estaba ensartando los higos secos. Al día siguiente empezaban las fiestas Leneas,* y las jóvenes que llevaban las cestas con las

ofrendas para el sacrificio al dios del vino se colgaban del cuello una guirnalda de higos secos. A Glicera y sus coetáneas les parecía ridículo, pero siempre se había hecho así, desde los tiempos de los ancestros. Alguna razón habrán tenido.

—Sí, me toca llevar la cesta —dijo, y se sonrojó de nuevo.

A Cimón se le ocurrió una idea.

—Son bonitos tus higos. ¿Han preparado muchos este año?

—Muchos, sí.

—Véndeme una canasta. Nosotros tenemos pocos este año, las abejas se lo comieron todo.

—Ahora no puedo —respondió Glicera confundida.

—Pero no ahora —rio Cimón—. Ve a mi casa a llevármelos. Te los pago bien, tres óbolos.

Los otros muchachos pararon la oreja. ¡Que osadía de Cimón, proponerle a una muchacha libre, así como si nada, que vaya a su casa! Y ella se ruboriza, pero no lo increpa, no cierra la ventana, realmente es cierto que no hay diferencia entre las hijas de los pobres y las extranjeras o esclavas, basta con aprender a tratarlas.

Glicera estaba demasiado confundida para darse cuenta de lo ofensiva que era esa propuesta: el muchacho era guapo como un dios, y le sonreía. "Qué rabia —pensó—, si mi padre hubiera ido hoy a la ciudad yo podría ir, pero de un momento a otro regresa del viñedo."

—No puedo, mi padre no me deja —intentó sonar bromista, meneó la cabeza y levantó los ojos al cielo, como diciendo: ya sabemos cómo son los viejos, ¿no?

Cimón volvió a sonreír. Se había dado cuenta de que cuando sonreía los ojos de la chica brillaban. Se quedó ahí todavía un rato, erguido en su montura, ensayando una postura despreocupada. Pero por mucho que buscó, no le vino a la mente nada más que decir.

—Bueno, vecina, ¿qué se le puede hacer? Lo siento mucho. Cuídate.

Los tres muchachos retomaron su camino, y Glicera se quedó mirándolos. "Hubiera podido ver la casa de un rico —pensaba—, ¡y luego, ya una vez ahí, con él, quién sabe qué hubiera podido suceder! Es evidente que le gusto, se fijó en mí." Sentía crecer dentro de sí la rabia contra los absurdos prejuicios de su padre.

—¡Esa zorra! Como si no fuera obvio que está lista para abrir las piernas —comentó Cimón apenas se alejaron lo suficiente—. "¡Mi padre no me deja!" —la imitó en falsete.

Pero en ese momento Glicera los volvió a llamar. Les hacía señales, asomándose por la ventana.

Cimón giró el caballo, y en un instante estaba de nuevo al pie de la ventana.

—Dime.

Glicera había pensado rápido. Mañana, después del sacrificio, su padre iría seguramente al teatro, lo mismo que Polemón, todos los vecinos iban a la ciudad en ocasión de las fiestas y el concurso de comedia. Salían al alba y regresaban bien entrada la noche, entusiastas, hambrientos, discutiendo vehementemente sobre quién sería el ganador.

—¿Y si fuera mañana?

Cimón lo pensó. Si se tratara sólo de los higos, podría encargarle el asunto a Moca. Pero a él los higos le importaban un pepino, los había usado sólo para ver si conseguía hacer ir a la muchacha a su casa. Podría incluso no ir al teatro y quedarse en el campo; en la casona, por lo demás, no habrá nadie, todos van a la ciudad para las fiestas…

—Ven mañana, oh, hija de Trasilo —dijo solemnemente.

A Glicera casi se le escapa una risa. ¡Tres óbolos! Cuando su padre se enterara, le perdonaría haber salido sin permiso. Por supuesto, ahora que lo pensaba, ir sola a casa de un hombre la asustaba un poco. Ir al mercado es distinto, también ahí te miran los hombres, pero estás entre la gente, no te puede suceder nada. Sí, pero en casa de Cimón estaba Moca, la tracia, y ella era su amiga, ¿qué podría suceder? Además, pensó, prendiéndosele la chispa, no iría sola.

—¿Quieres dos canastas? —sondeo, esperanzada—. Me acompañaría mi amiga.

—Mejor todavía —consintió Cimón, y se fue al galope. Con dos, pensó, hay para todos.

—Muchachos, mañana los quiero bien alimentados y listos para la acción, tendremos dos potrancas que domar —anunció en cuanto alcanzó a sus amigos.

Eutidemo abrió los ojos. Por un momento se quedó desconcertado: "Pero ¿dónde estoy, oh, dioses?". Luego recordó que estaba en casa de Eubulo, la fiesta había terminado, era pleno día. No es que hiciera mucha diferencia, el comedor estaba oscuro, y tampoco afuera había sol. Los braseros estaban apagados y Eutidemo se dio cuenta de que estaba soñando que tenía frío: estaba en algún lugar, en la montaña, de guardia, cargando sus armas, y se dolía junto a sus compañeros del frío. "Cuántas veces me ocurrió cuando era joven —pensó—. Sales una mañana, pasas por la plaza y ves tu nombre en la lista: tienes que abandonar ahí el negocio, regresar corriendo a casa, dedicar la jornada a los preparativos: rellena el saco, manda a comprar queso y cebollas…" Ahora tenía mucho dinero para seguir prestando servicio: pagaba una trirreme. ¡Pero qué frío! ¡Y qué dolor de cabeza le ocasionaba la cruda!

Se dio cuenta de que Eubulo también estaba despierto.

—¿Sólo quedamos nosotros?

—Así parece, oh, Eutidemo. Dime, ¿quieres beber algo?

El invitado hizo un gesto de horror.

—¡Nunca más! ¡Nunca más volveré a beber lo que he bebido esta noche, lo juro por la diosa!

Eubulo rio. Más de una vez habían hecho ese tipo de juramentos.

—¿Quieres comer algo?

Eutidemo hizo una señal negativa.

—Me duele mucho la cabeza. Me voy a casa. Que me traigan mis sandalias.

Un joven esclavo apareció bostezando, con las sandalias del invitado en las manos, y se acuclilló para atárselas. Andrómaca se asomó por la puerta, estaba limpia y peinada, el cabello recogido en el pañuelo, sólo el rostro céreo y las ojeras evidenciaban que no había dormido.

—El amo se ha despertado —constató.

—Lo ves tú misma. Trae un poco de agua para lavarnos la cara.

La esclava se alejó. Eutidemo la siguió con la mirada, y también él, como todos, se dio cuenta de que esa mujer lo perturbaba. Quién sabe, tal vez era simplemente su pasado, saber lo que le había ocurrido hacía apenas unos años…

Los dos hombres cruzaron miradas y sonrieron.

—Pero, dime, ¿se llamaba Andrómaca desde antes? —preguntó Eutidemo levantándose.

Eubulo rio socarronamente.

—¡Qué va! Yo la llamé así, como la esposa de Héctor, que se volvió esclava de Menelao. Ella se llamaba… Ya no me acuerdo. Su marido fue degollado con todos los demás. Tenía un hijo pequeño, pero no lo compré, no me servía.

—¿Y es buena en la cama?

—No está mal. Al principio era un poco obstinada. Después aprendió.

Eutidemo aprobó.

—Es muy cierto lo que se dice: ¡basta una noche para que una mujer aprenda a apreciar la cama de un hombre!

Ambos rieron socarronamente.

Andrómaca volvió a entrar con una crátera y un ánfora. Uno después del otro, los dos hombres sumergieron las manos y se lavaron la cara. Eubulo dispersó algunas gotas en el piso, murmurando alguna fórmula.

—Bien, yo me voy. Es más, no, espera, ¿tú también te acuerdas de lo que dijo Critias esta noche? —le preguntó Eutidemo regresando sobre sus pasos.

—Me acuerdo perfectamente.

Eutidemo miró en torno. Andrómaca había regresado a la cocina, el joven esclavo lo esperaba para acompañarlo a la puerta.

—¡Largo de aquí, tú! —ordenó Eubulo.

Eutidemo regresó a sentarse.

—Entonces, escúchame. Estamos de acuerdo, ¿verdad?

Eubulo asintió prudentemente.

—¿Quieres que te lo diga? Critias tiene razón, si queremos echar a andar este asunto es necesario que empecemos enseguida.

—Adelante.

—No es necesario hacer tantas reuniones. Por el momento basta con los que estábamos ayer, ya todos estamos de acuerdo, así que empezaremos de inmediato. Yo conozco a los hombres indicados para dar el primer golpe, y seguro tú también tendrás a alguien —agregó bajando la voz.

Eubulo asintió.

—Queriendo, sí.

—Mañana empiezan las fiestas Leneas, es la ocasión ideal. Con tanta gente en las calles. Yo tengo un vecino, no sé si lo conoces, Opilión. Un loco furioso —agregó haciendo una mueca.

Eubulo abrió los brazos en señal de que no es posible conocer a todos.

—No importa. Hoy mismo yo arreglo todo. Mañana, regresando del teatro, haré que lo atraigan a un lugar seguro y ahí lo maten. Tú podrías hacer lo mismo.

Eubulo meditó. El asunto no era tan sencillo como lo pintaba Eutidemo. "De hecho —pensó—, es complicado, hay puntos de fuga hacia todos lados, no se puede coger con una sola mano. Pero esta noche nos comprometimos, en eso tiene razón. Y también es cierto que es mejor empezar de una vez."

—¿Tú no tienes un vecino en el campo que siempre se enciende en la asamblea? Recuerdo que lo escuché yo mismo, berreando que teníamos la tiranía a las puertas de la ciudad. Uno con un brazo muerto, ¿no?

Eubulo se inspiró.

—¡Pero claro! ¿Dices que podría mandar matar a ése?

—A ése, sí —asintió Eutidemo—. Será todavía más fácil, puesto que vive en el campo. ¿Cómo se llama?

—Trasilo —dijo Eubulo.

—Justamente él. Sería buenísimo.

—Pero… —dudó Eubulo— ¿dos al mismo tiempo no será demasiado? Empecemos con uno.

Eutidemo no lo pensó demasiado. Le pulsaban las sienes, se le agudizaba el dolor de cabeza, lo único que quería hacer era irse a casa.

—También podemos empezar con uno solo. ¿Tú o yo?

—Echémoslo a la suerte.

Eubulo recogió una varita de paja del piso, la partió en dos, le extendió la mano a Eutidemo.

—¿La más larga?

— La más larga.

Eutidemo eligió.

—Te toca a ti. Es decir, a Trasilo —rio—. Está bien, el mío puede esperar. Se sobrentiende —agregó, poniéndose serio— que los dos estamos juntos en esta empresa. La sangre de ese hombre nos unirá.

—Todos los que estaban aquí esta noche ya están unidos —asintió Eubulo.

—Bien. Yo me voy, entonces. ¡Muchas buenas cosas!

En el umbral, el armador se detuvo a mirar el cielo plomizo, para variar, prometía lluvia. "Qué invierno", pensó. Chapoteando en el camino lodoso se encaminó a su casa. En el murete de un huerto notó una pinta al carboncillo, grandes letras chuecas trazadas por la mano de un semianalfabeta: "Mierda a Esparta".

Eutidemo sacudió la cabeza. "Cuando gobernemos nosotros también acabaremos con esta guerra absurda, firmaremos la paz con Esparta, y si se requiere pedir ayuda a los espartanos para mantener al pueblo a raya, pues bien, les pediremos ayuda…"

4

—Es claro —dijo el sacerdote de Dioniso, hurgando con los dedos entre las vísceras calientes del cerdo recién descuartizado sobre el altar.

Hasta hacía un instante al pequeño puerco todavía lo recorrían estremecimientos.

—Claro, claro, claro.

Las palabras le salían de la boca como una cantinela, tan acostumbrado estaba a repetirlas. Los tres hombres que lo rodeaban esperaban con impaciencia, pero no osaban apurarlo. El sacerdote extrajo el hígado sanguinolento, lo manipuló con la soltura de la costumbre, lo escrutó a la luz parpadeante de la lámpara (afuera todavía estaba oscuro). Había una señal.

—Aquí está, aquí está, aquí está —canturreó el sacerdote entre sí. Era viejo, y cada tanto tenía vacíos de memoria, pero el oficio lo sabía.

Los tres miraron el hígado, pero ninguno de ellos habría sabido qué buscar.

—El dios ha hablado, es él mismo, la señal es clara. La víctima es favorable a que empiece el último de ustedes. El último, está claro, claro, claro —miró a la cara al tercero de los hombres y sonrió—. Aristófanes, hoy te toca a ti.

El hombre se quedó impasible. Tenía una corta barba entrecana y era completamente calvo. También los otros dos competidores permanecieron en silencio, pero para sus adentros se regocijaban.

Todos estaban convencidos de que, para ganar la competencia, era mejor ir a escena el último día. Es como en la asamblea: el último que habla siempre tiene la razón. "Está bien, de cualquier modo, les enseñaré yo —pensó Aristófanes, con un estremecimiento de emoción—. Y ahora a avisarles a los actores y al coro, que comenzamos en breve."

Los tres salieron juntos a la oscuridad. Los menesterosos que dormían en las calles empezaban apenas a trajinar, algunos niños lloraban.

—Entonces, oh, Aristófanes, hoy sabremos finalmente si es verdad lo que se murmura —lo provocó uno de los adversarios.

—¿Por qué? ¿Qué se murmura? —replicó el calvo.

—Que en tu comedia hablarás contra la guerra —dijo el otro, irónico.

Hacía quince años que Aristófanes ponía en escena comedias para dar voz a los atenienses que estaban contra la guerra.

—¡Claro que no! ¿Y tú, en cambio, de qué vas a hablar, de maridos cornudos y de esclavos que se roban en las bodegas? —repuso Aristófanes—. Pero ahora me disculparán, que voy con prisa.

Los dos competidores se quedaron viendo cómo se alejaba, luego se despidieron sin mucha efusividad, y cada cual se fue por su cuenta. Se conocían desde siempre, habían crecido juntos, pero el concurso es muy importante. No hay amistad que valga cuando empiezas a abrirte paso para que te den el coro, y luego, cuando llega el momento de salir a escena, las sonrisas y los apretones de manos son sólo de circunstancia, ingenuo el que se los crea.

En la explanada frente al santuario de Dioniso había tal multitud que prácticamente no había modo de moverse. En el aire flotaba el buen olor de la carne de las víctimas cuando terminaba de asarse, pero

entre la muchedumbre el olor más fuerte era el de los alientos rebosantes de vino; todos habían empezado a beber desde la mañana muy temprano, con la primera ofrenda al dios, en cuanto se habían despertado. La mayoría de la gente, después de la procesión, se había detenido junto al acceso del teatro, para asegurar los mejores lugares; y para entrar en calor seguían bebiendo, ahí de pie, algunos de las jícaras, otros hasta de los odres que llevaban rebosantes, preparados para una larga jornada. Mujeres había pocas; algunas descaradas, bien conocidas en la ciudad, sin velo, bebían y bromeaban con los hombres como si fueran uno de ellos; algún extranjero, que conocía poco las usanzas, se había traído a la esposa, y ahora se arrepentía. Entre la confusión de la multitud, como es sabido, te pellizcan las nalgas como si nada, y si te veo, ni te conozco. Hay incluso algunos ciudadanos respetables que te susurran al oído cada cosa que ni a repetir te atreves, después se dan la vuelta y fingen que no pasó nada.

Los huérfanos de guerra, que como todos los años habían abierto la procesión, huían de los pedagogos que trataban de reunirlos: una multitud de chiquillos de todas las edades, vestidos de blanco, con coronas de hiedra que acababan torcidas mientras jugaban. Las mozas que llevaban las canastas para el sacrificio estaban todas reunidas bajo el pórtico cuchicheando; algunas ya se habían quitado la guirnalda de higos secos, indiferentes a las miradas desaprobatorias de sus padres.

Trasilo buscaba con los ojos a su hija Glicera. Se había alejado un momento, ¡sólo un momento!, para ir tras un conocido al que quería darle a probar su vino, y ella ya se había perdido quién sabe dónde, era peor que una cotorra. Un esclavo se abría camino entre la multitud con un imponente falo de madera de higuera bajo el brazo; lo atropelló y ni siquiera se detuvo a ofrecer disculpas. “Ya no hay

respeto por los viejos", pensó Trasilo, irritado. Le vino a la mente cuando también él tenía un esclavo y lo hacía llevar el falo a la fiesta, y sintió una punzada de melancolía; desde que había dejado de tener quien le ayudara prefería dejar el falo en la bodega de casa. Hoy día había quien, a falta de algo mejor, incluso hacía que lo llevaran las muchachas junto con la canasta de las ofrendas, pero a él esta novedad no le gustaba. Finalmente distinguió a su hija en medio de un grupo de muchachas.

—¡Aquí estás! ¿No te parece que es hora de que te vayas a casa?

—¡Pero, papá! ¡Todavía es temprano! —protestó Glicera.

—¡Nada de temprano! En un rato ya abren las puertas del teatro. Te vas directo a casa, y nada de detenerte a hablar con nadie, ¿entendido?

Glicera se resignó más fácilmente de lo habitual. Trasilo lo notó, pero no se preguntó por qué. Mejor así, ¡ocurría muy rara vez!

—Me voy, papá. ¿Tú tienes todo?

Trasilo se fijó: la jícara del vino colgada del cinturón, el atado con el pan, las cebollas y un trozo de la gallina que acababan de sacrificar, cocer en la parrilla y estaba todavía tibia. Tenía lo suficiente para sacar la noche.

—Tengo todo, te puedes ir. ¿Haces el camino con Caris?

Glicera miró en torno.

—Ahora la busco.

—Pero no te tardes, ¡a casa de inmediato!

—¡Sí, papá! —suspiró la muchacha.

Trasilo la besó y regresó al grupo del que se había separado.

No lejos de ahí, en la esquina del portal, Eubulo tocó el hombro de un hombre rechoncho, de baja condición, que miraba al vacío con una varita de paja en la boca.

—Es él —le dijo—. El que tiene el brazo muerto, ¿lo ves?

El hombre escupió la varita de paja.

—Lo veo bien. Visto —dijo, con un fuerte acento de bárbaro.

Eubulo desvió la mirada. Ese hombre siempre le provocaba escalofríos. ¿Sería por esos ojos suyos? Al mirarlo se percibía enseguida que había algo mal. Después lo entendías, tenía un ojo marrón y uno azul, como los demonios. No era culpa suya, pero de igual modo incomodaba.

El hombre frunció la boca, como quien reflexiona.

—Oye, ¿y ésa a la que abrazó es su hija?

—Creo que sí.

—Entonces ¿sabes qué haré? La seguiré a ella. Seguro ella regresa a su casa, ¿no? Y él hará el mismo camino en la noche. Yo la sigo a ella y me busco un buen lugar donde aguardar.

Eubulo se encogió de hombros.

—Está bien, el artista eres tú.

El hombre rio y se encaminó, porque Glicera había encontrado a Caris y ambas se habían puesto en marcha, lanzando una última mirada de melancolía hacia la plaza atestada de gente.

Eubulo lo volvió a llamar.

—¡Escucha, Atheas!

El extranjero se detuvo.

—Un trabajo limpio, ¿he sido claro? Ningún testigo.

El hombre suspiró. “Los clientes son todos iguales, como si uno no conociera el oficio.”

—Quédate tranquilo. Yo siempre hago trabajos limpios.

Frente a la casa de Eubulo, la esposa del vecino jugaba con su hijo. Tenía cuatro o cinco años, todavía balbuceaba. Arrastraba un carrito de madera pintado de rojo, y de vez en cuando se detenía a observarlo, encantado, como sin poder dar crédito de poseer aquella

maravilla caída del cielo. Por primera vez en su vida, esa cosa de la que su padre y su madre le hablaban seguido y que nunca había sabido representarse, los dioses, adquiría un sentido.

—Su padre es huraño, pero tiene un corazón de oro —dijo la madre, buena mujer, más bien fea—. El otro día en el mercado había uno que vendía juguetes, él se frena enseguida y se lo compra.

Andrómaca escuchaba con un nudo en la garganta. A estas alturas su hijo ya debía de haber crecido, pero ella lo recordaba así, con sus ricitos, pronunciando sólo algunas palabras: papá, mamá.

—Él es así. Si lo contradices se pone de inmediato a gritar, pero si le tocas su lado bueno es un pedazo de pan. Como todos los hombres —siguió diciendo la vecina.

El niño se detuvo justo delante de Andrómaca y le mostró solemnemente el carrito.

—Mila. ¡Caíto! —balbuceó.

—Sí, amor mío, tu carrito —lo secundó Andrómaca, y se agachó para acariciar sus ricitos grasientos.

Al llegar, Cimón la encontró así, acuclillada sobre los talones escuchando al niño. Y a su lado esa imbécil de la vecina, las dos ahí perdiendo el tiempo.

—Métete a la casa —le ordenó a Andrómaca—. Prepárame algo de comer que voy a ir al campo —y al ver que a la mujer, tomada por sorpresa, le costaba levantarse, le dio una leve patada con la punta de la sandalia.

—Bueno, a ver si ya paras de perseguir mocosos. Al tuyo a estas alturas se lo habrán comido las hormigas —refunfuñó a voz lo suficientemente baja para que la vecina no lo oyera.

Andrómaca palideció y se metió disparada a la casa. El niño se quedó ahí, mirando perplejo.

—Ven aquí, ven con mamita —lo llamó su madre—. Ven, regresemos a la casa.

Cimón entró al patio y se quitó las sandalias, aventándolas a un rincón.

—¡Muchachos! —llamó—. Alguien que me acompañe al campo.

Un esclavo de cabello gris salió de la cocina, terminando apresuradamente de masticar algo.

—¿Voy yo, amo?

Cimón asintió, impaciente.

—Ve con Andrómaca y ayúdala con los preparativos. Y apúrate, que tengo prisa.

Cuando el viejo reapareció, con un atado en la espalda, Cimón ya se había cambiado la túnica de la procesión y esperaba con impaciencia.

—Vamos, joven, que es tarde.

El esclavo hizo un gesto como para decir: aquí estoy, ¿qué más quieres?

Andrómaca cerró la puerta detrás de ellos. Todavía se sentía turbada por las palabras de Cimón, y puesto que nadie la miraba no se preocupó por esconder el odio que sentía. Pero no era sólo la maldad gratuita del muchacho la que la había trastornado, esa conducta era hasta normal. Ese día había algo particularmente extraño en Cimón, una excitación reprimida que todo su comportamiento delataba y que Andrómaca no sabía explicarse. Desconcertada, lo vio alejarse a buen paso, seguido por el esclavo tambaleante.

Lo primero que hicieron fue pasar a casa de Argiro. Era el más inexperto de los tres, el más granoso y el único al que aún no le nacía ni un poco de barba, pero a Cimón no le hubiera nunca pasado por

la cabeza no llamarlo. “Nosotros tres —pensaba con orgullo—, somos los inseparables. Lo seremos también de adultos. Si las cosas salen como esperan nuestros padres, heredaremos una ciudad para gobernar: nosotros, los mejores.” A Cimón le gustaba fantasear sobre esto: “Nosotros tres al poder. No tendremos piedad por nadie. Todos se alinearán”.

—Y ahora vamos por Cratipo —dijo Cimón después de abrazar a su amigo.

Argiro recordó algo.

—¡Espera! Me dijo que no iba a regresar a su casa. Que iba a apostar a los gallos, al Cerámico.* Dijo que lo buscáramos ahí.

En el traspatio de un negocio del Cerámico se llevaban a cabo las peleas de gallos más apreciadas de la ciudad. Se movía mucho dinero, y con la siniestra fama del dueño había garantía de que ahí nadie se atrasaba en pagos. Ya desde la lejanía se oían los gritos alborotados de los espectadores. Un montón de gente se aglomeraba en la entrada: día de fiesta como era, no había lugar para todos.

—Yo voy —dijo Cimón—, ustedes espérenme aquí.

Abriéndose paso con dificultad atravesó la tienda y salió al traspatio. Ahí, en torno a una explanada de tierra, estaban sentados o acuclillados sobre los talones al menos unos cincuenta hombres. Cratipo estaba en la primera fila y se mordía los labios por el nerviosismo. Los dos competidores, en el centro, les peinaban las plumas a los gallos. El dueño de la tienda era el único de pie.

—¡Silencio! —gritó varias veces—. Entonces, el negro contra el rojo. ¿Quién le entra?

Los espectadores empezaron a vociferar, a levantar la mano y a berrear sus apuestas; el dueño, impasible, les hacía señales afirmativas a todos, a uno detrás de otro.

Un joven levantó la mano:

—¡Un óbolo al rojo!

El hombre se le quedó mirando.

—A ver, enséñame.

El joven se escupió en la palma de la mano la moneda que tenía en la boca y se la mostró, impasible.

—Está bien —dijo el dueño—. ¿Quién más?

—Una dracma al negro —dijo Cratipo.

Entre los asistentes se produjo un cuchicheo, la apuesta era grande.

—Está bien —registró el hombre, impávido. Era tan gordo que los ojos se le entrecerraban—. ¿Nadie más? Empezamos, entonces.

El círculo de espectadores guardó silencio. Los dos adiestradores tomaron en brazos a sus gallos y se acercaron uno al otro. Las aves se agitaban, inquietas. Los propietarios las acercaron lo suficiente para que pudieran picotearse, luego volvieron a separarlos. Los gallos, suspendidos en el aire, se agitaban cada vez más, chillaban y encrespaban las plumas del cuello. Los propietarios los dejaron en el suelo, uno frente al otro, sosteniéndolos de las plumas de la cola. Los gallos batían las alas y cacareaban, tratando de golpearse. Luego los soltaron. La gente estaba expectante, con la respiración contenida. Durante un momento los gallos los desalentaron, pues se quedaron inmóviles, como si no supieran qué hacer, uno de plano se volteó y se puso a picotear algo a mitad de la arena. La gente rio, se escuchó algún grito irónico de estímulo y también algún insulto. Luego, sin preámbulo, los gallos revolotearon el uno hacia el otro, el cuello encrespado, las plumas erizadas, la cresta erguida. La gente ahora se desgañitaba. Los gallos chocaron una, dos veces en el aire, después uno cayó mal al suelo y salpicó de sangre la arena. El otro lo atacó una vez más antes de que los propietarios intervinieran para

separarlos. Ahora toda la gente estaba de pie, algunos reían y otros maldecían.

—Gana el negro —dijo el dueño, indiferente. Pasó entre la gente a cobrar y a pagar. Cuando llegó con Cratipo tuvo que detenerse a contar antes de depositarle en la mano un dracma en monedas.

—¿Nos vamos? —propuso Cimón.

—Vámonos, yo ya terminé aquí —accedió Cratipo.

La gente empezaba a dispersarse, había tiempo para beber antes de la siguiente pelea.

Mientras salían, un grupo de muchachas, empujadas por la curiosidad, salía de la tienda al traspatio. Se apiñaron en torno a las jaulas de los gallos, con exclamaciones combinadas de entusiasmo y de repugnancia.

—¡Pobrecitos!

Estaban vestidas de fiesta, el cabello agarrado en redecillas de colores, sólo por el acento se infería que eran esclavas o extranjeras.

La joven que se había acercado primero a las jaulas cruzó de pronto su mirada con la de Cratipo y palideció. Cratipo no dejaba de mirarla con insolencia. La muchacha bajó la mirada y se mordió los labios.

—¿Quién es ésa? —preguntó Cimón mientras se alejaban.

Cratipo, satisfecho, se esponjaba él también como un gallo.

—Es la esclava de Estrimodoro. Lo conoces, ¿no? Uno que vive cerca de mi casa. Una vez me la encontré en el monte Feleo[†] robando madera, esa parte del bosque es nuestra. La arrojé contra el suelo y me la tiré. Ella no ha osado decir nada, ¡estaba robando!

Cimón, no por primera vez, envidió la suerte de Cratipo. “A mí nunca se me ha presentado una ocasión así”, pensó, excitado y resentido. Después se le cruzó por la cabeza que quizá eran puros alardes. Cratipo tenía la costumbre de contar aventuras que nadie

podía nunca comprobar. Cimón se sosegó. “Tal vez son todas de verdad patrañas —pensó—. Sin embargo, hoy estamos todos juntos. Hoy sabremos quién es el verdadero tipo duro.”

—Estas dos muchachas que hoy vienen —quiso indagar Cratipo, como si hubiera seguido el hilo de los pensamientos de Cimón—, ¿de quién son hijas?

—De dos andrajosos. Ni siquiera los conozco —respondió Cimón, ostentando indiferencia.

—Ya entiendo de qué tipo son. De esos que, si no existiera el salario, morirían de hambre.

—Mi padre dice que se los van a quitar.

—¡Sí, se lo quitarán! ¡Es una vergüenza darle de comer a tanta gente gratis a expensas nuestras!

—Será difícil hacer pasar la ley —objetó Argiro, para decir algo también él.

—Mi padre dice que no será difícil para nada. El partido ya está listo, organizado. Manejan la asamblea como quieren —replicó Cimón.

—¿Tú qué dices, Davo? —intervino Cratipo burlón, dirigiéndose al esclavo que cargaba sus atados—. ¿Conseguirán los nuestros derrocar este asco de democracia?

El viejo se aclaró la garganta y escupió.

—¿Yo cómo voy a saber? Esto es cosa de ustedes. Hagan lo que quieran, pero no metan a Davo en estos asuntos; los asuntos de los libres arréglenlos ustedes.

—¡Qué listo, Davo! —rio Cratipo.

Entre tanto habían salido de la puerta Dípilon[‡] y se adentraban en el campo. Llegaba olor de humo, alguien estaba quemando rastrojo. La calle empedrada estaba babosa de tanto lodo, con toda la lluvia que había caído los días anteriores. Envolviéndose en sus

capas, escudriñaron el cielo. En la lejanía, pasando la ciudad, el monte Licabeto era bien visible, irguiéndose entre escasos bancos de niebla, señal de que hoy ya no llovería más.

—Es extraño que para las fiestas Leneas jamás llueva —comentó Cimón.

—Es el dios que nos echa la mano —dijo Cratipo, bromeando—. A él no le gusta el agua.

Andrómaca terminó de barrer el hogar, de sacar las cenizas, de lavar el piso donde los amos habían lanzado restos de lo que comían a los perros. Se levantó con dificultad, ese día estaba extrañamente adolorida. Miró a su alrededor preguntándose qué otra cosa le quedaba por hacer. Ya no había nadie en la casona, en todas las habitaciones imperaba el silencio, sólo la mona saltaba y gritaba en su jaula, una adquisición reciente que aún no se domesticaba. Andrómaca pensó en todo lo que ensuciaría cuando la dejaran andar libre por la casa. La cabeza le daba un poco de vueltas, decidió descansar un momento, y se sentó al lado del hogar. En la mañana temprano estaba ahí abarrotado de gente, los amigos de Eubulo habían pasado a recogerlo para ir juntos a la procesión, habían comido y bebido, reído y bromeado, mirando a la simia y pasándole entre los barrotes pedazos de pan, mientras los perros rechinaban los dientes, recelosos contra aquella bestia extraña. Eubulo se había jactado de cuánto había pagado por ella…

De golpe, Andrómaca se dio cuenta de que era más de lo que el hombre hubiera tenido que pagar por comprar a su hijo. Sin embargo, él no había querido comprarlo, a la simia en cambio sí, era más divertida. El dolor la invadió, inesperadamente; se había vuelto muy buena en expulsarlo, en fingir que no existía el pasado, en alejar ese pensamiento y negarle la entrada a su cabeza cada vez que se

presentaba. Sólo por las noches no había aprendido todavía a dominarse, soñaba y gritaba, las otras esclavas que dormían a su lado en las esteras se habían quejado más de una vez. "¡Bastante poco nos autorizan dormir para que tú también abones!" Esta vez, sin embargo, el dolor estaba ahí, imposible de ignorar: "Un pasado acabado, aquellos a los que no verás nunca más, la ciudad a la que no regresarás jamás. Vivirás aquí recluida los años que te quedan de vida, limpiando la casa de otro, obedeciendo a extraños, entregándotele a un hombre que te repugna, trajinando de la mañana a la noche, hasta que mueras y acabes en una fosa común." Andrómaca recordó que *tiempo atrás* ella también había tenido esclavas, y se avergonzó. "Cómo he podido no entender lo que significa…" Sin darse cuenta se puso a llorar. La mona en la jaula saltaba y chillaba, como burlándose de ella.

Se recompuso al darse cuenta de que le caían lágrimas por las mejillas. Se había impuesto la regla de no llorar jamás, ni siquiera cuando estaba sola, y por lo general lo conseguía. "Tú no lloras", se repitió mecánicamente. Pero cuando se levantó sintió que de verdad le daba vueltas la cabeza, y se dio cuenta de que tenía escalofríos. "Me estoy enfermando —pensó—. Quizá sea mejor que me acueste un rato, igual no se va a enterar nadie." Fue a la habitación en la que dormía cuando Eubulo no la llamaba a su cama, se echó sobre el petate, se tiró una cobija encima. La fiebre le oprimía las sienes. "Dormiré un poco", pensó. Mientras se quedaba dormida, todavía le regresó a la mente la imagen de Cimón alejándose, y rechinó los dientes con odio. "Quién sabe qué le pasaba hoy, qué va a hacer al campo", pensó confusamente; luego se quedó dormida y ya no pensó en nada más. En la cocina la mona, que se había quedado sola, miraba a su alrededor con inquietud, y cada tanto lanzaba un llamado asustado.

5*

HACÍA rato que se había llenado el teatro, pero el espectáculo no empezaba. La gente comenzó a murmurar. Más de uno miraba el cielo, bajo y negro, ¡con que no se le ocurra llover! Cuando abrieron las puertas Polemón y Trasilo se precipitaron dentro entre los primeros, y a fuerza de codazos habían conseguido hacerse de dos lugares en las primeras filas, es decir, las primeras después de los sitios reservados, se entiende. Ahora la gente que abarrotaba el inmenso teatro estaba agitada: "¡Por qué no empiezan! ¡Siempre con lo mismo, estos imbéciles!". Desde donde estaban sentados, Polemón y Trasilo podían ver perfectamente el porqué: los lugares centrales de la primera fila estaban vacíos, el sacerdote de Dioniso todavía no llegaba. En cambio, justo frente a ellos se habían acomodado ciertos mocetones melenudos, y hasta se habían traído, ¡increíble!, a una alegre muchacha.

Trasilo escupió.

—¡Ya desde hace tiempo se ve en esta ciudad a cierta clase de gente que no se puede creer! —masculló, a voz lo suficientemente alta para que lo oyeran los jóvenes. Uno de ellos se volvió y lo miró con arrogancia. Tenía la barba larga, y se la acariciaba con los dedos adornados.

—¡Compórtate, padre! —rio socarrón.

La muchacha que iba a su lado se giró, vio a Trasilo y se rio. Estaba toda maquillada, el cabello recogido con una cinta de seda persa en vez de usar la redecilla, un insulto a la miseria.

Polemón le dio un codazo a Trasilo, que empezaba a calentarse.

—¡Olvídalo!

En las primeras filas se notó un movimiento. La gente se levantaba, algunos renegaban. El sacerdote de Dioniso estaba llegando, acompañado por los jueces y por una legión de acólitos. Tuvieron que pedirle a uno que se había sentado en los lugares reservados sin autorización que se levantara.

—Ya era hora —gruñó Trasilo—. Aquí nos estamos congelando y él tan campante.

—Habrá terminado apenas de comer —comentó un vecino.

—¿Terminado? Tienen carne para toda la semana —replicó otro más.

Alguien, más atrás, añadió comentarios poco caritativos. Los atenienses estaban hechos de esta madera, si hasta con los dioses se tomaban muchas libertades, qué podía esperarse contra el sacerdote.

Cuando todos se sentaron, el heraldo apareció en escena y el teatro se silenció de golpe. Todos estaban a la espera de saber a quién se representaría hoy, el sorteo se había hecho en secreto antes del amanecer.

El heraldo se aclaró la garganta.

—¡Aristófanes, que entre el coro! —gritó a todo pulmón. A diferencia de los actores, no llevaba la máscara para amplificar la voz, y tenía que hacer un gran esfuerzo para que lo escucharan.

El teatro rugió, hubo quienes estuvieron a favor y quienes estuvieron en contra. Sólo los jueces sorteados se esforzaban por parecer indiferentes. Entre el público casi todos tenían sus prejuicios, sabían quién era su consentido aun antes de ver la comedia. También Trasilo había tomado una decisión: a él no le gustaba Aristófanes. “No porque no haga reír, por caridad, es que no es uno de nosotros. Pretende darle consejos al pueblo, pero en realidad se burla de él, lo

desalienta; si lo piensas, el verdadero mensaje es que el pueblo no sabe gobernar la ciudad."

—¡Ese vendido! —gruñó.

El joven que estaba delante suyo se giró de nuevo, fastidiado.

—¡Compórtate, padre! —repitió.

También otros que estaban alrededor los hicieron callar.

Precedidos por un flautista y una pandereta, los veinticuatro coristas entraron en la gran explanada de arcilla, cargando en los brazos los falos de madera con que aquella mañana habían atravesado la ciudad en procesión, y desataron la danza en honor de Dioniso. No llevaban todavía la indumentaria que usarían en la comedia, sino unos quitones inmaculados de ceremonia. Cuando empezaron a cantar el himno gran parte del público se unió con fervor. Al final de las danzas, los coristas hicieron una reverencia uno detrás de otro frente a la estatua del dios, que se había trasladado del templo al teatro; cada corista arrojó una pizca de incienso al brasero, luego salieron en fila doble por las rampas laterales, mientras los músicos se acomodaban en un rincón, justo bajo la estatua.

Los ojos de todos se fijaron en el escenario de madera, elevado sólo dos peldaños respecto al zócalo, y en el edificio sobre el que se apoyaba, de donde saldrían los actores. Cuando la puerta se abrió, un murmullo de sorpresa atravesó el teatro: el primer actor tenía indumentaria y máscara de mujer. Empezar una comedia con una mujer en el escenario no se había visto jamás. Tal fue la impresión general, que se olvidaron de que en realidad ese que apareció primero, como todos los actores, era hombre. La ilusión teatral los capturó desde el primer momento, para todos, desde las primeras filas hasta las escalinatas más altas, aquella figura contrahecha era una mujer, ¡que por lo demás tenía unos rellenos en su punto justo,

por delante y por detrás! El actor se sacudió un poco, haciendo tambalear sus enormes chichis y las nalgas todavía más desproporcionadas, después se llevó la mano a la frente y miró a su alrededor, al escenario desierto.

—Pero si alguien las hubiera invitado a la fiesta de Baco, o a la del dios Pan, habría una multitud por la que no pasaría ni un alfiler, y todas ahí, tocando los tambores —proclamó.

Para dar énfasis al parlamento, un poderoso redoble de tambores resonó. Tras bambalinas, creció por un instante y luego se interrumpió de golpe.

—Ahora, en cambio, ni una sola mujer se ha presentado.

El actor volvió a mirar a su alrededor, explorando. Después de haber pasado revista al escenario y la explanada, se puso a examinar a los espectadores. Vio a la muchacha sentada en la tercera fila, justo frente a Polemón y Trasilo, se inclinó vistosamente hacia delante como para comprobar y después hizo un gesto de resignación.

—¡Ni una sola! —repitió.

Entre las primeras filas muchos rieron. En ese momento se abrió la puerta y todos fijaron la mirada en el acceso por donde tenía que salir el segundo actor. Cuando apareció, un "¡oh!" de asombro se elevó de las gradas. También él estaba disfrazado de mujer.

—Ah, pero aquí está mi paisana, saliendo por ahí —se alegró el primer actor—. ¡Buen día, oh, Calonice!

—Hola, Lisístrata —replicó el segundo actor—. Pero ¿por qué estás tan agitada? No pongas esa cara, niña, que te van a salir arrugas.

La máscara de Lisístrata expresaba ansias y preocupación, la enorme boca abierta en una mueca de sufrimiento. En cambio, la de Calonice mostraba una sonrisa astuta y lasciva.

—Pero, Calonice, algo me carcome por dentro, me siento mal por nosotras las mujeres. Los hombres siempre están preparados a sentenciar que somos tramposas, capaces de cualquier cosa…

El segundo actor se dirigió al público y abrió los brazos.

—¡Y así es, efectivamente, por los dioses!

El público se carcajeaba. Calonice, satisfecha, hizo reverencia a la derecha y a la izquierda, mientras las chichis le bailoteaban.

—Dijimos que nos encontraríamos todas aquí, hay que decidir algo de no poca importancia y no han llegado, siguen durmiendo —continuó Lisístrata, indignada.

—Pero, querida, ya verás que vienen —la animó Calonice—. Sabes que para las mujeres no es fácil salir de casa. Alguna estará ocupada encargándose del marido…

El público rio.

—… otra estará despertando al esclavo, esta que tiene que acostar al niño, lavarlo, darle su papilla.

—¡Pero había un asunto mucho más importante que atender!

—Pero qué asunto, querida Lisístrata, cuéntame un poco por qué nos convocaste a todas las mujeres —el segundo actor subrayó la última palabra haciendo balancear las chichis y las nalgas—. ¿Cuál es ese otro asunto? ¿Qué importancia reviste?

—Una grande —cortó en seco Lisístrata.

—¿Y quizá también muy gorda? —insistió Calonice, con un gesto elocuente.

El público se desternillaba.

—Sí, por Zeus, también gorda —otorgó Lisístrata.

—¿Y entonces cómo es que no hemos venido todas? —se sorprendió Calonice.

—¡Pero no se trata de eso! —se enojó Lisístrata—. ¡Por supuesto que en ese caso hubiéramos venido todas corriendo! Pero hay un

problema en el que he meditado mucho, durante noches de insomnio, tanteándolo al derecho y al revés.

—Quién sabe a qué habrá quedado reducido de tanto manosearlo —comentó Calonice, todavía haciendo parodia. El actor ya no se esperaba reacción alguna, pero el público rio también esta vez. Aristófanes, que escuchaba todo entre bambalinas junto con los otros actores, se frotaba las manos. Él mismo no dejaba de sorprenderse, se puede repetir el mismo doble sentido mil veces y los espectadores siempre se van a reír. Es tan sencillo que casi da asco.

—Mira a qué lo he reducido: que la salvación de toda Grecia está en manos de las mujeres.

Lisístrata deletreó lentamente la última frase, y después de la última palabra retumbó un golpe de timbal. También los espectadores, que hasta ese momento se habían muerto de risa, se pusieron serios de golpe. Se estaba llegando al meollo, ya no era para reírse.

—¡Entonces estamos listos! —gritó uno de las últimas filas. Muchos rieron, pero muchos otros permanecieron callados. Se oyó alguna rechifla.

—¿En manos de las mujeres? Entonces está realmente pendiendo de un hilo —bromeó también Calonice, pero Lisístrata continuaba, sin escucharla:

—Que el futuro del país está en nuestras manos. De continuar así, al final no quedarán más espartanos…

—¡Mejor que ya no haya espartanos! —se alegró Calonice.

—… desaparecerán todos los beocios…

—¡Pero no todos, deja a las anguilas! —imploró la amiga. La ocurrencia, antes que hacer reír, suscitó entre los espectadores un suspiro colectivo. Desde que los espartanos habían ocupado Decelia no llegaban más las anguilas de las ciénagas de la Beocia. Piensan, la

anguila ya no es un producto indispensable. ¡Sí, pero en la vida se necesita algún lujo para que valga la pena vivirla!

—En cuanto a los atenienses, no quiero decir palabras de mal agüero —levantó la voz Lisístrata—. Pero tú entiéndeme. Si en cambio conseguimos atraer a todas las mujeres, de la Beocia y de Esparta, juntas salvaremos a Grecia.

Calonice saltó de entusiasmo.

—¡Grandioso!

Después, no obstante, la asaltó una duda y se rascó ostentosamente la cabeza.

—… Pero ¿nosotras las mujeres cómo le hacemos para hacer algo tan inteligente? Nosotras somos buenas para estar sentadas, con la guirnalda de flores y el vestidito coloradito, todas bien maquilladas, con nuestros batines y babuchitas…

—¡También acostadas, no sólo sentadas! —gritó uno del público.

—Son precisamente éstas las cosas que nos salvarán —replicó Lisístrata, sin reparar en la interrupción—. Los vestiditos coloraditos, los perfumes, las babuchitas, las cremas y las batas transparentes —y como la amiga abría los brazos sin comprender, continuó—: ¡Y mientras nosotras vivamos, los hombres no levantarán ya más la lanza el uno contra el otro!

—¡En este momento me mando a teñir el vestidito, por Zeus! —exclamó Calonice.

—¡Y ya no empuñaremos el escudo!

—Me pongo la batita.

—¡Y basta con las espadas!

—Me compro las zapatillas.

Lisístrata calló. Bajo la estatua del dios, el flautista entonó una melodía.

—Y entonces, ¿no te parece que ya deberían estar aquí las mujeres? —retomó Lisístrata, sarcástica.

—¡Claro, por Zeus, deberían venir al galope! Y pensar que por las mañanas muy temprano les gusta montar: ¡de piernas abiertas!

Alguno que otro soltó una risa, pero sólo los más despistados. La gran mayoría del público escuchaba ahora en un silencio religioso, tratando de entender qué se estaba tramando. La melodía de la flauta se hizo más insistente. Las dos mujeres se llevaron la mano al oído, en espera; después la dejaron caer nuevamente, desilusionadas.

—Ni siquiera las que tenían la obligación de anticiparse a todas, las mujeres de los acarnienses,[†] han venido.

En el teatro algunos asintieron con vehemencia: ¡es verdad! Los prófugos de Acarnas, expulsados por la invasión de los espartanos, no habían visto sus casas desde hacía años.

El músico del pandero añadió su ritmo al de la flauta.

—¡Espera! —exclamó Calonice—. ¡Ahí viene una!

Por la puerta entró un tercer actor también disfrazado de mujer, para entonces ya no había de qué sorprenderse.

—Pero, dime tú, ¿veremos algún hombre? —masculló Trasilo.

—¿Por qué? ¿No te gustan las mujeres? —exclamó Polemón.

—No, nomás digo. Es rara esta comedia.

—No habremos sido las últimas en llegar, ¿verdad, Lisístrata? —chilló el tercer actor; su falsete era tan acentuado que el público rio.

Lisístrata se plantó frente a la recién llegada y la examinó severamente.

—¡Muchas gracias, Mírrina! ¡Apenas llegando, por una cosa tan importante!

—En la oscuridad no encontraba mi cinturón. Como sea, ya estamos aquí, ¿qué hay?

Lisístrata levantó las manos.

—Esperemos un poco a que lleguen también las mujeres de Esparta.

De golpe, el pandero calló, y la flauta, que había bajado el volumen de la música, lo subió, pero ya no era la música de antes. Entre los espectadores más de uno sintió que se le erizaban los pelos de la cabeza, aun antes de entender de qué se trataba. También Trasilo y Polemón se estremecieron. Era la flauta de los espartanos, la misma que habían oído aquel día ya lejano en la llanura de Mantinea y que había silenciado hasta a las cigarras. Muchos de los que habían escuchado el sonido de esa flauta no habían regresado para contarlo. Entre el público algunos chiflaron.

—Estos zafios —comentó alguno—. Pues que nos conozcan.

La mayoría de los espectadores se contuvo, pero no era fácil: ¡los espartanos en el escenario, sólo eso les faltaba! Y he aquí que aparece un cuarto actor por la puerta. Otra novedad de la obra: ¡el derroche con cuatro actores! La gente murmuraba.

—Tiene dinero para gastar este tipo —balbuceó Trasilo, removiéndose en el incómodo asiento de madera.

También el cuarto actor estaba disfrazado de mujer. Como máscara, una sonrisa socarrona, pero su peplo[‡] dórico, abierto como nunca una mujer ateniense osaría llevarlo, era escarlata, como los uniformes de guerra de los hoplitas espartanos, y las nalgas y las chichis en este caso eran menos prominentes, no bailoteaban como las de las otras tres. Las espartanas, todos lo saben, hacen gimnasia todas las mañanas, desnudas, como los hombres, las desvergonzadas.

—Aquí llega Lámpito —declaró Lisístrata.

Un murmullo de enfado atravesó el teatro cuando se oyó este nombre. Lámpito era la madre del rey de Esparta, Agis, el hombre

que en ese mismo momento comandaba la guarnición en Decelia y que en el transcurso de su vida había invadido tantas veces el Ática, cortando vidas, calcinando olivos, rompiendo las tinajas, hasta desenterrando las cabezas de los ajos antes de irse, dejando tras de sí un desierto.

—Vaya osadía —gruñó otra vez Trasilo. Polemón esta vez no lo contradijo—:

—Exacto, vaya osadía, sí.

Pero Lisístrata —¡he aquí otra cosa increíble! —se lanzó al encuentro de la enemiga, con los brazos abiertos.

—¡Querida espartana! ¡Ten salud, Lámpito! ¡Oye, dulzura, cuánta belleza! ¡Te veo muy bien, qué cuerpecito, eres el vivo retrato de la salud! ¡Podrías torcerle el pescuezo a un toro!

Lámpito se complacía.

—¡No hay ke hacer mucho, por los Dioskuros! Me ehercito y sarto dándome gorpes kon los tarones en las nargas.

El actor hablaba en dórico, y el público se desgañitó de risa. Es cierto, aquéllos hablan así, y se recordaban mutuamente los espartanos que habían sido capturados en Pilos y llevado como prisioneros a Atenas, muchos años antes. ¿Cuántos? Hubo quien se puso a calcular: "Aún no nacía mi hija… Sí, por Zeus, catorce años precisos. Una vez que derrotamos a los espartanos ¿y te lo quieres olvidar? Claro, después no es que hayamos cosechado esa gran proeza. Como de costumbre, los del gobierno arruinaron todo". Bueno, como sea, aquéllos hablaban justo así, con ciertas consonantes duras y todas esas *a* alargadas. Un dialecto de campesinos, pues.

Las otras mujeres se pegaron a Lámpito, tocándole ostentosamente las chichis y las nalgas, en un coro de bramidos extasiados.

—¡Qué hermosas chichitas tienes!

—¡Ey! —protestó riendo Lámpito—. ¿Ke tokan? ¡Ni ke estuvieran escohiendo a la víktima para el sakrificio!

Critias estaba sentado al lado de Eutidemo y Eubulo. Estaban cómodos, los esclavos les habían llevado cojines. Critias era tan alto que el que quedó detrás suyo se había quejado: "¡No se ve nada!". Pero Critias se giró y lo miró con tal fiereza que el otro acabó por ofrecer disculpas y se calló.

—Critias, a propósito de lo que se dijo la otra noche, quería decirte… —empezó a decir Eutidemo.

—¡Ahora no, oh, Eutidemo! Déjame escuchar, que quiero ver a dónde llega esto.

—Pero ¿a dónde quieres que llegue? Las mujeres se llevarán un montón de golpes —sentenció Eutidemo, con satisfacción. Critias sacudió la cabeza.

—¡No lo sé! El otro día hablé con Aristófanes, no quiso decirme cómo va a terminar, pero creo que nos depara un buen desenlace.

—Pero, además, ¿kién es ke ha reunido a toda esta banda de féminas? —berreaba Lámpito en el escenario.

—Yo —respondió Lisístrata. Un estruendo de tambores puso énfasis a la temeraria respuesta.

—Bien, exprícate. ¿Ké es lo que quieres de nosotras?

Lisístrata miró en torno suyo.

—Ahora se lo digo. Pero antes quiero pedirles algo, una pequeñez. ¿Acaso no les faltan los padres de sus hijos, puesto que están en la guerra? Porque bien sé que todas tienen a sus hombres lejos.

En el teatro se habría oído hasta el vuelo de una mosca. Cada hombre del auditorio pensaba: "Pero yo estoy aquí". Aunque inmediatamente pensaba en los otros, en los hijos o en los hermanos

mayores, que en ese momento estaban en las trincheras frente a Decelia o detrás de los remos de la flota quién sabe dónde, allá hacia el Helesponto. Viejos y jovencitos, éstos eran los que quedaban en la ciudad.

En el escenario, después de que Lisístrata lanzara su preguntita, las mujeres se volvieron en dirección del público. Luego Calonice dio un paso adelante.

—Mi hombre, pobrecito, está desde hace cinco meses en la Tracia. Defendiendo a Éucrates —agregó en un tono despectivo.

El público se dividió, había quien reía, había quien lanzaba rechiflas. A Éucrates, comandante en Tracia, lo habían elegido los demócratas.

—Sinvergüenza, ve tú a la Tracia a dirigir, si es que tanto sabes —bramó Trasilo. Frente a él, los jóvenes de largas barbas aplaudían con entusiasmo, y su puta se reía sin saber siquiera por qué—. No, pero ya te lo había dicho, es un imbécil tu Aristófanes —se acaloró Trasilo, provocando a Polemón.

—Yo también sé que no es de los nuestros. ¡Pero calla para que podamos oír! —le respondió su amigo.

En el escenario Mírrina había dado unos pasos adelante.

—El mío, ya han pasado siete meses. En Pilos.

Le tocaba a Lámpito, que avanzó rápida y ligera hasta el límite del escenario. Al no estar cargada de chichis y nalgas rellenas como las otras, parecía que bailaba.

—Er mío —declamó, postrándose burlona ante el sacerdote de Dioniso—, aunke argunas veces lo dejan regresar a kasa del regimiento, desparece de nuevo enseguida, adiós, se va, kon el eskudo al hombro.

Esta vez entre el público muchos se ofendieron. "¡Y encima provoca, la espartana! Pero tarde o temprano le mostraremos

nosotros el camino para regresar a casa: ¡en serio y para siempre! ¡Sólo esperen que calentemos los músculos!" Las palabras de Lámpito fueron recibidas con una salva de rechiflas. En cuanto regresó la calma, las mujeres retomaron los lamentos.

—Ya ni un amiguito queda.

—¿Amiguito? Ni una de esas lindas cositas de cuero. También eso era una ayuda: ¡y ya no los importan, desde que hay guerra!

Restregándose las manos por la preocupación, las tres dieron un paso atrás, y Lisístrata dio un paso adelante. Sonó la flauta, pero se interrumpió enseguida. Fue una equivocación, sin duda. Aristófanes, entre bambalinas, se mordió los labios. "¡Por mucho que ensayas durante semanas nunca es suficiente!"

—Pero si yo encontrara un sistema, ¿les gustaría terminar con la guerra, todas nosotras juntas? —preguntó Lisístrata.

Después de un instante de un silencio desconcertado, las mujeres se pusieron a bailar de alegría. Todas le aseguraron que le entraban al plan, aun a costa de vender su himatión y morir de frío, de escalar montañas, de dejarse machacar a punta de golpes como un lenguado.

—Entonces, se lo digo —anunció Lisístrata—. No se trata de andar con misterios. Nosotras, las mujeres, si queremos obligar a los hombres a que firmen la paz, tenemos que renunciar…

—¿A qué? ¡Dilo!

—Pero ¿lo van a hacer? —insistió Lisístrata, vacilante.

—¡Lo haremos, así tengamos que morir! —respondieron todas en coro.

—Entonces, tenemos que renunciar al *phéos*.

En cuanto Lisístrata reveló su método, acentuado por un redoble de timbales, las mujeres empezaron a agitarse como mariposas

enloquecidas. Lisístrata las perseguía, las atrapaba, pero no había mucho que hacer, aquéllas se le escabullían.

—¿Por qué me dan la espalda? ¿A dónde creen que van? ¿Qué son esos ademanes? ¿Por qué sacuden la cabeza? ¿Por qué demudan de color? ¿Lo van a hacer o no? ¿Qué es lo que quieren?

Los actores, a pesar de que llevaban máscaras, gesticulaban de manera tan elocuente que a todos les pareció verlos palidecer y hacer muecas, justo como en el parlamento de Lisístrata. Finalmente una, ¿era Calonice?, se detuvo y deletreó claro y alto:

—Eso yo no puedo hacerlo. Mejor que siga la guerra.

6

GLICERA acarició al perro que meneaba la cola atado a la correa, abrió la puerta con la pesada llave de fierro que su padre le había encargado con mil recomendaciones y entró en la casa desierta. El fuego casi se había apagado y hacía frío. Se quitó enseguida la indumentaria de fiesta, temblando, y se puso tres quitones de casa, uno sobre el otro. Removió las brasas con el atizador, agregó un pedazo de carbón de madera, sopló hasta que la llama volvió a avivarse. Luego se dirigió al rincón donde guardaban los sacos de higos secos y llenó la canasta, escogiendo los más esponjosos. No le llevó mucho tiempo, y una vez que terminó deambuló distraída por la casa, sin ocuparse en nada. No tenía sentido ponerse a realizar algún trabajo, pues Caris estaba por llegar de un momento a otro, con el tiempo justo para llenar también ella su canasta. Se asomó por la puerta para escudriñar el camino desierto, luego volvió a entrar y se sentó frente al fuego. La invadió el miedo irracional de que su padre regresara antes de lo previsto y encontrara la casa vacía. ¡Desechó el absurdo!, a esta hora el teatro apenas empezaba a llenarse, ni siquiera había empezado la representación. Quién sabe por qué Cimón no iría al teatro, él, que podía hacerlo. "Tal vez —se le ocurrió a Glicera—, tenía que ir, pero renunció porque prefiere verme a mí." Esta idea era tan cautivadora que le dio vueltas en su cabeza durante un rato, imaginando a sus amigos insistiéndole, a su padre sorprendido, pero él, firme, decidido a no ir. Y a nadie le explica el porqué. Glicera estaba tan entusiasmada que se levantó de

un salto y giró sobre sí misma; luego se puso repentinamente seria, se miró los pies. Bueno, ya se sabe, son los pies de una muchacha de campo, que va descalza desde que nació. Sus uñas están rotas, negras, los dedos torcidos. Pero las piernas, sobre ellas no hay nada que decir. Se levantó las distintas capas de las túnicas una a una, descubriendo los tobillos, las pantorrillas, las rodillas. Luego las levantó todavía un poco más, hasta descubrir los muslos y el pelo al que ella y sus amigas llamaban golondrina. "¿Le gustaré a un hombre? —se preguntó, insegura—. Tal vez si fuera un poco más alta…"

Justamente en ese momento se escucharon ladridos. Glicera se bajó precipitadamente la túnica y fue a abrir. Caris había salido de casa todavía con el vestido de fiesta bajo el himatión, con la canasta de higos sobre la cabeza.

—¿Estás lista? —rio. Luego la miró y se quedó de ojos cuadrados —. ¡No irás a venir vestida así!

Glicera dudó. No quería confesar que sí, que había pensado en ir vestida así; después de todo, iban a vender higos, ¿no? "Pero tiene razón Caris —pensó—, qué estúpida soy, tengo que ponerme otra vez el vestido de fiesta."

—No, es que hace frío en la casa. Me cambio enseguida.

Volvió a tomar del arca la túnica que había doblado cuidadosamente un momento antes. Del arca emanó el olor áspero de las manzanas que había puesto allí este otoño para dar un buen olor a la ropa. Se puso el quitón nuevo en el lugar de la última túnica que llevaba. Se recogió el cabello en la redecilla dorada que le había dejado su madre.

—¡Lista!

Plantado frente a la puerta, el busto del dios Hermes sonreía entre las barbas; el cabello le caía, largo, por los hombros, el falo

enorme y pesado apuntaba en alto con orgullo. Desde niña, Glicera estaba acostumbrada a acariciar el busto cada vez que pasaba: traía el bien. También los adultos lo hacían, lo habían acariciado tanto por generaciones que la frente del dios se había consumido. Durante muchos años, cuando se iba a la cama, le había tenido miedo a la oscuridad y los monstruos; a Mormo, que se robaba a los niños, a la Empusa de ojos rojos y pierna de estiércol de burra; pronunciaba conjuros cerrando los ojos, y luego, para tranquilizarse, se acordaba que el dios, allá afuera, estaba haciendo guardia y no los dejaría acercarse. Pero esto sucedía hacía mucho tiempo, ahora ya no les temía a los monstruos, y solía pasar días enteros sin pensar en el dios, y entrar y salir de casa sin saludarlo. También ahora, después de haber cerrado la puerta con la llave, pasó frente a él y se olvidó tocarle la frente.

Apenas se habían encaminado cuando una corneja graznó con fuerza detrás de ellas. ¿Venía de la izquierda o de la derecha? Glicera y Caris se detuvieron para entenderlo, pero no fue posible, estaba justo detrás. Se giraron para indagar, pero el pájaro estaba entre los olivos, no se veía. ¡Ve tú a saber si se trata de un mal presagio o no! Las muchachas, un poco inquietas, continuaron por el lodoso sendero, lleno de huellas de cascos de caballos. Para no ensuciarlas, las dos se habían colgado las sandalias del cuello. Mientras caminaban hablaron sin interrupción, de todo y de nada; las dos estaban nerviosas, pero ninguna quería que la otra lo notara. Al llegar frente a la puerta de Eubulo se limpiaron los pies con un puñado de paja que llevaban para tal efecto dentro de la canasta de los higos, se pusieron las sandalias y tocaron.

Abrió Cimón y las saludó, ceremonioso, invitándolas a entrar. “Es raro que no haya venido uno de los esclavos”, pensó Glicera; pero enseguida olvidó el detalle. Las muchachas entraron

temblorosas, era la primera vez que ponían un pie en la casa de esos ricos, de quienes todos los vecinos hablaban —algunos con respeto, otros con sarcasmo—. De primeras se desilusionaron, era grande, sí, pero un poco vacía. Al lado del hogar, sin embargo, había algo que jamás habían visto en una casa privada: una estatua de Zeus, de bronce, de la altura de un hombre.

Cimón vio cómo lo miraban con la boca abierta.

—Mi familia le ofrece sacrificios a Zeus Cario —dijo en un tono casual. En realidad, tampoco él sabía por qué en su casa había esa tradición y, a decir verdad, no le importaba en absoluto; pero era una gran satisfacción pronunciar una frase de ese tipo. Que las dos harapientas ésas se enteraran con quién tenían la suerte de estar hablando.

En la penumbra se materializó una figura. Las dos jóvenes se asustaron, pero se descubrió que era el amigo de Cimón, Argiro. Glicera lo miró con aire de suficiencia: "Un muchacho lleno de granos, esperemos que no estorbe". Mientras las muchachas depositaban junto al hogar las canastas de higos secos, también Cimón y Argiro se intercambiaron una mirada. Los dos estaban pensando lo mismo: "Una de las dos, no hay nada que hacer, es más bonita —nunca habla, pero viendo el semblante se puede adivinar el resto—. La otra es una muchacha rudimentaria, una campesina. Pero está bien de todos modos, ellas son dos y nosotros también". Cuando Cratipo había salido con la historia de que tenía que pasar a casa de sus padres porque también ellos estaban en el campo y lo estaban esperando, y que tal vez podría alcanzarlos más tarde, Cimón no lo había tomado bien: "¡Si para estos casos no estamos los tres juntos…!". Ahora, no obstante, se percató del beneficio de la situación: "Si hubiera estado aquí, Cratipo habría querido escoger primero, y habríamos discutido. De este modo, en cambio, voy a

escoger yo, estamos en mi casa y ya quisiera ver que este imberbe de Argiro se ponga a discutir".

Entre tanto había ido a buscar el dinero, puso en la mano de cada una tres óbolos. Las muchachas se avergonzaron un poco, pero los tomaron sin demasiados aspavientos. Cimón esperaba que sobre todo la más pequeña se sonrojara, se veía que era más delicada, casi no parecía de campo. ¿Cómo era que se llamaba? Ah, ya, Caris. Sin embargo, se había sonrojado más la otra.

Las chicas no sabían dónde guardar las monedas, he ahí un problema que no habían previsto. Al final se las pusieron en la boca, como habían visto que hacían sus padres cuando llevaban de la ciudad a la casa la paga cotidiana. A Caris se le escapó la risa.

—¿Por qué te ríes? —le gritó Glicera, molesta.

—¡Nada! ¡Me vino a la mente Trifosa!

Una de sus amigas había adquirido el hábito, cuando su padre entraba a la casa, de besarlo en la boca, y con la lengua le robaba las monedas; el padre, al que le gustaban mucho esos besos, la dejaba hacerlo. Ella se lo presumía a las amigas, que siempre reían, ocultando su vergüenza. Glicera le dijo a Caris que se callara y se sonrojó todavía más. Los jóvenes no preguntaron quién era Trifosa.

Estaban ahí los cuatro, todos de pie junto al hogar, cinco contando a Zeus Cario. Nadie sabía qué decir. Cimón se puso nervioso. "Ya están aquí, ¿y ahora?" Ninguno de ellos tenía la más mínima idea de cómo comportarse en una situación semejante: dos muchachas libres en casa de un extraño. "Si estuviera Cratipo, él sabría qué hacer", pensó Cimón, y aquel pensamiento le aumentó el mal humor. Finalmente tuvo una idea.

—¿Quieren ver los caballos?

Las muchachas aceptaron con entusiasmo. Pasaron a las cuadras por una pequeña puerta en la parte trasera de la casa. De entre los

montones de heno las cabezas de cuatro caballos asomaban de un número igual de arcadas, cerradas con pequeñas vallas de madera. Los cuatro corceles se giraron hacia los bípedos que acababan de entrar y los miraron con fijeza, un poco inquietos. Las muchachas se detuvieron a una cierta distancia, Caris tenía miedo.

—No te hacen nada —dijo Cimón, y se aproximó al primer caballo, acariciándole bruscamente el morro.

—¿Verdad que no le haces nada a estas hermosas niñas? ¡Ni que fueras una de esas potrancas de la Tracia!

Caris palideció. "Pero qué estúpida", pensó Glicera.

—No, ¿verdad? —preguntó Caris con voz titubeante.

Si de niña Glicera había tenido miedo de Mormo y de Empusa, a ella la historia de las yeguas carnívoras del rey de la Tracia le daba un pánico mortal cuando se la contaban de pequeña; más de una vez las había hasta soñado. Las yeguas se comían a los cadáveres de los soldados muertos en la batalla, pero cuando no había guerra el rey invitaba a muchísima gente a una gran fiesta en su palacio, después mataba a los invitados y se los daba como pasto a las yeguas…

—¡Vamos! —rio Cimón con aire de superioridad—. Éste es tan tranquilo que hasta tú podrías montarlo.

—No, gracias —se protegió Caris, tranquilizada sólo a medias.

—O tú —continuó Cimón dirigiéndose a Glicera. La muchacha sonrió.

—No podría hacerlo. Pero ¿puedo tocarlo?

—Claro que puedes tocarlo —dijo Cimón después de haber intercambiado una mirada con Argiro. "Bien —pensaba—, vamos muy bien. A ésta ya la tenemos, claramente. Ya verás lo que te voy a hacer tocar."

Glicera se aproximó a la bestia y le tocó tímidamente el cuello, retirando enseguida la mano. Cimón se rio.

—Puedes tocarle la parte que quieras, él ni cuenta se da.

Se aproximó, esperó a que ella volviera a acercar la mano al cuello del caballo, luego la cubrió con la suya y se la llevó hacia la crin.

—Toma un mechón. Así. Ahora jálalo.

Glicera jaló. Cimón soltó una risita.

—¡Jala más fuerte! Te digo que ni cuenta se da. Cuando la montas te puedes aferrar a la crin y no le duele.

En cierto momento Glicera estuvo a punto de pedirle que la subiera al lomo. Pero después se contuvo, Caris le había contagiado un poco de miedo. Pero fue una lástima, quién sabe cuándo volvería a presentarse una ocasión así.

—¿Ustedes no saldrán hoy a caballo? —preguntó.

Cimón puso cara de sorpresa.

—¿Hoy? No, hoy están ustedes aquí.

Glicera no sabía si ponerse contenta o no. "Claro, estamos aquí nosotras, pero no es que podamos quedarnos demasiado".

—No quisiera irme muy tarde —dijo, y en cuanto lo dijo se arrepintió: "¡Qué estúpida! Ya lo hice, aquí terminó todo. ¡Bien valía la pena quedarse despierta toda la noche por la excitación!".

—Pero no es tarde —dijo Cimón—. No querrán irse ya…

Glicera miró a Caris. Tampoco ella sabía qué responder. "Por supuesto, nosotras no quisiéramos irnos, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?" Después tuvo una iluminación, algo le vino a la cabeza.

—¿Podríamos ir a saludar a Moca?

Pero no pensó que tanta familiaridad con una esclava le pudiera hacer quedar tan mal, ¡tan acostumbrada estaba a quedarse platicando con ella todos los días! Cimón también registró esta otra prueba, aunque sin detenerse a pensarla mucho: "Dos muertas de

hambre, bien lo había dicho. Hice muy bien en enviar a Moca a la ciudad con Davo, de lo contrario no nos la hubiéramos quitado de encima".

—Moca no está —dijo con una sonrisa amable —. Hoy está en la ciudad.

Entre las bajas vigas y el olor a heno cayó un silencio casi sólido. Las dos chicas se dieron cuenta hasta ese momento de que estaban solas en la casa con esos dos. Tal vez sería demasiado decir que tuvieron una sensación de peligro, pero ciertamente había algo que no estaba bien: no deberían estar ahí, ahora se daban cuenta hasta con demasiada claridad.

—¡Qué pena! Entonces, nosotras nos vamos —dijo Glicera y se acercó a Caris, que ya estaba en la puerta de la caballeriza. Pero Argiro se movió y le cerró el paso.

—¿Qué prisa tienen? —dijo Cimón. Su tono era todavía cortés, pero su mirada se había endurecido.

7

—TAMPOCO yo puedo hacerlo, que siga la guerra —confirmó Mírrina.

—¡Oye nada más al lenguado! ¿No debiste hacer que te tundieran a palos? —se burló Lisístrata.

—Todo lo que quieras —replicó Mírrina—. Si es necesario paso hasta por encima del fuego, todo, excepto el *phéos*. No hay nada como el *phéos*, mi querida Lisístrata.

—¿Y tú?

—Yo, lo mismo, antes camino por el fuego —confirmó Calonice.

Lisístrata, afligida, se dirigió al público, abriendo los brazos.

—Somos todas unas verdaderas putas —declaró.

—¡Es verdad! —gritó uno del público.

—¡Piensa en tu esposa! —replicó otro, poniéndose de pie para ver quién había hablado; por poco llegaban a las manos.

—¡Basta! ¡Silencio! —gritaron muchos asistentes.

Lisístrata esperaba, con las manos en los costados. Una vez regresó la calma, se alargó vistosamente hacia el público, con la mano en el oído. Luego asintió, satisfecha, y se dirigió a Lámpito.

—Querida espartana, aunque sólo quedaras tú, todavía podemos salvar el intento. Tú lo apoyas, ¿verdad?

Lámpito reflexionaba.

—Fea kosa para una mujer ir a dormir sin una pisha, sola. Pero da lo mismo, ¡por los Dioskuros, es másh importante la paz!

Lisístrata saltaba de alegría.

—¡Queridísima! De todas éstas de aquí, ¡tú eres la única que es una verdadera mujer!

La flauta subrayó la salida con una pedorreta grosera. Las otras se miraron, molestas porque las dejaran de lado. Después Calonice dio un pequeño paso hacia Lisístrata y se detuvo, insegura.

—Y si nos abstuviéramos de esa cosa que dices, esperemos que no sea necesario… pero, bueno, en fin, ¿según tú realmente obtendríamos la paz? —masculló, enredándose y terminando al final precipitadamente sobre las últimas palabras.

—¡Y claro, por los Dioscuros! Imagina, estamos ahí, en casa, fingiendo que no pasa nada, todas maquilladas, desnudas bajo la túnica transparente, con la cosita bien depilada —moduló Lisístrata en su mejor falsete—. A los hombres se les pone dura enseguida, les entran ganas de montarnos. Si nosotras no soltamos y los mantenemos a raya, ¡pactarán una tregua inmediatamente, puedes estar segura!

Lámpito intervino con una cita culta.

—Por eshempro, Menelao, me parece, kuando vio los membrilhos desnudos de Helena guardó la espada.

El público rio. Y es verdad, eso es lo más ridículo de toda la *Ilíada*. Menelao ha armado todo ese matadero, ha provocado la guerra de Troya, ¡diez años fuera de casa!, para castigar a Helena, y luego, cuando se la topa de frente, en medio de todas esas ruinas, ella se abre la túnica, le enseña las chichis —han pasado además diez años, sabrán los dioses si en ese tiempo fueron usadas, ¡y no por un solo hombre!— y nada, él ya está dispuesto a perdonarla. "Qué imbéciles que somos nosotros los hombres —pensaban todos—, ésta tiene razón."

Entretanto, Calonice se había inventado otra excusa.

—¿Y qué hacemos si los hombres nos dejan?

Lisístrata no sabía qué responder, pero salió airosa lo mejor que pudo.

—Como dice el proverbio: ¡despellejar al perro despellejado!

En el caso de que alguien no hubiera entendido, Lisístrata se pasó vistosamente la mano entre los muslos. Pero Calonice no se rendía tan fácilmente.

—¡A mí no me bastan los sustitutos! Pero como sea, ¿si nos toman y nos meten en el cuarto a la fuerza?

—¡Te aferras del marco de la puerta!

—¿Y si nos pegan?

Los redobles de tambor, que no se escuchaban hacía un rato, de pronto sonaron. Todas las mujeres se agazaparon en el suelo, asustadas. Después de un momento Lisístrata levantó la cabeza, vio que no sucedía nada y se levantó de un salto.

—Se las soltamos, pero con mala cara. En estos actos no hay ningún placer si se hacen por la fuerza. Y así los hacemos sufrir de otra manera, verás que pronto desistirán. El hombre no goza si no ve el placer de la mujer.

Todas asintieron solemnemente.

—Nosotrah convenceremoh a nuestroh hombreh —garantizó Lámpito—para que firmen una paz husta y sin ergaño.

—¡Sería la primera vez! —gritó uno del público, entre las rechiflas, pero un triunfal redoble de tambores sofocó las protestas.

Luego los tambores equivocaron una nota, el redoble se paralizó y calló. Pero se vio enseguida que lo habían hecho a propósito, porque la espartana se había deslizado otra vez al borde del escenario y miraba fija y desdeñosamente al auditorio.

—Pero a este populasho ateniense —deletreó— ¿kién lo va a konvencer arguna vez de dejar de hacer pendejadah?

La gente rumoró, algunos indignados por lo de "populacho", otros por lo de "pendejadas". A más de uno, por otro lado, le había disgustado el modo en que se escuchaba el nombre de los atenienses en el dialecto espartano, algo así como "los asanasos". ¿Cómo puede uno confiar en alguien que en lugar de decir Atenas dice *Asana*? ¡Hasta la diosa tendría todo el derecho de ofenderse!

Entre las rechiflas y el alboroto del público, Lámpito emprendió dignamente la retirada. Pero Lisístrata la sustituyó haciendo frente al auditorio.

—De los nuestros ya verás que nos encargaremos nosotras —declaró, amenazadora.

Pero Lámpito todavía no terminaba:

—¡No mientras tengan preparadah esah trirremeh y ese tesoro sin fondo en el tempro de la diosa!

La gente se envalentonó: "Ya ves que, después de todo, le damos miedo a los espartanos. La flota, claro está; y aún más, el tesoro de la alianza. Qué genio había sido Pericles de haberlo hecho traer aquí a Atenas en lugar de tenerlo allá, en esa pequeña isla, como se hacía antes. De lo contrario, habría que ponerse siempre a discutir con los aliados antes de gastar un centavo; de esta manera, en cambio, los aliados pagan, ¡y se quedan calladitos!".

—Pero nos hemos preparado bien también para esto —declaró Lisístrata—. Hoy mismo tomaremos la Acrópolis.

El público se quedó sin aliento. Entre bambalinas, una cítara comenzó a sonar suavemente. Una ocurrencia, en lugar de tambores, usar la cítara cuando un actor está a punto de lanzar una en grande. Cada día se inventan una nueva. Lisístrata golpeó con el pie y miró a su alrededor.

—A las más viejas ya se les ha dado la orden de llevar a cabo el trabajo. Mientras nosotras aquí nos ponemos de acuerdo, tienen que

subir con la excusa de realizar un sacrificio y ocupar la Acrópolis.

Critias, Eubulo y Eutidemo escuchaban, lívidos. A todos les resonaban en los oídos las palabras que se habían intercambiado dos días atrás en la casa de Eubulo.

—¿Cómo es posible? —susurró Eutidemo.

—No es posible —decidió Critias—. Aunque alguien hubiera soltado la lengua, éste no escribió la comedia ayer. Es sólo una casualidad.

—Lo será —masculló Eutidemo—. Pero sea como sea está loco diciendo estas cosas frente a toda la ciudad.

—Oh, Critias, yo había entendido que era amigo tuyo, creía que era de los nuestros —murmuró Eubulo, inclinándose hacia él para hablarle al oído.

—¿A quién te refieres, a Aristófanes? No sé si sea de los nuestros. Nunca se entiende bien de qué parte está —exclamó Critias. No quería mostrarlo, pero él también estaba asustado. Les pidió a sus compañeros que callaran—. ¡Escuchemos cómo va a continuar!

Y continuó de la peor manera. En el escenario, Lisístrata les había explicado a las mujeres que era necesario hacer un juramento, todas juntas, y ahora estaban discutiendo sobre cuál sería el juramento más sagrado. Las mujeres descartaron el juramento sobre el escudo: "¡No le hace bien a la paz en absoluto!". Finalmente decidieron jurar sobre una copa de vino.

—¡Sólo eso nos faltaba! —dijo Eutidemo entre dientes.

Tampoco Critias sabía qué pensar. ¿Qué alguien realmente hubiera hablado? "Pero no es posible —se repitió—, esta escena ya está escrita quién sabe desde hace cuánto tiempo, es sólo una coincidencia…"

—Yo te lo explico, sobre una copa de las negras, de las grandes —precisó Lisístrata—. La ponemos boca arriba, sacrificamos dentro un

ánfora de vino y juramos no verter jamás agua dentro.

Apareció una esclava con un recipiente enorme: una tina para bañar bebés. Las mujeres se congregaron alrededor, profiriendo exclamaciones de entusiasmo ¡frente a la copa!

—Déjala aquí, y vamos ahora con el lechón —ordenó Lisístrata. La esclava presentó el ánfora. También ésa estaba fuera de medida, para un verraco más que para un lechón. El público se desternillaba de risa: "Se sabe que las mujeres, cuando tienen oportunidad, ¡al vino le entran con buena fe!". Lisístrata destapó hábilmente la jarra de vino, vertió el vino en la gran tinaja, recitó el juramento.

—¡Sangre buena! ¡Y tan bien que la escupe! —palmeó Calonice.

Nada que decir, el presagio era excelente. Cuando el sacerdote sacrifica a la víctima es importante que la sangre brote alegremente, mientras la bestia se debate; si, por el contrario, apenas mana a gotas, quiere decir que los dioses no están contentos.

—¡Y ké durce aroma!

—¡Permítanme que haga el juramento yo primero, mujeres!

—¡Ah, no, por Afrodita, lo jugamos a la suerte!

Con dificultad, Lisístrata retomó el control de la situación.

—Sostengan entre todas el borde de la copa; basta con que una repita lo que diga yo. El juramento vale para todas. Entonces, de ahora en adelante nadie, ni amante ni esposo…

Calonice asumió el papel de actuarle a las otras.

—De ahora en adelante nadie, ni amante ni esposo…

—Podrá arrimárseme con su coso duro.

Calonice se quedó callada. El público se carcajeaba.

—¡Dilo! —gritó Lisístrata.

— Podrá… arrimárseme con su coso duro. ¡Ay, ay, me tiemblan las rodillas, Lisístrata!

—Me quedaré en casa y no me dejaré arrastrar al acaballadero…

—Me quedaré en casa y no me prestaré para el acaballadero…

El público reía. "¡Hay que admitir que este Aristófanes encuentra una manera de decir las cosas!"

—Con mi vestidito azafranado, toda maquillada…

—Con mi vestidito azafranado, toda maquillada.

—Para que mi esposo se muera de deseo…

—Para que mi esposo se muera de deseo.

—Y nunca obedeceré de manera espontánea a mi esposo…

—Y nunca obedeceré de manera espontánea a mi esposo.

—Y si contra mi voluntad me violenta…

—Y si contra mi voluntad me violenta…

—Me dejaré de mala, y sin acoplarme a su vaivén…

—Me dejaré de mala, y sin acoplarme a su vaivén.

—No levantaré hacia el techo mis zapatillas persas…

—No levantaré hacia el techo mis zapatillas persas…

—Y no me pondré en cuatro patas como la leona en el mango del rallador de queso…

Porque en los ralladores de queso el mango siempre tenía la forma de una leona: bellamente alargada, con el lomo arqueado. A los atenienses les gustaba que un objeto siempre estuviera hecho de la misma manera, les daba seguridad. ¿Quién sabe cómo harían los ralladores de queso en Esparta?

—Y no me pondré en cuatro patas como la leona en el mango del rallador de queso…

—Habiendo establecido estas cosas beberemos de aquí…

—Habiendo establecido estas cosas beberemos de aquí.

—¡Y si transgredimos esto, que la copa se llene de agua!

—Y si transgredimos esto, que la copa se llene de agua.

Como asaltada por una duda, Lisístrata se inclinó hacia la copa, metió un dedo, probó. ¡Qué deleite! Por la alegría, agitó las chichis.

Seguía siendo vino.

—¿Lo juran todas?

—¡Sí, por Zeus! —respondieron todas.

—Entonces, le haré la ofrenda a los dioses.

Se mojó los dedos en la copa, derramó dos gotas en el suelo, prudentemente, después levantó sin mucho esfuerzo el enorme recipiente y empezó a beber a grandes tragos. Calonice se alarmó.

—¡Sólo tu parte, querida! Si queremos seguir siendo buenas amigas…

Justo en ese momento los tambores comenzaron a retumbar salvajemente. Por momentos Lisístrata se ahogaba. Lámpito miró a su alrededor.

—¿Ke griterío eh ese?

—Es lo que les estaba diciendo —se recompuso Lisístrata—. A esta hora las mujeres ya han tomado la Acrópolis. ¡Oh, Lámpito! Ve tú también a arreglar las cosas entre los tuyos. Nosotras alcanzaremos a las otras en la Acrópolis y les ayudaremos a bloquear las puertas.

—Pero ¿no crees que los hombres nos caerán encima enseguida? —objetó Calonice.

—Ellos me importan un carajo. No conseguirán abrirlas ni con amenazas ni con fuego…

Lisístrata titubeó, se miró entre las piernas, después miró la puerta de la casa.

—¡… las puertas, quiero decir!, si no hacen lo que nosotras decimos.

Mientras Lámpito desaparecía por la salida lateral, Lisístrata se encaminó hacia el interior de la casa que, para entonces, ya lo habían entendido todos, representaba la Acrópolis. Mírrina y Calonice se

dirigieron nuevamente al público e hicieron bailotear las chichis; después fueron detrás de ella.

—¡No les abriremos, por Afrodita! De lo contrario les daremos pretexto para decir que nos comportamos precisamente como mujeres, ¡débiles y desgraciadas!

Critias reía. Eutidemo, pálido, se le acercó al oído.

—¿Te ríes, Critias? A mí me parece que no hay nada de qué reír.

—Sí, ya me tranquilicé, ya caí en la cuenta. No hay ninguna traición. Simplemente éste entiende el ambiente que se respira. En una de ésas hasta nos hace el juego.

—¿De qué manera? ¡El pueblo va a estar en guardia!

Critias lo miró, irónico.

—Y a nosotros nos conviene que el pueblo esté en guardia. De estar en guardia a tener miedo hay un solo paso. Y cuando tienes miedo de una gran transformación es más fácil convencerte de que aceptes un cambio que al principio parece pequeño.

8

—¿Por qué se quieren ir ya? Quédense un rato con nosotros —dijo Cimón gentilmente y se aproximó a Glicera. Argiro, como si hubiera estado esperando la instrucción, se acercó a su vez a Caris.

Las muchachas estaban ahora un poco asustadas.

—Ya tenemos que regresar a la casa —repitieron.

Aquellos dos no hicieron ni caso, se acercaron a ellas alargando los brazos.

—Pero ¡ustedes están locos! ¿Qué les pasa por la cabeza? —gritó Glicera y se escurrió. Se puso junto a Caris y le pasó un brazo alrededor de los hombros. Pero los jóvenes se encontraban entre ellas y la puerta que conducía de la caballeriza a la casa.

Cimón miró a Argiro, que sonreía incierto, con la boca semiabierta, como imbécil, y entendió que le tocaba a él decidir.

—Vamos —dijo, y habría querido usar el mismo tono que usaba con los esclavos, pero no le salió, y la voz se le ahogó en la garganta. La humillación lo hizo sonrojarse, pero se contuvo—. Háganse útiles —repitió—, ahora nos vamos a la cama y luego ya las mandamos de regreso a casa.

Glicera y Caris se quedaron sin aliento. Uno de los caballos, que desde hacía un momento estaba agitado, sacudió la cabeza bufando. Argiro, que estaba cerca de él, se apartó rápidamente.

—Caris, ya vámonos —aprovechó el momento Glicera, tomó de la mano a Caris y se encaminó a la puerta. Pero no supo orientarse en la casa. Todo estaba oscuro, las contraventanas estaban cerradas,

no había luz. Sólo el resplandor del hogar la guio hasta el pórtico que daba al patio, pero para entonces los chicos ya las habían alcanzado.

—¡Vamos! —dijo Cimón—. ¿Qué quieren que hagamos para que cedan? No nos digan que será la primera vez que se echen un buen palo.

Esta vez Glicera perdió la cabeza.

—Pero ¿cómo te atreves a hablar así? ¿Con quién crees que estás hablando, dime, joven?

—Con dos que vinieron solas a casa de un hombre —replicó Cimón. Estaba satisfecho porque la respuesta le llegó al vuelo. Y, en efecto, la muchacha se quedó callada, desconcertada.

—Anda —insistió Cimón y se acercó a ella lo suficiente como para acariciarle la mejilla. Glicera se retiró—. Les pagamos. Es éste el problema, ¿no? Pues para nosotros no lo es porque tenemos dinero. Diez dracmas a cada una. Es más, veinte. Vamos, desnúdense.

Glicera y Caris sintieron cómo se les subió la sangre a la cara. Glicera abrió la boca para responder, pero le faltaron las palabras. "Está bien, venimos aquí solas, el error está hecho. Pero ahora basta."

—Ven, vámonos —repitió tomando de la mano a Caris, que estaba a punto de ponerse a llorar, y se encaminó hacia la puerta. Cimón las miró impasible. Cuando llegaron a los batientes los encontraron cerrados, con los cerrojos echados y sin llave en la cerradura.

—Sorpresa —dijo Cimón mostrando la llave que le colgaba del cinturón—. De aquí no se va nadie hasta que lo diga yo.

—Mira que vamos a gritar, eh —amenazó Glicera.

Cimón levantó los ojos al cielo.

—Está bien, pueden gritar, ¿quién las va a escuchar? Pero ¿por qué no se comportan como adultas? Se lo digo una vez más, veinte dracmas por cabeza. No son putas, eso lo sabemos. A una puta le das un dracma como máximo. Con ustedes es distinto, sabemos que no lo hacen con todos.

Glicera abrió la boca para objetar, y sólo entonces se acordó que ahí, bajo la lengua, tenía todavía las moneditas. Las escupió al suelo, metió dos dedos en la boca de Caris y la hizo escupir también a ella.

—¡Tu dinero nos da asco! Y nos dan asco también ustedes. Déjennos salir —exclamó, ya con lágrimas en los ojos.

"Maravilloso —pensó Cimón—. Se nos rebela. Como una potranca jamás montada, precisamente como me lo imaginaba. Ahora sí que valdrá la pena."

Vio a Argiro que tragaba saliva y lo buscaba con los ojos, todavía dudoso. Le correspondía decidir a él, y también eso lo excitaba. "Empecemos la cacería", pensó. Hurgó bajo su himatión, sacó el cuchillo de su funda. La hoja brilló en la poca luz que había. Las jóvenes dieron un salto atrás.

—Entonces —dijo Cimón—, ahora veremos quién es el amo aquí, ¿entendido, furcias? Vamos, apúrense y desnúdense. Desnudas. ¡Ahora mismo! —gritó al ver que las muchachas no se movían.

Pegada la una a la otra, Glicera y Caris temblaban, sobrecogidas. Esta vez Caris empezó de verdad a llorar.

—Quiero irme a casa —imploró, entre sollozo y sollozo.

Cimón estaba perplejo. Había sacado el cuchillo, las chicas tenían que haberlo obedecido, y sin embargo no había sucedido nada de lo que se había imaginado. Esas dos lloriqueaban y no se desnudaban. Él no podía sacrificarlas como animales. Era necesario pensar qué hacer. Pero, primero, a beber, para agudizar la mente. Ésa sí era cosa de hombres. No se sostiene una velada así sin haber bebido. Ése

había sido su error hasta ahora, pero ahora mismo le pondría remedio.

—Irán luego a casa. Ahora vengan conmigo. Vamos, muévanse —les dijo a las muchachas en un tono un poco más amable, pero sin dejar de amenazarlas con el cuchillo.

Tropezando, Glicera y Caris se movieron en la penumbra. Él conocía la casa. Atravesaron el pórtico, ahí había un poco de luz. Al final del patio se abría la puerta de un almacén, con un pasador exterior; al lado, sobre una banca, las ánforas rituales con las asas envueltas en lana de colores consagradas a Zeus Ctesio, protector de la riqueza. Cimón tuvo que regresar a la casa a buscar la llave; sabía dónde la tenía su padre, más de una vez había ido a robar vino a escondidas.

—No dejes que escapen —le encargó a Argiro, poniéndole el cuchillo en la mano.

—Déjanos ir a casa —le suplicó Glicera a Argiro en cuanto Cimón hubo desaparecido. Argiro rio socarrón—. ¿Qué te crees, que yo soy un niño? No creas que me vas a joder a mí.

—Por favor —agregó Caris enjugándose las lágrimas. Argiro movió la cabeza obstinadamente sin levantar la mirada. De estar él solo, casi que lo haría, con tal de salirse del fastidio, pero frente a su amigo no podía hacerlo.

Cimón regresó con la llave, abrió la puerta. El almacén era poco más que un armario, bajo, oscuro, sin ventanas. A la escasa luz que entraba por la puerta quitó un montón de telarañas, encontró una tinaja de vino y la llevó afuera.

—Entren —ordenó a las muchachas, y, puesto que no se movían, las empujó.

También participó Argiro, las aventaron adentro, cerraron con llave, corrieron el cerrojo. Ahí, encerradas, en esa oscuridad, las dos

se pusieron a gritar.

—¿Estás seguro de que nadie oye?

Cimón asintió.

—No hay vecinos. Mi padre trae aquí a los esclavos justo cuando tiene que castigarlos, en lugar de azotarlos en la ciudad.

Llevaron la tinaja de vino cerca del hogar, se sentaron, la abrieron con el cuchillo.

—Espera, voy a traer las copas —dijo Cimón.

Regresó con una pequeña copa de cerámica negra, un cuenco hondo, un cucharón y una pequeña ánfora con agua.

—Hay que prepararlo como se debe. ¡Qué frío, eh!

Argiro asintió, realmente hacía frío, incluso ahí, cerca del fuego. Las dos jóvenes encerradas en la covacha seguían gritando y golpeando la puerta.

—¿Crees que sigan así mucho tiempo?

—Que sigan si quieren.

Vertieron el vino en el cuenco, luego calentaron un poco de agua dentro del propio cucharón y cuando comenzó a hervir la vertieron en el vino.

—¡Listo! —dijo Cimón, complacido—. No hay nada mejor en el invierno. A la diosa —agregó, mientras echaba algunas gotas en las llamas.

Sumergieron la taza negra en el cuenco por turnos y bebieron. El vino caliente los alegró enseguida.

—¿Más?

—Más.

Hablaron de lo que harían las dos muchachas cuando las dejaran salir.

—Según yo, ahora sí se desnudan y dejan de dar problemas.

—También yo lo creo. Pero si siguieran dando problemas, todavía mejor. Será más divertido.

—¿Más vino?

—Más.

Ahora empezaban a entrar en calor.

—¿Qué dices, las sacamos?

Argiro dudó.

—Pero ¿sin esperar a Cratipo?

"Ah, cierto, también está Cratipo." Se había olvidado. Cimón no estaba seguro de tener ganas de que estuviera él. "En cuanto llegue querrá tomar el mando. Pero, por otro lado, siempre hemos sido tres, y los tres tenemos que estar juntos, nosotros, los dueños de la ciudad."

—Está bien, esperémoslo. Ojalá que se apure, yo ya tengo ganas de echar un palo —declaró. También poder decirle a un amigo una cosa semejante sin parecer un jovencito hambriento, sino como hombre, como hombre que está realmente a punto de echarse un polvo y ya tiene a la muchacha preparada, pues bien, también ésa es una satisfacción…

Argiro bostezó.

—Oye, a mí me dio sueño. Esta noche dormí poco. ¿Y si tomáramos una siesta?

—Por mí, hazlo —concedió Cimón, indiferente—. Ve a mi habitación, es la primera del piso de arriba.

—Voy —dijo Argiro. Porque realmente esa noche había dormido mal a causa de un ratón que le había caído a la cama desde la viga del techo, aunque la verdad es que no estaba acostumbrado a beber. Sólo entendía que tenía necesidad de dormir; se arrastró escaleras arriba y se tiró en la cama.

También a Cimón la cabeza le daba vueltas un poco, pero no tanto como para dormirse. Prefería quedarse ahí, cerca del fuego, y pensar en las dos presas encerradas en la covacha. "¡Eso! —pensó—. Mi padre sólo ha sabido acumular ahí cebada y habas, madera y carbón. Pero yo he encerrado dos anguilas vivas como ésas que tengo ahí, listas para ser despellejadas." Complacido, empezó a pensar en lo que se podría hacer con ellas, así como el dueño del cerdo, mientras lo ve engordar, saborea todos los usos que le dará. Ahora habían dejado de gritar, ya no se oía nada. "¿No se habrán escapado?", se inquietó Cimón. "Pero el almacén no tiene salidas, ni siquiera una ventana. Aunque nunca se sabe." Se levantó con un poco de dificultad, caminó hacia el pórtico, regresó a tomar el cuchillo, se acercó a la puerta atrancada.

—¡Ey! ¿Están ustedes vivas o muertas?

Oyó que adentro se movían y que una lloraba, pero no obtuvo respuesta. Cimón se irritó. "Al amo se le tiene que responder. Ahora les haré ver."

—Escuchen bien —dijo fuerte—. Voy a abrir y una de las dos va a salir, pero sólo una, ¿entendido?

Abrió el cerrojo, giró la llave, entreabrió la puerta. No sucedió nada.

—¡He dicho que saliera una! ¡No me hagan enojar, que va a ser peor!

Oyó que las muchachas susurraban algo, luego la más pequeña se asomó por la hendidura. Cimón la jaló del pelo y la sacó. Caris gritó, tropezó y por poco no se cayó; Glicera, adentro, gritó algo también ella, pero Cimón ya había vuelto a cerrar la puerta, azotándola y corriendo el cerrojo.

Caris tenía la cara chorreada de lágrimas y los ojos descompuestos por el miedo. Cimón sonrió complacido: "Así me

gusta, bien caliente y asustada". La tomó de un brazo y la arrastró al interior de la casa. En una de las habitaciones había camas, taburetes, cojines. Desde el principio había decidido que todo sucedería ahí. En esa habitación, el año anterior, cuando todavía no le asomaba la barba y apenas empezaba a descubrir los secretos, por una grieta había entrevisto a su padre que poseía a Andrómaca por detrás, mientras ésta se mantenía de pie. Ella estaba inclinada hacia adelante, se apoyaba con las manos en un taburete y tenía los ojos cerrados…

—Desvístete —ordenó. Caris lo miró, temblorosa.

—¡P-p-por favor! —alcanzó a decir—. ¡No bromees así!

Cimón le mostró el cuchillo. La muchacha miró en torno suyo, no había nadie a quien pedir ayuda.

—¡Caris! ¿Qué pasa? —gritó Glicera desde el depósito. Caris abrió la boca, pero Cimón se acercó a ella y le acercó la punta del cuchillo al rostro.

—No querrás preocupar a tu amiga, ¿verdad? —exclamó—. Respóndele que todo está bien. ¡Vamos, responde!

—Todo bien —dijo Caris, con un hilo de voz.

—¡Más fuerte!

—¡Todo bien! —repitió Caris.

—Ahora desvístete —ordenó Cimón.

Caris se tragó las lágrimas y, sin mirarlo a la cara, comenzó a desnudarse. "Está funcionando —pensó Cimón, aún sin poder creerlo—. Qué buena idea sacar a una sola."

Caris se quitó el himatión, luego la túnica elegante, después un quitón viejo que se había puesto debajo. Los dientes le castañeteaban, de miedo y de frío. Quedó desnuda, con un brazo se ocultó los senos, con la otra mano la entrepierna. Miraba al suelo y rechinaba los dientes. Cimón la miraba con fijeza y no veía nada,

nada de lo que había angustiado a Caris durante años, al grado de que había abandonado bruscamente los juegos con su amiga: el pequeño lunar peludo en el pecho izquierdo, los muslos tan delgados para su edad. Él veía sólo un milagro, una hembra frente a él, para usar a su antojo. No una hetaira madura que daba órdenes en lugar de acatarlas, que contaba el dinero antes de ponerse a trabajar, suspirando de disgusto sobre una cama que chirriaba, como en las pocas experiencias que había tenido hasta ahora y que le molestaba recordar. No, ésta era una moza obediente. Se acercó a Caris, la abrazó, le pasó las manos por la espalda, le mordisqueó el cuello, llegó a la boca. Sólo una vez en su vida había tenido entre los brazos a una criatura tan temblorosa: un cachorro de corzo que quién sabe cómo había terminado en el corral de los caballos; lo había acunado por largo rato antes de degollarlo y llevarlo a la cocina.

—Vamos, voltéate y agáchate —susurró.

Pero en ese momento, inesperadamente, la muchacha se rebeló.

—¡Te he dicho que no quiero! ¡Soy virgen!

Cimón se paralizó. Los lamentos de la joven no lo ayudaban a concentrarse. "Con que eres virgen, ¡eh! Dentro de un rato ya no lo serás; todas han pasado por ahí." Pero no se trataba sólo de eso. Aunque se apretara al cuerpo de la muchacha, sintiendo su dificultad para respirar y los duros pezones de los senos contra su pecho, algo en él no estaba funcionando. Se dio cuenta, consternado, de que le estaba ocurriendo lo mismo que las otras veces. Por muy excitada que estuviera su cabeza, su cuerpo no respondía. Pero esta vez no tenía frente a sí a una mujer experta que sabía cómo remediar el mal; ahora sólo dependía de él mismo. "Tengo todo el tiempo que quiera", se dijo para tranquilizarse. Tomó a Caris por los hombros y la apretó con fuerza.

—¡Por favor! ¡No me hagas daño!

Caris ahora estaba de verdad asustada, y en su pánico trataba de comprender qué era mejor hacer: "¿Tal vez obedecer?".

—No te haré mal si me obedeces —susurró él, como si hubiera escuchado sus pensamientos—. Ahora te enseño cómo hacerlo.

9

LA EXPLANADA bajo el escenario desierto se pobló repentinamente. El coro volvía a entrar, esta vez en hábito. Los espectadores contaban: "Diez, doce… Era únicamente la mitad del coro, quiere decir que la otra mitad tendría un vestuario diferente. ¡Realmente no han escatimado en gastos!".

—¿Sabes quién paga el coro? —le preguntó Critias a Eubulo.

—Demódoco de Eleusis. Ha quedado medio en la ruina.

Critias movió la cabeza. El pueblo es astuto. Los ricos pagan el coro, corren tras la gloria, todo para ver su nombre pegado en la inscripción de la victoria; mientras tanto quedan en la ruina y, sin darse cuenta, financian la democracia, y el pueblo se entretiene, ¡gratis! "Cuando gobernemos nosotros —apuntó mentalmente Critias—, ésta será una de las cosas que revisaremos."

Los doce del coro llevaban máscaras arrugadas, largas y canosas pelucas, hábitos llenos de parches de colores, de los que usan los más viejos. Por lo general el coro entraba al sonido de la música y con paso de marcha, ocupando decididamente su lugar, pero en esta ocasión el coro entró tropezando y arrastrando los pies, cada cual llevaba al hombro una tea y una cepa de olivo; el último arrastraba una olla colosal, llena de brasas encendidas. El corifeo, a la cabeza de todos, ponía el ritmo cantando:

—¡Camina, amigo, muévete y guíanos paso a paso, sé fuerte, aunque el tronco te pese sobre los hombros!

Marchando pesadamente, el coro se unió a la canción.

—Hemos vivido tanto para llegar a ver esto —gritaban los viejos —. ¡Las mujeres adueñándose de la Acrópolis, atrancando los Propileos con los cerrojos! ¡Y pensar que este infortunio lo criamos en casa!

Resollando y tosiendo, los viejos llegaron bajo el escenario. La flauta que había acompañado su entrada calló, para luego retomar con un ritmo más apremiante, marcando la letanía del corifeo.

—Marchemos a la Acrópolis lo más aprisa posible, apilemos estos leños, terminemos con este escándalo. Prendámosles fuego a todas, impidiéndoles que salgan, hagamos con ellas una hermosa pira, ¡verás cómo se abrasan! Todas las mujeres en montón, ¡empezando por la esposa de Licón!

Concluyó triunfalmente después de haber observado al público. A ese Licón todos lo conocían, en su casa la mujer era la que mandaba, se decía incluso que le pegaba; cierto es que él era viejo y ella joven, e hija de ricos. El público se carcajeó. Licón se encogió de hombros, en el fondo le daba casi placer. En su casa se lo contaría a su esposa; ella se las hará pagar seguramente, pero ¡mientras tanto tenía la satisfacción de que lo hubieran citado en la comedia!

Al oír al corifeo incitándolos, los viejos del coro se rascaron la cabeza. Acababan de dejar en el suelo los troncos y el fuego, ¿y ahora tenían que levantarlos otra vez? Desde las filas más distantes se apreciaba que no tenían ningunas ganas de hacerlo: ¡eran viejos! El público seguía riéndose, pero después de un momento las risas se apagaron, conforme iban entendiendo. “Oh, ¿de qué te ríes? Esos de los que hablan somos nosotros. ¿Ves lo que puede ocurrir? Te distraen en la Acrópolis, ¿y quién se queda en la ciudad para recuperarla? Viejos que no pueden ni mantenerse en pie.”

De su grupo, Critias fue el primero que lo entendió. No en vano era discípulo de Sócrates, discutir con él lo obligaba a agudizar el

ingenio. “He aquí cómo estarían las cosas: la ciudad está en guerra, arma flotas, envía soldados a medio mundo, está convencida de ser poderosa y, por el contrario, es precisamente eso lo que la hace vulnerable. ¿Y si tuviera razón ese muchacho? ¿Para qué preocuparse de convencer a la asamblea? Mejor ocupamos la Acrópolis y todo el tinglado se vendrá abajo por sí solo…” Le costó gran trabajo liberarse de esa tentación. “Si ocupas la Acrópolis después tienes que mantenerla para siempre. Es mucho mejor hacer lo que decidimos si queremos que la acción dure. En cualquier caso, hay poco que hacer; Aristófanes es alguien que entiende todo y no tiene miedo de decirlo: que la Acrópolis está ahí para quien la quiera tomar… ¡Pero todavía está por entenderse si nos lo está diciendo a nosotros o al pueblo!”

—Realmente es necesario actuar rápido —susurró al oído de Eubulo. Éste asintió, también él lo había entendido.

—Yo ya empecé. Luego te platico —susurró, y después calló porque el coro había retomado el canto.

La copla del coro ya no era tan lastimera como antes, los viejos se habían envalentonado, la risa del público los había liberado. “¡Con nosotros no se ríe, qué se creen!” Y se pusieron a evocar una historia de cien años atrás, más vieja aún que las guerras médicas. La historia de cómo los espartanos del rey Cleómenes habían ayudado a los atenienses a liberarse de los tiranos y luego habían pretendido mandar ellos ahí en Atenas, ¡algo que jamás se había oído! También a él, a Cleómenes, se le había ocurrido ocupar la Acrópolis, pero había pagado un precio altísimo al momento de irse. Con toda su arrogancia espartana, se había ido en ropa interior: las armas, se jactaban los viejos, nos las ha tenido que dejar. Salió muerto de hambre, un sucio asqueroso, con el cabello pegado, ¡tenía seis años sin lavarse! Era una exageración, claro, pero el público se reía a

carcajadas. También se trataba de un asunto viejo, pero era una historia que siempre gustaba. Al oír las carcajadas, Aristófanes les guiñó el ojo a los actores, resguardados con él en la casa, aunque tampoco conseguía ponerse contento. Conocía demasiado bien a sus paisanos, no se divierten. ¿Qué hacer? Al público tienes que darle cosas que le agraden si quieres sembrarles en la cabeza algo útil.

En el escenario, el corifeo se había perdido en esos dulces recuerdos. Hablaba como si él mismo hubiera participado en el asedio a Cleómenes en la Acrópolis, y de alguna manera era en realidad así. Quien los había acorralado había sido el pueblo, ¿no? Y el pueblo es siempre el mismo, nunca muere. El corifeo explicó cuán duro había sido sitiar a ese hombre, dormir armados frente a las puertas, en el caso de que los espartanos intentaran salir: ¿y ahora no eran capaces de asediar a unas mujeres? ¡Acaso habría que demoler el trofeo de la victoria en Maratón, por la vergüenza!

Todo el público se puso del lado de los viejos contra las mujeres. "Las descaradas, ¡no sólo salen de casa sin autorización, sino que se instalan en la Acrópolis y pretenden darles órdenes a los hombres! Ya veremos, ya veremos cómo se las hacen pagar los nuestros." El coro caminaba otra vez alrededor del escenario, arrastrando consigo los troncos y la olla, pero no se decidían a subir los tres peldaños que los conducirían a la parte alta, frente a las puertas de la Acrópolis. Vamos, que es el último esfuerzo, se alentaban mutuamente, pero después, nada. El público reía burlón. Los coristas se extraviaban:

—¿Cómo hacemos para levantar todo esto sin una mula? ¡Estas tablas nos están cercenando los hombros! ¿Y si además se nos apaga el fuego?

Ante esta idea los viejos se pusieron a soplar todos juntos en la olla. Uno de ellos, ocultándose de los espectadores, vertió una

preparación en las brasas y una enorme nube de humo salió del recipiente. Todos los viejos se pusieron a toser y a despotricar:

—¡Maldito humo!

El público estaba encantado.

En cuanto el humo se disipó, los viejos volvieron a quejarse:

—¿Viste eso? ¡Heracles, ayúdame! ¡Cómo arden los ojos!

Continuaron así un rato, consolándose mutuamente, y luego se acordaron por qué habían ido ahí:

—¡Vamos a movernos, tenemos que subir a la Acrópolis!

Como si no hubieran aprendido nada, se inclinaron todos a la vez a soplar otra vez, y desaparecieron entre el humo.

—¡Uff! ¡Puff! ¡Maldito humo!

Mientras el público se desternillaba de risa, el corifeo volvió a poner orden.

—El fuego se ha vuelto a encender, loas a los dioses, ¡cuánto brilla! Pongan aquí la leña, vamos, abajo, ¡deposítenla! Denme ahora la tea, que ya puedo encenderla, luego todos a la puerta, ¡y a golpes contra ella arremetemos! Nosotros les damos fuego, si aquéllas no abren, las quiero ver cuando el humo las sofoque. Entonces, primera cosa, bajen la carga.

En cuanto la olla tocó el suelo, el Viejo desapareció a su vez en una nube de humo y empezó a renegar también él, siempre al ritmo de la música.

—¡Ay, ayuda, qué humazo, mierda! ¡Me sofoco!

Los espectadores se carcajeaban. También ésta es una regla fija del arte, las palabrotas siempre tienen éxito, en cuanto sueltas una se echan todos a reír.

—¿Cuál de nuestros generales me daría una mano con los leños y la olla? —vociferaba el corifeo, tosiendo y escupiendo; luego retomó el arrojo—. Me he dañado la columna, ahora puedo parar. ¡Ahora te

toca a ti, aviva el carbón, olla! Aquí está la antorcha, ayúdame a encenderla. ¡Señora de la Victoria, tú baja y ayúdanos a vengarnos, a derrotar a las mujeres de la Acrópolis!

El fuego en la cazuela gigante ardió alegremente, mientras los viejos bailaban de alegría. Pero en ese instante la música cambió y entre el entusiasmo del público irrumpió con paso marcial el segundo semicoro: doce coristas vestidos, esta vez, de viejas, con las enormes pelucas blancas envueltas en sus pequeñas redes, los quitones largos hasta el piso. Llevaban sobre los hombros ánforas llenas de agua. A la cabeza de la marcha, una Vieja las alentaba.

—Aquí están prendiendo fuego, los veo encenderlo, veo chispas y humo, ¡vamos, mujeres, apresúrense!

Las viejas, revelándose mucho más ágiles que los hombres, se pusieron a bailar alrededor del fuego, vertiendo cubetadas de agua. Sin saber cómo, el agua terminaba encima de los viejos, mientras que el humo crecía cada vez más. Todos tosían. Las viejas se animaban cantando:

—Vamos, chicas, aprisa, antes de que estos malditos vejetes le prendan fuego a todo. Apenas rellené el ánfora de agua, esta mañana al alba, en la fuente, había una multitud, ruido, choque de cacharros, las esclavas me daban empellones (las peores, con los extremos del látigo), ¡la recogí y me fui!

Ante esa acometida los viejos retrocedían, tratando de poner a salvo la olla humeante. Las viejas los apremiaban insultándolos:

—Viejos mentecatos, ¿por qué se afanan con esos leños? ¡Acaso tenían la intención de calentar los baños, tres toneladas de madera! ¡Pero Afrodita nació de las aguas, ella nos ayuda a apagar sus ardores!

Los viejos estaban a punto de ser expulsados de la explanada cuando el corifeo, para evitar la derrota completa, se plantó frente a

la olla. La Vieja se le paró enfrente, amenazante, con el ánfora lista para echar agua.

—¡Déjame pasar, oh! Pero ¿qué es, sinvergüenzas? ¿De cuándo acá la gente decente hace estas cosas?

—Mira nada más lo que me toca a mí ver: ¡otro enjambre de mujeres que sale en su ayuda! —se quejó el Viejo.

—Tienen miedo, ¡eh! ¿Somos demasiadas? ¡Pues están viendo sólo a la diezmilésima parte de nosotras!

Polemón se estremeció. El último parlamento le había ayudado repentinamente a formular un pensamiento fastidioso que le daba vueltas en la cabeza hacía un rato sin ser capaz de precisarlo. De golpe, a la idea de las mujeres tomando la Acrópolis, también a él le había dado risa, como a todos. "Las mujeres, ¿me entiendes? Sería como decir que los alfareros harán la revolución, o los leñadores, una ínfima minoría. Y, en efecto, en la ciudad hay caballeros, campesinos y alfareros y carboneros y leñadores y aguadores, y fabricantes de monturas y de espadas y de escudos, y vendedores de habas y maestros de escuela y, obviamente, extranjeros, y esclavos, y también hay mujeres, una categoría entre miles. Pero ¿cuántas son? Si se reflexionaba, debían ser tantas como hombres hay y, sin embargo, ¿quién lo diría?, ¡no se suelen ver por ningún lado!"

—Dime algo —le susurró a Trasilo—, según tú, ¿cuántas mujeres hay en Atenas?

—Y yo qué sé —dijo Trasilo. Pero después también él se detuvo a reflexionar: "Si en el escenario hay una por cada diez mil en Atenas —pensó—, y ahí hay doce, ¿significa que en la ciudad hay ciento veinte mil mujeres? Pero no, no es posible. Claro, uno no las ve porque siempre están en su casa. Si acaso salieran todas juntas…"

—Demencial, ¿verdad? —le susurró al oído a Polemón.

Bajo el escenario continuaba la trifulca. El corifeo trataba de reanimar a su derrotada tropa, amenazando con estragos. La Vieja refutaba, intrépida como una vendedora de pescado en el mercado. El público reía a más no poder ante el espectáculo cómico más viejo del mundo: dos pícaros insultándose a punto de llegar a las manos.

—¿Qué haces con esa agua, desgraciada?

—¿Y tú qué haces con ese fuego, vieja momia? ¿Tu pira fúnebre?

—¡Mira que te rompo la cachiporra en la espalda!

—¡Mira que te arranco los huevos!

—¡Y yo quemo a tus amigas!

—¡Y yo te apago el fuego!

—¿Tú, a mí, me apagas el fuego?

—¡Te lo muestro enseguida!

—¡Mira que te frío a ti también!

—¡Y yo te baño!

—¿Tú a mí me bañas, mugrienta?

—No te olvides que soy ciudadana libre.

—¡Ya te haré yo callar!

—¡Tú qué te crees, ya no estás en el tribunal!

Esta última estocada terminó de exasperar al Viejo. Dice el proverbio que a los ancianos se les enaltece sólo cuando hacen de jueces en el tribunal y pueden condenar a quien les plazca, pero afuera son como papillas, nadie los digiere. Furioso, el Viejo agitó la antorcha hacia su adversaria.

—¡Mira que te prendo fuego en el pelo!

—¿Ah, sí? ¡Pues mucho cuidado que ahí te va un río!

La Vieja levantó el ánfora y la vació completa encima de su rival. El Viejo, gritando, se resguardó a una distancia segura.

—¿Qué, estaba caliente?

—¡Qué caliente! ¡Ya basta! ¿Qué haces?

—Te estoy regando, tal vez así crezca algo —sugirió la Vieja, con suavidad, e hizo un gesto obsceno.

—¡Pero si ya me he marchitado! ¡Mira cómo tiemblo! —se quejó patéticamente el Viejo; pero la maldita Vieja quiso tener la última palabra.

—Ya que tienes el fuego, ¡entra en calor!

El público estaba perplejo. Todos esperaban que los viejos dieran el asalto a la Acrópolis y que las descaradas viejas regresaran a sus casas, que es donde tienen que estar las mujeres, con la espalda molida a palos. "Es verdad que los nuestros están viejos, entraron resoplando y pedorreándose, pero ¡nadie puede derrotar al Pueblo! Además" —y esto sólo les había venido a la cabeza a los más maliciosos— "allí en la Acrópolis está el tesoro, de ahí viene el dinero de los sueldos! Ya parece que podemos permitir que esas arpías le metan mano. No obstante, por lo que se había visto hasta ahora, no pareciera que lo estuvieran haciendo muy bien los viejos. Tiene que venir alguien a ayudarlos. No es tan difícil, en la comedia ocurre de todo, podría llegar incluso un dios a poner las cosas en orden."

—Apuesto a que las mujeres no logran su objetivo, y más bien se van con una buena carga de golpes —susurró Trasilo.

—Yo apuesto a que eso no ocurre —replicó Polemón.

—¿Un óbolo?

—¡Ya estás! Un óbolo.

Bajo el proscenio, viejas y viejos guardaron silencio repentinamente…

10

CARIS tosió y tuvo un amago de vómito; se liberó y escupió fuera el *phéos* de Cimón. Quería levantarse, pero Cimón la sostenía firme de los hombros, arrodillada como estaba.

—¡No puedo hacerlo! —balbuceó Caris, medio sofocada.

—Inténtalo de nuevo, o va a ser peor —siseó Cimón; pero luego, al ver el rostro aterrorizado de Caris, la ira brotó dentro de él. "Es incapaz", pensó enfurecido. Y por lo demás, tenía que ser culpa de la joven si a él no le ocurría nada.

—¡Vete a los cuervos! —exclamó, aventándola. Por un instante se le materializó frente a los ojos la imagen ancestral de la que derivaba ese modo de decir, la vio reducida a un cadáver amoratado, abandonado a las aves de rapiña en la tierra desierta, con las cornejas sacándole los ojos, la parte más apetitosa. Caris se había levantado, lo miraba asustada, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—No eres capaz ni de satisfacer a un hombre —le echó en cara Cimón, yendo de un lado a otro—. ¿Cómo crees que te ganarás la vida?

Caris no entendía, continuaba mirándolo con los ojos bien abiertos, le volvían a castañetear los dientes. A fuerza de insultarla, Cimón retomó el coraje.

—No tengas miedo, nosotros te podemos adiestrar, tenemos todo el tiempo del mundo. ¡Regresa allá adentro! —le ordenó. Y como

Caris, aterrada, no se movía, la tomó de la muñeca y la arrastró hacia la covacha.

—¡No me hagas mal! —sollozó la muchacha.

Cimón se movía con rapidez en la semioscuridad. Arrastrada a la mala, Caris se golpeó en una esquina y gritó de dolor. Cimón la jaloneó más fuerte, ahora tenía prisa por deshacerse de ella. ¡Con la otra! El único remedio era intentarlo con la otra.

Al llegar a la puerta de la covacha llamó:

—¡Ey, tú, allá dentro! ¡Prepárate para salir!

Abrió, empujó adentro a Caris, alcanzó a ver la silueta de la otra chica agazapada en el suelo, la jaló del pelo.

—¡Dije que fuera!

La arrastró al exterior y volvió a cerrar la puerta. Cuando se volteó Glicera corrió hacia el portón de entrada y trató con vehemencia de abrir los cerrojos.

—¡Entonces eres estúpida, eh! ¡Te he dicho que está cerrada bajo llave!

Glicera golpeó inútilmente el portón con los puños y luego se giró. Tenía los pies y el vestido negros de polvo, el rostro rayado de lágrimas también negras, la covacha también funcionaba como depósito de carbón.

—Desnúdate —le ordenó Cimón.

Glicera negó con la cabeza, mirándolo con fijeza, desafiante, y Cimón le soltó un bofetón. Glicera abrió la boca, incrédula.

—Pero ¿eres imbécil o qué? —dijo. Y quería agregar, una vez más, ¡déjanos ir!, pero no tuvo tiempo porque Cimón, fuera de sí, la golpeó de nuevo, esta vez con los nudillos. Glicera gritó, retrocedió un paso, se llevó la mano a la boca y vio sangre en sus dedos. Ahora sí que empezaba a tener miedo. “Éste me va a matar”, pensó por

primera vez, sin poder creer en lo que estaban metidas. Del interior del desván Caris la llamaba, con la voz chillona de terror.

—¿Entonces?

Tratando febrilmente de entender qué era mejor hacer, Glicera se desnudó. Bajo la túnica de fiesta llevaba los dos quitones viejos, uno más raído y remendado que el otro. Se dio cuenta de que Cimón se burlaba y se avergonzó.

Una vez que estuvo desnuda, Cimón la arrastró hacia el hogar.

—¡Déjame verte!

Esto le gustaba, era como comprar un caballo, cuando lo miras con calma, cada parte del cuerpo, y saboreas el placer de montarlo. Glicera cerró los ojos y se dejó toquetear y pellizcar. Cimón la obligó a abrir la boca, le tocó los dientes con los dedos. Ella pensó en morderlo, pero se contuvo.

—Gírate —le ordenó. La muchacha se giró—. Gírate de nuevo.

Cimón se divertía.

—Abre las piernas.

Glicera obedecía, tragándose la vergüenza.

—Eres muy peluda —comentó Cimón—. Todas las que son como tú se deberían depilar.

Glicera no respondió. Temblaba de frío y le dolía el labio herido.

—¿Ya me puedo volver a vestir? —preguntó despacio.

Cimón ni siquiera la escuchó. Se le estaba ocurriendo una idea. Una vez, oyendo hablar a los adultos, había entendido que las flautistas, para depilarse, usan la flama de la antorcha.

—¡No te muevas de ahí!

Fue a buscar una antorcha, se fijó que tuviera aceite, trajinó un poco para encenderla. Después se la extendió a la joven.

—Ten, déjame ver cómo te depilas.

Glicera tomó la antorcha, pero no había entendido.

—¿Qué, eres estúpida? Es mejor que aprendas. Vamos, depílate entre las piernas. Con la flama.

Glicera abrió grandes los ojos, estaba por negar con la cabeza, pero el labio hinchado la hizo decidir que era mejor obedecer también esta vez. Con cautela, abriendo las piernas lo más que pudo, tratando de no pensar que había un hombre mirándola, se pasó la antorcha encendida entre las piernas. Casi inmediatamente se quemó, lanzó un pequeño grito, pero después reanudó la tarea. En la semioscuridad se propagó un ligero olor de plumas quemadas, como cuando se tuesta al pollo antes de ponerlo en la parrilla.

—¿Así está bien? —osó preguntarle Glicera después de un rato. Se había quemado y el olor que desprendía su cuerpo la asustaba. Cimón le hizo una señal de que le pasara la antorcha, luego se aproximó y la examinó con curiosidad. El resultado no era precisamente lo que se había imaginado, y tampoco a él le gustó el olor. En cuanto a su *phéos,* ¡estaba peor que nunca! Tampoco esta vez su cuerpo reaccionaba, antes bien, se había como helado por el disgusto. Zeus Cario, ahí al lado, miraba al vacío, ignorándolos.

En ese momento reapareció Argiro.

—¡Qué pestilencia! Ey, ¿qué están haciendo?

—Me estoy cogiendo a esta puta —dijo Cimón.

—¿Y la otra?

—En el desván. Sácala también a ella, si quieres.

Argiro titubeó, luego se dirigió a la covacha, abrió la puerta. Caris temblaba acurrucada en el suelo.

—Sal, vamos.

Caris se escabulló hacia afuera, vio a Glicera y corrió cerca de ella.

—Por favor, jóvenes, déjenos ir a casa —imploró Glicera. Cimón se acercó y le mostró la mano abierta, como si quisiera abofetearla de

nuevo.

—Tú a nosotros no nos dices jóvenes. Se dice amos —gruñó.

Glicera se quedó en silencio. Argiro, excitado, intervino.

—Oye, vamos arriba a cogérnoslas.

Cimón le enseñó los cojines.

—También podemos aquí. Toma a una. ¿A cuál quieres?

Argiro miraba detenidamente a Caris. Dio un paso hacia ella. Caris dio un paso atrás.

—Somos vírgenes, no podemos estar con ustedes. Por favor, déjennos ir —repitió Glicera.

Cimón y Argiro se miraron. "Pues no —pensó Cimón—, no me harás quedar mal delante de mi amigo." Empujó brutalmente a Glicera contra el muro y le dio otro manotazo; luego, dándose cuenta de que golpearla le gustaba, levantó la rodilla y la golpeó en la panza. Glicera gritó, tomada por sorpresa, y se dobló en dos. Cimón la hizo rodar por el suelo con un empujón y ahí le soltó una patada.

—Somos vírgenes —se burló, imitándola—. Nosotros nos encargamos de quitarles las telarañas de ahí abajo —agregó, y le dio otra patada. Argiro rio con sarcasmo, se acercó y soltó una patada también él.

—¡La van a matar!

Caris se tiró de rodillas, jaló a Argiro de la túnica.

—Entonces, ¿vas a dejar que te coja? —dijo Argiro. Sollozando, Caris dijo que no con la cabeza.

Los dos muchachos se alejaron unos pasos. Caris se acuclilló junto a Glicera, la jaló para hacerla sentar. Glicera temblaba, la sangre le escurría de la boca, le dolían los moretones que se le hacían donde la habían pateado.

—¿Qué hacemos? —le susurró Caris.

—No lo sé —admitió Glicera, desesperada.

Oyeron a los muchachos hablando en voz baja y después a Cimón diciendo más fuerte:

—Ni siquiera son capaces de hacer eso. Ya lo intenté.

Argiro insistía. Finalmente los dos regresaron con ellas.

—Entonces, está bien, son ustedes vírgenes —admitió Cimón—. De acuerdo, esto lo entendemos. Esa cosita que tienen ahí es el único capital que tienen, su garantía de encontrar a un andrajoso como ustedes que las despose y no las deje morir de hambre. Si fueran astutas, entenderían que más bien les convendría hacernos el servicio a nosotros los señores, se divertirían mucho más y además no les faltaría de comer. Pero es que ellas tan listas no son —agregó, guiñándole un ojo a Argiro.

Argiro se rio.

—Como sea, si realmente quieren conservar intacta esa cosita que tienen, hay muchas maneras de hacer gozar a un hombre, y esta noche vamos a empezar a enseñárselas. Sus maridos, por lo demás, lo van a agradecer.

Glicera y Caris se miraron. Las dos estaban cansadas y asustadas, sólo querían que esto terminara.

—Si hacemos lo que ustedes quieren, ¿después nos dejan ir a casa? —preguntó finalmente Glicera.

—Pero claro —dijo Cimón—. A tu amiga ya se lo expliqué antes, pero no entendió muy bien. Es más, veamos si en este tiempo ya lo entendió mejor. Ey, tú, ¿qué te hice hacer antes?

Caris se ruborizó.

—Vamos, explícaselo bien a tu amiga —dijo Cimón, sarcástico.

Caris titubeó, después bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Déjala en paz —exclamó Glicera, desafiante.

—¿Es en serio? —refutó Cimón.

—Si nos dejas ir ahora no le decimos nada a nadie —dijo Glicera sin tomar aire. No lograba entender si los muchachos se daban cuenta de lo que estaban haciendo. Cierto, Cimón la había golpeado, y antes la había amenazado con el cuchillo, pero, entonces, ¿por qué se había puesto a discutir? Cuando su padre regresaba algunas veces de la asamblea le platicaba que fulano o zutano se habían explayado en discursos, después escupía y concluía, ése lo único que sabe hacer es hablar. ¿Tal vez también el hijo del vecino era de los que sólo sabían hablar?

—Pero, entonces, no has entendido nada —dijo Argiro.

"Ah, no —pensó Cimón—, aquí soy yo el que dirige la orquesta."

—Tú le haces guardia a ésta —le ordenó—. Y yo me llevo de ahí a la otra, a ver si estando sola se sigue haciendo la lista.

Esta vez, no obstante, Argiro se rebeló.

—Tenemos que estar juntos, ése era el acuerdo. Lo que hace uno lo hacen también los otros. Es más, yo digo que esperemos a Cratipo. Ése sí que les va a enseñar a obedecer —se jactó, dirigiéndose a las muchachas.

Cimón, sombrío, no dijo ni sí ni no. Su *phéos* seguía engarrotado y gélido. Al final decidió ganar tiempo.

—¿Sabes qué te digo? Estas dos campesinas todavía necesitan reflexionar este asunto. Encerrémoslas otra vez en el desván, ya verás que a oscuras se les aclaran las ideas.

Argiro estaba decepcionado, pero no se atrevió a oponerse. Ignorando sus protestas, empujaron de nuevo a las muchachas dentro del depósito de carbón y cerraron la puerta.

—¡Vamos a beber un poco! —ordenó Cimón.

Un trueno distante lo hizo asomarse al patio. El gris cielo estaba tan oscuro que parecía que era el crepúsculo. "Los días en esa

estación eran cortos. De cualquier modo, tenemos toda la noche para domarlas", pensó.

Preparó el vino caliente. Esta vez se olvidaron de ofrecer la libación a la diosa. Mientras bebían escucharon a las muchachas llamar desde la penumbra de la covacha.

—¡Déjennos salir! ¡Nos estamos muriendo de frío!

Cimón dejó de beber, fastidiado. ¡Sólo esto nos faltaba! Aunque era verdad: hasta ahí, al lado del fuego, hacía frío, y las chicas estaban desnudas.

—Ve allá arriba a ver si encuentras una manta.

Argiro subió y regresó con una colcha. Pero Cimón había cambiado de idea.

—Ya pensé bien lo que necesitan.

Fueron a la caballeriza, encontraron una cubierta para caballos. Entreabrieron la puerta del desván, la aventaron hacia dentro y volvieron a cerrar. Regresaron a seguir bebiendo.

—La próxima vez que las saquemos de ahí no hay que tener piedad —razonó Cimón—. Las matamos a golpes, ya veremos si no nos abren las piernas. Esas zorras.

—Y siguen sin decirte amo —anotó Argiro con una risita. Cimón se puso sombrío.

—Pero me lo van a decir. ¡Se creen mejor que los esclavos! Pero Andrómaca vale diez veces más que esas muertas de hambre. Ni siquiera son capaces de ponértela dura.

Argiro bebía y reflexionaba.

—¿Estás seguro de que no vamos a tener problemas?

Cimón lo miró con desprecio.

—¡Oye, niño, si tienes miedo puedes irte a tu casa!

Argiro movió la cabeza y calló. Cimón retomó.

—No vamos a tener problemas. ¡Por dos harapientas! Podemos hacer lo que queramos, métetelo en la cabeza. Nos besarán los pies agradeciéndonos que nos hayamos dignado a cogérnoslas.

Justo eso, esa idea le gustaba: nos besarán los pies. Sin embargo, se dio cuenta de que no estaba tan seguro de que no surgiría algún problema. "Esas dos son capaces de dar de qué hablar una vez que regresen a casa. Eso —pensó vagamente, con los pensamientos un poco incoherentes por el vino—, una vez que regresen a casa, pero quién ha dicho que van a regresar…"

Atheas esperaba tranquilo, sentado sobre la raíz de un olivo centenario, que emergía del suelo como el tentáculo de una bestia gigantesca. El hombre de ojos distintos había seguido a las muchachas de la ciudad casi hasta su casa sin encontrar un lugar realmente adecuado para la emboscada; después lo había encontrado, justo ahí donde la vereda que conducía a la propiedad de Eubulo se separaba del camino. Atheas conocía aquellos parajes, ya había prestado sus servicios a Eubulo otras veces y había estado en su casa. Allí el olivar llegaba hasta el camino, delimitado únicamente por un muro bajo, era fácil encontrar un lugar desde el cual se viera bien a los que pasan, sin que ellos lo vieran a él. Un estruendo lejano lo impulsó a levantar los ojos al cielo gris como la ceniza. "Con que no empiece a llover", pensó. Para pasar el tiempo sacó el cuchillo, probó la navaja con la yema de los dedos, sonrió satisfecho y empezó a descortezar una rama de olivo. En la ciudad la comedia debía de haber comenzado hacía poco; la espera sería aún larga, pero él estaba acostumbrado.

11

SOBRE el proscenio había aparecido otro actor, o mejor, uno de los que antes habían representado el papel de las mujeres, pero con otro vestuario y otra máscara, estaba irreconocible. Esta vez era un hombre, también viejo él, a juzgar por el cabello blanco, por el andar encorvado y por un detalle que hizo al público carcajearse: el largo falo, que llevaba colgado como todos los personajes masculinos, era tan nervudo y pendular que se le balanceaba entre las piernas como un trapo mojado. Caminaba apoyándose vistosamente en un bastón de vid, con la empuñadura dorada, pero en cierto punto se detuvo y lo blandió para que todos lo vieran. Los espectadores lo reconocieron: era el símbolo de autoridad que el pueblo le había concedido a los diez comisarios nombrados después de la catástrofe de la expedición de Sicilia, con la encomienda de dirigir los trabajos de la asamblea. A muchos esta novedad no les había gustado, la asamblea es libre, el pueblo es soberano, ¡y este asunto apesta a tiranía! Pero al final la mayoría la había aprobado, asustados como estaban por lo mal que iba la guerra.

El comisario avanzaba unos pasos, tosiendo y expectorando. Los verdaderos comisarios, que en ese momento estaban sentados en la primera fila, junto al sacerdote de Dioniso, se agitaron incómodos: "¿Acaso creen que es fácil cargar con esta encomienda? ¡Y ahora encima tenemos que ver cómo se burlan de nosotros en el teatro!".

El comisario se inclinó vistosamente hacia sus colegas, luego se aclaró la garganta. Los ancianos de los dos coros lo miraban con

consideración de abajo arriba, en espera. Sin siquiera notarlos, el comisario empezó a murmurar entre dientes. Antes había hablado tan despacio que no se entendía nada.

—¡Voz! —gritó alguien en el público. El comisario agitó amenazadoramente el bastón en esa dirección; poco a poco, sin embargo, fue alzando la voz. Elucubraba para sí, preocupado, sobre la obscenidad de las mujeres.

—De por sí a mí nunca me habían gustado las fiestas de primavera, cuando las mujeres se embriagan y suben a los techos, a llorar la muerte de Adonis; y ahora estamos viendo lo mismo, ¡y fuera de temporada! Mal presagio —mascullaba el comisario—. Como aquella vez que se discutió en la asamblea la expedición a Sicilia y el imbécil de Demóstrato se pronunció a favor, ¡para después ver cómo terminó!, y al mismo tiempo su esposa estaba sobre el techo, bailando medio desnuda: ¡ay, ay, Adonis! Mal presagio —repitió el comisario, golpeando el bastón contra el suelo, con furia.

El público reía, claramente el comisario estaba imitando a uno de los comisarios verdaderos, pero ¿a cuál?

—¿Según tú quién es? —susurró Polemón. Tampoco Trasilo lo había deducido. Pero ese modo de comerse ciertas palabras le parecía ya haberlo oído, y precisamente de uno de los comisarios. Uno de los más viejos. ¡Sófocles! Por supuesto, Aristófanes se está burlando de Sófocles. Es viejo y aun así aceptó el cargo, no se echó para atrás; ¡y rico como es, acepta el sueldo!

Todo el teatro susurraba: "¡Sófocles, Sófocles!". Algunos se escandalizaban: "¡Un hombre tan respetable, el sumo poeta!". Otros se reían con sorna: "Bien merecido lo tiene, así aprende. Ya no se puede con esta chatarra vieja, pegados al trono hasta que viene Caronte a llamarlos". Inevitablemente, el susurro llegó a la primera

fila. Sófocles, sentado junto a sus colegas, se mantenía indiferente, rígido y erguido, los ojos legañosos casi cerrados, oculto detrás de la gran barba blanca, muy parecida, ahora que se había entendido todo, a la que colgaba de la máscara del actor.

En el escenario, el Viejo corrió a quejarse con el comisario.

—¡Ahora te cuento lo que han osado hacernos! ¡Se desataron y nos bañaron! Estamos aquí sacudiendo nuestros mantos como si nos hubiéramos orinado encima —concluyó, humillado.

El comisario escuchaba con aire altivo; fingiendo que nada ocurría, se secó una gota del falo con el borde de la túnica, después retomó su monólogo, sin dignarse siquiera a mirar al Viejo.

—¡Por el salobre Poseidón, merecido lo tenemos! También es culpa nuestra, hemos sido nosotros los que les enseñamos la corrupción a las mujeres. Somos nosotros los que andamos por los negocios diciendo: "Orfebre, ¿recuerdas aquel collar que arreglaste? Ayer por la noche, mientras mi esposa bailaba, el perno se le salió del agujero. Yo estoy saliendo para Salamina; ¡tú, si tienes tiempo, ve esta noche con tus herramientas a encajárselo!".

El público reía, el monólogo estaba en versos, al estilo de Sófocles. El gran dramaturgo estaba sentado, inmóvil, en la primera fila, con los ojos cada vez más cerrados, fingiendo que dormía.

—Otro, por su lado —continuaba el malvado comisario, impertérrito—, va con el zapatero, ¡un jovencito con un pito no precisamente del tamaño de un niño!, y le dice: "¡Zapatero, a mi esposa la correa le aprieta mucho el dedo chiquito del pie, es que es muy delicado! Ve ahora a buscarla, hazte útil y aflójasela un poco para que quede más ancha!". Y ahora he aquí las consecuencias. Como comisario, tengo que fabricar los remos para las naves, y ahora que necesito dinero me encuentro con que las mujeres me cierran las puertas en la cara. ¡Pero ya les enseñaré yo a ellas!

De golpe, empezó la música del pandero, y bajo las miradas aterrorizadas de los viejos y las viejas inició una farsa rapidísima. Un grupo de extras disfrazados de policías se diseminó por el escenario, empuñando bastones, y fingió hacer palanca para desquiciar la puerta de la Acrópolis. El comisario los animaba dando saltos de aquí para allá. Pero la puerta se abrió antes de que consiguieran forzarla, y Lisístrata salió con las manos en la cintura, furibunda.

—¡No es necesario desquiciar la puerta, yo misma salgo! ¿De qué sirven las palancas? ¡Cabeza y razonamiento es lo que se requiere!

Los policías escaparon por todos lados. Para mayor seguridad, en Atenas los policías eran todos esclavos públicos, y además bárbaros: escitas. Hablaban mal el griego, entendían poco, antes de ponerle las manos encima a un ciudadano esperaban órdenes. Así ningún hombre libre estaba obligado a hacer aquel trabajo sucio, a arrestar a sus conciudadanos, a torturar a los esclavos en los interrogatorios: "Que lo hicieran otros esclavos", pensaban todos. Por supuesto que la moral de la fuerza no estaba muy elevada. El comisario echaba fuego por los ojos, pero era inútil, la tropa no se acercaba.

—¡Vamos, intenten ponerme las manos encima! —los desafiaba Lisístrata. Regodeándose, agitaba las chichis y las nalgas bajo las narices de los escitas aterrorizados.

Exasperado, el comisario golpeó el bastón contra el suelo, tan fuerte que la empuñadura de oro saltó por los aires, le cayó en los pies y luego rodó escalones abajo. El Viejo corrió a recogerla, se las arregló para volver a montarla, pero ya no se sostuvo en su lugar. El comisario se desesperaba: "¡Dé qué clase de gente estoy rodeado!". Cuando un par de policías, reuniendo todo el coraje, se decidieron tímidamente a acercarse, irrumpió en el escenario Calonice, y saliendo de la Acrópolis encaró al comisario de frente.

—¡Atrévete a tocarla y te vamos a machacar hasta que te cagues encima!

El comisario estaba conmocionado: "¿De cuándo acá las mujeres usan esas palabras en presencia de los hombres?".

—¡Ya quiero yo ver quién se caga encima! —ladró—. ¿Dónde están, policías? ¡Átenme primero a ésta, que habla tanto!

Los policías, no obstante, no aparecían por ningún lado; todos habían bajado del escenario y estaban escondidos detrás de los escalones. Los viejos se desesperaban, las viejas bailaban de alegría, Lisístrata y Calonice avanzaban con arrojo.

—¿Dónde está la fuerza pública?— se desquiciaba el comisario—. ¿Qué, permitiremos ser derrotados por las mujeres? ¡Fuerza, escitas, al asalto!

Tocados en su honor, los escitas reaparecieron, sólo para ser puestos en fuga por otras mujeres que salieron de la Acrópolis. Habían saqueado la armería: una se había puesto un yelmo en la cabeza, otra empuñaba una espada, por supuesto que los polizontes prefirieron escabullirse. El comisario se rindió:

—¡Qué ridículo ha hecho el cuerpo policiaco!

—Pero ¿qué esperabas? —le tomó el pelo Lisístrata—. Creías encontrar esclavas, ¿no te esperabas que las mujeres tuvieran hígado?

Servil, el Viejo se acercó tímidamente a mitigar la derrota.

—¡No gastes tus palabras, comisario! ¿Para qué discutes con estas fieras? No sabes el baño que nos han dado primero, con el manto puesto, ¡y sin jabón!

El comisario ya no soportaba esta cantaleta, y levantó el bastón para golpearlo, pero la empuñadura volvió a rodar escenario abajo. Rápida como un rayo, la Vieja se agachó para sustraerla.

—Pero, querido mío, no hay que ponerle las manos encima a la gente —le sugirió la Vieja al comisario, con suavidad—. Si lo haces vas a terminar con el ojo morado. Yo sólo quiero comportarme como una buena niña, no molesto a nadie, no soy capaz de matar ni una mosca, pero si alguno viene a robarme la miel y me provoca, ¡me convierto en un nido de abejas!

El coro de viejos se retiró definitivamente a un rincón, refunfuñando contra esas bestias salvajes que los habían echado de la Acrópolis. Al retirarse, el Viejo se dirigió una vez más, esperanzado, al comisario:

—Indaga, trata de descubrir qué tienen en mente, ¡no podemos dejar pasar una cosa así!

El comisario carraspeó, recorrió el escenario a lo largo y a lo ancho apoyándose en el bastón, se enjugó un par de gotitas y finalmente se plantó frente a Lisístrata, poniendo la voz ronca:

—Ya, por Zeus, justo tenía intenciones de preguntárselos, ¿qué creen estar haciendo al bloquearnos de este modo nuestra Acrópolis?

—Mantenemos su dinero seguro, así no lo usan para hacer la guerra —respondió Lisístrata.

El teatro estaba petrificado, nadie respiraba. Siguió una rápida discusión en la que la mujer le demostró al comisario que era mucho mejor que ellas custodiaran el dinero, antes que dejar que el gobierno lo despilfarrara en asuntos bélicos.

—De hoy en adelante nosotras nos encargaremos de la tesorería.

—¿Administrar ustedes el tesoro? —se preguntó el comisario, desconcertado.

—¿Qué tiene de escandaloso? ¿Acaso no somos nosotras las que administramos el dinero en casa?

—¡Pero no es lo mismo!

—¿Cómo que no es lo mismo?

—¡Este dinero nos sirve para financiar la guerra!

—Precisamente, para empezar, no es necesario ir a la guerra.

El comisario resollaba.

—¿¡Y quién nos salva entonces!?

—Los salvamos nosotras.

—¿Ustedes?

—Justo, nosotras.

—¡Entonces estamos arruinados!

—Te salvaremos aunque no quieras.

—¡Pero esto es algo tremendo!

—Sé que te enfada —dijo Lisístrata alegremente—. Pero igual te toca.

—Pero, por Deméter, no es justo —quiso rebatir el infeliz.

—Te salvaremos, bonito —canturreó Lisístrata.

—¿Aunque no lo necesite?

—Precisamente por eso. Por mucho más, de hecho.

—Pero ¿de cuándo acá ustedes interfieren con la guerra y la paz? —alcanzó a objetar el comisario.

El teatro entero respiró: "¡Finalmente alguien dice algo sensato! De este modo se llevaba la discusión a un plano más teórico. Y como las mujeres no asisten a las lecciones de los sofistas, no aprenden dialéctica, tal vez así nos las jodemos".

—¡Bravo! —aprobó alguien. Pero enseguida lo callaron. La gran mayoría del auditorio escuchaba en religioso silencio: "¿Conseguiría Sófocles imponerse a la endemoniada?".

—¿Desde cuándo? Ahora te lo explico —comenzó Lisístrata, titubeante.

El comisario sintió que volvía a tener la ventaja.

—Apúrate o te arrepentirás de esto —se jactó, levantando el bastón. Se dio cuenta de que todavía le faltaba la empuñadura, miró

a su alrededor. La Vieja se lo mostró desde lejos.

—Escucha, y trata de mantener las manos en su lugar —le advirtió Lisístrata.

—No puedo, ¡es difícil tenerlas quietas con este enojo!

—Pues las vas a pagar —intervino Calonice, balanceando la empuñadura. El comisario dio prudentemente un paso atrás.

—¡Tú qué graznas, vieja cuerva! Habla tú conmigo —le ordenó a Lisístrata.

—Lo hago, sí. Nosotras hemos soportado por demasiado tiempo todo lo que ustedes, los hombres, hacían, porque tenemos mucha paciencia. Y, no obstante, no nos daban el derecho ni de protestar. Pero tampoco entonces nos gustaba para nada lo que estaba sucediendo. Los conocíamos muy bien, y muchas veces, ya estando en casa, nos veníamos a enterar de alguna enorme estupidez que ustedes habían hecho en la asamblea. Entonces escondíamos la pena que sentíamos dentro, fingíamos reírnos, y mientras tanto preguntábamos: "¿Qué decidieron hacer con la tregua, finalmente la anunciarán?" "¿Y a ti qué te importa?", contestaba el esposo. "¿Te quieres callar?" Y yo me callaba.

El público escuchaba paralizado. "¿Será posible que también sucediera eso con la *mía*?", pensaban todos. "¿Será posible que haya sabido todo? Y cuando venía como gatita y entre caricia y caricia me preguntaba sobre lo que habíamos votado, ¿no era sólo porque ellas no son capaces de mantener la boca cerrada y dicen todo lo que les pasa por su cabecita, sino que, al contrario, le importaba realmente? Y, sobre todo, ¿será posible que aquella vez que votamos la expedición a Sicilia, y aquella otra que rechazamos la tregua, que después ella en casa se enfurruñó y en la noche se giró hacia el otro lado, será posible, pues, que ellas *ya supieran* que era una estupidez? Pero, entonces, ¿con qué la pagamos, con el *phéos*?" Después de estas

reflexiones, siendo los hombres lo que son, la mitad de los presentes se arrepentía de no haberle dado suficientes golpes a su esposa, y se prometía que la próxima vez arreglaría las cosas a su manera. "¡Así aprenden a no meterse en asuntos que no les incumben!"

Mientras tanto, también Mírrina había salido de la Acrópolis, había escuchado los últimos diálogos y tenía muchas ganas de intervenir.

—¡Pues yo no me habría dejado callar!

—Ya verías cómo te iría si no te quedaras callada —replicó el comisario, sin darse cuenta de que se disparaba él mismo—. Nada de dialéctica: ¡el único argumento que tenemos son los golpes!

En primera fila, Sófocles empezó a jalarse la barba y a mascullar entre dientes. No por nada era un hombre de teatro. Entendía muy bien cómo terminaría la historia, a pesar de que gran parte de los espectadores estaba todavía con la boca abierta, esperando a que el falso Sófocles pusiera en su lugar a esas desdichadas.

—Y efectivamente, también yo en casa me quedaba callada —confirmó Lisístrata—. Me enteraba de alguna otra decisión (¿aún más desastrosa?). Entonces yo preguntaba: "Oh, esposo mío, cómo es que hicieron algo tan estúpido?". Él me fulminaba con la mirada: "Tú dedícate a hilar", decía, "si no quieres que te duela la cabeza. De la guerra se ocupan los hombres".

—¡Aquél tenía razón, por Zeus! —intentó rebatir el comisario.

—Pero ¡qué razón, desgraciado! —lo embistió Lisístrata—. ¡Si no nos dejaban aconsejarlos ni cuando tomaban decisiones absurdas! Y sin embargo los escuchábamos por la calle, clamando alto y claro: "No hay ningún hombre en el país". "No, no lo hay", replicaba otro. Entonces nos pareció correcto salvar nosotras a Grecia, todas las mujeres en conjunto. Pues ¿hasta cuándo había que esperar? Así que, si tienen ustedes ganas de escucharnos, nosotras sabemos lo que

decimos. Ahora les toca a ustedes callar, y a nosotras conducirlos por el buen camino.

—¿Ustedes… a nosotros? —balbució el comisario—. ¡Sólo dices burradas, y yo no pretendo seguirlo soportando!

—¡Mejor te callas! —le ordenó Lisístrata.

El comisario, tomado por sorpresa, perdió el equilibrio y terminó sentado con las piernas abiertas. El verdadero Sófocles gimió y se tapó los ojos con las manos.

—¿Me voy a callar yo ante ti, maldita? ¿Ante una que lleva velo en la cabeza? ¡Primero muerto! —parloteaba el falso Sófocles en el escenario. Luego calló, asustado, porque las mujeres se habían reunido todas a su alrededor y lo rodeaban, amenazantes.

—Pues si te causa problemas, ponte tú también mi velo —ofreció pérfidamente Lisístrata—. Envuélvetelo alrededor de la cara, así tal vez consigas quedarte callado.

—Si quieres también puedes llevarte la canastita de trabajo… —sugirió Mírrina.

—Luego te sientas a cardar la lana, con tu vestidito remangado, masticando habas… —continuó Lisístrata.

—¡De la guerra se ocuparán las mujeres! —concluyó Mírrina, triunfal.

12

—¿Qué te hizo? —susurró Glicera. Encerradas en el desván, las jóvenes hablaban bajo, como si sus torturadores las pudieran oír.

Caris titubeó, incómoda; luego se lo contó todo de corrido. Glicera la abrazó más fuerte.

—¡Es un cerdo! ¡Y pensar que me gustaba! —agregó, armándose de valor.

—Me había dado cuenta —susurró Caris.

En la penumbra de la covacha las muchachas estaban abrazadas, tratando de calentarse bajo la cubierta de caballo que les escocía los hombros.

—No habrá también ratas, ¿verdad? —murmuró Caris.

—¿Ratas? Yo tengo miedo de las dos ratas de allá afuera —contestó Glicera.

Las dos callaron, mientras en sus cerebros sobreexcitados se abría paso aquella imagen inesperada: "Allá fuera no hay dos personas, hay dos animales, dos ratas ávidas, con los dientes afilados…".

Las dos se estremecieron y se abrazaron más estrechamente. Pero el suelo de arcilla estaba demasiado húmedo y frío; después de un rato les empezaron a castañetear los dientes. Sus cuerpos se iban congelando poco a poco.

—Espera, así no está bien —decidió Glicera.

Se levantaron cautelosamente, ya varias veces se habían golpeado la cabeza en las vigas del techo, que era tan bajo que sólo con mucha dificultad se podía estar de pie. Extendieron la cubierta en el suelo,

se acostaron y trataron de cubrirse con los bordes. No mejoraba demasiado, la cubierta era demasiado corta.

—Tengo frío —susurró Caris. Glicera trató de hacerla entrar en calor acariciándola, pero ella también tenía las manos heladas.

—¿Te molesta? —le preguntó Caris.

—No —mintió Glicera. En realidad el labio hinchado le dolía muchísimo, y también por el dolor sabía exactamente los lugares donde la había pateado Cimón: un rodillazo y una patada en la panza, una patada en el trasero. Sólo la patada de Argiro había sido tan vacilante que ya no la recordaba.

Un ruido afuera las puso en guardia. Las dos callaron y pararon la oreja, pero el ruido no se repitió. Por lo que entendían, sus carceleros podían incluso haber decidido irse y dejarlas ahí encerradas.

—¿Qué querrán hacer ahora? —preguntó Caris.

—Nos dejarán ir, ¿qué quieres que hagan? —la tranquilizó Glicera. No lo creía en lo más mínimo, pero se sentía responsable, pues era ella la que había convencido a Caris de acompañarla a esa emboscada. "¿Qué querrán hacer? Es hasta demasiado obvio: nos quieren violar. Pero yo prefiero que me maten antes de dejar que esos miserables se salgan con la suya."

—No nos dejarán ir —negó Caris.

Glicera escuchó el pánico en su voz y trató de decir algo que pudiera calmarla.

—Claro que sí. Si hacemos lo que quieren luego nos dejarán ir.

—¡Pero ya lo estábamos haciendo! —se desesperó Caris—. ¿Por qué nos volvieron a encerrar aquí?

"Ya lo estábamos haciendo —pensó Glicera—. ¡Cómo pasa todo tan rápido!" Sin quererlo, volvió a pensar en Cimón y en lo que

Caris le había contado, y por primera vez se dio cuenta de que todo era muy extraño.

—Escúchame, tú hiciste exactamente lo que él quería, ¿verdad?

—No tengo ganas de hablar de eso.

—Perdóname. Es para entender qué está pasando. Según yo, él es raro. Piénsalo, no le ocurrió nada, ¿cierto?

A su pesar, Caris revivió lo que había tenido que hacer poco antes. Por supuesto que había hecho lo que él quería, estaba demasiado asustada para oponerse, y después de todo él no estaba tratando de arrancarle la virginidad.

—¿Te acuerdas del semental? —dijo Glicera.

Caris entendió. También a él debía haberle ocurrido lo mismo que al semental cuando pudo acercarse a las yeguas. Caris no había estado nunca con un hombre desnudo, pero sabía que estando con ella su *phéos* tenía que ponerse como el falo del dios que estaba frente a la puerta de su casa, como los que se llevaban en procesión en las fiestas, estas cosas las sabían hasta los niños. Ella y Glicera se habían preguntado muchas veces cómo sería verlo y tocarlo, y qué se podría hacer con él. El *phéos* de Cimón, sin embargo, se había quedado minúsculo como los de las estatuas de los héroes, sobre los que había escuchado a muchas mujeres burlarse, cuando no había hombres que las escucharan (los hombres eran muy susceptibles con ese tema, no les llevaba mucho tiempo ponerse violentos).

—Pero ¿por qué no le sucedió nada?

Glicera reflexionaba.

—¿Sabes qué creo? Que ése no es hombre.

Caris no entendía.

—¡Pero ya tiene barba!

—Exacto —exclamó Glicera, triunfal—. Pero no le pasa lo que le debe pasar a los hombres. Se le queda blando. No puede hacer nada,

ni queriéndolo.

Meditaron durante un rato sobre ese descubrimiento. ¿Era algo bueno? Por supuesto, su virginidad parecía no correr peligro. Pero ambas intuían que precisamente por ese motivo el peligro era aún mayor. Glicera trató de imaginarse lo que los dos muchachos podían hacer, pero su imaginación era limitada. "¿Y si nos golpean otra vez? ¿Y si golpean a Caris? Cuando regresemos a casa tendremos las marcas, ¡mi padre me va a matar!"

De repente, Glicera sintió que se le helaba la sangre, y no precisamente por el frío. Tarde o temprano sus padres regresarían y no las encontrarían en la casa. Este último peligro, en el que hasta ahora no había pensado, le pareció el más aterrador de todos. "¿Qué hora sería? Aquí era imposible saberlo. Nos tenemos que ir, y de inmediato", pensó. Se liberó del abrazo de Caris y se volvió a sentar. Sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, un poco de luz se filtraba bajo la puerta y entre las tejas del techo, algo se podía ver ahora: sacos de habas y de mijo, tinajas de vino selladas, cestos de carbón.

—¡Espera!

Glicera se puso de pie y palpó las tejas del techo. Estaban bien encajadas, superpuesta una sobre otra, no se movían. Tanteó las separaciones por donde se filtraba la luz. En algunos puntos se notaba que las tejas no estaban tan bien pegadas, empujándolas podía levantarlas hasta un dedo. Pero era lo más que se podía, Glicera no era lo suficientemente fuerte.

—Ayúdame —dijo en voz muy baja.

Caris dejó la cubierta, todavía castañeteando los dientes, y Glicera guio sus manos hacia el punto indicado.

—¡Empuja!

Ambas empujaron, pero la teja no cedía. Glicera miró a su alrededor buscando algo con qué hacer palanca. Cerca de la puerta, al lado del carbón, había una pila de leña seca. Rebuscó hasta que encontró un tronco lo suficientemente pequeño para poderlo empuñar. Regresó a la grieta, metió el palo bajo la teja, intentó hacer palanca, empujó, se colgó de él con todo su peso. Nada, la maldita teja no se movía.

—Intentémoslo allá —sugirió Caris. Y sí, un poco más allá se alcanzaba a ver una teja más separada que las otras, por ahí se filtraba un rayo de luz más amplio. Pero para llegar a esa teja había que mover los sacos. Resoplando, empezaron a arrastrarlos al único espacio que estaba libre, frente a la puerta.

Glicera tuvo una idea.

—Oye, ¿y si los usamos para bloquear la puerta?

Caris se rio.

—¿Te imaginas la cara que pondrían?

Apenas habían arrastrado dos sacos, trabajosamente, cuando Glicera se dio cuenta de que la puerta se abría hacia afuera.

—¡Qué listas somos! De cualquier manera la pueden abrir.

Decepcionadas, regresaron a su tarea. Después de mover unos seis o siete sacos llegaron a la ranura. Sin embargo, ahí el techo era más alto y Glicera no alcanzaba.

—Espera, arrastremos una tinaja aquí abajo y me subo en ella.

—¡Ten cuidado!

Movieron la tinaja y Glicera se subió. Metió el palo en la fisura y empezó a aplicar fuerza. La teja se empezó a mover.

—Espera, que la jalo hacia dentro.

Caris puso la teja en el piso. Ahora había un agujero en el techo, lo suficientemente ancho para meter la mano. Glicera empezó a intentar desencajar la siguiente teja.

—¡Listo!

Cuando hubo quitado tres o cuatro tejas consiguió sacar la cabeza. La buhardilla había sido agregada a la casa por el lado del campo, desde ahí se salía directamente al olivar. Trató de adivinar la hora, pero el cielo estaba tan oscuro que era imposible decidirlo; no obstante, la luz había empezado a atenuarse, no faltaba mucho para el crepúsculo.

—¿Puedes pasar?

—¡Todavía no, pero dentro de poco lo conseguiremos!

Quitó otra teja. Se asomó un poco más y alcanzó a ver que el salto que había que dar era corto. El camino que llevaba a sus casas debía de estar a unos cuantos pasos, detrás de los primeros olivos. Era cuestión de saltar y correr. ¡Sí, claro! De pronto cayó en cuenta que estaban desnudas y no tenían llaves de casa…

Volvió a meter la cabeza.

—¿Dime algo?

—¿Qué pasa? —se asustó Caris.

—No, sólo digo: ¿estamos seguras de hacer esto? ¡Estamos desnudas y no traemos llaves de casa! Tal vez sea mejor abandonar la idea y tratar de convencerlos de que nos dejen ir.

Caris abrió grandes los ojos y negó con la cabeza.

—¡No, no, no! No quiero verlos nunca más. Prefiero contarle todo a mi padre.

Glicera vaciló. “Está bien, tal vez ella tenga razón, no puede una confiar en dos ratas. Las ratas, si está en sus posibilidades, te matan y te comen.” Se alargó hacia arriba, empezó a dislocar la última teja.

Después todo ocurrió con mucha rapidez. Un pie se le resbaló, perdió el equilibrio y cayó, lanzando un grito más de sorpresa que de dolor, mientras la tinaja rodaba estruendosamente. Se calló

enseguida y se tapó la boca con las manos, pero era demasiado tarde. Afuera ya giraba la llave en la cerradura.

13

BAJO el proscenio el coro de viejas bailaba al ritmo del pandero, burlándose del desconcertado comisario. Agitando en todo su esplendor chichis y nalgas, lo aturdieron con una cantaleta en honor de Lisístrata y sus compañeras. ¡Mujeres tan hermosas, tan valientes, tan sabias, tan patrióticas, en pocas palabras, tan mujeres, no se habían visto nunca!

En el escenario, Lisístrata bailaba también, como danzan las mujeres cuando han bebido un poco, en esas fiestas que organizan ellas y a las que los hombres no asisten. Luego, en cuanto las viejas guardaron silencio, ella también empezó a cantar, acompañada por la flauta, al ritmo de los himnos sagrados, y el comisario se preparó para escuchar, esperanzado, ¿acaso lo ayudarán los dioses a regresar a la obediencia a esa endemoniada?

—Cuando el dulce Eros y la amada Afrodita… —entonaba Lisístrata. El comisario escuchaba, arrobado.

—… infundan el deseo en nuestros senos y nuestros muslos…

El comisario dio alguna muestra de agitación.

—… y luego les provoquen a los hombres un palo bien duro…

El comisario, furioso, aventó al suelo el bastón, y Calonice lo tomó bajo sus narices. El comisario, que no veía bien, no se dio cuenta. Se agachó a recogerlo y no lo encontraba.

—… ¡nosotras le pondremos fin a sus guerras! —concluyó triunfalmente Lisístrata.

—¿Y qué harán para conseguirlo? —preguntó distraído el comisario, que estaba buscando su bastón.

—Por primerísima cosa —empezó Lisístrata— los obligaremos a ir al mercado sin las armas encima, ¡que es una cosa de locos!

—¡Así sea, por Afrodita! —aprobó Mírrina.

—Ahora se pasean con las armas entre las losas y las hortalizas de la plaza, ¡que parece que se hubieran fugado del manicomio!

—¡Es todo lo contrario, es de hombres valientes! —replicó el comisario dignamente.

Por toda respuesta, Calonice le descargó un golpe entre los omóplatos con su propio bastón. El público estaba mudo de asombro: los hombres, ya estaba claro, se las estaban buscando.

—Pues no. Es, contrariamente, algo ridículo: ¡ir a comprar frituras con el escudo al hombro! —lo recriminó Lisístrata.

—Yo he visto a uno de ésos —intervino triunfalmente Calonice—. Un guapo capitán de melena larga que iba montado a caballo. Le compró puré a una anciana y como no tenía dónde llevarlo ¡se quitó el yelmo y lo echó dentro! Otro más, un tracio, blandiendo su escudo y jabalina como ni un actor trágico lo haría, ¡amedrentaba a la vendedora de frutas mientras se zampaba los higos!

El comisario trataba de poner en orden sus ideas.

—Pero, discúlpenme, por favor, ¿cómo podrían impedir ustedes todos los jaleos que están sucediendo en todo el país, y darles fin?

—Bagatelas—dejó caer Lisístrata.

Esta vez el comisario se exasperó.

—¿Y cómo? ¡Demuéstramelo!

Pero no había ni terminado de hablar cuando le llegó un segundo golpe entre los omóplatos. Se giró furioso, pero Calonice le había pasado el bastón a una de las viejas del coro, que estaban alineadas debajo de proscenio. Aplastándoles los pies, el comisario pasó a

revisar a las doce, una por una. Su bastón pasaba a escondidas de una a otra con el mismo ritmo; la última se lo mostró a un público embelesado, y en cuanto el comisario se volteó le refiló otro golpe en las pantorrillas.

Lisístrata, entre tanto, se había puesto a explicar, sacando los aparejos de la canasta de trabajo que Mírrina le había endilgado al comisario.

—Como hacemos con la madeja de hilo cuando se enreda, la tomamos *así*, y la jalamos con los husos de un extremo a otro. Así también esta guerra se las vamos a desenmarañar, si nos dan la oportunidad. ¡La jalamos de un extremo a otro mandando embajadas!

El comisario se acordó de que era el representante del pueblo, y soltó lo que todos los hombres en el teatro estaban pensando.

—¿Y con la lana, el hilo y la rueca creen que van a detener una cosa tan terrible? ¡De verdad que no tienen ustedes cerebro!

Los humores del público, que durante un rato habían oscilado a favor de las mujeres, empezaron otra vez a trasladarse a la otra parte. "Míralas ahí, las estúpidas de siempre: meten las narices en asuntos que no les incumben, ¡quiero ver ahora cómo se las arreglan!"

—¿Viste que tenía yo razón? —susurró Trasilo—. Acuérdate que apostamos un óbolo.

—Me acuerdo, claro —replicó Polemón—. Es más, ¿sabes qué te digo? Que redoblemos la apuesta: dos óbolos.

—¿Dos óbolos?

—¿No le entras?

—¡Le entro! Ya verás que te vas a arrepentir.

—Si alguno de ustedes tuviera un poco de seso aprenderían a gobernar justamente a partir de nuestra lana —declaró Lisístrata.

—¿Y cómo sería eso? ¡Explícame! —se asombró el comisario.

—Para empezar, habría que lavar a la ciudad como se hace con la lana para quitarle la suciedad, luego extenderla en el piso y varearla bien para sacudirla de granujas, y al final quitarle las espinas; y todas estas pandillas, estas marañas de amigotes que se reparten los cargos, cardarlos a todos muy bien, ¡pasarlos por el peine! Y amontonar en una cesta a los que velan por el bien común, mezclándolos todos juntos, incluidos los extranjeros, si hay alguien que sea amigo de ustedes.

—Ya sabía yo que se iba a llegar a los extranjeros —masculló Trasilo—. Te dije que tu Aristófanes no me daba buena espina. Si le haces caso a él, acabarán por venir a votar a la asamblea. ¡Pero yo los regresaría a todos a su país!

—Pero ¿a quién quieres regresar? ¿También tú con estos disparates? ¡Corre a los extranjeros y aquí ya nadie trabaja! —se exaltó Polemón.

—Puede ser —gruñó Trasilo, poco convencido.

Lisístrata mientras tanto seguía abrumando al comisario.

—Y a todos esos desgraciados que no son capaces de pagar sus deudas con el fisco los metemos también a ellos en la misma canasta. ¡Y vive Zeus!, las ciudades, todas las colonias que este país ha fundado, ¿no son como copos de lana dispersos, cada uno por su cuenta? Pero hay que encontrar la solución y atraerlas a todas aquí, en un solo ovillo, y luego hacer una gran madeja, y tejer un manto grande para el pueblo.

Tras bambalinas, Aristófanes observaba las reacciones del público. La tirada sobre los extranjeros había suscitado cierta confusión, y esto se lo esperaba; no había sido casual que inmediatamente después hubiera sacado a los aliados, esto conmovía a la gente. Después había terminado mencionando al

pueblo, bastaba con la palabra para que el público se calmara enseguida. Aristófanes conocía a su gente.

Al comisario-Sófocles, no obstante, toda esa tirada no le había provocado ninguna impresión.

—Pero ¿no es cosa de locos? Míralas a ellas queriendo cardar e hilar, ¡ellas, que no tienen nada que ver con la guerra! —protestó, dirigiéndose al público.

—¡Justo! ¡Mándala a casa! —gritó alguno. Muchos en el teatro rieron y golpearon los pies en señal de aprobación. Pero Lisístrata lo había previsto.

—¡Cómo que nada, maldito! A nosotras nos pesa el doble que a ustedes. Empezando porque parimos hijos y vemos partir soldados.

—Calla de una vez, ¡con qué nos vas a salir ahora! —replicó el comisario, a la defensiva.

—Y cuando deberíamos estar alegres y disfrutar de la juventud dormimos solas porque ustedes están de servicio. Y ni hablar de las cosas por las que pasamos nosotras. Yo siento pena por las doncellas, que envejecen encerradas en sus casas.

Trasilo suspiró y no dijo nada. Polemón lo miró.

—¡Eh! —dijo y suspiró también él.

—¡También los hombres envejecen! —protestaba el comisario. Lisístrata se le acercó, lo miró fijamente a la cara, luego se dobló y tomó en su mano el falo flácido y colgante. Se lo mostró al público y asintió vistosamente.

—Como quiera, no es lo mismo —continuó, mientras la gente reía—. Cuando algún hombre regresa, aunque ya tenga el cabello blanco todavía puede desposar a una jovencita. Pero a la mujer le duran poco los buenos tiempos; si no los atrapa al vuelo ya nadie se quiere casar con ella, se quedará ahí, sentada, esperando a que la suerte la alcance…

El comisario ya no la escuchaba. Se había detenido en la idea de la jovencita y de aquel con el cabello blanco que se casa con ella. Contemplando su proprio *phéos,* marchito y alicaído, levantándolo como lo haría el carnicero con una salchicha, comentó con melancolía:

—Sí lo es, si es que uno todavía puede levantarlo…

Lisístrata, cruel, se lo señaló al público.

—Pero ¿cómo es que tú aún no estás muerto? ¡Ya es tiempo de ahuecar el ala! Cómprate tu féretro, el pastel para el banquete fúnebre te lo preparo yo. ¡Toma esta corona y póntela!

Sacó de la nada una guirnalda funeraria de hojas de hiedra y se la puso en la cabeza al comisario. Aterrorizado, el anciano hacía conjuros, pero Mírrina se hizo presente con otra corona y se la apretó en la cabeza contra la otra.

—¡Toma también ésta, de mi parte!

—Y toma ésta también —berreó Calonice, y le ensartó una tercera corona en la cabeza. Sófocles, en la primera fila, hacía él también conjuros, sin que lo vieran.

—¿Qué te falta? ¿Qué más quieres? —insistía Lisístrata—. Súbete ya a la barca, donde está Caronte esperándote. ¡Le estás retrasando la partida!

—¿No es tremendo lo que tengo que soportar? —se lamentó el anciano—. ¡Vive Zeus!, iré directamente a los otros comisarios a enseñarles en qué situación me encuentro!

El falso Sófocles salió tambaleándose y palpándose vigorosamente el falo contra el mal de ojo, quizá demasiado vigorosamente, porque al llegar a la puerta se lo arrancó y cayó por tierra. El comisario se metió por el umbral, después se giró, se llevó las manos al pelo, recogió lo que quedaba de su orgullo y despareció entre las carcajadas generales.

—No te vas a quejar de que no te hicimos tu ceremonia fúnebre, ¿verdad? ¡Danos tiempo para organizarte un funeral con todas las reglas! —gritó Lisístrata detrás de aquél, poseída.

La salida del comisario fue celebrada por una música festiva, y al compás de la música las mujeres volvieron a entrar a la Acrópolis, cerrando las puertas tras de sí, mientras el coro de viejos marchaba con paso militar hasta colocarse frente a los espectadores. Era el momento de contratacar, la situación era desesperada. El Viejo avanzó y pronunció, siempre al sonido de la música:

—¡No es momento de dormir, ea, todos son libres! ¡Remanguémonos y resolvamos el asunto! ¡Huelo graves dificultades, ea, ea, hombres!

El coro no tardó en captar la ocasión, y mientras se quitaban el himatión a paso de danza los doce dieron expresión a toda su preocupación.

—Apestaba a cosas graves, sí; en pocas palabras, ¡apestaba a tiranía! ¿No será que vinieron los espartanos a instigar a las mujeres? ¡Y éstas aprovecharon para echarle mano al tesoro! ¿Y nuestro sueldo, ahora? ¡Es nuestro sustento!

Una vez que todos acabaron en mangas de camisa, el Viejo sintetizó la situación para el público:

—¡Ah, no, díganmelo ustedes!, ¿no es algo increíble que a nosotros, a los ciudadanos, éstas se pongan a darnos órdenes? Son mujeres que nada saben y aun así cómo parlotean, hasta con los espartanos pretenden parlamentar. ¡Que es lo mismo que hablar con lobos, pero ellas, en cambio, se fían de ellos! Gente, de esta historia saldrá la tiranía. Pero yo no me dejaré poner la soga al cuello, ¡ganas me dan ganas de golpear la cara a esas viejas maléficas!

El público, reconquistado, aprobaba calurosamente. Pero había una cosa extraña, maldito Aristófanes: el coro representa a la

Ciudad, habla con la voz de todos, es difícil no darle la razón, pero aquí hay dos coros en disputa. Se habían olvidado todos, pero cuando el Viejo hubo lanzado su amenaza, la música volvió a desatarse y el coro de viejas marchó a su vez al sonido del tambor hasta formarse frente al público. La Vieja avanzó arrogante y amenazó a su rival:

—¡Ya verás la tunda que te acomodo, que al entrar a casa no te reconocerá ni la madre que te parió! —Después, decidida, ordenó a las otras que se desnudaran también ellas—. ¡Prepárense para el combate!

El coro de viejas bailó alegremente ante la idea y se liberó de sus mantos. Pero en vez de la música belicosa que todos esperaban, del rincón bajo la estatua del dios subió la melodía sutil y melancólica de la flauta dulce. En lugar de agredir a los viejos, el coro de mujeres entonó un canto lento y solemne, enumerando las ceremonias religiosas en las que en su breve vida podía participar una jovencita ateniense, todas cosas que el público conocía muy bien, pero ¿quién se había jamás detenido a pensar que para las mujeres eran cosas importantes?

—A los siete años —cantaban las viejas—, he ayudado a la sacerdotisa en la Acrópolis, después he molido el grano para la diosa; a los diez años, desnuda, he sido la osa en la fiesta de Artemisa, y cuando me convertí en una bella doncella he llevado la canasta en la procesión, con la guirnalda de higos colgada al cuello. Y si he tenido una vida así de hermosa se la debo a esta ciudad mía, que me ha entrenado así, en contacto con los dioses.

Entre el público había quien estaba conmovido, otros murmuraban: “Es inútil que nos platique ésta; para ayudar a la sacerdotisa o ser la osa de Artemisa eligen siempre a las hijas de los nobles, ¡a *mis* hijas jamás las han llamado!”. Pero había también

quienes estaban agitados, molestos: "¿Acaso nos querrán hacer creer que si los dioses aman a nuestra ciudad finalmente es por mérito de ellas, de las mujeres?".

Cuando la música calló, la Vieja retomó descaradamente su perorata.

—No querrán obligarme a callar porque nací mujer, ¿verdad? Intenten decirme que soy inútil; según ustedes, ¿de dónde salen los hombres? ¡Ustedes, en comparación, quisiera realmente saber en qué contribuyen! Nuestros ancestros, al menos, han hecho alguna conquista, en tiempos de los persas, ¡pero ustedes sólo saben derrochar!

Agredido de este modo, el coro de viejos reaccionó.

—Pero ¿qué arrogancia es ésta? Aquí el hombre que los tenga bien puestos tiene que venir a echar una mano. ¡Quítense también la túnica, que un hombre tiene que oler a hombre! Con los pies descalzos, ¡como la vez que expulsamos a los tiranos!

En este momento, no obstante, cuando los viejos se levantaban la túnica y aventaban los zapatos, la partitura los traicionó. La música belicosa que los había acompañado hasta hacía un instante se desvaneció de golpe y se convirtió en un lamento ridículo, y sobre ese maullido los viejos, que acababan de recordar apenas la antigua victoria sobre los tiranos, se miraron a las caras y agregaron, avergonzados:

—Sí, cuando éramos…

Un instante de silencio congeló al teatro. Más de uno quería levantarse, gritar: "¡Pero nosotros aún somos!". Pero nadie encontró el valor de alzarse el primero. Se miraban a las caras, abatidos. Pero ya era suficiente. Aristófanes quería hacer pensar al público, no deprimirlo. La música se reanudó enérgica como antes, y los viejos volvieron a encontrar el entusiasmo:

—¡Vamos, ahora sí que es tiempo de rejuvenecer, hinchemos el plumaje y sacudámonos la vejez!

En ese ambiente de entusiasmo, el Viejo retomó la palabra:

—Cuidado si les das ocasión, por pequeña que sea, éstas se empeñan a fondo y quién las para. ¡Olvídalo! Se ponen a librar batallas por mar, se fabrican las naves, ¡y piensa tú el problemón si además les da por la hípica! A toda nuestra caballería se la cepillan. Como ustedes saben, las mujeres de monturas entienden, ¡si abren las piernas ya saben cómo trotan! Las he visto hasta en los cuadros, los pintores las retratan, dispersan a los hombres, se llaman Amazonas. ¡Pero a estas descaradas hay que someterlas!

El coro de viejas se lanzó al contrataque, pero manteniéndose a una distancia prudente.

—Tú ves que parezco inofensiva, ¡pero mucho cuidado, que dentro tengo un jabalí! ¡Si me provocas te arrancaré la barba y el pelo, llamarás a voces a tus amigos!

Aquí las mujeres se interrumpieron y vieron que los viejos estaban con el torso desnudo, listos para pelear, y ahora estaban ahí, un poco perplejos; bueno, a decir verdad, alguien había empezado a estornudar. Con un grito triunfal, también las viejas se levantaron la túnica:

—Que se sienta el olor de mujeres embravecidas, ¡saquemos las garras! Si alguno se me pone enfrente, no le dejo dientes ni para masticar un diente de ajo. ¡Di sólo una palabra equivocada y verás lo que te pasa!

Después el corifeo de viejas dio un paso adelante y concluyó:

—Mientras tenga a Lámpito, no me preocuparé por ustedes, ni aunque la asamblea votara cien decretos de los que los han hecho a ustedes tan odiosos a todos los pueblos. Apenas hace unos días, en la fiesta de Hécate, invité a unas doncellas, y también a una hembra

muy querida, una anguila de la Beocia, ¿me creerás? ¡Pues no me la mandaron! Por culpa de sus decretos hace tiempo que se niegan a mandar anguilas. ¡Así que basta ya con sus decretos, o verán cómo nuestras mujeres les romperán el cuello!

La Vieja parecía dispuesta a seguir todavía un rato, pronunciando la palabra "decretos" cada vez con mayor disgusto, cuando se interrumpió de golpe porque la música la había abandonado, el ritmo había cambiado, y la puerta se estaba abriendo…

14

LA PUERTA del desván se abrió y Cimón metió la cabeza. Vio la tinaja tirada en el piso, a Glicera levantándose adolorida, a Caris con las manos en la boca, pero sobre todo la luz que entraba por la apertura entre las tejas, y comprendió al instante. Una sonrisa feroz se le dibujó en los labios, los ojos le brillaron de alegría.

—¡Así que querían escapar!

Entró agachando la cabeza para evitar la trabe, aferró a la primera de las dos muchachas que le quedó a la mano y, puesto que ella tiraba patadas para defenderse, también él pateó, pero más fuerte. Caris aulló de dolor y Cimón aprovechó la coyuntura para hacerla perder el equilibrio y arrastrarla afuera lanzando alaridos.

—¡Déjala en paz! —gritó Glicera, y salió también ella.

Caris se volvió a levantar y cojeando corrió a abrazarse a la amiga. Cimón y Argiro las miraban, entrados en calor por el vino, y lo que veían les gustó: dos muertas de hambre desnudas y llenas de moretones, sucias de carbón, en alerta como bestias perseguidas.

—Querían escapar, eh —repitió Cimón—. ¿No les gusta estar aquí? ¿No se divierten?

Las jóvenes, cabizbajas, no respondieron.

—Y si hubieran podido escapar, ¿qué habrían hecho, eh? —continuó Cimón—. ¿Con quién iban a ir, desnudas? ¿A su casa? ¿Y qué pensaban contar?

Cimón se aproximó a Glicera, la tomó del mentón; Glicera trató de apartarse, pero tenía los hombros contra el muro. Cimón se

acercó aún más a ella y la aplastó contra la pared.

—Ustedes dos vinieron aquí, a casa de ajenos, por su propia cuenta, nadie las obligó. Aquí están sus higos. ¿Qué creían que iban a contar? ¿Que fuimos malos con ustedes? ¿Y quién les va a creer? ¡Dos muchachas que van solas a casa de un hombre!

—Déjanos ir —imploró Glicera. Cimón se irritó, con una mano la tomó del pelo y con la otra le aferró la entrepierna. Glicera gritó y trató de patear, pero no podía moverse.

—Ahora ustedes harán todo lo que nosotros les digamos, y luego, si se portan bien, las dejamos ir a casa —le dijo al oído.

—Está bien —dijo rápidamente Glicera—. No me hagas daño.

—Está bien, amo —corrigió Cimón.

— Está bien, amo.

Cimón se relajó, la soltó, dio dos pasos hacia atrás. Le lanzó una mirada a Argiro, para ver si había apreciado su actuar. "¿Has visto cómo se doma a las potrancas, eh?"

—Ahora —dijo Cimón—, oh, Argiro, ¿qué dices tú, estas dos esclavas trataron de huir, no es cierto? ¿Y qué se les hace a los esclavos que escapan?

—Se les castiga —dijo Argiro, satisfecho.

—¡Justamente! —se regocijó Cimón—. Ahora voy a buscar el palo que usa mi padre. Tú no las pierdas de vista, que no traten de escapar otra vez.

Glicera y Caris se miraron, asustadas. Ninguna de las dos sabía qué hacer. Luego Caris, de repente, se puso a llorar.

—Por favor, déjennos ir —repitió otra vez, inútilmente—. Por favor.

Argiro ni siquiera respondió.

Cimón regresó con una cuerda y un bastón.

—¡Listo! —dijo—. ¿Con quién empezamos?

—Con la de allá —dijo Argiro, indicando a Glicera.

—¡No, por favor! —imploró ella.

—¿Prefieres que empecemos con tu amiga? —preguntó Cimón, amablemente.

A Glicera le daba vueltas la cabeza. De verdad había creído que lograrían escapar, y ahora se sentía ya sin fuerzas. Y lo peor era que el muchacho tenía razón, de haber logrado salir por el techo, ¿qué hubieran hecho? Podían ir a ahogarse al estanque, he ahí lo que podían hacer.

—¿Luego nos dejan ir? —susurró. Porque todo se reducía a esto: tenían que salir de ahí con sus túnicas y con las llaves de su casa, y entonces nadie se enteraría de nada. Las marcas de los golpes lograrían esconderlas de una forma u otra.

—Tú obedece y ya verás —dijo Cimón.

Glicera miró a Caris, después dio un paso adelante. Caris la miraba con ojos llorosos. Cimón pasó la cuerda alrededor del cuello de Glicera, la anudó, después dio un tirón. Glicera se tambaleó.

—¡Las manos sobre las rodillas! —le ordenó Cimón.

Glicera se dobló.

Argiro miró el bastón con interés.

—¡Es grande! Una vez mi padre castigó a un esclavo con un palo así frente a toda la casa. ¡Aquél se ahorcó después!

No era verdad, le había ocurrido a alguien más, él sólo había escuchado la historia. Pero le parecía que algo así le daba importancia a su padre. Con Cimón, hijo de Eubulo, había que tener siempre cuidado de que no te pasara por encima.

Caris lloraba cada vez más fuerte.

—¿Y si a ésta la volviéramos a encerrar? —propuso Argiro.

Cimón negó con la cabeza.

—No, tiene que ver, porque luego le toca a ella. Pero tú no le quites el ojo para que no se escabulla.

Caris, desesperada, cerró los ojos, pero no podía cerrar los oídos. Trató de pensar en cualquier otro ruido para ahogar el del bastón: el crujido del molino cuando gira, el rugido apagado de los torrentes caudalosos de las lluvias de otoño, el pisoteo de la multitud en procesión, pero Glicera gritaba y lloraba y era imposible no escucharla. Caris apretó los dientes, después le oró mentalmente a la diosa, abrió los ojos, vio a los dos muchachos empuñando el bastón al lado de Glicera, que estaba doblada en dos, con la cuerda alrededor del cuello, y sin pensarlo se les echó encima. Atrapó a Argiro de lleno y los dos rodaron por el suelo, Cimón perdió el equilibrio y soltó la cuerda, Glicera corrió a refugiarse en un rincón. Caris mordió y arañó, Argiro gritaba, Cimón empezó a golpearla con el bastón, loco de ira, hasta que la presa cedió. Cimón se detuvo, sin aliento; Argiro se levantó y entre los dos empezaron a moler a patadas a Caris.

—¡La van a matar! ¡Déjenla en paz! Por favor —imploró Glicera.

Los dos jóvenes se detuvieron, jadeantes.

—¡Habían dicho que se dejarían castigar! —protestó Cimón, estridente.

—¡Yo me dejé golpear! —objetó Glicera. Después se dio cuenta de que así parecía acusar a Caris y se interrumpió, con la boca abierta. Pero se repuso enseguida—. ¡Y ella también, mira cómo la han dejado!

Ambas tenían los hombros y la espalda morados por los golpes.

—Dennos algo de beber, por favor —pidió Glicera.

Cimón resopló, irritado.

—Ve a traerles un poco de agua —ordenó después. Argiro lo miró ofendido, pero obedeció. Regresó con una copa de agua. Las

dos jóvenes bebieron.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Argiro.

—Ahora que han aprendido la lección nos las llevamos a la cama —dijo Cimón.

Glicera bajó la copa.

—Por favor, déjennos ir a casa ahora —dijo—. No podemos más.

"Pues no —pensó Cimón—, es demasiado fácil. Lo decidiremos nosotros, si las mandamos a casa o no. Nosotros somos los amos, no ustedes, muertas de hambre."

Se dio cuenta de que hacía frío. En el hogar sólo habían quedado las brasas.

—Antes vayan a traer carbón y reaviven el fuego —les ordenó

Las dos muchachas se miraron, confundidas.

—Danos nuestras túnicas.

—¡Qué lista, ¿no?, y entonces intentarán escaparse otra vez! Las túnicas se las devolveremos al final. Por el momento están bien así.

Glicera miró a Caris, que había empezado otra vez a castañetear los dientes, no conseguía controlarse.

—Vamos —murmuró.

Los muchachos se sentaron sobre los cojines a observarlas mientras arrastraban con dificultad una cesta de carbón y atizaban el fuego. Cimón estaba arrobado. "Un espectáculo semejante ni mi padre se lo ha ofrecido a sus invitados", pensó. Miró de soslayo a Argiro y vio que no les quitaba los ojos de encima. Vio también que su excitación se manifestaba muy concretamente, abultándole la túnica, y entonces el buen humor se le arruinó. Porque a él seguía sin sucederle nada. Mientras golpeaba a Glicera se había dado cuenta de que la sangre le bullía, pero ahora ya había terminado todo otra vez. "Tengo que volver a golpearla", pensó, y le pareció que al solo

sonido de esas palabras que resonaban en su cabeza algo se movía otra vez…

15

LA PUERTA se abrió y Lisístrata regresó al escenario. Se había cambiado la máscara, ahora manifestaba desprecio y enojo. La Vieja se dirigió a ella presurosa.

—Señora, ama, estamos todas aquí a tus órdenes. No me pongas esa cara, ¿qué es lo que te irrita?

Lisístrata la ignoró, recorrió todo el escenario, pisoteó pies, regresó atrás.

—¡Las mujeres! ¡Son cosa seria! —refunfuñaba—. Qué te vas a fiar del corazón de una mujer.

—Pero ¿qué haces? —insistió la Vieja.

Lisístrata se detuvo y abrió ampliamente los brazos.

—¿No lo ves? ¡Me balanceo nerviosamente adelante y atrás!

Entre el público alguien rio.

—Pero ¿qué sucedió tan terrible? Nosotras somos tus amigas, ¡dinos, cuéntanos!

—Es vergonzoso decirlo… —empezó Lisístrata. Todo el coro de viejas se hizo presente en el escenario, ávido. Lisístrata se había llevado una mano a la boca. Miró a su alrededor y luego se desahogó:

—… pero quedarse callada es imposible.

Las viejas cuchichearon. Lisístrata se miró los dedos, luego estiró el medio, se lo mostró al público y con deliberada lentitud imitó un gesto obsceno. Las viejas, con la boca abierta, seguían el movimiento de su dedo, alzando y bajando la cabeza.

—¡Que tenemos ganas de echar un palo, en resumen! —explotó repentinamente Lisístrata.

—¡Vive Zeus! —se desconcertaron las viejas.

—¿Por qué invocas a Zeus? —se acaloró Lisístrata—. ¡Es exactamente así! Y yo ya no consigo mantenerlas alejadas de los hombres. Se me escabullen. A una la atrapé ensanchando el agujero con los dedos… Pero ¿qué entendieron? —las recriminó, pues las viejas habían escondido la cara entre las manos—. ¡Me refiero al agujero en el muro, donde está la cueva del dios Pan! Otra se dejaba caer con una polea, queriendo desertar. Una más ayer iba montada sobre un pájaro, creyendo que volaba a la ciudad, pero yo la retuve de los pelos. Se inventan toda clase de pretextos para irse a casa.

En ese momento una mujer salió precipitadamente por la puerta, se dio cuenta de que ahí estaba Lisístrata y se desvió.

—¡Aquí está llegando una! Ey, tipa, ¿adónde estás corriendo?

La mujer se detuvo, pataleando.

—Quiero ir a casa. En mi casa tengo lana nueva que se la están comiendo las polillas.

—Pero ¡qué polillas ni qué polillas! ¡Regresa acá!

—¡Pero si regreso de inmediato, por los dioses! Sólo lo que tarde en extenderla sobre la cama.

Lisístrata perdió la paciencia.

—¡En la cama no se extiende absolutamente nada! ¡Tú no te vas!

Trasilo se sobrecogió, justo delante de él el mozalbete melenudo estaba besuqueando a su novia.

Trasilo le dio un codazo a Polemón.

—¿Qué pasa?

Con una mirada Trasilo le señaló a los dos de enfrente. Polemón arrugó la frente.

—¡Para que entiendas a los jóvenes de hoy!

Trasilo se agitó, pero después ya no se pudo contener. Le tocó el hombro al muchacho.

—¿Podrían detenerse?

Esta vez el joven se exasperó realmente.

—Mira, individuo, si no dejas de echar mierda la vas a pagar en serio.

—¿Qué dices? —se heló Trasilo.

—¡Digo que nos dejes en paz, comemierda!

A Trasilo se le aceleró el corazón. Estaba a punto de levantarse, pero Polemón lo contuvo. Alrededor, hubo más de uno que les pidió callarse.

—¡Ya basta, hombres!

Trasilo, medio sofocado, le mostró al muchacho su brazo paralizado. El joven levantó los hombros, suspiró y se volvió a sentar. Su mujer miró a Trasilo con una expresión asqueada, luego le sacó la lengua y se volvió a sentar también ella.

En el escenario, mientras tanto, había emergido otra mujer.

—¡Pobre de mí, pobre, mi lino! ¡Lo dejé en casa sin agramar!

—¡Aquí está otra que tiene ganas de agramar! ¡Tú también regresa acá!

El público reía. La mujer se detuvo, pero no regresó.

—Te juro por la diosa que en cuanto lo cepille, me regreso.

—¡No vas a ir a cepillarlo! —gritó Lisístrata, fuera de sí—. ¡Si tú empiezas le darán ganas también a otra!

Mientras tanto, la primera mujer se había largado a hurtadillas; el actor había salido y ahora volvía a entrar en escena con otra máscara. Bajo la túnica tenía la panza abultada, y mascullaba una letanía para la diosa que ayuda a las mujeres en el parto:

—¡Retrásalo un poco, dame tiempo para salir del recinto sagrado!

Lisístrata la encaró con rudeza.

—¿Que estupideces dices?

—¡Va a nacer aquí! —gritó la mujer, tratando de largarse.

—¡Pero ayer no estabas preñada!

—Pero hoy sí. ¡Déjame ir a casa, Lisístrata, necesito de inmediato a la comadrona!

—Pero ¿qué dices? ¿Qué tienes aquí tan duro? —indagó Lisístrata, tocándola.

—Un varoncito —maulló la mujer.

Lisístrata golpeó con los nudillos.

—Pero aquí suena hueco, y hasta me parece que es metal. ¡Déjame ver un poco!

La mujer trató de evadirse, Lisístrata se aferró de su quitón y un yelmo de bronce rodó por el suelo.

—¡Embustera! Te habías robado el yelmo de la diosa, ¡y dices que estás preñada!

—¡Pero estoy preñada, vive Zeus!

—¿Y entonces qué harías con eso?

—Si llegaba el niño mientras yo seguía en la Acrópolis paría ahí dentro, como los pichones, que hacen su nido.

—¿Qué dices? Puros inventos, el asunto está claro. ¿¡Tal vez querías bautizar también al yelmo!?

La mujer cambió de tono.

—Ya no puedo dormir más en la Acrópolis. ¡Tengo miedo de la serpiente sagrada!

La flauta tocó los primeros acordes de un himno que todos conocían: el himno de las sacerdotisas de Atenas que llevan los dulces de miel a la serpiente sagrada del Erecteón. Cuando la serpiente no come, toda Atenas tiembla: no hay peor presagio para la ciudad.

La otra mujer, aquella que quería alisar el lino, acudió ella también.

—¡Yo estoy a punto de morir de insomnio por las lechuzas, que no paran de ulular!

La flauta imitó el grito de la lechuza.

—¡Infelices, dejen ya esas mañas! —se impacientó Lisístrata—. ¡Mueren del deseo, tal como los hombres! ¿Creen que ellos no las desean? ¡Pues sepan que se pasan unas noches horribles! Pero aguanten, resistan todavía un poco, porque…

Las mujeres se alargaron hacia ella, interesadas.

—¿Porque…?

Lisístrata se había reservado este *coup de théâtre* como recurso extremo, pero la situación ya era bastante grave, había que jugarse el todo por el todo.

—Porque hay un oráculo que dice que ganaremos si nos mantenemos unidas. Aquí está —declaró, sacando una terracota cubierta de grafitos.

—¡Dinos qué hay escrito! —se alegraron las mujeres.

—¡Guarden silencio!

Lisístrata levantó la tableta para ver mejor y con voz sepulcral empezó a recitar el texto arcaico y misterioso (bien se sabe que si el oráculo hablara en el lenguaje de todos los días nadie le haría caso).

—Mas cuando las golondrinas se refugien en un solo lugar, para huir de las abubillas, y se mantengan alejadas de los falos, entonces será el fin de todo mal, y lo que está arriba lo pondrá abajo Zeus tonante.

—¿Entonces a nosotras nos toca arriba, en la cama? —interrumpió una mujer, encantada.

Lisístrata la fulminó con una mirada, después retomó la lectura.

—Pero si las golondrinas riñen, y del templo sagrado las alas levantan, jamás habrá habido ave más jodida por el culo que ellas —concluyó precipitadamente, acompañada de un alborozo de timbales. El público se reía con sorna.

—¡El oráculo habla claro! —aprobó la que quería cepillar el lino. La que se había hecho la embarazada abrió los brazos y asintió:

—¡Sin duda habla claro!

Lisístrata las tomó de los hombros y las empujó hacia la puerta.

—Así pues, evitemos arruinar todo. Vamos, queridas, volvamos a entrar. Sería realmente una vergüenza no obedecer el oráculo.

Mientras las mujeres volvían a entrar a la Acrópolis, los viejos y las viejas del coro llenaron el intervalo insultándose y agarrándose a puños y patadas. Pero el público no tuvo tiempo de relajarse y gozarlo, porque casi en seguida Lisístrata reapareció sobre el techo de la casa y empezó a inquietarse.

—¡Ayuda, mujeres, acudan a mí de inmediato!

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas? —preguntaron las otras, mirando hacia el techo.

—¡Un hombre, veo a un hombre llegando, es un loco! De hecho, no, se le echó encima Venus, ¡y ella lo hizo enloquecer! ¡Oh, reina de Chipre y de Citera, sigue así que vas por buen camino!

—¡Helo ahí! Pero ¿quién es? —gritaban las mujeres.

—Observen bien, ¿alguna lo conoce?

Mírrina salió con una máscara que expresaba asombro, los ojos abiertos en redondo.

—¡Yo, por Zeus! ¡Es mi esposo Cinesias!

—Entonces te toca a ti. Échatelo al plato, dale vueltas y revuélvelo y déjalo todo turulato: primero lo besas, después no lo besas; en suma, déjate hacer casi todo, ¡pero recuerda el juramento! —la instruyó Lisístrata, agitada.

—Tranquila, bien sé lo que tengo que hacer —prometió Mírrina.

—Yo me quedo aquí, te ayudo a encandilarlo. Lo dejamos bien frito. ¡Mientras, ustedes ahuequen el ala! —les ordenó Lisístrata a las otras.

Por la rampa lateral hizo irrupción un hombre, subió corriendo las escalinatas y se plantó bajo la Acrópolis. Tenía un falo descomunal todo pintado de rojo.

—Ay, ay, pobre de mí, qué duro está, qué espasmo. ¡Siento que estoy en el potro de tortura!

—¿Quién es éste que ha cruzado el puesto de guardia? —lo encaró Lisístrata.

—Yo —gimió el hombre.

—¿¡Un hombre!?

—¡Míralo! —dijo el desdichado, señalando su falo.

—¡Largo de aquí inmediatamente!

—¿Y tú quién eres para echarme? —se rebeló el hombre.

—La centinela.

—¡Por los dioses, llámame a Mírrina!

—¡Sí, seguro que te la llamo! ¿Y quién vendrías siendo tú?

—Su esposo. Cinesias, hijo de Peónides.

El público, sobra decirlo, se desternillaba de risa. A Aristófanes ya ni le importaba. Si quieres dedicarte a este oficio no puedes tomártela contra los gustos del público.

—¡Hola, querido! —decía eufórica Lisístrata—. Conocemos bien tu nombre, eres famoso entre nosotras. ¡Tu esposa habla siempre de ti! Si toma un huevo o una manzana, "a la salud de Cinesias", dice.

—¡Oh, por los dioses! —se retorcía el infeliz.

—¡Sí, justamente! —confirmó Lisístrata—. Y si llegamos a hablar de hombres, enseguida tu mujer dice que los otros son todos basura en comparación con Cinesias.

—¡Pues entonces ve a llamármela!

—¿Para qué? ¿Me darás algo a cambio?

—¡Ay, sí, por los dioses, todo lo que quieras! Tengo esto aquí —propuso Cinesias dando de brincos y señalando el falo—, ¡todo lo que tengo te lo doy!

Lisístrata desapareció por el techo, y un instante después reapareció en la puerta. Rodeó a Cinesias, examinando cuidadosamente su falo, lo palpó, tocó con los nudillos la cabeza, que resonó por la madera de la que estaba hecho; apoyó el oído para escuchar, le hizo gestos de entendimiento a los espectadores, siguió rodeándolo todavía un rato y después se decidió.

—Está bien, voy a llamártela.

—¡Apúrate! —imploró Cinesias—. Ya no tengo ningún placer en la vida, desde que ella se fue de casa. Cuando regreso a casa se me hace un nudo en la garganta, todo me parece vacío, no siento placer ni cuando como. ¡Y lo tengo siempre duro!

Del interior de la casa salió la voz de Mírrina.

—Lo amo, lo amo, es él quien no quiere que lo ame. ¡No me llames para verlo!

Cinesias se sobresaltó y se retorció las manos. Finalmente, Lisístrata reapareció sobre el techo, conduciendo a Mírrina provista de una máscara feroz. Al verla, Cinesias cayó de rodillas sin orgullo.

—Oh, Mirrinucha, azuquítar, ¿por qué haces esto? ¡Baja aquí conmigo!

—¡Pues no voy!

—Te estoy llamando yo, Mírrina, ¿por qué no vienes?

—No me necesitas, no me llames.

Cinesias se sorprendió.

—¿Que no te necesito? ¡Pero si estoy muerto!

—Yo me voy —cortó en seco Mírrina y le dio la espalda dignamente. Pero Cinesias tenía un arma secreta. A una señal suya llegó a la carrera un esclavo con un muñeco de trapo.

—¡No, por favor, al menos escucha al niño! ¿Y tú, pequeño, no vas a llamar a tu mamita? *¡Mamita, mamita, mamita!* ¿Ahora qué dices, eh? ¿No te da pena el niño? ¡No se ha bañado ni mamado leche desde hace una semana!

—A mí me da pena, sí, ¡pero es su padre al que no le importa!

—Baja, bendita mujer, ¡que sea por el niño!

Mírrina fingió dudar.

—¡Lo que es ser mamá! Voy a bajar, ¿cómo puedo resistirme?

Cinesias se levantó cautelosamente, como temiendo que se le escapara la presa. Al niño lo olvidó en el piso.

—A mí me parece que hasta rejuveneció, es completamente otra, ¡e incluso más dulce! —le confesó el esposo al embelesado público—. ¡Y aunque se haga la difícil y se monte en la suya, así y todo, saben, es precisamente eso lo que me hace morir del deseo!

Mírrina abrió la puerta y salió. Se había cambiado la máscara, ahora sonreía, encantadora. Ignoró los brazos abiertos del falo ambulante y se agachó con un gritito a recoger al niño.

—¡Mi dulce niño, feo tu papá! ¡Déjame besarte, terroncito de mamá!

Cinesias protestó.

—Desdichada, ¿por qué haces esto? No le hagas caso a las otras, ¡me haces sentir mal a mí y sufres tú también!

El hombre estiraba las manos, pero Mírrina dio un paso atrás.

—¡No me pongas las manos encima, eh!

Cinesias dio otro paso adelante y por poco la atrapa, pero Mírrina le puso en las manos al niño. El hombre lo miró, perplejo, y luego decidió cambiar de argumento.

—Todo lo que tenemos en la casa, mi riqueza y la tuya —detalló con suavidad—, ¡lo tiras a la basura!

—No me importa nada —respondió con frialdad Mírrina.

—¿No te importan tus ovillos de lana, con los que juegan las gallinas en el patio?

—Nada, por los dioses.

—Y además la diosa no está contenta de que pasemos tanto tiempo sin hacerlo. ¿No quieres regresar?

—Yo no regreso, si antes no hacen una tregua y terminan de una vez con la guerra.

—¡De acuerdo, si la asamblea lo decide, también haremos eso!

—De acuerdo, si la asamblea lo decide, también yo vuelvo contigo. ¡Pero por ahora he jurado que no! —lo parodió Mírrina.

Cinesias ya no entendía nada.

—Vamos, por favor, échate un ratito aquí conmigo.

—¡No!… ¡Y no es que no te quiera! —aulló Mírrina.

—¿Me quieres? Entonces, ¿por qué no te echas aquí conmigo, Mirri?

—Payaso, ¿frente al niño?

Sólo entonces Cinesias se dio cuenta de que todavía tenía al niño en los brazos.

—¡Muchacho!, ¡joven! —se puso a llamar. Acudió el esclavo de antes y el esposo le devolvió el muñeco sin dar explicaciones—. ¡Vamos, llévalo a casa! Listo, ya está —continuó, dirigiéndose a su esposa—, el muñeco ya no es un estorbo. ¿Ahora sí te acurrucas aquí conmigo?

—Infeliz, ¿dónde lo quieres hacer? —se escandalizó Mírrina.

—En la cueva del dios Pan estaría bien.

—¿Y después cómo le hago para purificarme para regresar a la Acrópolis?

—Muy fácil, te lavas en la fuente sagrada.

—¡Pero ya juré, no puedo cometer perjurio, desdichado!

—Yo asumo el costo, ¡tú no pienses en el juramento! —le suplicó Cinesias.

Mírrina se chupó un dedo, dejando al público extasiado. Sacudió la cabeza dos o tres veces, titubeando; después se acercó a su esposo y le soltó un besito. Cinesias le alargaba ya las manos, pero Mírrina retrocedió un paso.

—Espérame, voy a traer una camita —propuso.

—¡No es necesario! En el suelo hay mucho espacio.

—¡Por Apolo! —negó Mírrina—. Eres lo que eres, pero no te dejaré acostarte sobre el piso.

Mientras Mírrina desaparecía en la Acrópolis, Cinesias se dirigió complacido al público.

—¡Esta mujer me ama, se nota enseguida!

—¡Vamos, Cinesias, enséñale quién eres! —alguno lo animó.

Pasó un poco de tiempo en silencio. Cinesias empezó a impacientarse, hacía mecer el falo, lanzaba ojeadas a su alrededor. No había nadie. Con mucho cuidado levantó una pierna y emitió un sonido sospechoso. La gente reía.

Finalmente Mírrina reapareció, arrastrando un catre colosal.

—Aquí está, empieza a acostarte mientras yo me desvisto —propuso, adorable—. ¡Qué torpeza, no me traje el colchón!

—¡Qué colchón ni qué nada! ¡Yo no lo quiero!

—¡No querrás hacerlo sobre la malla! ¡Qué vergüenza!

—Vamos, bésame ahora.

—¡Está bien!

Se besaron largo rato, en la medida en que se los permitían las máscaras. El público pataleaba y chiflaba. Después Mírrina se separó y despareció de nuevo.

—¡Con un demonio! ¡Al menos regresa pronto!

Esta vez la ausencia se prolongó aún más. Cinesias miraba la camita, luego la puerta, después al público. Se pedorreó una o dos veces. El público reía.

Mírrina reapareció jalando el colchón.

—¡Aquí está! Acuéstate mientras me desvisto. ¡Pero mira nada más, no tienes almohada!

—¡NO LA NECESITO! —gritó Cinesias.

—¡Pero yo sí!

Otra vez solo, Cinesias se contempló con melancolía el falo.

—A este *phéos* no le gusta que le tomen el pelo —refunfuñó.

Pasó un buen rato y Mírrina no aparecía. En el público algunos empezaron a llamarla.

—¡Ey! ¡Regresa! ¿Te olvidaste de él? ¡Un poco más y le explota!

Cinesias asentía vigorosamente.

Cuando los dioses quisieron, Mírrina regresó con la almohada.

—¡Levántate, arriba! Veamos, ¿ya traje todo?

—¡Absolutamente todo! Ahora ven aquí, mi pequeña joya.

—Espera, que me desabrocho el sostén. ¡Pero acuérdate de la tregua, eh, no me vayas a engañar!

—¡Antes muerto!

Mírrina sacó de su quitón dos chichis infladas, con los pezones bien a la vista. Cinesias abrió los brazos.

—¡Pero no tienes una manta! —se escandalizó Mírrina.

—¡Por los dioses, no la necesito, QUIERO COGER! —gritó Cinesias.

—No te preocupes, ahora mismo lo hacemos, regreso en un momentito.

—¡Gente, ésta me mata con su manta! —se quejó Cinesias. El público había entendido la retahíla y se dispuso cómodamente a una larga espera.

—Ey, Cinesias, está dura, ¡eh! —le gritó alguno. El hombre hizo un ademán afirmativo con la cabeza, abriendo los brazos.

Esta vez, sin embargo, Mírrina los sorprendió a todos, pues regresó casi de inmediato.

—Levántate.

—Pero ¿no ves que ya está levantado? —protestó Cinesias.

—¿Quieres que te unte un ungüento? —le propuso ella, suavemente.

—¡Yo no, por Apolo!

—¡Y yo te digo que sí, por Afrodita, quieras o no!

Cinesias suspiró.

—¡Demonios con el ungüento, poderoso Zeus!

La ausencia de Mírrina se prolongó. Del interior de la Acrópolis llegaban ruidos inciertos, como si alguien estuviera moviendo muebles y trastes. Finalmente la mujer reapareció con un bote.

—Estira la mano. ¡Ahí está, úntatelo!

—A mí no me gusta el ungüento. Sabes bien cuál es el aroma que me gusta —dijo Cinesias, estirando las manos no hacia el tarro, sino hacia el sexo de Mírrina. Pero la mujer saltó hacia atrás.

—¡Pero qué idiota soy! Me traje el de rosas.

—Está perfecto. ¡Déjalo así, bendita mujer!

—¡No digas estupideces!

A la nueva desaparición de Mírrina el hombre se giró hacia el público y golpeó el puño contra la palma.

—¡Que muera el que haya inventado el ungüento!

Mírrina reapareció con otro frasco, de forma decididamente fálica. En el público muchos se carcajeaban.

—Toma, agarra esto.

—¡Pero ya tengo uno! —replicó el marido, dándole una palmada a su falo.

—¡Ahora acuéstate, mala mujer, y ya no me traigas nada más!

—Lo haré, te lo prometo. Deja me desabrocho. Pero tú, amor, tienes que votar por la paz.

—Está bien, te juro que lo pensaré.

Mírrina se escabulló otra vez. Cinesias se enderezó de un salto.

—¡Ey, no, no se vale, ésta me ha matado!

Haciéndole gestos majaderos, Mírrina ponía pies en polvorosa hacia la Acrópolis.

—¡Me arruinó, me desolló vivo esta mujer y luego se va!

Una música lastimosa se elevó del rincón del flautista, y Cinesias empezó a cantar.

—¡Ay, ¿qué será de mí?! ¿A quién me podré coger ahora que me ha engañado la más suprema belleza? ¿Quién le dará la papilla al chiquito? ¿Dónde está Perro Zorro? ¡Réntame una nodriza!

Cuando se refería al "chiquito", Cinesias señalaba chabacanamente su falo erecto. La gente reía. Algunos, sin embargo, paraban la oreja: "¡Esta música ya la he oído!".

El coro de viejos, que durante un rato se había apartado a un rincón, se hizo presente y continuó, sobre la misma melodía:

—Oh, miserable, en terrible desgracia te consumes, engañado en el alma. Yo también te compadezco, ¡ay! ¿Qué riñones podrían resistir, qué alma, qué huevos, qué caderas, qué culo, cuando se te pone duro y no puedes echarte la mañanera?

La gente se desternillaba de risa. Después de un instante de duda, todos habían reconocido la música y ya corría de boca en boca: era el aria de Andrómeda, de la tragedia de Eurípides que se había recitado el año anterior en las fiestas Dionisias. Y también las palabras eran una parodia de esa aria: "¡Ay!, ¿qué será de mí?" y "Oh, miserable, en terrible desgracia te consumes", y todo el resto de la letra, salvo que en Eurípides, se entiende, no estaban los huevos ni

el culo, y no se trataba en absoluto de echarse un palo. Sófocles, en la primera fila entre los comisarios, después de haber fingido un rato que dormía, se había despertado y ahora se reía con sorna. A él nunca le había agradado Eurípides: "¡El jovenzuelo ese haciéndole la competencia! ¡Ahora te toca a ti tragarte ésta!".

—¡Oh, Zeus, qué terribles calambres! —gritaba Cinesias. El corifeo se hizo presente.

—¡Mira lo que te ha hecho esa infame, esa sinvergüenza!

Cinesias se rebeló.

—¡No, no, es tan linda y tan dulce!

El corifeo escupió al suelo, disgustado.

—¡Pero qué dulce va a ser! ¡Es una infecta!

—Infecta —hizo eco solemnemente el coro. Cinesias, que se contorsionaba en el suelo abrazado a su falo, se levantó elegantemente.

—Sí, infecta —admitió—. ¡Oh, Zeus, Zeus! ¡Haz que un ciclón, un vendaval la sacuda y la levante por los aires, y luego la suelte otra vez a la tierra y que de un golpe caiga en mi capullo!

El público no había terminado de reír cuando se sobresaltó, incrédulo. Repentinamente, la flauta volvió a tocar el himno marcial, y en el escenario irrumpió un espartano de carne y hueso, con el quitón rojo sangre, el cabello y la barba increíblemente desaliñados, atados en trenzas y trencitas…

16

CRATIPO golpeaba a la puerta ya hacía un rato cuando le abrieron.

—Oh, Argiro, ya era hora —dijo—. ¿Están bebiendo? —añadió con sarcasmo al ver el aspecto descompuesto del amigo.

—¡Ey! —asintió Argiro, que en efecto desde hacía rato sentía que la cabeza le daba vueltas.

—¿Y con las chicas cómo van?

Argiro dibujó una sonrisa torpe.

—¡Ven a ver! —tartamudeó.

Entraron a la casa en penumbras, olvidándose de volver a poner los cerrojos. Junto al hogar, tirado sobre unos cojines, Cimón bebía, sacando vino de la crátera con la copa. Le hizo un gesto de saludo a Cratipo, sin levantarse. Olía a humo y a vino caliente. De alguna parte del interior de la casa llegaba un molesto chirrido.

Cratipo miró en torno suyo, confundido. Esperaba encontrarse otra escena; se la había imaginado todo el tiempo, mientras escuchaba impaciente a su padre, que justamente ese día se había puesto a discutir de negocios, a contarle de la fábrica que quería abrir. De armas, naturalmente, con los tiempos que corren siempre habrá clientes. Ya le había echado el ojo a un sitio que parecía perfecto, un cobertizo vacío en el Pireo. Cratipo escuchaba fingiendo atención, sabía que era mejor no hacer enojar al viejo, y mientras se imaginaba a sus amigos divirtiéndose con las dos campesinas, el día se acababa y a él sólo le quedarían los restos. Finalmente, cuando los

dioses lo permitieron, pudo salir. Pero ahora sólo veía a sus amigos, no veía a las campesinas.

—Pero ¿dónde están las muchachas? —preguntó, sorprendido.

Cimón rio socarrón.

—Ve a ver allá. En el patio del molino.

Cratipo miró a su alrededor, pero en la penumbra no sabía hacia dónde dirigirse.

—Acompáñalo —le dijo Cimón a Argiro. El muchacho, que ya se había tirado en los cojines, hizo un mohín.

—Acompáñalo tú, yo quiero seguir bebiendo.

Cimón valoró la posibilidad de sentirse ofendido. Pero le dio pocas vueltas al asunto porque también a él los procesos mentales ya se le habían entorpecido un poco; al final decidió que no se ofendería. "¡Después de todo, somos amigos!" Se levantó pesadamente y le hizo un gesto a Cratipo.

—Por acá. Ya verás el espectáculo.

El crujido se volvía más fuerte. Cimón abrió una pequeña puerta e introdujo a su amigo en un patio lateral. Cratipo abrió los ojos como platos, luego se mordió los labios para no carcajearse, y al mismo tiempo sintió que una excitación lo invadía. El patio era estrecho, el fondo, de tierra batida, estaba aún lodoso por la lluvia de los días anteriores. Al centro, el molino para el grano, de piedra, parecido a un pozo del cual asomaba un largo travesaño de madera. Concentradas en el esfuerzo, Glicera y Caris empujaban el molino, con las muñecas atadas al travesaño. Las dos resoplaban fuerte. Sus pies habían cavado un surco circular en el lodo.

—¿Qué te parecen mis burras? —rio Cimón.

—También ésta es una manera de usarlas, cuando uno ya se cansó —dijo Cratipo despreocupadamente—. Pero yo, si no te

molesta, aún debo tomar la parte que me toca. ¿Qué te parece si las desatas y así me las tiro?

—Si lo consigues —dijo Argiro saliendo también él al patio. Reía con sorna, se notaba que el vino se le había subido a la cabeza.

Cratipo lo miró sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Son peores que dos gatas. No nos han dejado tirárnoslas —soltó.

Cratipo se echó a reír.

—¿Y entonces las pusiste a trabajar a ver si así cambian de idea?

Cimón se puso nervioso. Argiro había podido ahorrarse los detalles.

—Hemos hecho de todo —interfirió—. Y ahora nos estábamos aburriendo.

De alguna manera sintió que así la situación no había mejorado mucho, pero también a él se le empezaba a barrer un poco la lengua.

Cratipo estaba satisfecho. El espectáculo de las dos muchachas en la molienda era excitante, aunque le molestaba haber llegado al último, cuando ya estaban reducidas a ese estado. Pero de pronto entendió muy bien la situación, no había llegado al último, pues aquellos dos no habían podido hacer nada todavía.

—Vamos, saquémoslas de ahí —dijo. Aun entre los tres, les costó trabajo desatarlas, porque Cimón les había atado las muñecas muy fuerte. Una vez liberadas, Glicera y Caris se sentaron en el suelo, destrozadas.

—Por favor, déjennos ir a casa —suplicó Glicera.

—En un rato. Yo acabo de llegar —dijo Cratipo.

Se puso a su lado en cuclillas y les acarició la cabeza. Las muchachas, asustadas, intentaron apartarse, pero Cratipo sonrió. En

apenas un momento ya había decidido qué hacer para prolongar el juego.

—Vamos, vengan, les daremos algo de beber. Cimón, ¿les has dado algo de beber a las invitadas?

Cimón lo miró, incrédulo, pero Cratipo le guiñó un ojo. Cimón seguía sin entender, pero se resignó. Las llevaron al hogar, y les prepararon una copa de vino caliente. Caris y Glicera se miraron, asustadas, pero Cratipo las supo tranquilizar tan bien que acabaron por beber. Al llevarse algo caliente a la boca, congeladas como estaban, sintieron que revivían.

—¿Ven, queridos? —dijo Cratipo, en un tono pedante—, también a los animales hay que tratarlos bien. A nuestros caballos les damos de comer, y no sólo heno, también les damos cebada, que hasta a los esclavos antojamos.

—Los caballos —replicó Cimón— valen más que los muertos de hambre.

Cratipo rio alegremente.

—¡Oh, claro! Esto lo sabemos todos. Los dioses han creado a los seres vivos de acuerdo con una jerarquía. Primero viene el caballero, después su caballo, después su perro. Y luego nada. Después tampoco nada. Luego sus esclavos. Después sus esclavas. Luego los andrajosos. Y después las hetairas. Pero el caballero es generoso, le da de comer a todos, siempre que sepan mantenerse en su lugar.

Argiro se rio tanto que se tiró el vino encima. Comenzaba a tener el pulso inestable. Las dos jóvenes, sentadas en un rincón, miraban las sombras de los tres que bebían, las llamas del hogar, la estatua de Zeus Cario. El calor del vino se había disipado de inmediato; a pesar de la cercanía al fuego temblaban de frío. Glicera tragó saliva y después se levantó.

—Ahora devuélvannos nuestros quitones, por favor —murmuró.

Cratipo la miró de arriba abajo.

—Más tarde, si son obedientes. Pero si quieres, puedes seguir bebiendo.

Glicera alargó la mano, tomó la taza y bebió. Caris se levantó y se acercó.

—¿Tú también quieres más?

Caris asintió. La cabeza le daba vueltas, ya no entendía nada. Al tomar la taza la dejó caer, el barro se rompió en mil pedazos. Cimón, furioso, se levantó y la abofeteó. Caris retrocedió asustada, se agazapó en el rincón. Cratipo presenciaba todo mordiéndose los labios. "Estas dos no van a aguantar mucho más —pensó—. Y luego habrá que deshacerse de ellas de alguna manera. Pero ahora es momento de gozarlas." Se acercó, indeciso sobre cuál de las dos elegir.

—Vamos a divertirnos un poco juntos. ¿Quién quiere venir primero?

—Déjennos ir a casa —repitió automáticamente Glicera.

Cratipo negó con la cabeza.

—Entonces no has entendido, eh. He dicho que después se irán. Veamos si tu amiga entendió. Ven —le dijo a Caris.

La muchacha levantó los ojos rojos por el llanto y lo miró extraviada.

—Muévete, ven conmigo —repitió Cratipo, más duramente—. No me hagas repetirlo otra vez.

Caris y Glicera se miraron, aterradas. Glicera dijo que no rápidamente con la cabeza. Caris abrió la boca como para hablar, pero después se dio cuenta de que no sabía qué decir. "El muchacho que acababa de llegar parecía más amable que los otros dos, tal vez bastaba con no hacerlo perder la paciencia. Y después nos dejarán ir a casa", pensó.

Cratipo le tendió la mano. Caris se levantó con dificultad y lo siguió.

Cimón y Argiro se quedaron ahí, mirándose el uno al otro, de mal humor. Glicera se levantó de un salto.

—Escuchen, muchachos, ella es virgen; no sabe lo que hace, no la vayan a perjudicar. Por favor, déjennos ir a casa ahora.

Cimón la abofeteó con maldad, golpeándola en la boca ya hinchada. Glicera gritó y retrocedió, mirándolo con odio.

—Ahora le toca a tu amiga, y después a ti. Y quiero ver si te seguirás ha-haciendo la difícil. ¡Me vas a besar los pies! —farfulló Cimón.

Después se tuvo que apoyar a la pared porque le daba vueltas la cabeza; pero fue cuestión de un instante, y de inmediato se dominó. "Debería vomitar —pensó confusamente—. Pero aquí no, después. Primero ponemos en su lugar a esta zorra." En algún momento había pensado en tomarla y tirársela, pero se dio cuenta con enojo de que su *phéos* no reaccionaba. Poco antes, cuando se había puesto a soñar con los ojos abiertos, repitiéndose que la volvería a golpear, le había parecido que se levantaba su cabeza, pero se había vuelto a arrugar en el momento en que dejó de fantasear y se encontró frente a las muchachas de carne y hueso.

—Vamos, encerrémosla en el almacén —ordenó.

La tomaron de las muñecas y entre gritos de la muchacha la jalaron hasta el desván y la encerraron ahí.

—Vamos a beber algo —dijo Cimón, sombrío.

17

La máscara del espartano, así como la de Cinesias, expresaba un sufrimiento puro. El falo, extrañamente, no se veía, pero se agitaba puntiagudo bajo la túnica.

—¿Dónde ehtá er conseho de Atenah, o loh magistradoh? ¡Traigo akí una enorme noticia!

—Pero ¿tú quién eres, un hombre o un sátiro? —lo encaró Cinesias, desconcertado.

—Soy un herardo, mi kerido sabelotodo —lo liquidó el otro, condescendiente—. Sí, por loh Dioskuros, vengo de Esparta para lah negociacioneh.

—¿Y vienes aquí con la lanza bajo el sobaco? —inquirió Cinesias, señalando el abultamiento sospechoso.

—¿Yo? ¡No! —respondió el heraldo, volteando incómodo hacia otro lado.

—¿A dónde volteas? ¿Qué es lo que te levanta el himatión? ¿Te salió una hernia a fuerza de tanto correr?

—¡Pero ehte hombre ehtá loco! —se inquietó el espartano, cada vez más incómodo. Sin mayores ceremonias, Cinesias tomó el borde de la túnica y miró debajo, después se echó a reír.

—¡Pero lo tienes duro, infeliz!

—¡Yo no, por loh Dioskuroh, no digah estupideces!

—¿Y entonces qué tienes ahí? —lo apremió Cinesias.

—¡La escítala espartana!

El público reía. Se sabe que los espartanos, con su obsesión por el secreto, cuando le mandan órdenes a un embajador o a un general enrollan la tira de pergamino alrededor de un palo, escriben encima de este atado, luego lo desenrollan y lo envían, no se entiende nada, para leer el mensaje se requiere un palo igual, y ésa es la escítala.

—¡Entonces también ésta es una escítala espartana! —le tomó el pelo Cinesias, señalándole su propio *phéos*—. Pero dime la verdad, que para el caso ya entendí todo. ¿Cómo está la situación allá con ustedes, en Esparta?

El espartano extendió los brazos.

—Toda Ehparta ehtá tiesa, y también loh aliadoh la tienen dura. Nos ayudaría… —el espartano titubeó, miró a su alrededor. Después vio a la muchacha sentada delante de Trasilo, que apenas había separado la boca de la de su adolescente, y la señaló alegremente—. ¡Eso eh, la necesitamoh a ella!

—¡Trágate ésta! —murmuró Trasilo, satisfecho. El público reía. La muchacha se ruborizó y le dijo algo decidido al oído al joven. Éste movió la cabeza y se llevó la mano a la barba, incómodo. La muchacha levantó los hombros y se miró ostentosamente las uñas pintadas.

—Pero ¿quién les ha enviado esta desgracia? —indagaba Cinesias —. ¿Acaso el dios Pan?

El espartano negó con la cabeza, desconsolado.

—¡Ké va, Lámpito ocasionó todo! Y ahora lah mujereh de Ehparta se han puehto todah de akuerdo, mantienen a loh hombreh alejadoh de su shosho.

—¿Y ustedes cómo se las arreglan? —preguntó desconcertado Cinesias.

—¡Un dolor! Paheamos por la ciudad todoh enkorvadoh, komo kien lleva la antorcha kontra el viento. ¡Y lah mujereh no noh dejan

tokar su kosita hasta ke no nos pongamos todos de akuerdo para traer la paz a toda Grecia.

Cinesias empezaba a entender.

—Pero entonces es una conspiración, se han movido todas juntas. ¡Ahora sí que lo he entendido todo! Escúchame bien, traten de mandarnos de inmediato a los plenipotenciarios para negociar la tregua. Yo voy a la asamblea y hago nombrar a nuestros embajadores, ¡basta con que les enseñe este *phéos*!

—¡Ahora voy, komo bien lo diceh!

Los dos salieron de prisa, sosteniendo con dificultad los inmensos falos. Bajo el escenario, los coros caminaron el uno hacia el otro. La gente se regocijaba: ¡todavía hay tiempo para otra buena escaramuza! Para confirmar esa expectativa, la pandereta sonó beligerante y el Viejo avanzó hacia el público y declaró que siempre había odiado a las hembras.

La Vieja, golpeando rabiosamente los pies contra el piso, lo interrumpió:

—Explícame algo, ¿por qué, en cambio, no podríamos ser amigos?

Mientras el Viejo farfullaba que ni siquiera hablaría del asunto, ocurrió algo inesperado, la Vieja se agachó a recoger su túnica y se la ofreció.

—¡Pero mírate cómo estás, todo desnudo! ¿No te das cuenta de que das risa? Vamos, que te ayudo yo a vestirte.

Y en verdad el Viejo estaba tan entumido que la dejó hacer. Todas las viejas hicieron lo mismo: se acercaron a los viejos y les entregaron sus túnicas. El corifeo se conmovió:

—¡Hiciste algo útil!

Después trató de justificarse:

—¡Ya sabes cómo son estas cosas, cuando uno se enoja!

Pero la Vieja ni lo escuchaba, más bien lo examinaba de cerca.

—¿Qué tienes aquí en el ojo? ¡Déjame ver un poco!

El Viejo, completamente conquistado, puso la cara:

—¡Efectivamente, algo me molesta!

La mujer alargó los dedos y empezó a sacarle algo de la cuenca del ojo. Jalaba y jalaba, pero la cosa cada vez crecía más, era un zancudo monstruoso hecho de retazos de tela rojos, del tamaño de la cabeza, y hasta más grande.

—¡Por Zeus, vaya zancudón que te ha venido a visitar! ¡Uno de esos zancudos que pululan en Decelia!

Cuando terminó de sacarlo, la Vieja lo examinó con curiosidad, luego se lo echó a los hombros. El público suspiró de deseo. "¡Ojalá pudiéramos echarnos así a los hombros a los espartanos que acampan en Decelia!" El Viejo, que había soportado la intervención con alguno que otro quejido, empezó a bailar, llorando de alegría. La Vieja sacó un enorme pañuelo y le enjugó las lágrimas. El Viejo gemía de placer.

—¡Y también te doy un beso! —añadió la Vieja sorpresivamente, y lo besó. El Viejo dio tumbos y escupió disgustado, luego tomó el pañuelo y se frotó vigorosamente.

—¡Vete en mala hora, tú sólo piensas en arrumacos!

—¿Por qué? —replicó la Vieja—, ¿tiene algo de malo?

Se notaba que el Viejo se debatía entre dos tentaciones. Sentencioso, citó el viejo refrán:

—"¿Las mujeres? ¡Un desastre encontrarlas, una ruina perderlas!" —de este modo le parecía haberlo dicho todo, pero la Vieja seguía ahí, esperando, y el Viejo tuvo que resignarse:

—¡Está bien, hagamos las paces! Prometo que de ahora en adelante te respetaré, si tú me prometes calmarte. ¡Vamos, abrázame!

Y así, todas las viejas se quitaron los quitones y, como un milagro, debajo estaban vestidas como los hombres. Los dos coros se fusionaron al paso de la danza y un instante después ya no se reconocía quién estaba en una parte y quién estaba en la otra. La Ciudad, después de todo, estaba nuevamente unida.

Polemón y Trasilo, como todos los demás, tenían los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y entonces? —molestó Polemón a Trasilo.

—Sí, está bien, de acuerdo, al final no está tan mal tu Aristófanes —admitió Trasilo.

Pero en la comedia las emociones nunca se deben liberar con demasiada intensidad, hay que desinflarlas de inmediato con la ironía: ¡ni que fuera la tragedia! Corriendo de un lado a otro, el coro se puso a cantar una canción pícara, burlándose del público. No de alguien en particular, de hecho, el coro dio inicio justamente asegurando que la intención no era ésa:

—Tranquilos, hombres, no estamos aquí para hablar mal de nadie. Muy al contrario, sólo paz y bien. Ya tenemos suficiente con los problemas y la buena compañía.

Luego de esta declaración tranquilizadora, el coro continuó haciendo una invitación a todos a comer:

—La mesa ya está lista, traigan a sus niños, y si, por otro lado, alguien necesita un préstamo hasta el día de la paz, por favor: ¡tenemos bolsas llenas de dinero! Vengan todos, que los esperamos, siéntanse como en su casa —continuaban los coristas suavemente—, ¡aunque, de hecho, van a encontrar la puerta cerrada! —concluyeron haciendo mofa. —Después, todos juntos, al ritmo de la música, se voltearon y mostraron las nalgas a los espectadores.

Mientras el público se regocijaba y los timbales retumbaban, el corifeo se inclinó hacia delante para otear el horizonte.

—¡Aquí están ya, aquí están llegando, los embajadores de Esparta! —se puso a gritar—. ¡Qué barbas se cargan! Pero ¿qué es lo que llevan entre los muslos?

Un espartano apareció torpemente en el escenario. Además de tropezarse con la barba, que le llegaba hasta los talones, trataba de cubrirse las rodillas con el himatión, pero, como de costumbre, por debajo algo inmenso y oscilante empujaba la tela de manera sospechosa. El Viejo fue a su encuentro solemnemente.

—Hombres de Esparta, antes que nada, ¡salve!

Después vio, se detuvo de golpe, se inclinó para observar, dio unos golpecitos con los nudillos y se enderezó con una mueca.

—Y, en segundo lugar, ¿quieren explicarme qué les pasa?

El espartano golpeó el suelo con el pie, con furia.

—¿Ké necesidad hay de dar explikacioneh? ¡Uhtedeh ven por sí mihmoh lo que noh pasa!

Desde abajo, el Viejo le jaló el manto por sorpresa, liberando el anticipado falo colosal.

—¡Madre mía! ¡Cómo se te ha hecho duro el maldito, una cosa tremenda! Dime, ¿arde?

El espartano abrió los brazos.

—No te imaginah. Pero ¿para ké ehtamoh akí perdiendo er tiempo? Es klaro ke necesitamoh la paz, ¡y bahta!

El Viejo sacudió la cabeza con aire de suficiencia, pero del lado opuesto llegaba tropezando otro embutido.

—¡Ah, veo que también están los nuestros! —se alegró el Viejo. Pero enseguida se puso sombrío, estaba claro que también el embajador ateniense ocultaba algo vergonzoso bajo el himatión—. Pero ¿qué es esto? —masculló el Viejo—, ¿una epidemia?

—¿Quién sabe decirme dónde está Lisístrata? —se informó el recién llegado, jadeante—. ¡Es que en nuestro país todos los hombres

están reducidos a esto! —hizo un gesto elocuente y luego, inesperadamente, estalló en llanto. El Viejo se rascó la cabeza. El espartano avanzó, interesado. El ateniense lloraba amargamente, después se tiró al suelo y empezó a golpear con los puños.

—Esta enfermedad coincide con la otra —declaró solemnemente el Viejo, en actitud de médico y agachándose para palpar—. Dime algo, ¿la crisis se desata al amanecer?

El ateniense se puso de rodillas, se sonó la nariz con los dedos y después asintió con tristeza.

Los del coro se habían aproximado y hacían sus comentarios en voz alta. Uno sugirió que, a falta de mujeres, en la ciudad había más de un macho al que le gustaba que le dieran por detrás; y empezó a desgranar los nombres, para el deleite del público. Otro recordó el escándalo de cuatro años atrás, cuando en una misma noche, en toda la ciudad, unos vándalos desconocidos les habían roto la nariz y el falo a las columnas del dios Hermes que vigilaban delante de las puertas. A los gamberros nunca los aprehendieron. En un acto de urbanidad, el corifeo les sugirió a los dos embajadores que tal vez sería mejor que se cubrieran, en el caso de que alguno de esos delincuentes estuviera en el teatro. Algunos se rieron, pero a la mayoría de los presentes les molestaba oír que se recordara aquel suceso; saber que alguien era capaz de cometer un acto similar, y que no temiera la venganza del dios, había helado a todos en la ciudad. Aristófanes, tras bambalinas, tomó nota: no es todavía un tema sobre el que se pueda bromear.

Los dos embajadores se apuraron a cubrirse; después, otra vez envueltos, se examinaron, incómodos. Al final habló el ateniense.

—Bueno, ¡salve, oh, espartanos! Es vergonzoso lo que nos está pasando.

El espartano asintió.

—¡Kerido mío, eh tremendo mostrarnoh en ehte ehtado!

Siguió un silencio incómodo. De nuevo, el ateniense lo rompió.

—Vamos, espartanos, aquí es necesario decirnos todo. ¿Por qué han venido?

—Embajadores, por la tregua.

El ateniense abrió los brazos.

—¡Menos mal, nosotros también! ¿Por qué no llamamos a Lisístrata, que ella es capaz de obligarnos a hacerla?

El espartano no entendía, pero de cualquier modo estaba de acuerdo.

—¡Sí, por loh Dioskuros! ¡Llamen a ehte Lisístrato!

Pero no era necesario llamarla, Lisístrata había oído todo y estaba llegando a paso de baile, con una guirnalda de mirto. El coro, entusiasta, la recibió con gritos de admiración.

—¡Eres el único verdadero hombre!

"¡Te tocará hacer todos los papeles en la asamblea!

"¡El del terrible y el del miedoso!

"¡El señor y el pobre!

"¡El que toma distancia y el que es afable!

"¡Y el que las ha visto de todas!

Los coristas imitaban, la gente reía; es realmente así, en la asamblea, el que toma la palabra hace exactamente los mismos ademanes.

—Si alguna vez me llegan a dar ganas de tomar la palabra en la asamblea, prométeme que me vas a detener —le murmuró Polemón a Trasilo. Trasilo se rio.

—¡Yo en cambio me parece que mandaré a Glicera en mi lugar! Ya tiene la lengua tan afilada que a su lado me tengo que callar.

—¡Porque los principales de toda la Grecia son presas de tu encanto, a ti se remiten y te dejan decidir por ellos! —concluyó

triunfalmente el coro, haciéndole una reverencia a Lisístrata.

La mujer no parecía abrumada bajo tanta responsabilidad. Había salido con una máscara que reía a mandíbula batiente.

—Pues no es difícil si le llegas a la gente cuando está dispuesta y ya no quiere seguir fastidiando a los demás. Ahora lo hago. ¿Dónde está la Tregua?

Mientras los músicos cargaban a todo vapor, entró en escena una muchacha desnuda. El público, entusiasmado, empezó a golpear con los pies. De las primeras filas, donde se veía mejor, aguzaron la vista tratando de reconocerla. Pero no era fácil, había muchas prostitutas en la ciudad, más que estrellas en el firmamento. Finalmente alguien la reconoció.

—¡Afia!

La muchacha hizo una reverencia. El rumor corrió entre las filas.

—¡Afia, del burdel de Perro Zorro!

—Yo con ésa firmaría enseguida la tregua.

—¡Qué tregua! ¡La paz, por diez años!

En el escenario los actores tuvieron que esperar a que el entusiasmo se calmara o no los hubiera escuchado nadie. Afia disfrutaba ese momento de popularidad, saludando con la mano. Finalmente Lisístrata se le acercó.

—Coge primero a los espartanos y tráelos aquí, y no con la mano pesada y dándote aires, como hacían esos ignorantes de nuestros hombres, sino como lo hacemos nosotras, que somos mujeres, como en casa, pues.

La muchacha se acercó al espartano, que con un resto de orgullo hizo el gesto de retroceder:

—¿Nosotros los primeros en pedir la paz? ¡Jamás!

Pero Lisístrata lo cortó en seco.

—Si no quiere darte la mano, agárralo de la pistola.

La Tregua lo hizo, ante el regocijo del público. Arrastró al espartano al centro del escenario.

—Ahora trae aquí a los atenienses, tomándolos de la parte que te ofrezcan.

El ateniense titubeó, estiró la mano, luego la retiró con gran prisa y se alargó adelante enseñando el falo. La gente se carcajeaba. La muchacha lo aferró y lo jaló al centro.

—Hombres de Esparta, quédense aquí junto a mí, y ustedes en esta otra parte, y escuchen mi arenga —comenzó Lisístrata — Yo soy mujer, pero estoy dotada de razón, ya por mí misma entiendo mucho, y escuchando los sermones de mi padre y los de los ancianos he aprendido más. Ahora que los tengo aquí los debo regañar, a todos, y se lo merecen. Ustedes que son todos de la misma sangre, y purifican los altares dispersando la misma agua, en Olimpia, en las Termópilas, en Delfos, y podría añadir todavía más, si quisiera hacerla larga. Ustedes, con tantos enemigos bárbaros rodeándolos, se ponen en guerra para matarse entre griegos, para arruinar nuestras ciudades. Y esto es lo primero.

El ateniense y el espartano le prestaban atención sólo a medias; no apartaban la mirada de la Tregua, que se paseaba cautivadora.

—¡Soy yo el que se está yendo a la ruina, que voy a acabar descapullado! —declaró el ateniense, habiendo atrapado una palabra al vuelo.

—Espartanos, ahora paso a ustedes —continuó Lisístrata, impertérrita—. ¿No saben ustedes que alguna vez Periclidas, el espartano, vino a suplicarle a los atenienses, sobre estos mismos altares, todo pálido en su uniforme rojo, que mandáramos un ejército en su auxilio? Entonces tenían ustedes encima a toda la Mesenia, y también la divinidad los había sacudido con un terremoto. Nosotros fuimos con cuatro mil hoplitas, nosotros

salvamos a Esparta. Esto hicimos los atenienses, ¿y aun así ustedes devastan el país que les ha prestado sus favores?

Esta vez el ateniense había escuchado, y muy bien.

—¡Se equivocaron, Lisístrata, por los dioses! —protestó, presuntuoso.

Quien esta vez había escuchado sólo a medias era el espartano. La Tregua se le había parado enfrente y giraba poco a poco sobre sí misma, sonriendo y agitando las muñecas rodeadas de brazaletes.

—Sí, sí, noh ekivocamos —masculló distraídamente el espartano —. ¡Pero ehtas nalgah no puede decirse lo hermosah ke son!

Lisístrata lo dejó admirar y se le pegó al ateniense, el hombrecito estaba muy satisfecho.

—¡Ahí está, se equivocaron, lo admiten también ellos!

—Ustedes, atenienses, ¿creen que pueden solos? ¿No saben que también los espartanos, cuando ustedes estaban reducidos a esclavos por la tiranía de Hipias, vinieron con sus armas, y no se acuerdan a cuántos amigos de Hipias mataron? ¡Sólo ellos combatieron junto a ustedes ese día, ellos los liberaron del tirano, es gracias a los espartanos que hoy su pueblo lleva túnicas de ciudadanos y no de esclavos!

Pero los dos ya habían dejado de escuchar por completo.

—¡Si alguna veh he visto a una mujer de verdad, ésa eh éhta! —declaró el espartano, estirando los brazos hacia la Tregua.

—Y yo nunca he visto un chocho tan hermoso —amplificó el ateniense, estirando los brazos también él.

Lisístrata apartó bruscamente a la muchacha y se interpuso.

—Y entonces, visto que en el pasado eran tan amigos, ¿por qué ahora están en guerra y no se dan tregua? ¿Por qué no se reconcilian? ¿Qué se los impide?

La Tregua, que se estaba aburriendo, dibujó una sonrisa cautivadora. Los dos embajadores, incorregibles, no perdían de vista a la muchacha, pero empezaron a enlistar sus condiciones.

—Tienen que darnos esto y devolvernos aquello.

Lisístrata los observaba y empezaba a perder la paciencia; luego, viendo que no se ponían de acuerdo, tomó a la Tregua de la mano y la puso enfrente de ellos.

—¡Vamos, basta de pelear que hay para todos!

El ateniense fue el primero que regresó en sí.

—En efecto, me dieron ganas de desnudarme e ir a arar en su campito…

—¡Y a mí de ir a sakar la mierda, por los Dioskuroh! —estuvo de acuerdo el espartano.

La gente se carcajeó; a los espartanos, todos lo saben, les gustan los culos.

—En cuanto hagan las paces podrán hacer todo eso —cortó en seco Lisístrata—. Pero si ya se han decidido, convoquen a la asamblea y pónganse de acuerdo con los aliados.

—¿Qué aliados, querida? ¡Todos la tenemos dura! Tú qué crees, también los aliados tienen ganas de coger.

—¡También loh nuestroh, por loh Dioskuros!

—Perfecto —concluyó Lisístrata—. Entonces, ahora ocúpense de purificarse y nosotras las mujeres los recibiremos en la Acrópolis. Tenemos todo preparado, muchas cositas hermosas los esperan. Allí intercambiarán juramentos. Después cada cual podrá retirarse y cogerse a su mujer.

—¡Ahora mismo vamos! —exclamó el ateniense.

—¡Llévanoh adonde kieras!

—¡Pero ya!

Mientras Lisístrata, los embajadores y la Tregua desaparecían en la Acrópolis y Afia lanzaba besitos al público, el coro se giró hacia la platea y otra vez hacía burlas, en el caso de que el público se hubiera conmovido demasiado.

—La invitación a mi casa sigue en pie, allí reparto regalos, dono todo: ¡tapetes y joyas! Y de comer para todos los pobres, preséntense con sacos y bolsas, los estarán esperando montones de trigo… Pero les aviso, cuando se acerquen yo me pararé en la puerta gritando: "Propiedad privada" y "¡Cuidado con el perro!" —concluyó el coro con una pedorreta.

18

—No me hagas daño —dijo Caris apresuradamente mientras se echaba sobre los cojines.

Cratipo la observó, desde su asustada cara hasta los pequeños senos, del ombligo al pelo negro, a las delgadas piernas, a los pies sucios. "Nada extraordinario", pensó. Pero se pasó la lengua por los labios igualmente.

Se quitó la túnica, pero se dejó las sandalias. En la habitación hacía frío.

La montó, pero no estaba cómodo.

—Así no —le ordenó—. Voltéate.

Caris tragó saliva, se puso boca abajo, sin entender. El muchacho la tomó de los tobillos y la jaló hacia abajo.

—Con los pies en el suelo. Muy bien, así —y le dio una nalgada. Caris cerró los ojos y apretó los labios.

—¿Estás lista?

Caris no respondió. Cratipo la golpeó de nuevo, más fuerte.

—¿Estás lista?

—Sí —murmuró Caris. Pero en cuanto él la aferró empezó a zafarse.

—¡Quédate quieta! Tampoco a los caballos les gusta llevar al hombre en la montura.

Cimón y Argiro bebían otra vez cuando escucharon a Caris quejarse. El agua hervía y humeaba en la olla de cobre; el vino del año anterior, ya un poco turbio, bajaba con dificultad, y en las

cabezas confundidas daban vueltas en el vacío pensamientos igual de turbios. “Me echaron el mal de ojo —pensaba Cimón—. No hay otra explicación, si alguien como yo no lo logra es porque algún ser repulsivo me ha echado el mal de ojo. Entre hombres se hablaba poco de esto, eran cosas de mujeres, pero todos sabían que puede suceder. ¿Y cómo hacerle para liberarse? Hay que sorprenderla, molerla a golpes, a la desgraciada, obligarla a deshacer el nudo, si no lo haces, te quedas atado e impotente, por mucho que lo intentes no lo lograrás.” “Pero quién podrá ser —se preguntó Cimón—, ¿y por qué?” “Quizá una que se enamoró y no quiere que vaya con otras”, pensó, y la idea le gustó. Se bebió el fondo de la taza, la rellenó otra vez a la mitad, añadió agua hirviendo. Argiro le guiñó un ojo, tratando de decirle algo, pero no lo logró, sólo le salió un balbuceo ininteligible. La cabeza le daba vueltas. “Bien la lleva éste”, pensó Cimón. Él, antes de volver a tomar, se había metido dos dedos en la garganta y había vomitado en un cuenco; luego había orinado adentro, y ahora estaba otra vez en posibilidad de beber, si bien las piernas no le respondían del todo.

—¿Por qué no vomitas tú también?

—Ahora voy —masculló Argiro y cerró los ojos.

En la habitación de al lado Caris se quejaba otra vez; después se escuchó la voz irritada, impaciente de Cratipo. Argiro volvió a abrir los ojos.

—¡Allá dentro hay acción, eh! —tartamudeó.

Cimón asintió, sombrío. Ahora que había entendido lo que le estaba pasando, no tenía sentido ni intentarlo. “Desde mañana me pongo a buscar a la bruja”, pensó. Ahora, para divertirse, siempre estaba el bastón.

—Ey —dijo.

Argiro abrió los ojos.

—¿Que dices, vamos a sacar a la otra?

Argiro asintió y se levantó, con dificultad. Bostezó.

Caminaron penosamente hasta la bodega y abrieron el cerrojo.

Glicera estaba sentada en un rincón, rodeando sus rodillas con los brazos, y temblaba. Desde ahí los lamentos de Caris se escuchaban perfectamente. Los muchachos sacaron a Glicera.

—¿Qué le están haciendo? —preguntó enseguida refiriéndose a Caris.

—Lo mismo que te haremos a ti —cortó en seco Cimón.

Caris ahora estaba callada. Al contrario, esta vez se oyó un grito de Cratipo, un grito ahogado que terminó en una especie de sollozo. Luego se escuchó a Caris llorando.

—Tírate al suelo —ordenó Cimón—. ¡Tírate al suelo! —repitió porque la muchacha no se había movido. Glicera se arrodilló, luego se echó boca abajo. El piso estaba helado.

Cimón miró alrededor buscando el bastón que había usado antes. Lo encontró, se aproximó a la joven acostada.

—Sujétale las muñecas —le dijo a Argiro.

En ese momento salió Caris de la otra habitación. Los dientes le castañeteaban y miraba alrededor suyo como si no supiera dónde estaba. Tenía sangre en los muslos.

—¿Puedo lavarme? ¿Me dan agua? —susurró. La voz no parecía la suya.

Glicera se puso de rodillas.

—Pero ¡qué le han hecho!

—¡Tú quédate abajo! —gritó Cimón.

Glicera lo ignoró, se puso de pie y se acercó a Caris.

—¡Qué te han hecho! ¡Infelices, su padre los va a matar! —dijo con furia, mirando a Cimón a la cara.

Durante un instante se sostuvieron la mirada en silencio, con los ojos llenos de odio. Caris lloraba y balbuceaba algo, pero nadie le ponía atención. Argiro, a quien le daba vueltas la cabeza, se había vuelto a sentar. En la habitación de al lado se escuchaba a Cratipo canturreando.

—Su padre no la dejará ni entrar a su casa, ahora que le hicimos su fiesta —dijo Cimón con maldad—. Y el tuyo hará lo mismo. Morirán en la calle y vendrán a pedirnos que no las dejemos morir de hambre.

Glicera, con el rostro encendido, negó con la cabeza.

—Te equivocas. Nuestros padres te encontrarán y te matarán, y le darán de comer tu carne a tu padre, y luego lo matarán a él y a todos los que son como ustedes, y esta casa la quemarán, con todas las cosas que han acumulado en ese depósito, y matarán también a tus caballos, y tu Zeus Cario no te protegerá, a ti, que has transgredido las reglas de la hospitalidad bajo su techo.

A su pesar, Cimón tuvo un estremecimiento. Se giró hacia el hogar, la estatua de Zeus Cario seguía ahí, no se había movido.

—Vas a morir —dijo Glicera, ferozmente. A Cimón se le erizaron los pelos. La muchacha desnuda que lo amenazaba en la penumbra, iluminada sólo por el fuego del hogar, parecía venir de otro mundo. Cimón tenía todavía el palo en la mano, lo descargó sobre ella. La muchacha se le escabulló y tuvo que perseguirla alrededor del hogar.

—Vas a morir —repitió Glicera.

—Morirás tú primero —le dijo Cimón—. Tú te lo buscaste. Argiro, ¡ayúdame a atraparla!

Argiro se levantó sobre el codo. No se sentía nada bien, pero comprendía que no podía desentenderse.

—¡Ya voy!

La persiguieron por toda la casa. Glicera no sabía a dónde ir y terminó por autoacorralarse en un rincón.

—¡Todos van a morir! —siguió repitiendo, desafiante, antes de que un puñetazo le cerrara la boca. Cimón la lanzó contra el suelo y siguió golpeándola rabiosamente; después se detuvo, jadeante, la levantó por el pelo. Tenía el rostro lleno de sangre, los ojos inflamados. Cimón le escupió en la cara y después la arrojó otra vez contra el suelo.

—Ve a buscar la cuerda.

—¿Y dónde la encuentro? —se rebeló Argiro.

Cimón resopló, regresó a la habitación del hogar, revolvió hasta que encontró la cuerda que le había servido para atar a Glicera cuando la había agarrado a bastonazos.

—Vamos, hay que amarrarle las manos.

Estaba oscuro, no se veía nada, a pesar de los golpes, Glicera seguía forcejeando.

—¡Vamos a sacarla de ahí!

La tomaron de los pies y entre gritos de la muchacha la arrastraron hasta el hogar.

—¡Mantenla quieta!

Argiro se sentó sobre el abdomen de la joven, le sostuvo firmemente la cara porque Glicera trataba de morder, y Cimón empezó a amarrarle las muñecas.

—Ahora verás quién es la que va a morir —gruñó, feroz.

19

CUANDO terminó de cantar, el coro les enseñó las nalgas a los espectadores, luego se retiró a un rincón dando brincos. La música flotó en el ambiente todavía un rato, después se apagó. Siguió un momento de silencio. Sólo entonces la mayor parte del público se percató de que los esclavos que acompañaban a los dos embajadores se habían acostado contra el muro de la Acrópolis y roncaban, obstruyendo el paso. Del interior llegó una voz de borracho.

—¡Abran la puerta!

El batiente se abrió a medias y el embajador ateniense apareció enmarcado por el dintel, con la guirnalda de través en la cabeza y una antorcha encendida en la mano; sin embargo, para salir habría tenido que saltar a los durmientes. Lo intentó cautelosamente, pero se tambaleaba y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta.

—¿Quieren dejar de estorbar? —berreó—. ¿Y ustedes qué hacen ahí echados? ¡Los voy a quemar a todos con la tea!

Agitó la antorcha por los aires; con gritos de terror, los esclavos salieron disparados. El embajador se dirigió al público.

—¡Ya sé que es una escena vulgar! Yo no quería hacerla. ¡Pero si esh necesario reducirse a eshto parahh que-que ushtedesh she diviertan, es-es-está bien! —balbució, cayendo en la confusión de quien ha bebido demasiado.

Alguien soltó una risa, dudoso. "¡Se burla el autor! Y nosotros que pagamos para venir aquí a que nos tomen el pelo —bueno, sí, lo que se dice pagar, pagar, no; la mayoría tiene un cupón gratis, lo

paga la ciudad, ¡pero da lo mismo, de cualquier modo es dinero del pueblo! ¡No, no, hay que decirlo, este Aristófanes es un aristócrata empedernido!"

—¡También pa-para noshotrosh es-es-eshtá bien! —lo remedó uno de los esclavos. El embajador se tambaleó otra vez notablemente, arriesgándose a prenderse fuego él mismo.

—¿Qui-quieren irse? ¡O van a acabar llorando por su pelo! —amenazó, acercando la flama a la cabeza de los comparsas más cercanos. Pánico y huida.

—¡Va-vamos, dejen salir a los espartanoshhh, ahora que se dieron su atracón!

Una vez despejada la puerta el embajador volvió a dirigirse al público, perdiendo gradualmente el acento de borracho.

—Nunca había visto un ba-banquete como éste. ¡Los espartanos son muy simpáticos! Y nosotros, con el vino, somos buenos compañeros de copas. Es lógico: cuando no bebemos, no funcionamos muy bien. Si consigo convencer a los demás, iremos siempre de embajadores borrachos. Ahora bien, cuando vamos a Esparta sobrios, enseguida armamos bronca, ni siquiera nos detenemos a escuchar lo que dicen, lo interpretamos como se nos antoja y cuando regresamos a informar le damos todavía la vuelta. Esta vez, en cambio, estuvimos de acuerdo en todo, ¡aunque alguno equivocara la canción, nosotros aplaudíamos igualmente!

Mientras el embajador hablaba, los esclavos lo habían vuelto a rodear en silencio. Cuando se dio cuenta, se enfureció.

—¡Pero m-mira a éshtos, otra vez aquí! ¡Esto va a terminar mal, plaga social!

Desde abajo, el Viejo le advirtió:

—¡Por Zeus, ten cuidado que están saliendo!

El embajador espartano salía tambaleándose de la Acrópolis. Miró a su alrededor buscando al flautista, y después de un buen rato lo distinguió en su rincón, debajo de la estatua del dios.

—¡V-vamoh, keridísimo, arránkate kon la flauta, k-ke quiero bailar y kantar, en honor de loh atenienseh y de nosotroh juntoh!

—Sí, vive Zeus, empuña ya esa flauta, que disfruto viéndolos bailar —consintió el ateniense.

Al parecer, también el espartano había bebido lo suyo, pero en cuanto el flautista tocó su pieza, empezó a danzar ligero como una doncella. Mientras el público lo seguía en un silencio absorto, empezó a cantar en su dialecto. Invocó a la diosa de la memoria, Mnemosine, le suplicó que lo ayudara a cantar los bellos días de la guerra contra los persas, cuando los atenienses habían vencido a los bárbaros en el Artemisio y los espartanos —aunque el cantor decía "nosotros"— habían combatido en las Termópilas bajo el mando de Leónidas, "rechinando los dientes kual jabalíes", contra enemigos más numerosos que los granos de arena del mar. Luego se dirigió a la virgen cazadora, Artemisa, implorándole que protegiera la nueva paz, para que durara mucho tiempo y trajera otra vez la amistad y la abundancia. En el teatro no se escuchaba ni un respiro. A muchos les habían brotado lágrimas en los ojos, y ya nadie se acordaba que apenas una hora antes ese duro acento los hizo estremecer a todos, nadie se ofendió porque el cantor decía Asana en lugar de Atenas ni Artamitio en lugar de Artemisio. Cuando terminó, implorándole a la diosa que fuera ahí, entre ellos —"oh, akí, ven akí, virgen"—, el teatro estalló en un rugido de aprobación. La gente gritaba, aplaudía y batía los pies, y muchos se levantaron, exaltados. A los que les llegaron protestas de todas partes:

—¡Sentados! ¡Sentados! ¡No se ve nada!

Y en verdad se veía poco, porque era ya la hora del crepúsculo, y sólo la antorcha del embajador tenía autorización para iluminar la danza nocturna del espartano. Pero las emociones no habían terminado, y no fueron pocos los que después recordarían aquella velada con una mezcla de envidia y resentimiento, como la vez que el rico que había pagado los gastos de dirección de verdad quiso derrochar. Porque en cuanto el clamor del público se aplacó, el ateniense declaró:

—¡Vamos, entonces, visto que se ha hecho todo como se debe, llévense a las suyas, espartanos! Y ustedes a las suyas. El hombre junto a su mujer, y la mujer junto al hombre; y para un final feliz bailemos para los dioses, y prometamos no volver a cometer el mismo error.

Calló, y su tea se apagó de golpe.

—¡Oh! —exclamó el público, tomado por sorpresa.

Pero en la mano de cada corista se encendió una antorcha, y el público, perplejo, vio que el coro había cambiado vestuario otra vez. Otra vez estaba dividido en dos, y otra vez estaba compuesto de doce hombres y doce mujeres, pero esta vez en pareja, marido y mujer; por una parte, los espartanos con sus uniformes rojos, sus melenas despeinadas y sus mujeres del brazo, y por la otra, los atenienses, también ellos con sus mujeres del brazo. Una vez que se extinguieron las exclamaciones de sorpresa, el coro ateniense empezó a cantar. Reiteró la invitación de los espartanos, invocó a Artemisa, y a Zeus y a Hera, su esposa, y sobre todo a Dioniso, el dios que se celebraba en esos días, protector del trapiche. Danzando cada vez más frenéticos, como poseídos por el dios, los coristas invocaron al final a Afrodita, para que ella, más que nadie, la diosa del amor y el sexo, protegiera la paz, y concluyeron lanzando los prolongados gritos ritmados que siempre acompañaban las danzas

de Dioniso. El público, enardecido, los acompañaba en el canto; pero para Aristófanes no era suficiente. La danza y el canto se apagaron de golpe. El público, extraviado, siguió todavía gritando durante un rato, luego calló, atónito, y el embajador ateniense, en el escenario, gritó:

—¡Y ahora, espartano, una canción nueva!

Y el coro espartano cantó. Invocó a la musa espartana, le suplicó que abandonara sus amados montes de Esparta y fuera allí, a celebrar en un solo canto a la diosa Atenea, reina de la Acrópolis, y a los protectores de Esparta, los Dioscuros, que chapotean en las aguas del Eurotas. Golpeando los pies al ritmo de la danza espartana, al grito repetido de "¡ea!", los coristas le aseguraron al estupefacto público ateniense que querían cantar a la Esparta amiga de los dioses, evocaron a las mozas que danzan como potrancas en las márgenes del Eurotas, levantando el polvo y agitando sus largos cabellos, y concluyeron con el canto espartano que se dirige directamente a la doncella, invitándola a atarse el kabello, a saltar sobre sus tobillosh como un ciervo, a batir los pies al ritmo en honor de la diosa. Sin embargo, mientras la canción espartana se dirigía a Artemisa, el coro terminó, con el más duro acento espartano que se pueda imaginar, en honor de la diosa de la Akrópolis, su diosa Asana.

Los arcanienses, es decir, los atenienses, perdieron definitivamente la cabeza. Aristófanes había corrido un buen riesgo: si hubiera cerrado con el coro ateniense, el triunfo habría estado asegurado. Pero al poeta le gustaban los riesgos. Cuando el coro espartano entonó la última canción, el público se quedó desconcertado durante un momento, preguntándose si no era demasiado; pero el ritmo de la canción era tal —¡de verdad que saben cantar y bailar esos benditos espartanos, esto no se puede

negar!—, que poco a poco envolvió a todos; y cuando los espartanos terminaron, invocando a Atenea, el teatro se vino abajo. Varios regresaron a su casa esa noche roncos de tanto gritar, y a la mañana siguiente los mozos de la limpieza vieron que muchas de las gradas de madera estaban arrancadas. Aristófanes, entre bambalinas, cerró los ojos y soltó un suspiro, el corazón le latía aceleradamente. Los actores y el coro se metieron todavía poseídos por la danza, riendo y hablando todos a la vez. Los dos concursantes que tenían que poner en escena sus comedias al día siguiente y aún al siguiente, sentados en la primera fila junto al sacerdote de Dioniso, se miraron y apretaron los dientes. Se sabe que el juicio del público es cambiante, mañana no pensará lo mismo que pensaba hoy, pero lo cierto es que…

Mientras la gente, excitada, evacuaba el teatro, un relámpago iluminó el horizonte.

—¡No irá a llover, eh! —dijo Trasilo.

—Será mejor que emprendamos rápido el camino —dijo Polemón.

Trasilo lo miró de soslayo.

—Y bien, ¿qué pasa? —preguntó Polemón

—¿Y si nos fuéramos a tomar algo? Esta noche las tabernas están abiertas hasta tarde.

Polemón dudó.

—Pero está a punto de llover.

—¡Justamente! Esperemos a que amaine.

—¡Pero podría llover toda la noche!

—Mira —dijo Trasilo—, yo no tengo ganas de regresar al campo esta noche. ¿De acuerdo? Soy un hombre de campo, vivir ahí es toda mi vida, lejos de la viña no me siento tranquilo, todas las veces que

la guerra nos ha obligado a abandonarlo me consumía la nostalgia, pero esta noche estamos aquí, en la ciudad, y yo tengo ganas de ir a tomar algo y escuchar lo que dice la gente de esta cosa que hemos visto.

—¿Cómo que esta cosa? —se acaloró enseguida Polemón—. ¡No me vas a decir que no te gustó!

—No lo sé —lo provocó Trasilo.

—Pero ¿estás bromeando? ¡Yo nunca he visto nada igual, nunca! Aunque sólo sea por esta historia de que las mujeres…

Trasilo lo interrumpió, maliciosamente.

—Mira, viejo, ¿qué me dices de continuar esta plática en la taberna? ¡Te digo que me dieron ganas de fingir que todavía somos jóvenes!

Polemón se rindió.

—¡Está bien! Pero las chicas se van a preocupar.

Trasilo levantó los hombros.

—Esta noche nos explicaron que tenemos que obedecer a nuestras esposas, pero de las hijas aún no han dicho nada, por los dioses.

Caían las primeras gotas de lluvia y la salida del teatro se transformó en una estampida general.

20

CRATIPO salió silbando de la habitación, vio a Glicera soltando patadas en el suelo y a sus amigos atándole las muñecas, y a Caris, aturdida, llorando acurrucada cerca del hogar.

—¡Oye, tú! Todavía no he terminado contigo —dijo—. ¡Ven acá!

Caris se le acercó, enjugándose las lágrimas.

—¡Voltéate!

El muchacho la aferró y la obligó a doblarse en dos.

—Me duele, no me lo vuelvas a hacer —imploró Caris.

—No, no, no te lo voy a volver a hacer, ahora haremos otra cosa, ya verás —dijo Cratipo. Los ojos le brillaban.

—¡Cimón! ¡Tienes un palo o alguna otra cosa?

—¿Un palo? —Cimón no entendía. Se distrajo un momento y bastó para que, con las manos amarradas, Glicera se zafara, se levantara, se le lanzara a Cratipo y lo arañara. Cratipo estaba todavía desnudo, saltó hacia atrás, gritando por la sorpresa, la rechazó con una patada y después se miró el pecho manchado de sangre.

—¡Por todos los dioses, ¿no puedes mantenerla quieta?! ¡Amárrale las piernas! —le ordenó.

Cimón aferró a Glicera, la aventó al suelo, se sentó sobre ella, la golpeó nuevamente en la boca, dos, tres veces, hasta que dejó de agitarse.

—¡Denme una correa!

Era un decir, porque no había ni una por ningún lado. Finalmente encontraron una. Cimón le amarró los tobillos.

—¡Todos morirán! —repitió nuevamente Glicera, loca de rabia y de dolor.

—¡Ya veremos! —rio sarcástico Cratipo—. ¡Entonces, un palo, un cucharón, una cuchara!

Se dirigió a la cocina, lo escucharon remover entre los trastes. Un plato se cayó y se rompió en mil pedazos.

—¡Ey! No me destruyas la casa, ¿luego quién va a aguantar a mi padre? —masculló Cimón.

—¡Lo encontré!

Cratipo reapareció con un mortero de madera en la mano.

—Esto es lo que necesitamos. ¡Tú, ven acá!

Caris, aterrorizada, hizo señas negativas y se pegó contra la pared.

—¡Sujétenla! —ordenó Cratipo. Cimón se volvió a buscar ayuda, pero Argiro, aturdido por el vino, se había acurrucado en el piso junto a Glicera; miraba con sonrisa maliciosa a la muchacha desnuda, y cada tanto la pellizcaba. Cimón levantó los hombros, tenía curiosidad por ver qué tenía en mente el amigo. Aferró a Caris de los cabellos y la arrastró hacia él.

—Por allá.

La volvieron a llevar a la habitación donde Cratipo la había violado.

—Tírate de nuevo sobre los cojines, como antes —le ordenó Cratipo. Caris forcejeaba, pero Cimón la obligó a agacharse.

—¡Listo! Ahora vas a ver —dijo Cratipo, abriéndole las nalgas y acercando el mortero.

Caris se puso a gritar.

—¿Qué pasa? Lastima un poco, pero se pasa rápido —dijo Cratipo.

—¡Ahí no, ahí no! —gritó Caris.

—¿Cómo ahí no? A los muchachitos se lo hacen, también tú lo puedes soportar.

—¿Qué le quieres hacer? —le preguntó Cimón, con avidez.

—Quiero ver si tiene lombrices en el culo. Mantenla bien firme.

Cimón lo observó con una sonrisa malévola.

—¿Y? ¿Por qué ríes? —le preguntó Cratipo, suspicaz.

—¡Por nada! —aseguró Cimón, pero mentía. Cratipo era el único de ellos que había estado con un hombre, cuando eran más chicos. A Cimón lo vigilaban muy estrechamente, si bien nunca le habían faltado los pretendientes; en cuanto a Argiro, era feíto y tenía mal aliento. El hombre de Cratipo era un amigo de su padre, iban al mismo gimnasio, un atleta, uno famoso que había competido en Olimpia. En algún momento el atleta se había enamorado del jovencito, estaba siempre ahí, viéndolo entrenar, todos los días le llevaba algún regalito. Al final Cratipo se había dejado besar y después había empezado a ir a verlo a su casa. El padre de Cratipo se reía de ello, y también Cratipo; mientras duró, se jactó de ello. Pasaba los días en el gimnasio, ejercitándose y viendo ejercitarse al amante, después desaparecían quién sabe dónde y pasaba toda la noche fuera. La relación había terminado un año antes, cuando había empezado a salirle la barba, y desde entonces ya no hablaba de esto con agrado. "Quién sabe qué se sentirá que te posea un hombre", pensó Cimón. Él, alguna vez, solo en su cama, de noche, lo había pensado, y su *phéos*, entonces, se endureció, no como cuando estaba cerca de una mujer.

—No entra, el maldito —se irritó Cimón. Le había escupido al mortero, pero no bastaba. Caris gritaba desesperadamente y forcejeaba.

—¿Dónde tienes el aceite?

—En la cocina, me parece.

Cratipo desapareció otra vez.

—¡Déjame ir, por favor! —le suplicó Caris.

Cimón le apretó las muñecas más fuerte.

—¡Ya te gustaría! —dijo, con odio.

Cratipo regresó, había untado el mortero de aceite.

—¡Ahora veremos!

Pero Caris apretaba tan fuerte que no se lograba forzar el paso.

—¡Vamos! —repetía Cratipo, febrilmente. Caris lanzaba patadas, con sus pequeños pies descalzos.

—¡No te muevas! —rugió Cratipo, fuera de sí, y con el mortero untado de aceite la golpeó con fuerza en la cabeza. Caris sólo lanzó un pequeño grito y se le cerraron los ojos.

—¿Quieres que te mate? —exclamó Cratipo. Después Cimón dejó ir a la muchacha. En cuanto sintió las manos libres, Caris se las llevó a la cabeza. Sangraba.

—¿Y bien? —dijo Cratipo, sorprendido.

—Yo digo que justamente ha llegado el momento de matarlas —dijo Cimón, pasándose la lengua por sus labios secos.

Cratipo dudó. Pero enseguida se dio cuenta de que no era propio de él, no podía dejar ver a los otros que estaba dudando. Tenía que actuar con seguridad.

—Tienes razón —dijo lentamente—. Pero tenemos que hacerlo todos juntos. Estamos unidos en esta empresa —rio maliciosamente Cimón.

—Es justo. Su sangre nos unirá. Voy a llamar a Argiro.

A Cimón le costó un poco levantar al otro muchacho y se lo llevó casi arrastrando y tambaleándose. Glicera, con manos y pies amarrados, medio sofocada e hinchada por los golpes, no reaccionó cuando la dejaron sola. Argiro entró a la habitación y vio a Caris

sentada sobre los cojines, atónita, con la sangre escurriéndole por el rostro.

—¿Qué le están haciendo? —balbuceó, señalando hacia la muchacha.

—La estamos matando. Tú sostenla —dijo Cratipo, y antes de que Caris comprendiera y empezara a forcejear, le dio otro golpe en la cabeza. Caris gritó y tembló, trató de levantarse, pero Cratipo la asió con fuerza, dejando caer el mortero.

—Ahora tú.

Cimón recogió el mortero y golpeó. Le pareció que había golpeado muy fuerte, pero debía de ser sólo una impresión, y el mortero era pequeño, porque Caris pudo gritar y soltarse. Su rostro ahora era una máscara de sangre.

—¡Te toca a ti!

También Argiro la golpeó en la cabeza, aunque sin convicción. Caris seguía berreando.

—Ésta no se muere —dijo jadeante Cratipo, que le costaba mantenerla quieta—. Es mejor ahogarla.

—En la cocina está el jarrón de agua —dijo Cimón.

—Va, arrastrémosla hacia allá.

En ese momento escucharon la lluvia repicando sobre las tejas.

—Se soltó la lluvia. No me lo parecía —dijo Cratipo, con indiferencia.

—Así cuando terminemos podemos salir a limpiarnos —festejó Cimón.

21

CUBRIÉNDOSE la cabeza con sus mantos, Critias, Eutidemo y Eubulo salieron del teatro. Los esclavos que los habían esperado afuera tomaron los cojines e intentaron encender las teas, pero la lluvia era copiosa como para lograrlo.

—Escuchen, hombres, vengan a mi casa, está aquí cerca, nos tomamos algo y esperamos a que pase la lluvia —propuso Eutidemo.

Las calles estaban abarrotadas de gente que regresaba a sus casas maldiciendo la lluvia, muchos con las sandalias en la mano para que no se les estropearan.

—De verdad que hay chusma en esta ciudad. ¡Dejen pasar! —despotricaba Eutidemo. Pero la mayoría no lo escuchaba, e incluso algunos le respondían con malas palabras.

—¡Dejen pasar, dejen pasar! —repetían los esclavos.

—¡Tú, a tu lugar! —se rebeló alguno con rudeza.

—¡Tú al tuyo! —le contestó Eutidemo.

—¿Y qué, si no?

—Vamos, déjalo —le dijo Polemón a Trasilo, pues era éste quien se había rebelado.

—¡Absolutamente no!, ¿bromeas? ¡¿Quiénes se creen que son?!

—Mira, ente, quítate del camino y deja pasar —repitió Eutidemo.

—Pero ¿qué pasa, ahora impera la tiranía en la ciudad? Gente, ¿ustedes dejan que un hombre libre sea tratado así? —protestó Trasilo. Alguien que pasaba de prisa se detuvo, otros se

aproximaron. Eutidemo, enfurecido, miró a su alrededor, en medio de la oscuridad, la lluvia le escurría por el cuello; sus esclavos, viendo venir los golpes, habían dado un paso atrás. Critias suspiró: "Pero ¿por qué siempre hay que meterse en estas situaciones? ¡Cada cosa a su tiempo! El problema es que no habría que juntarse con los imbéciles…".

—Calma, no pasa nada—dijo.

—Por supuesto, nada —también confirmó Eubulo, categórico. "¡Sólo nos falta que nos maten en plena calle!"

Todos retomaron su camino, refunfuñando. La lluvia, que había amainado durante un momento, se volvió a soltar más tupida.

—Pero ¿no había una taberna en esta calle? —preguntó Polemón después de un rato de estar paseando.

—Según yo está doblando la esquina —dijo Trasilo, esperanzado —. ¡Ahí está!

Pasaron bajo una techumbre de madera que daba a la calle, y descendiendo algunos escalones entraron a un local lleno de gente.

—¡Qué gusto! —suspiró Trasilo, complacido, en cuanto tuvieron la copa en la mano, olfateando el vapor que emanaba del vino caliente. En el fuego se asaban los garbanzos, se tostaban las castañas, con sólo abrirse paso entre la muchedumbre podía uno servirse.

—¿Entonces, a ti te gustó?

—Mucho —dijo Polemón.

—Pero ¿no oíste cuántas estupideces? ¡Que las mujeres podrían gobernar, y la lana, y el aceite!

Polemón se echó a reír.

—¿Por qué?, ¿te molesta?

—¡Por supuesto! Él dice: ¡las mujeres! ¡Pero las mujeres sólo son buenas para maquillarse la cara, para dilapidar lo que uno gana con

mucho trabajo! Y ahí, en cambio, dicen: "¡Nosotras, querido esposo, sabemos mucho más que tú!". ¡Vamos, hombre!

—¿Sabes? —dijo Polemón pausadamente—, uno de los motivos por los que me gustó es porque me ha hecho pensar una cosa que nunca había pensado.

—¿Qué? ¡No, espera, me lo dices después!

Entre la multitud de los presentes se había abierto un hueco, Trasilo se coló distraídamente, llegó al hogar y tomó un puñado de garbanzos.

—¡Uy, queman! ¿Y entonces?

—Entonces, he pensado que nosotros, cuando estamos así entre hombres, bebiendo, muchas veces hablamos de las mujeres y decimos justamente lo que tú acabas de decir ahora: que no saben mantener la boca cerrada, y que no hables de tus asuntos con tu esposa si no quieres que mañana los sepa toda la ciudad, y que lloran por nada, y que sólo son buenas en la cama y para cardar la lana.

—Claro. ¿Y entonces?

—Y entonces —se animó Polemón— he pensado que cuando están entre ellas, sin hombres, en sus habitaciones, también las mujeres hablan de nosotros, ¡y trata de imaginar lo que dirán!

—Pero qué quieres que digan, parlotean como cotorras, ni ellas saben lo que dicen—cortó en seco Trasilo.

—¡Está bien, como quieras! —sonrió Polemón—. Pero hay otra cosa en la que he pensado, y es que respecto a la paz tal vez tengan razón. ¿Por qué no podemos firmarla?

A Trasilo se le atoró el vino.

—¡Ahí está el punto! ¡Menos mal que me has hecho pensar en ello! Sólo esto nos faltaba, que la gente se deje tomar el pelo de este modo porque se rio y se conmovió durante la comedia, y acaso

mañana en la asamblea, ¡alguien propondrá hacer la paz realmente! Pero nosotros hemos enfrentado a los espartanos de verdad, no a esos con máscaras de papel maché, ¡sino a los auténticos!

—¿Y no hubiera sido mejor que no los enfrentáramos? —dijo despacio Polemón.

Trasilo dudó, pero esto lo superaba y no podía ceder.

—Los que quieren la paz sólo son traidores, enemigos del pueblo. Yo así lo veo.

Uno que bebía ahí cerca con sus amigos intervino.

—¡Cuidado con las palabras!

—¿Por qué? —respondió Trasilo.

—¡Tranquilízate, amigo, no te sulfures! Sólo digo que no es verdad que la paz sólo la quieran los traidores. Mírame a mí. Yo soy de Decelia, no veo mi casa desde hace dos años, ahí están metidos ahora los espartanos.

—¡Justamente! —se obstinó Trasilo—. ¿Y con ésos quieres hacer la paz?

El otro se encogió de hombros.

—No sé. En la asamblea escucho a los dirigentes del partido repetir todos los días que no se puede firmar la paz, que sólo les beneficiaría a los poderosos, y que le pondría la soga al pueblo. Tal vez sea así. Pero muchas veces pienso en cuán hermoso sería poder regresar a casa, volver a tomar la azada, ver la higuera que planté de joven.

—De la higuera ya te puedes despedir, ésa ya la habrán cortado —gruñó Trasilo.

—No hago vino desde hace dos años, ya no voy a los arándanos —prosiguió el otro, sin escucharlo, se notaba que ya había bebido bastante—. ¡Dormir la siesta por la tarde, cerca del pozo, con las avispas zumbando en el emparrado!

—¿Y porque extrañas tu emparrado tú quieres traicionar a la ciudad? —se ensañó Trasilo.

—¡Pero qué traición! ¡Cuidado con las palabras! ¡Ya hemos escuchado demasiadas palabras desde que fuimos expulsados de la ciudad! Y las creímos. "Nosotros pensamos sólo en ustedes", se nos decía en la asamblea. ¡Sí, seguro! No nos dimos cuenta de nada, seguíamos a los que sabían hablar bien, y mientras tanto ¡habíamos perdido todo! Nos vendieron y nos compraron, y nosotros siempre votando a favor. Nos bebimos todo, y nos alcanzó el hambre, y aquéllos, en cambio, ¡se enriquecieron!

Trasilo estaba a punto de perder la paciencia, pero Polemón lo contuvo.

—Esta noche yo también he pensado que se podría hablar de paz sin llamar inmediatamente a la traición.

Trasilo negó con la cabeza, insatisfecho, y quiso beber un poco, pero la taza estaba vacía. Miró su regazo, los garbanzos se habían acabado.

—Voy a reabastecer —dijo y se fue.

—Como sea, este Aristófanes es muy esforzado —continuó el de Decelia—. ¡Y cómo canta claras las cosas!

—¡Pero es difícil, no se le entiende nada! —objetó otro.

Polemón reflexionaba.

—También yo lo encontré difícil en ciertas partes. Pero, disculpen, ¿no es preferible a esas comedias en las que todos se tiran pedos y se atizan sólo para hacernos reír? ¿Cuántas veces lo hemos visto? El esclavo que escapa y el amo detrás de él con el palo, y luego en la escena siguiente otro esclavo que se burla de él por los latigazos que se ganó.

—Ah, pero ¿siguen hablando de Aristófanes? —se entrometió Trasilo, que venía regresando con el vino—. Lo siento, pero no me

harán cambiar de idea. Aristófanes sólo les lame los pies a los poderosos.

—¡Vamos! —se rebeló Polemón—. No es verdad, y te lo demuestro. ¿Cuántas veces en las comedias se burlan de los pobres, cuántos chistes has oído sobre sus harapos, y sus piojos, y sobre que son unos muertos de hambre? Hasta a Heracles lo presentan como un muerto de hambre, un comemigajas, para provocar la risa. Pero Aristófanes jamás lo ha hecho. Se burla, al contrario, de los líderes del partido, ¿y no son también ellos de los poderosos?

—Yo digo que va a ganar —dijo el de Decelia, que seguía tomando—. Ya quisiera yo ver que no ganara. Los jueces deben tener cuidado.

Polemón se encogió los hombros.

—Hay que ver mañana y pasado mañana qué ponen en escena. También los competidores son fuertes.

El de Decelia se molestó.

—¡Pero qué competidores! ¡Muy chiquitos, cacas de cabra! ¡Yo digo que tiene que ganar Aristófanes, y que se tiene que firmar la paz!

—¡Claro, y así los caballeros invitarán de verdad a los espartanos a darse un banquete en la Acrópolis! ¡Y adiós democracia! —se enfureció Trasilo.

Polemón reflexionaba.

—¿Sabes?, también pensaba en esto. Que si esta guerra se prolonga demasiado seremos nosotros los que saldremos perdiendo. La gente es cada vez más pobre y está más cansada. Y entonces llegarán, no las mujeres, sino los caballeros, como tú dices, tal vez a ocupar la Acrópolis, y la gente ya no tendrá la fuerza para resistir.

—¿Como los viejos? —comprendió Trasilo.

—Como los viejos —afirmó Polemón—. Si no regresamos a nuestros jóvenes a casa, entonces sí que la democracia está en riesgo. ¿Quién la defiende ahora, nuestras hijas? ¿Las viejas? Ésas son cosas que funcionan sólo en la comedia.

22

CUANDO empezaron a caer las gotas, Atheas se fastidió. Había visto algunos relámpagos iluminar el horizonte, había pensado que llovía sobre el mar, pero luego el viento se había hecho helado y de pronto estaba lloviendo. Atheas servía en la policía desde hacía una vida, estaba acostumbrado a obedecer órdenes, a estar quieto durante noches enteras sin conocer el motivo, incluso bajo la lluvia si era necesario; había hecho carrera, le daba órdenes a los demás, pero después de todo seguía siendo un esclavo público, tenía que obedecer y no preguntar por qué. Pero cuando trabajaba por su cuenta era otra cosa. Gruñendo se levantó, salió al aire libre y la lluvia lo embistió de lleno, filtrándose entre las ramas de los olivos. No tenía sentido estar ahí. "Podría incluso ir a esperar al cliente a su casa —pensó—. ¡Tal vez hasta me abre la muchacha!" Contento con la idea salió al camino y en pocos pasos alcanzó la casa de Trasilo.

El perro encadenado se despertó gruñendo, se levantó y empezó a ladrar rabiosamente. Atheas esperó, pero de la casa no llegaban señales de vida. Estaba todo cerrado, atrancado y silencioso, evidentemente, la muchacha se había ido a dormir. Del techo no salía humo, como cuando se cubren las brasas. Atheas evaluó la posibilidad de tocar a la puerta, como un transeúnte sorprendido por el temporal, pero ¿y si la muchacha se ponía a gritar? La lluvia caía cada vez más densa, un verdadero torrente, como esos temporales estivos. El perro ladraba con furia, con el pelo erizado, y sacudía la cadena. "Qué situación de mierda", pensó el hombre,

insatisfecho. Estaba empapado y empezaba a tener frío, y hambre. Despotricó sabrosamente en su lengua. Los dialectos escitas eran ricos en blasfemias dirigidas a todos los dioses, a los suyos y a los de los otros pueblos. Después pensó que había una sola manera de resguardarse y secarse: ir a casa del hombre que lo había contratado. Allí no tendría que dar explicaciones, los sirvientes lo conocían. De cualquier modo, mientras siguiera lloviendo así su blanco no emprendería el camino a casa. "En cuanto deje de llover regreso", decidió, y se apuró a través de los olivos hacia la casa de Eubulo.

Allí, alabados sean los dioses, había luz, y voces, y del agujero en el techo salía humo. Atheas se acercó al portón, estaba a punto de llamar cuando la lluvia duplicó su intensidad y, apoyándose en la puerta para resguardarse, se dio cuenta de que sólo estaba emparejada. Sin pensárselo dos veces entró, atravesó el patio azotado por la lluvia y se dirigió hacia la luz del hogar, donde se escuchaban voces masculinas. Sólo entonces llamó.

—¡Hola, muchachos! ¡De casa!

Sin embargo, nadie debió escucharlo porque las voces exaltadas continuaban, aunque después otro grito, esta vez de mujer, pero inhumano, las ahogó. Duró un instante, después se interrumpió de golpe. Atheas advirtió el peligro, pero estaba preocupado sobre todo por huir de la lluvia, y era un hombre gordo que hacía ruido. Se asomó a la cocina y ahí, a la luz del fuego, se quedó con la boca abierta. Un muchacho desnudo y otro vestido, empapados de agua y manchados de sangre, sujetaban a la fuerza dentro de una tinaja la cabeza de una jovencita desnuda que pataleaba convulsamente. Viendo al extraño materializarse de repente en la casa, Cratipo y Cimón se sobresaltaron. Caris sacó la cabeza del agua e instantáneamente retomó su grito desesperado. Atheas dio un paso adelante y se llevó la mano al cuchillo. Otro muchacho, al que no

había advertido, le saltó encima gritando. Atheas tropezó y cayó, arrastrando consigo al agresor. Puesto que era un hombre entrenado, antes de golpear la espalda contra el suelo ya había sacado el cuchillo y lo había hundido en el vientre del joven. Argiro aulló lastimosamente, se encontró encima del hombre y trató de levantarse, pero el cuchillo se movió en su panza, y sangre y vísceras se desparramaron. Los otros dos muchachos se lanzaron sobre Atheas, tirándole de patadas en la cabeza. Cratipo era el más lúcido, buscó en torno suyo, vio el cuchillo de Argiro, que había caído en el piso, y se agachó para recogerlo. Con un esfuerzo, Atheas extrajo su cuchillo del vientre de Argiro y lo agitó en el aire. Cratipo se lo hundió en la garganta, mientras se cubría de su mandoble con la izquierda; el cuchillo del escita le cortó limpiamente tres dedos. Cratipo gritó y saltó hacia atrás salpicando sangre por todas partes, mientras Atheas, con el cuchillo enterrado en la garganta, agonizaba sofocado por su sangre. Cimón todavía lo molió a patadas, frenéticamente, sin poder detenerse; después se detuvo, jadeante. Fascinado, lo miró morir, y sólo entonces se recompuso y miró a su alrededor.

Destripándose en el piso, también Argiro estaba muriendo. Cratipo, pálido como un muerto, había sumergido la mano mutilada en el agua y la sacaba cada pocos segundos, la miraba, y luego volvía a meterla reprimiendo un amago de vómito. De las dos muchachas ya no quedaba ni rastro. Su mirada regresó al intruso agarrotado en el suelo, en un charco de sangre. Cimón se agachó para comprobar que estuviera realmente muerto, y sólo entonces le vio los ojos. Retrocedió con un gesto de horror, mientras un miedo supersticioso le revolvía las tripas. Sólo un demonio aparece de noche en las casas de los humanos, con un ojo diferente al otro.

—Cratipo —murmuró Cimón.

El otro no respondió.

—Cratipo —dijo Cimón más fuerte.

—¿Qué pasa? ¡Mira lo que me ha hecho! —se quejó Cratipo, estridente.

—Ven a ver.

En la voz de Cimón había algo tan aterrador que Cratipo fue hacia él. Se agachó sobre el cadáver y sintió que se le enchinó la piel.

—Un demonio… —susurró

Los jóvenes se miraron. Ese demonio sin nombre que había venido a morir ahí los aterrorizaba.

—¿Qué hacemos? —preguntó Cimón.

—No sé… ¡Espera! Primero que nada, véndame la mano. —Se recuperó Cratipo.

Le enseñó la mano. También Cimón tuvo una arcada, pero como él había bebido toda la noche no pudo reprimir el vómito. Lo hizo de hinojos, entre la sangre, sobre el cadáver del desconocido.

—Véndame —repitió Cratipo cuando el otro acabó de vomitar.

Encontraron un lienzo limpio y Cimón lo vendó. Fueron a mirar a Argiro, pero era evidente que estaba muerto.

—¡Las muertas de hambre!

Se habían olvidado de ellas. Se pusieron a buscarlas por toda la casa. Las encontraron en un rincón, Caris estaba tratando de desatar la cuerda que amarraba las muñecas de Glicera, pero temblaba tanto que no lo conseguía. Con gritos de triunfo se pusieron a patearlas.

—¡Asquerosas!, ¿querían escapar?

Cratipo y Cimón se miraron.

—Hay que matarlas de inmediato.

Los dos pensaron en el cuchillo, pero ninguno de los dos se sentía capaz. Guardaron silencio para no tener que confesárselo.

—Estrangulémoslas —propuso Cimón finalmente.

—Sí, y empecemos por ésta —asintió Cratipo señalando a Caris.

Buscaron un buen rato para encontrar una cuerda. Después pusieron la cuerda alrededor del cuello de Caris, golpeándola cuando trataba de resistirse. Cimón empezó a arrastrarla de un lado a otro; Cratipo, con una sola mano, no podía ayudarlo. Cimón la arrastró por el piso, pero Caris se zafaba, había conseguido deslizar dos dedos entre la cuerda y la garganta y con dificultad respiraba. Cimón, extenuado, se detuvo.

—No se muere la maldita.

—Era mejor ahogarla —reconoció Cratipo.

Otra vez le dieron de patadas a Glicera y luego arrastraron a Caris a la cocina. Sin embargo, vieron que allí había rodado al suelo la tinaja y se había vaciado.

—¡El estanque! —sugirió Cimón. Cratipo lo miró inquisitivo.

—Detrás de la caballeriza. Donde beben los caballos.

—Perfecto —reconoció Cratipo.

Cimón se arrepintió de haberlo dicho en el mismo momento en que el otro asentía. Desde niño el estanque siempre le había dado miedo; era un lugar siniestro, aislado, y el agua estaba negra. Desde que había aprendido a caminar le habían repetido que no se acercara, que el cieno se lo podía tragar, y para infundirle más miedo le contaban que ahí, en esa agua turbia, vivían los demonios, y en las noches de luna venía Empusa a saciar su sed, a limpiarse los colmillos de la sangre de los niños que había devorado. No habían pasado muchos años desde que todavía creía en eso. Ahora ya no se lo creía y, sin embargo, ¿de dónde había salido ese demonio que ahora yacía muerto sobre el piso? Cimón deseó no haber dicho nada. Pero Cratipo, que ya se había adueñado de la idea, lo instigaba.

—Vamos, arrástrala.

Cimón se mordió los labios y empezó a arrastrar a la joven hacia la caballeriza. Caris, extenuada, soltaba patadas cada vez más débilmente.

23

¡Lo soñé otra vez! Andrómaca se despertó sobresaltada, con un gemido de terror, y se enderezó para sentarse en el petate. Había pasado un tiempo sin tener ese sueño, pero ahora sucedía otra vez: la playa en las afueras de la ciudad, bajo el sol abrasador, las largas filas de hombres vendados y encadenados, cadavéricos por el hambre, los empujaban hacia adelante y luego los tiraban sobre las rodillas, y otros hombres los esperaban con los cuchillos ensangrentados. Sólo que en el sueño todo sucedía en silencio, sin gritos, sin quejas, sin insultos, sin el sonido del oleaje, y era todavía más espantoso.

—¡Andrómaca! ¿Soñaste?

Moca se había aproximado, hablaba despacio. Andrómaca soltó el aire, miró a su alrededor. En la habitación donde dormían las esclavas, sobre un piso cubierto de esterillas, no había nadie fuera de ellas dos.

—Soñé. Disculpa, te desperté.

—¡No estaba durmiendo! Se acaba de poner el sol. Más bien me pregunto cómo es que tú ya estabas durmiendo. ¿Te sientes mal?

En lugar de responder, Andrómaca abrió grandes los ojos.

—¿Dormí hasta esta hora? ¿Ya regresó el amo? —preguntó, asustada.

—Tranquila, no hay nadie —la tranquilizó Moca—. Entonces, ¿tuviste una pesadilla?

Andrómaca levantó los hombros.

—De vez en cuando me pasa.

Moca la miró, en la penumbra sus ojos brillaban como los de una gata.

—¿Soñaste *aquello*?

Andrómaca asintió.

—Hablabas. ¡Pero con un acento extraño!

A su pesar, Andrómaca sonrió.

—Cuando estoy despierta trato de hablar como todos los demás, aquí. Al parecer en mis sueños regreso *allá*…

—¿Allá hablaban así? —se interesó Moca.

—Nuestros antepasados eran espartanos, hace mucho tiempo. Vinieron a la isla y fundaron la ciudad. Al menos esto es lo que me ha contado mi padre.

—¿Y es por eso que los atenienses los mataron a todos?

Andrómaca se encogió de hombros.

—No sé. Es la guerra.

Moca guardó silencio, cavilando.

—Pero ¿mataron realmente a todos?

Andrómaca suspiró.

—Algunos estaban lejos. De viaje de negocios. He oído decir que se fueron todos a Esparta, y allí los espartanos les dieron una nueva ciudad, en alguna parte de su país. Muy chiquita —concluyó, con un hilo de voz.

Luego le vino un pensamiento repentino.

—Pero ¿tú qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la casa de campo?

Moca levantó los hombros.

—Vino Cimón y nos echó a las tres, a mí y a los mozos de cuadra. Nos dijo que no volviéramos hasta que no regresara él a la ciudad.

Andrómaca estaba asombrada.

—¿Y no te dijo por qué?

—Los amos mandan, tú también lo sabes.

—Me gustaría saber qué quiere hacer ahí solo esta noche —murmuró Andrómaca.

En ese momento un trueno rasgó el silencio, y las gotas empezaron a repiquetear sobre las tejas.

—¿Está lloviendo?

—Parece que sí.

Andrómaca se levantó de un salto, inquieta.

—¿Faltará mucho para el alba?

—¡Pero cuál alba, si te he dicho que apenas entró la noche! —dijo Moca, sorprendida.

Andrómaca ni siquiera la escuchaba. Se sentía extrañamente exaltada. El sueño recién interrumpido le regresaba a la mente muy vivo, y ahora se daba cuenta de que, después de todo, no había sido sólo una pesadilla. Sí, al final se había convertido en una, pero primero había soñado a la diosa, la protectora de Melos, quien la llamaba. Cuán extraños son los sueños, se olvidan enseguida, si no se cuentan a alguien se disuelven como polvo; y sin embargo en esta ocasión le estaba regresando el inicio del sueño a la mente, cuando ya casi lo había olvidado. La diosa, blanca, inmensa, que la llamaba…

—Yo quiero ir a ver qué hace ése —dijo, buscando sus sandalias y empezando a abrochárselas.

—Pero ¿te has vuelto loca? —dijo Moca.

—¡Tal vez!

Y de verdad sentía algo inexplicable dentro, una agitación feliz, como si la diosa hubiera entrado en su interior y le ordenara moverse.

—Pero ¿cómo le harás para salir?

—Sé dónde tiene las llaves el amo —dijo Andrómaca, sonrojándose, pero en la oscuridad Moca no lo notó.

—¡Eso, precisamente, el amo! ¿Qué va a decir?

—¡El amo! —dijo lentamente Andrómaca, con desprecio—. ¿Qué quieres que él haga? ¿Que me mate? ¡Pues está bien! Es mejor morir que vivir así. Los muertos ya no sufren.

—¡No digas necedades! ¡Pórtate bien, vuélvete a dormir! —se inquietó Moca—. ¿Qué mosca te picó esta noche?

—No lo sé —sonrió Andrómaca—. ¡Pero tal vez yo también soy una mosca! Y si la diosa existe…

—¡Qué diosa! ¡Tú aún te crees que nosotros le importamos algo a los dioses! Los hemos invocado tantas veces y nunca nos han escuchado.

Andrómaca la miró con fijeza.

—¡Conque tú también, eh!

—Por supuesto —dijo Moca—. Yo no nací aquí, ¿sabes?

—Ya. Perdóname. Dime entonces, ¿quieres venir tú también?

Moca negó con la cabeza con rapidez.

—¡Oh, yo no! ¡No tengo ganas de provocar que me azoten! Es mejor que me quede aquí, así puedo curarte cuando el amo te haga azotar a ti.

Andrómaca rio.

—¡El amo! Te lo he dicho, si la diosa existe, más le hubiera valido haber muerto el día que me compró.

Moca sacudió la cabeza sin entender.

—Pero ¿de qué diosa hablas? ¿Tal vez Atenea?

Andrómaca escupió con desprecio.

—No ella. Nuestra diosa de Melos. Antes la soñé. Ella es la que me está llamando.

Moca suspiró.

—Realmente te has vuelto loca. Al menos sal despacio, que no te oigan. Y trata de regresar mañana antes del amanecer.

Andrómaca se escurrió hacia afuera. Moca se quedó un rato aguzando el oído, pero no escuchó nada. La casa estaba vacía, el amo en el teatro, el amo joven en la casa de campo, los esclavos que se habían quedado en la casa a esa hora dormían todos. En determinado momento le pareció escuchar que la puerta rechinaba, pero era sólo porque se lo estaba esperando, de otro modo no habría oído nada.

Inquieta, decidió tratar de dormir un poco también ella. Pero en su cabeza seguían arremolinándose los pensamientos. Se imaginó a Andrómaca saliendo de la ciudad, engañando a los centinelas con algún pretexto. Imaginó a Cimón y sus amigos solos en la gran casa desierta. Claro, ¿qué querrían hacer? Por supuesto algo feo. Moca, como todos los esclavos en esa casa, le tenía miedo a Cimón, y lo odiaba. Sin embargo, ella no se limitaba a odiarlo. Los otros no habrían osado jamás hacer algo, a lo más, escupir en el agua que le llevaban por la mañana para lavarse. Pero Moca era tracia y en su país se conocían otras cosas, cosas que los griegos apenas si sospechaban; intentaban hacerlas también ellos, pero en comparación con los tracios eran como niños. Moca abrió ligeramente el dobladillo descosido de la funda de su almohada, rebuscó dentro, sacó un objeto envuelto en gasas. Era un muñequito de arcilla, un hombrecito de hinojos con un minúsculo falo todo envuelto con nudos de cuerda, y en el lugar de la cabeza un cráneo de conejo. El hombrecito-conejo estaba todo atravesado por alfileres. Moca comprobó que el cabello de Cimón que le había pegado a la calavera aún estuviera en su lugar, después buscó uno de los prendedores que se había quitado del cabello antes de acostarse y con una sonrisa malvada empezó a punzar al muñeco. “Cimón”,

pensó. “Si la chiflada de Andrómaca llega ahí, y él la descubre, terminará mal para ella.” En la penumbra, Moca titubeó. Hasta ahora se había contenido, pero tal vez había llegado el momento de no contenerse más. Empujó la punta del pasador con más fuerza y traspasó la cabeza del muñeco. El alfiler era demasiado grande, el hueso se quebró con un ruido seco. Moca, fascinada y a la vez horrorizada, vio una de las dos pequeñas mandíbulas moverse de manera imperceptible, como para morder el aire. Mirando con fijeza las órbitas vacías del conejo repitió en voz baja una de las fórmulas que conocía. No estaba segura del efecto que tendría, pero sabía que algo estaba por ocurrir, y a Cimón no le gustaría.

Andrómaca caminaba con rapidez en la oscuridad. Salir por la puerta no había sido un problema, en los días de fiesta mucha gente del campo regresaba de la ciudad a altas horas. El camino estaba lleno de charcos después del temporal; Andrómaca se había quitado las sandalias y andaba descalza. En otras circunstancias habría tenido miedo de caminar sola en la noche, fuera de la muralla, pero la exaltación con la que se había despertado después de soñar a la diosa todavía no se disipaba. No le pasó por la cabeza que podría tener malos encuentros y tampoco se preocupaba de lo que le diría a Eubulo, mañana, para justificar su escapada. Caminaba envolviéndose en el manto para protegerse del frío y pensaba con odio en el hijo del amo; no tenía idea de lo que estaría haciendo ni por qué habría echado de la casa a Moca, pero casi la asfixiaban las ganas de estar ahí para verlo. En el cielo, las nubes empezaron a abrirse y asomó una luna amarilla, casi llena. Andrómaca pasó frente al lugar en el que Atheas había estado acechando hasta que se desató el temporal, y se adentró en el olivar. La casa de Eubulo se le apareció bajo la luz de la luna, con las tejas del techo aún relucientes

por la lluvia. Se preparó para rodear la casa, para entrar por el lado de las caballerizas, donde estaba segura de que encontraría un pasaje, pero por algún escrúpulo hizo el intento de usar el portón, que encontró sólo emparejado. Aguzó el oído, no había ruidos en la casa, pero los caballos en la cuadra coceaban inquietos. Con el corazón en la garganta, se dio cuenta de que ahí estaba realmente ocurriendo algo extraño. Empujó el portón y entró.

En la estancia del hogar, la estatua de Zeus Cario proyectaba su sombra sobre un piso inundado de sangre. A mitad de la entrada, una marioneta desplomada, y un poco más allá otro cuerpo, los dos con la ropa cubierta de manchas oscuras. Andrómaca se detuvo, mordiéndose los labios, luego se agachó sobre el primer cuerpo, lo volteó. Era un desconocido, con un cuchillo clavado en la garganta. A la poca luz del hogar no notó que tenía dos ojos distintos. Dudó un instante, después tomó el cuchillo por el puño, con dificultad lo extrajo, tan clavado estaba. Se levantó, inspeccionó el otro cadáver, en el que reconoció a uno de los amigos de Cimón. Se limpió en la túnica de Argiro las manos sucias de sangre y volvió a parar la oreja. En la caballeriza un caballo relinchó. Andrómaca, todavía descalza, se dirigió hacia esa parte.

Fuera, detrás de la cuadra, Cimón y Cratipo arrastraban a Caris hacia el estanque. La cuerda amarrada alrededor del cuello la sofocaba, y ya no tenía fuerza en las manos para aflojarla. Caris, lívida, con la lengua de fuera, aún lanzaba patadas, pero cada vez más espaciadas. Salieron de la casa y la arrastraron por el lodo, tropezando e insultando. El estanque, negro e inmóvil, esperaba. Habían casi llegado cuando Cratipo se resbaló sobre una roca mojada y cayó, golpeándose la mano mutilada. Rugió de dolor y de rabia, se levantó, se miró el muñón vendado, que había vuelto a empezar a sangrar, y le dieron ganas de vomitar.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Sólo mírame! ¡Estoy a punto de morir! —susurró Cratipo, aterrorizado.

—Ahora te vuelvo a vendar. Pero antes terminemos con ésta —dijo Cimón, secamente. Por alguna extraña razón él también susurraba, como si las divinidades del agua pudieran escucharlos. Pero era Cratipo el que ya no escuchaba.

—No, no, yo me tengo que ir a casa. ¡Me estoy muriendo!

Pálido de miedo y dolor, Cratipo abandonó todo y corrió hasta la casa. Cimón maldijo, luego miró a Caris, que estaba tratando de aflojar el cabo con los dedos, le soltó una patada y volvió a arrastrarla hacia el agua cenagosa.

Cratipo corrió dentro de la casa y se guio a tientas en la oscuridad, después vio a lo lejos el resplandor del hogar y se dirigió hacia esa parte, bramando cosas sin sentido. De repente Andrómaca se lo encontró de frente, y aun antes de ver quién era estiró el cuchillo hacia adelante. Cratipo se le desplomó encima y se clavó el cuchillo en el vientre hasta la empuñadura, después rodó por el suelo, arrancándole el cuchillo de la mano a Andrómaca. Allá afuera, su grito le heló la sangre a Cimón. Había llegado al borde del estanque y estaba a punto de meter la cabeza de Caris al agua, pero se detuvo de golpe. La luna llena, libre de nubes, brillaba sobre la superficie negra del estanque. En la casa, Andrómaca se agachó fríamente sobre Cratipo, le arrancó el cuchillo del vientre y le cortó la garganta; luego, bañada en sangre, atravesó la caballeriza, donde los caballos, asustados, coceaban y relinchaban, y corrió hacia fuera. A la luz de la luna, Cimón vio una figura cubierta de sangre que corría hacia él extendiendo hacia adelante lo que le pareció una garra monstruosa. En un instante, todos los miedos de cuando era niño lo invadieron.

—¡Empusa! —gritó, y resbalándose cayó de rodillas sobre el estanque. El monstruo se le echó encima, lo atravesó, luego, con todo su peso, lo empujó al agua helada. Cimón luchaba y gritaba, mientras su sangre chorreaba hacia el estanque. Andrómaca soltó el cuchillo, lo tomó del cuello y lo mantuvo bajo la superficie. Cimón tragó agua, después, con sus últimas fuerzas, logró soltarse y sacar la cara. A la luz de la luna, se dio cuenta de que el monstruo tenía un rostro conocido.

—¡Andrómaca! —tartamudeó, medio sofocado. La mujer rechinó los dientes con odio.

—Yo no me llamo Andrómaca —susurró—. ¡Yo soy Aglaia, hija de Calicrátidas, de Melos!

Le dio un fuerte cabezazo que le deshizo la nariz, luego lo volvió a hundir y lo mantuvo bajo el agua con todo el peso de su cuerpo, pataleando y resoplando, hasta que el cuerpo bajo ella dejo de forcejear y se transformó él también en un muñeco de trapo, como los otros.

Resoplando, Andrómaca se levantó, empapada, y sólo entonces se dio cuenta de que ahí al lado, con la nuca en el agua, había una muchacha desnuda, con el rostro cubierto de sangre y lodo, que trataba sin aliento de aflojar la soga que le estrujaba el cuello.

—¡Espera!

La soga no cedía, la muchacha tenía los ojos vidriosos. Con desesperación, Andrómaca volvió a meter las manos al agua, encontró el cuchillo, cortó la cuerda. Caris inhaló aire frenéticamente, tosió, escupió agua. Mientras le mantenía la cabeza levantada, Andrómaca se dio cuenta de que estaba helada.

—Ven adentro, que aquí te vas a morir. ¿Puedes caminar? Pero la muchacha no podía ni responder. Andrómaca la tomó bajo las axilas y con un esfuerzo la arrastró hacia la casa.

Cuando llegaron al hogar empezó a frotarla. Caris se quejaba apenas con un hilo de voz. Andrómaca le palpó todo el cuerpo, vio que aparte de las heridas en la cabeza no había otras heridas profundas, sólo moretones y cortes superficiales. Buscó una manta, la encontró en la estancia de al lado, la cubrió.

—Ánimo, ya pasó todo, ya estás bien —le susurraba.

Caris tosió más fuerte, vomitó restos de agua, después se irguió para sentarse, con los ojos cerrados.

—¡Glicera!

Andrómaca la miró sin comprender.

—¡Glicera! —repitió Caris, con un hilo de voz—. ¡Mi amiga! Está aquí por alguna parte.

Andrómaca se estremeció. A ésta la había salvado, pero parecía imposible encontrar a otra muchacha todavía viva, en esa casa llena de muertos. Se preparó para lo peor.

—Espera, ahora la busco.

Pero en cuanto uno se alejaba del hogar la oscuridad era total; la luna había desaparecido otra vez detrás de las nubes. Andrómaca encontró la antorcha que Cimón había usado algunas horas antes con Glicera, la encendió, empezó a registrar la casa.

—¡Aquí está!

En un rincón del pasaje hacia la caballeriza, otra marioneta, desnuda, boca abajo, con las manos y los pies atados. Andrómaca se acuclilló; estaba helada. Pero no helada como un muerto, sintió, la sangre aún palpitaba bajo la piel. La volteó y se le enchinó la piel: el rostro de Glicera estaba cubierto de sangre, los ojos abiertos y azorados. Y esos ojos aterrorizados trataban de entender quién se inclinaba sobre ella.

—No tengas miedo. Ya todo terminó —susurró Andrómaca. Regresó por el cuchillo, se agachó sobre Glicera, que se puso rígida

otra vez por el miedo. Cortó la cuerda con que tenía atadas las muñecas y después desató la correa de los tobillos.

—¿Puedes levantarte?

—Lo puedo intentar… —tartamudeó Glicera. Sosteniéndola, Andrómaca la acompañó al hogar. Al verlas llegar, Caris trató afanosamente de sentarse, extendió los brazos para abrazarla, pero cayó al suelo, sin fuerzas. Glicera miraba alrededor, vio los cadáveres, le dirigió a Andrómaca una mirada aterrorizada.

—No tengas miedo. Todos están muertos.

—También… —balbuceó Glicera, y no pudo continuar.

—También Cimón —dijo Andrómaca, y escupió.

Después de calentar agua, la mujer dedicó una hora a lavar a las dos muchachas, limpiarles las heridas, masajear los cuerpos ateridos para ayudarles a entrar en calor. Les pidió que le contaran quiénes eran y de dónde venían; encontró sus ropas, las llaves.

—Ahora las acompaño a su casa. Lo tenemos que hacer forzosamente.

Glicera y Caris se miraron, aterrorizadas por el mismo pensamiento.

—¿Qué diremos?

Andrómaca reflexionó, mordiéndose los labios.

—Esto no se puede ocultar. Pasarán semanas antes de que sanen sus heridas. Dirán que…

Miró a su alrededor, señaló los cadáveres.

—¿Los conocen?

—Él estaba con Cimón —dijo Glicera, señalando a Argiro—. A ese otro —continuó— no lo conocemos, llegó después. Se mataron entre ellos —susurró, horrorizada.

Andrómaca se inclinó sobre el cadáver de Atheas, lo examinó con atención.

—No me parece uno de ellos. Está vestido como esclavo. Y es un hombre viejo.

De pronto algo la sobrecogió. Le tomó la cabeza por el pelo, la levantó y le vio los ojos.

—Vengan a ver estos ojos. ¡Vengan, vean!

Caris y Glicera, temblorosas, se aproximaron. Las dos se alarmaron al ver los ojos del muerto.

—¡Un demonio!

—Puede ser —cortó en seco Andrómaca—. Pero no importa. Esto es lo que dirán. ¡Escuchen bien! Dirán que hoy a su regreso unos bandidos les salieron al camino y las agredieron, y que uno de ellos era éste con los ojos de demonio. Que las golpearon y se desmayaron y que, cuando se repusieron, ya no había nadie. Que ustedes se arrastraron a su casa. Lo encontrarán entre los otros muertos y concluirán que los bandidos vinieron acá y mataron a todos.

Glicera la escuchaba con atención.

—¡Pero los bandidos se habrían llevado algo!

Andrómaca meditó.

—Los bandidos querían llevarse los caballos. Yo me encargo. Pero tendrán que regresar solas a casa. ¿Pueden hacerlo?

Glicera asintió. Caris guardó silencio.

—¿Qué pasa?

Caris no encontraba el coraje para hablar.

—Es que a mí… —bajó la mirada, con vergüenza.

Andrómaca entendió. Al lavarles los cuerpos notó que la jovencita había sido violada.

—Escúchame bien. Eso no se lo dirás a nadie. O, mejor —se corrigió, porque se le había ocurrido una idea—, ¿tú conoces a Moca?

Caris asintió.

—En cuanto puedas habla con Moca. Cuéntale todo. Ella sabe qué hay que hacer, en cualquier caso. Te enseñará cómo hacer para que tu marido no se dé cuenta de nada cuando te cases.

Caris asintió, todavía sombría.

—No pienses en eso ahora —dijo Andrómaca—. Ahora vayan a casa.

Cojeando y sosteniéndose mutuamente, Glicera y Caris salieron en mitad de la noche.

Al quedarse sola, Andrómaca miró en torno suyo. Encendió la antorcha, inspeccionó todas las habitaciones. Se detuvo a mirar la estatua de Zeus Cario, levantó la tea para iluminarle el rostro, estiró la mano como si quisiera tocarlo, pero lo reconsideró. Encontró el almacén con la puerta abierta, la tinaja volcada, el agujero en el techo. Con el cuchillo rasgó los sacos de habas, los odres de vino. Después pasó a la caballeriza. Los cuatro caballos seguían coceando y resoplando, aterrorizados. Andrómaca los apaciguó a uno detrás de otro, acariciándoles el morro; después, uno por uno, resoplando bajo el peso, los ensilló. Hacía muchos años que no lo hacía, pero en un tiempo su padre le enseñó a cuidar a los caballos, y ahora su cuerpo estaba más acostumbrado al esfuerzo de lo que lo estaba entonces. Los sacó uno por uno, los hizo franquear la cerca, los liberó en medio de la noche. Tal vez no se alejarían mucho, pero eso bastaba. Por último, sacó a la yegua más vieja y más dócil, le habló suave, le acarició el hocico, luego la montó y partió.

La luna se había liberado de nuevo de la capa de nubes y llenaba el cielo. Andrómaca cabalgó toda la noche, se alejó de Atenas, evitó con largos rodeos los puestos de guardia en el camino, se extravió más de una vez, pero volvía a encontrar la dirección gracias a la luna. Cuando divisó Decelia el horizonte ya empezaba a clarear; de negro, el cielo se volvía gris como la ceniza. De los techos de las

casas, ocupadas por los destacamentos espartanos, se elevaban columnas de humo. Andrómaca distinguió un grupo de hoplitas muertos de frío que hacían guardia en una empalizada que bloqueaba el camino, y se dirigió a ellos. También los soldados la vieron, se levantaron y esperaron.

—¿Kién vive?

Andrómaca desmontó, tomó las riendas y se dirigió a ellos.

—¿Son espartanos?

—Sí. ¿Y tú kién eres?

Andrómaca se estremeció. Después, por segunda vez esa noche, repitió en voz alta las palabras que durante cinco años se había guardado para sí misma.

—Soy Aglaia, hija de Kalikrátidas, de Melos.

Al escuchar su acento, el oficial que comandaba la patrulla fue a su encuentro. Llevaba una piel de lobo que le cubría la túnica escarlata.

—Era esklava en Asana. He eskapado para venir kon ustedes —añadió Aglaia atropelladamente.

El oficial inclinó la cabeza y estiró los brazos.

—Bienvenida, mujer de Melos.

Le abrió camino respetuosamente hacia el campamento.

24

ESA mañana Critias se despertó más tarde de lo habitual. Cuando supo la noticia de la que toda la ciudad hablaba se le atoró la última oliva de su desayuno, con hueso y todo. Se echó el manto sobre los hombros y salió de prisa.

En la casa de Eubulo, así como en la casa de los padres de Cratipo y Argiro, se había reunido una pequeña multitud, amigos avisados de lo sucedido, pero también curiosos que habían seguido los cadáveres de los tres muchachos cuando los regresaron a la ciudad. Sólo el cadáver de Atheas, que no tenía familia, fue llevado al dormitorio de los escitas después de haber sido reconocido.

La puerta estaba abierta, la gente entraba y salía. Los esclavos de casa, pálidos, trataban de hacerse notar lo menos posible. Al perro, que ladraba, lo habían alejado a punta de patadas. La simia, a la que todos ignoraban, saltaba y chillaba en su jaula. Critias escuchó a Eubulo gritar en la habitación grande, corrió la cortina y entró sin pedir permiso. Ayudado por tres o cuatro amigos, Eubulo le estaba amarrando las manos a Moca, que protestaba y luchaba. Los dos mozos de cuadra estaban arrodillados contra el muro, con las manos atadas detrás de la espalda.

—¿Ya llegaron? —preguntó Eubulo, sin girarse.

—Soy yo —dijo Critias. Eubulo se volvió, estaba pálido y se había mordido los labios hasta sangrarse.

—¿Quién tiene que llegar? —preguntó Critias.

—Los escitas del arconte rey. Haré que torturen a estos esclavos, ellos tienen que saber qué pasó —dijo Eubulo, con voz apagada.

Critias miró a la mujer atada; la había visto quizá una vez y le era indiferente.

—¿Por qué ella? ¿Y Andrómaca? —añadió.

Eubulo lo miró con los ojos inyectados de sangre.

—¡Andrómaca ha desaparecido! Ayer por la noche salió sin permiso, fue al campo. Oh, Critias, yo ya no entiendo nada, me tengo que sostener la cabeza con las manos para que no se me caiga. Me da vueltas como si me hubiera picado una tarántula.

Critias trataba de armar el rompecabezas, pero las piezas no embonaban.

—¡Espera! ¿Andrómaca ha desparecido? ¿Y no la encontraron muerta?

Eubulo negó con la cabeza.

—Pero yo he oído decir en la plaza que además de los… de los muchachos también había otros muertos.

Eubulo lo jaló aparte, con un gesto tan violento que Critias se alarmó.

—¡No digas nada! ¡No hables de esto! Había, sí… ¿Conoces a Atheas? ¿El escita? ¿El de los ojos distintos?

Critias lo recordó, en la ciudad todos conocían de vista a ese hombre.

—Pues bien —continuó Eubulo en voz baja, pero en un tono casi histérico—, a él también lo mataron.

Critias no comprendía.

—Pero ¿por qué estaba ahí?

—Él trabajaba para mí —confesó Eubulo—. Esta noche tenía que… tenía que matar a un hombre para mí. Como lo platicamos la otra noche. También Eutidemo lo sabe, la idea fue suya.

Critias abrió la boca, perplejo.

—¿Lo ves? —insistió Eubulo—. ¡No se entiende nada! ¿Por qué Andrómaca fue para allá? ¡Esta bruja tiene que saberlo! —repitió señalando a Moca, que guardaba silencio, aterrorizada.

La mente de Critias trabajaba a gran velocidad. "Lo que ha sucedido, ciertamente, es imposible de entender. Y, a decir verdad, es algo que hace que se me enchine la piel. Todos en la ciudad están atónitos, como el buey cuando recibe el mazazo. ¡Y Eubulo que quería mandar matar a alguien! Es verdad, se habló de hacerlo, estábamos preparados, y en cambio alguien le mató al hijo a él. Y también a esos otros dos infelices; sus padres también son de los nuestros, de otras compañías, sí, pero el partido es sólo uno. Pero ¿entonces, Andrómaca? ¿Por qué la secuestraron? ¿Y Atheas? No, esto es para perder la cabeza, hay que estar atentos. Hay que encontrar la cuenda y de ahí luego desenredar el hilo. Y la cuenda es que la gente está desconcertada. Y no importa si los muertos son de los nuestros, el resultado es el mismo. "Sí —pensó Critias, triunfante —, de cualquier manera ha sucedido lo que nosotros queríamos: ha llegado la muerte repentinamente y ha golpeado donde nadie se lo esperaba, y la gente no sabe qué pensar y tiene miedo."

—Hay que sacar provecho —razonó en voz alta.

Eubulo se giró hacia él, sin entender. Critias se dio cuenta de pronto de que ya era viejo y no era posible involucrarlo, no ahora.

—¿Sacarle provecho a qué?

—No importa. Piensa en el entierro de tu hijo —dijo Critias, apresurado.

Al salir de casa de Eubulo fue a buscar a Eutidemo. Lo encontró en la plaza, en medio de un grupo de compañeros.

—¿Oíste lo que pasó? —le preguntó Eutidemo en cuanto lo vio.

—¡Por supuesto que lo oí! Toda la ciudad habla de eso —respondió Critias, impaciente—. Escúchame, hay que convocar de inmediato a la asamblea.

—¡Pero no sé si se pueda! —objetó el otro, sorprendido—. La primera reunión es la próxima semana.

"¡Imagínate si no se va a poder!", estaba por rebatir Critias, impaciente, pero se contuvo y se obligó a meditarlo. "No hay que hacer las cosas aceleradamente, siempre es un error. Pero Eubulo ordenará que torturen a sus esclavos, ¿y quién sabe qué saldrá de ahí? Y en medio de todo está además la otra desgracia: que mataron a Atheas. ¡Precisamente tenía que ir a esa casa a que lo mataran! ¿Tendría cómplices? Ese imbécil de Eubulo es capaz de todo. No, hay que aprovechar la ocasión, ahora mismo, como en la guerra, cuando los dioses te ponen la zanahoria enfrente, y se ríen de ti si no la agarras al vuelo: también ésta es una guerra."

—Reunión extraordinaria —dijo Critias—. Los comisarios pueden convocarla. Basta con encontrar a uno de los nuestros, y enviar al heraldo y la fuerza pública con las cuerdas. ¡Pero de inmediato!

En el grupo reunido alrededor de Eutidemo alguien asintió. A Critias le brillaban los ojos, se notaba que tenía una idea, y todos en el partido estaban acostumbrados a respetarlo. Él pensaba más rápido que los otros, esto se había entendido ya hacía bastante tiempo.

—Hagámoslo ya —dijo uno.

Aún no era el mediodía cuando el heraldo salió a la plaza gritando, y los escitas empezaron a incitar a la muchedumbre hacia la colina de la asamblea. Como ocurría siempre que el asunto era urgente, los policías estaban provistos de cuerdas empapadas en almagre roja, y en grupo aguijoneaban a los más perezosos; aquel al

que luego se encontrara con la túnica manchada pagaba una multa. El sistema era brutal, pero funcionaba; la mayoría de los ciudadanos, es bien sabido, son pobres y sólo tienen una túnica. Un vocerío confuso subía de la multitud que iba escalando la colina; había quien se quejaba por la pérdida de tiempo imprevista, el que bromeaba sobre la paga inesperada. Pero la mayoría seguía discutiendo sobre el crimen descubierto esa mañana. "¡Ya no estamos seguros ni en nuestras casas! ¿Qué esperamos para hacer algo?" Algunos, y no sólo los que recibían un pago por hacerlo, empezaban a decir por lo bajo lo que muchos no se atrevían ni a pensar: "Esta democracia es débil, no nos protege…".

Cuando la gente estuvo suficientemente apiñada sobre la Pnyx,* tan apretados unos contra otros que los recién llegados no entraban, los comisarios subieron las gradas de la plataforma y declararon abierta la asamblea. El heraldo se abrió camino, alzando la voz en el bullicio general.

—¿Quién quiere hablar?

Critias avanzó.

—¡Yo quiero hablar!

Subió las gradas con paso fuerte, haciendo resonar sus sandalias. Cuando llegó a la cima miró alrededor deliberadamente, fijando su mirada a los ojos de quienes estaban en las primeras filas, ahora aquí, ahora allá. La multitud es un cuerpo único, sólo un necio te diría que mirar a los ojos a los más inmediatos no tiene ningún efecto sobre las masas de atrás; no es así, el efecto llega hasta el fondo, ve a saber por qué…

—¡Hombres de Atenas!

Todos lo miraban fijamente, en silencio. "Saldrá bien", se dijo Critias. "Hay cosas que se sienten desde el primer momento."

—Esta noche la casa de un ciudadano ha sido devastada, su hogar profanado, su esclava secuestrada, su hijo asesinado. Pero ¿por qué digo asesinado? Ha sido masacrado, junto con sus amigos. A su padre todos lo conocen, es Eubulo, hijo de Formión. Es amigo mío, pero no es esto lo que importa, es un amigo de ustedes, de su ciudad. Todos saben lo que ha gastado para las puestas en escena, cuántos trirremes ha armado con su dinero, cuántas veces ha combatido al lado de ustedes. Hoy Eubulo llora a un hijo asesinado en su casa. Y también a los otros los conocen todos ustedes: Cleónimo, hijo de Ástaco; Nicetas, hijo de Demarco. Sus hijos habrían llegado a la mayoría de edad el año próximo, eran una esperanza de la ciudad, y ahora están muertos.

Una voz se levantó de la multitud.

—¿A quién acusas, Critias?

Critias estaba a punto de responder mal, pero nuevamente se contuvo. "¡Contrólate! ¡Uf!, pero qué paciencia se requiere. Éste vendría siendo el pueblo soberano, y luego ni siquiera sabe cómo funcionan las instituciones que él mismo ha levantado. Las acusaciones de homicidio no se discuten nunca en la asamblea, sino ante el Areópago, ¿qué no? Pues he ahí uno que no sabe ni esto, y no obstante viene a la asamblea, ¡y vota!"

—Hombres, no estoy aquí para acusar a nadie. Eubulo, y los otros, se encargarán de ello. Yo no estoy aquí para que se les haga justicia a ellos, sino para defender la seguridad de todos.

Mientras hablaba se iba acalorando, sintió que estaba sudando y pensó quitarse el manto. Pero hacía frío, se notaba en los rostros de la gente. "Hablar frente a la multitud es como estar con un chico o con una mujer, la vida te recorre todo el cuerpo hasta las uñas, y ya no te percatas de nada a tu alrededor."

—¡No estamos seguros en nuestras casas! ¡No están seguros nuestros hijos, nuestras mujeres! ¡No están seguros nuestros hogares! Aún no sabemos quién ha hecho esto, ¡pero sabemos que hoy no tenemos los medios para defendernos de ellos!

La gente rumoraba. "¿Cómo, no tenemos los medios? ¿Y nosotros para qué estamos?"

—En efecto, ¡no los tenemos! Tú me preguntaste —continuó, dirigiéndose hacia donde había llegado la interrupción; no tenía la mínima idea de quién había hablado, pero siempre es bueno dar la impresión de conocer a todos—. ¡Tú me preguntaste a quién acuso! Pues bien, imagina que yo sepa a quién acusar y vaya al Areópago a presentar mi denuncia. ¡Entre tanto, los asesinos tienen el campo libre para desaparecer! Claro, puedo asumir la responsabilidad de que los arresten, pedir que pongan a mi disposición a unos escitas, pero ¡tengo que correr a casa de los comisarios hasta que encuentre a uno, y después tengo también que convencerlo! ¡No podemos seguir así!

—¿Qué propones, Critias? —gritó uno.

Critias se volvió hacia él. Esta vez lo reconoció y lo llamó por su nombre.

—¡Esto es lo que propongo, Estratón! Nombremos una comisión de diez delegados con poderes plenos y el encargo de garantizar la seguridad de los ciudadanos.

—¿Por qué diez? —insistió Estratón. Estaba contento de haber sido reconocido, estaba gozando sus diez minutos de popularidad. Pero Critias no se dejó tomar por sorpresa.

—¡Diez, como los generales! También ésta es una guerra, y es más importante que la que mantenemos contra los espartanos, ¡porque aquí nos matan en nuestras casas! Yo propongo nombrar a

diez delegados, y no serán sorteados, gente, ¡serán electos! ¡Justo porque también ésta es una guerra!

La gente rumoraba. "Es difícil digerir la idea de que se otorgarán nuevos poderes, y aún más, elegir a los delegados en lugar de sortearlos. Siempre que se vota se sabe cómo termina el asunto: se elige siempre a los ricos, a los que gastan mucho y tienen muchos clientes. Es mucho mejor el sorteo, ¡ése sí que es un sistema democrático! Sin embargo, es un hecho que los generales que tenían que dirigir la guerra, bueno, ésos sí eran elegidos por voto directo, nadie confiaría en tirar ese proceso a la suerte. Había en esta práctica, evidentemente, algo fastidioso, una debilidad del sistema. ¿Acaso, entonces, no es verdad que somos todos iguales? Era enojoso, y precisamente por eso nadie deseaba encargarse de ello, pero el hecho seguía estando ahí, como un bocado que no se digiere, y tarde o temprano se te atraganta."

—¡Es una guerra! —gritaba Critias desde la plataforma. La fórmula había gustado, se había dado cuenta enseguida—. Y yo someto a votación nombrar a diez delegados con poderes plenos, con el poder de darles órdenes a los escitas y de arrestar a los delincuentes sin necesidad de recibir la autorización, ¡y entre esos diez hombres, escúchenme, auditorio, propongo a Eubulo, propongo a Cleónimo, propongo a Nicetas, propongo a los ciudadanos ilustres que hoy lloran a sus hijos, ¿quién mejor que ellos para garantizar nuestra seguridad?

La gente, perpleja, se debatía. "Cierto, es un asunto delicado, pero también es verdad que tiempos duros requieren medidas extremas."

—¡Pido que se vote mi propuesta! —repitió Critias. El heraldo miró a su alrededor, indeciso.

—¿Quién quiere hablar? —preguntó finalmente.

Durante un instante todos permanecieron en silencio. Critias contuvo el aliento. “Nadie. Está hecho: van a votar.”

—¡Yo pido hablar!

Un anciano se había abierto paso, cojeando, pálido como un muerto. A quienes lo conocían les costó trabajo reconocerlo. Polemón estaba desencajado, no había dormido.

—¡Polemón, hijo de Calias! —manifestó mientras subía las gradas. Critias lo miró fijamente, después se tuvo que apartar, cederle el lugar, así funcionaba la democracia.

Polemón miró a su alrededor. Miles de hombres, jóvenes y viejos, ¡y en verdad más viejos que jóvenes!, lo miraban fijamente. No sabía cómo empezar, le temblaban los labios. Recordó cuando le había dicho a Trasilo: “La próxima vez que me pase por la cabeza hablar en la asamblea acuérdate de detenerme”. Había sido apenas ayer. “Pero no sabíamos nada de lo que les estaba ocurriendo a nuestras hijas”, pensaba.

—Aquí, Critias —empezó, señalando al hombre alto que lo miraba receloso— acaba de proponer una novedad contraria a sus leyes. Y ha nombrado a tres hombres que según él serían los más indicados para ser ungidos con este nuevo poder.

La gente permanecía en silencio, expectante.

—Ahora yo vengo aquí… No, corrí, en cuanto supe que se habían reunido ustedes (yo vivo fuera de la ciudad, en el *demos* de Boutadai) para decirles quiénes son éstos.

Y Polemón empezó a relatar. Contó cómo esa noche, llegando a casa, él y su vecino habían encontrado a sus hijas en cama, febriles, irreconocibles. Cómo al acercarles la antorcha habían visto que habían sido molidas a golpes. Calló el hecho de que las muchachas, cuando las interrogaron, habían inventado una historia inverosímil de bandidos, y contó en cambio cómo su hija Caris, al final, llorando

desesperada había confesado la verdad. Que habían estado en casa de Cimón y todo lo que Cimón y sus amigos les habían hecho, a ella y a Glicera, y cómo después había llegado un hombre y luego una mujer, y que había sangre por todos lados, y penumbra, y ellas habían huido hacia sus casas, llevando en los cuerpos las marcas de lo que habían padecido.

—¡Yo los denuncio en la asamblea! —concluyó Polemón, perdiendo el aliento; después se le quebró la voz y se interrumpió para no soltarse a llorar.

La multitud rumoraba. Critias, que había bajado de la plataforma, hablaba en voz baja con Eutidemo, que había escuchado, pálido. Trataba de convencerlo, pero Eutidemo se negaba. Perdiendo la paciencia, Critias levantó la mano, y como el heraldo no lo notaba, habló igualmente.

—¡Tú acusas a unos muertos! ¡Es una impiedad!

Polemón escupió.

—¡Yo no acuso a los muertos, yo acuso a sus padres, a quienes tú quisieras confiar nuestra ciudad! ¡Yo acuso, y mi hija acusa, yo aquí soy su procurador, mi testimonio es el suyo! ¡Yo acuso a quienes enseñaron a aquellos tres que, dos vírgenes, libres, hijas de hombres libres, pueden ser tratadas como esclavas porque sus padres son pobres!

La confusión de la multitud se hizo más intensa. Critias advirtió el peligro y volvió a intervenir.

—¡No puedes denunciar aquí! ¡No es la asamblea la que juzga los casos de homicidio!

Polemón lo miró.

—Oh, Critias, mi hija aún está viva. Yo no acuso de homicidio. Yo denuncio secuestro, violencia, violación de las leyes de la hospitalidad, impiedad, y como quienes han cometido estos delitos

están muertos, yo acuso a los que los han educado, ¡y si ésta no es una denuncia para traerla ante ustedes, hombres de la asamblea, yo no sé qué podrían juzgar!

Entre la muchedumbre había tenido lugar un repentino cambio. Los mismos hombres que estaban por votar la propuesta de Critias, por el solo hecho de que nadie se había opuesto y no sabían qué otra cosa hacer, ahora escuchaban a Polemón hablando de algo que conocían mejor. La arrogancia de los ricos la sufrían todos los días, y desde que había democracia no había cambiado para bien; de hecho, tal vez había empeorado. Las cosas que ya no podían decir en voz alta los ricos las decían en sus propias casas con mucha más maldad que antes, esto lo sabían todos. Critias miró a su alrededor y vio que las masas, que hacía un momento estaban colgadas de sus palabras, lo miraban con recelo.

También Eutidemo lo miraba, esperando instrucciones. Critias pensaba rápidamente. ¿Intentar contrarrestar? Pero el anciano estaba plantado ahí en la plataforma, y no aflojaba.

—¡Les han pedido que aprueben no sé qué nueva ley, que les confieran poderes excepcionales justo a estos hombres! ¡Pues yo, al contrario, pido que sean desterrados de la ciudad aquellos que han educado a sus hijos para que practiquen la tiranía y violen a nuestras hijas!

Ahora la multitud vociferaba, y ya se levantaban algunos puños contra Critias y Eutidemo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Eutidemo, aterrorizado.

"No —decidió Critias—, la partida está perdida, es inútil seguirse arriesgando. ¿Los quieren desterrar? Pues, después de todo, ¿yo qué tengo que ver? No es asunto mío."

—Averígualo tú, si quieres, pero yo te aconsejo que desaparezcas —exclamó, y veloz se alejó entre la masa hostil.

Y entre tanto pensaba en Eubulo, y en su hijo, a quien habían matado, y tal vez era hasta mejor así, de otro modo, quién sabe qué otra cosa podría salir. "¿Y Eubulo? Si de verdad lo juzgan, saldrá también la historia de Atheas, no será capaz de mantener la boca cerrada. Tendré entonces que defenderme, jurar que no sabía yo nada, y aun así puede suceder cualquier cosa. Es inútil —pensó—, no por primera vez; no puedo relacionarme con esta clase de imbéciles. Y el día que tomemos el poder ya no deberá haber gente como ésta, será necesario encontrar gente hecha de otra madera…"

El halcón sacó cautelosamente la cabeza del agujero entre las metopas del Partenón y exploró los alrededores. No había hombres ahí. Sí los había, en cambio, en multitud congregados sobre una cima un poco lejana, demasiado distantes para poder molestarlo. Los examinó por un instante con su ojo agudo, después se olvidó de ellos. Soplaba un viento frío, pero no llovía. El halcón se distrajo, se hurgó entre las plumas con el pico, después se acordó por qué estaba ahí y salió al aire libre, en un equilibrio precario sobre la cornisa, entre los colores violentos de las esculturas, saturadas de rojo y azul. Dio dos o tres pasos, a trompicones, luego decidió que más valía levantar el vuelo, extendió las alas y se lanzó. Batió las alas dos o tres veces antes de encontrar la corriente ascendente que lo elevaría hacia lo alto; entonces se relajó y comenzó a dar giros en círculo, ascendiendo un poco más a cada vuelta. Movía la cabeza a diestra y siniestra, mirando debajo de sí. Vio de nuevo, ya sin notarlos, a los hombres aglomerados sobre la colina de la asamblea, vio las calles lodosas, los patios, los techos de teja de la ciudad, vio, sin saberlo, a Critias que entraba en su casa y cerraba la puerta con llave, vio las gradas desiertas del teatro, vio los templos multicolores que emergían de las cabañas como islas emergen del mar, vio la muralla

que rodeaba Atenas con sus puertas fortificadas, y recordó vagamente que una vez había anidado sobre una de esas torres. Mientras seguía ascendiendo, vio en la lejanía el Pireo, donde proliferaban las naves, y el mar color de plomo, encrespado con turbia espuma; vio los olivares y los viñedos que rodeaban la ciudad, vio las casas de Polemón y Trasilo con sus chimeneas humeantes, vio la casa vacía de Eubulo, donde el hogar, abandonado, se había apagado, y más lejano aún el campo deshabitado, devastado por los espartanos, los caseríos incendiados, los olivares muertos y, aún más lejos, en Decelia, el campamento espartano. Vio la casa donde Aglaia, demasiado cansada para poder conciliar el sueño, trataba de imaginarse su futuro. Ahora volaba tan alto que veía allende las montañas, hasta otros países y otros mares y, no obstante, dirigiendo los ojos al suelo, todavía era capaz de distinguir a un ratón de campo que sacaba la trompa de su guarida y atravesaba velozmente un campo arado. Pronto atisbaría una presa fácil y descendería en picada a capturarla, para después regresar a comer en su nido seguro; pero por un instante la sensación de su propia fuerza lo distrajo. Miró en derredor, vio el mundo del que era el único dueño, abrió el pico y graznó, así, sin motivo alguno, sólo para advertirle a todos, a los rivales, a la hembra, a las presas, que él estaba ahí, que estaba vivo, que existía.

* Soldados griegos de infantería. [T.]

† Los iguales o espartanos era la clase social más alta en Esparta; conformada por guerreros conquistadores, ocupaban todos los cargos públicos y dirigían el ejército. [T.]

[*] Prenda de uso femenino y masculino que se llevaba por encima de la túnica o quitón; era una especie de manto o capa que servía para abrigarse. [T.]

[†] Pene. [T.]

[*] El quitón era la característica túnica griega sin mangas y ceñida a la cintura que, con alguna variación de forma, usaban tanto mujeres como hombres. [T.]

[†] En la antigua Grecia, vasija en la que se mezclaba el vino con agua antes de servirlo. [T.]

[‡] En italiano, *focolare,* de *focus,* "fuego", "brasero", "hogar". Los griegos rendían un gran culto al fuego. En cada casa había un hogar, una llama viva que cumplía una función doméstica y era a la vez presencia sagrada. Solía estar al centro de la casa o a la entrada y la familia se reunía en torno a él. De ahí que hoy en día en castellano entendamos por hogar el espacio íntimo y familiar. La diosa del hogar a la que aquí hace referencia es Hestia, hermana de Zeus, quien le concedió el honor de recibir culto en todas las casas de los humanos y en todos los templos de los dioses. [T.]

[§] Mientras no fue derrotada de manera catastrófica, la flota ateniense de guerra fue singularmente poderosa. Las trirremes eran embarcaciones con tres órdenes de remos en cada flanco. [T.]

[¶] *Simposio*, que en castellano se traduce como banquete, significa literalmente "reunión de bebedores". Tenía un gran arraigo entre las clases acomodadas griegas y se desenvolvía como se describe en esta novela. [T.]

[**] La trilla es un pez también conocido como salmonete, que abunda en el Mediterráneo. [T.]

[††] La sepia es un molusco también abundante en el Mediterráneo y zonas del Atlántico. [T.]

* En italiano, “las fiestas del Torchio”, que se traduciría como “trapiche”, “lagar”, el recipiente donde se prensan las uvas para obtener el mosto. Las fiestas Leneas estaban dedicadas al dios Dioniso Leneo, epíteto que significa “el del *lenos*” (lagar o tinaja de vino) o “de las *lenai*” (las ménades, los seres divinos femeninos estrechamente ligados a Dioniso). [T.]

[*] Cerámico era el barrio *(demo)* de los alfareros de la antigua Atenas, donde se asentaron debido a los depósitos de arcilla que alojaba el río que atravesaba el área. [T.]

[†] Monte del Ática. [T.]

[‡] O "puerta doble", traducida del griego. Era la puerta principal de la antigua Atenas. [T.]

[*] A partir de aquí, el autor recrea fragmentos de los diálogos de la *Lisístrata* de Aristófanes. Por tratarse de una adaptación, la traduzco del italiano de Alessandro Barbero, aunque me apoyo en dos versiones de la comedia traducidas del griego al castellano, de los filólogos y helenistas Luis Gil Fernández y Elsa García Novo, respectivamente. [T.]

[†] Naturales de Acarnas, un lugar en Grecia, en el área metropolitana de Atenas. *Los acarnienses* es también una comedia de Aristófanes, sobre la guerra del Peloponeso, el fondo histórico en el que sucede la trama de este libro. [T.]

[‡] Vestidura exterior, amplia y suelta, sin mangas, que bajaba de los hombros formando caídas en punta por delante, usada por las mujeres en la Grecia antigua. [T.]

* Colina del centro de Atenas. [T.]

ÍNDICE

Prólogo. Mantinea, 418 a. C.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

20

21

22

23

24

En la Atenas del 411 a. C., Trasilio y Polemón, dos viejos amigos veteranos de guerra, pasan sus últimos días hablando de política, mientras buscan al mejor marido para sus respectivas hijas, Glicera y Caris. Los atenienses inventaron la democracia y ahora deben defenderla: los ricos conspiran para instaurar la tiranía y el pueblo muestra su recelo a los ciudadanos acaudalados. Sin embargo, las jóvenes no comparten el punto de vista de la plebe; para ellas, el joven Cimón, rico, elegante y engreído, es el objeto de sus sueños secretos. Así, cuando Glicera y Caris rompen las reglas de esa sociedad patriarcal al entrar en casa del joven, lejos de los severos ojos de sus padres, se desata en todo el pueblo un drama de siniestra actualidad, que deja expuestas la intensa lucha de clases y la persistente prepotencia de los hombres contra las mujeres.

Alessandro Barbero (Turín, 1959) es un prolífico historiador, comentarista cultural y docente especializado en historia medieval y militar. En 1996 ganó el Premio Strega con su novela histórica *Diario de Mr. Pyle. Venturas y desventuras de un gentilhombre americano en las guerras napoleónicas.*

www.fondodeculturaeconomica.com